RAMÓN RUBÍN

LA CANOA PERDIDA

Novela mestiza

letras mexicanas

Iniciada en 1934, la muy prolongada empresa de Ramón Rubín marca de manera definitiva la forma de entender y practicar el relato indigenista en nuestra literatura. Escritor de la tierra —como alguna vez lo definió con justicia Luis Leal—, en el medio rural ha fraguado una cantidad infinita de historias que tienen como vértices el campo y sus pobladores. Sin embargo, sus experiencias como marino también han dado pie a la escritura de libros como *Burbujas en el mar, Navegantes sin ruta* y la dramática novela de Ramiro Fortuna, *La canoa perdida*. En estas páginas se nos devuelve el fascinante, hoy casi extinto, paisaje telúrico y humano del "mar interior" del occidente mexicano, el que durante decenios tuvo como centro la laguna de Chapala.

Relator de la lucha contra el mal, Rubín ha intentado en sus obras desentrañar la sustancia trágica de muchos destinos que transcurren en los confines de nuestro país. Bajo la crónica de la vida de los navegantes lacustres de Jalisco y Michoacán, compuesta con un sesgo *naif* y costumbrista, se esconde una sensible exploración moral en la que personajes aparentemente ordinarios o insignificantes, en ocasiones apabullados por su pequeñez y candor, son protagonistas de historias ejemplares en que poco a poco van descifrándose emociones atávicas y primigenias que sirven al escritor para dibujar la completa topografía humana del México profundo.

Pocos libros en las letras mexicanas como *La canoa perdida* han logrado arrojar un ancla en el tiempo para darnos la posibilidad de ver, entre la bruma de un país que se trasmuta, aquellos rincones que parecían sólo pervivir en la tradición oral. Gracias al arte de Ramón Rubín, dotado refinadamente para la observación del dolor y la transmisión de la piedad, podemos contar con la poesía vital y vigorosa de nuestro mundo indígena y mestizo.

Ramón Rubín

La canoa perdida

ePub r1.2
Titivillus 24.02.2017

Título original: *La canoa perdida*
Ramón Rubín, 1951

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

INTRODUCCIÓN[1]

Uno está acostumbrado ya al inútil histerismo de la especie humana. Se le figura que todo aquello que no se queja es porque resulta incapaz de sufrimiento.

¡Cómo habíamos de admitir que pudiese ser desdichada una silenciosa piedra!…

Y, sin embargo, en los seres inertes las alegrías y las penas encuentran también su reflejo, aunque por otros medios de expresión diferentes a los que tiene el hombre. No importa que esos estados anímicos se manifiesten en ellos menos ruidosos. Para quien se esfuerza en interpretarlos presentan la misma elocuencia que el más conmovedor de los lamentos.

Esa muda desnudez, herida de profundas grietas y crispante de filosas aristas que ostentan las escarpas graníticas de la montaña, ¿no encierra, acaso, una vigorosa protesta contra la depredadora erosión de los vientos?… La radiación palpitante que en las horas del mediodía emerge al reverberar de las llanuras calcinadas, ¿no equivale, tal vez, a un angustioso grito de rabia que denunciara la crueldad de las canículas?… Y el propio retorcimiento, dolorido y grotesco, de la exhausta flora que brota y crece en la meseta sitibunda, ¿no implicará, quizás, una silente pero enérgica imploración de lluvia?…

La naturaleza que erróneamente llamamos muerta, busca también la misericordia de un dios, invocando su comprensión con los medios de que dispone. No se obstina, como nosotros, en hallarla a través del sentido auditivo de unas orejas semejantes a las humanas.

Sólo que ese dios es implacable en sus tremendos designios. Y suele resultar tan parco de sentimientos impresionables, como son casi todos los dioses sordos de oídos.

Dígalo, si no, ese pobre pueblecillo de Jamay, cuyo desolado

aspecto llora a raudales y en vano la pérdida de sus riquezas lacustres.

Él constituye un fiel espejo donde pueden ir contemplando su irrisorio porvenir las otras poblaciones ribereñas del lago Chapala.

Hace tiempo que el descenso continuo en el nivel de éste retiró de sus orillas las aguas que le imprimieron la huella, aún perdurable, de cierta fisonomía pescadora y marinera. Y apenas si se alcanza a distinguir ya, desde lo alto del churrigueresco monumento a Pío IX, que exhibe su mal gusto en mitad de la plazuela, la plateada superficie líquida, ese placentero cristal que invadió ayer sus callejas empedradas, lamiendo, cariñoso, los horcones de los cobertizos de sus corrales.

El populoso barrio de los pescadores, que se extiende por el lado del camino hacia Ocotlán, conserva aún una que otra reliquia atribulada del ambiente porteño de aquellos días. Subsiste en sus oscuras habitaciones un trasunto marinero, que hora con hora parece desprenderse y diluirse en la progresiva lejanía del agua. Pero sus calles y banquetas, graciosamente adoquinadas, que ayer se vieran cubiertas de plateados charales tendidos al sol, lo mismo que los huertos orilleros que se hiciesen decorar con el lujo plástico de los gentiles chinchorros de manta de cielo, se hallan desconsoladoramente vacíos. Aquellos rústicos atracaderos, tan próximos a sus aledaños, a donde por siglos arribaron en busca de los cargamentos de melones, pepinos y sandías las gallardas embarcaciones veleras que surcaban el lago, lucen convertidos en campos de deportes o en tierras cultivables. Y ya no se pavonea, ante el altar de su templo, cabe la venerada imagen de la Magdalena, el otrora orgulloso estandarte de los pescadores, que una fatalidad insuperable obligó a fundirse en el gremio, hoy más floreciente, de los campesinos.

Han desaparecido, asimismo, las animadas regatas del 22 de julio, con sus premios en lo alto del palo ensebado y sus procesiones por el lago. Se ha perdido para siempre la obligada visita de las palomas de hielo. Y aquél que aspire a llegar a los tulares, donde ocultan su selvático bullicio los ánsares, los patos, las gallaretas y los pililes que pueblan los remansos de la ribera, tendrá que caminar más de una legua por las tierras desecadas, aunque húmedas todavía, de lo que fue el Pantano[2].

Ese extenso y nuevo bajío constituye la triste compensación que han encontrado los que perdieron para siempre las riquezas de la pesca y el tránsito lacustre. Lo integran miles de hectáreas de terrenos vírgenes, fertilizados por los ricos sedimentos que dejó su secular historia bajo el agua, y con las entrañas ávidas de recibir y corresponder en forma espléndida al riego de cualquier simiente… Pero los beneficios pingües que han de aportar sus fáciles cultivos, irán a nutrir el bolsillo insaciable de los influyentes que, siendo zona federal, obtengan la necesaria concesión para explotarlos.

Sobre ese Pantano, convertido por el azar en generoso terreno de labrantío, trabajan ya como humildes peones de campo de los nuevos hacendados, los que ayer fueron pobres, si bien, independientes pescadores del fraterno lago.

Y por encima de sus explanadas trasudantes, entre los raizones mutilados del decadente tular, lloran al cielo la pena silenciosa de su extinción irremediable dispersos vestigios de canoas, trinquetes, remos, atracaderos, mantas y redes podridas…, reliquias marchitas de un pasado insoluble, de cuya presencia trasciende cierto hálito mortuorio que envuelve en un sudario frío la desconsoladora vaciedad del paisaje.

Al profano en la historia de la pasada actividad marinera de este gran lago Chapala, que sus navegantes y ribereños llaman humildemente Alguna y los orgullosos tapatíos denominan con culona nuestro mar chapálico, les resultará un anacronismo el énfasis con que me expreso de ella, pues el relato de la animada navegación tradicional que surcó sus aguas permanece injustamente inédito.

Y, no obstante, hubo un tiempo en el que llegó a adquirir trascendencia decisiva en la economía de una de las más prósperas y bellas comarcas ganaderas y agrícolas del país.

Aquellos que lo vivieron, saben que no se precisa ser muy viejo para recordar los amables días, todavía del primer tercio del siglo actual, en que las altas velas fenicias de sus grandes lanchones o canoas de rancho imprimían en él el tono de una inusitada actividad naviera, que en poco estuvo no se pudiese equiparar con la que, en aras de un comercio infatigable, llegó a fundir razas y civilizaciones disímbolas en el antiguo Mediterráneo.

Poblaciones ribereñas tan importantes como La Palma, Sahuayo,

Cojumatlán, Tizapán, San Luis Soyatlán, Jocotepec, San Juan Cósala, Chapala, Mezcala, La Barca y docenas de otras más pequeñas, pero nunca menos ricas, encontraron en sus travesías la única vía de enlace con el ferrocarril… Mas no solamente ellas se valían de ese conducto para procurar la dispersión de sus productos por todos los mercados de la República. Ciudades tan aventajadas, y que no hubieran podido conceptuarse de lacustres, como Zamora, Los Reyes, Jiquilpan, San José de Gracia, Mazamitla, Concepción de Buenos Aires, Tamazula, Teocuitatlán y cientos más, fueron asimismo tributarias económicas de ese mar interior tan ignorado.

La febril navegación de aquellos días justificó holgadamente las dos capitanías de puerto que aún subsisten en Ocotlán y en Chapala, y plagó de gentiles faritos de luz intermitente las rutas que trazaba su agitado tráfico.

Rodando en traqueteantes carretas por los ásperos caminos de la serranía de Tizapán, descendían hasta los embarcaderos de Tuxcucca el azúcar, el piloncillo, las maderas, los cereales y el ganado en pie o sus derivados que producen centros harto alejados de la comarca. Y junto con los cargamentos de melones, sandías, legumbres, pescado y manufacturas de tule que aportaban con laboriosa prodigalidad los fértiles poblados ribereños, confluían a bordo de pesados lanchones de fondo plano, que trazaban a vela lentas trayectorias, hacia la zona portuaria de la ciudad de Ocotlán.

Los excelentes muelles a la ribera del Zula de que esta pequeña población disponía, encontraban entonces fácil acceso por el navegable río Santiago. Y contando con una estación al Ferrocarril Central debidamente acondicionada, se había constituido el suyo en el obligado y casi único puerto de carga y de descarga.

La muerte de toda esa actividad llegó en la cuarta década del siglo. El trazado de la carretera con pavimentación asfáltica México-Morelia-Guadalajara por el gobierno cardenista, dioles fácil salida a esos productos a bordo de rápidos camiones. Y ello vino a aniquilar a aquella floreciente navegación y descargó la ruina sobre el animado puerto fluvial de Ocotlán, sumiéndolo, transitoriamente, en un penoso marasmo del que sólo había de liberarse gracias a sus recientes instalaciones industriales.

Pero aquel fue, apenas, el primer peldaño en el incontenible devenir. Hoy, la tragedia pesa con un frígido aliento de fatalidad

sobre los tristes destinos del otrora caudaloso Chapala.

El bordo que desecó la extensa Ciénaga michoacana robóle una considerable porción de su perímetro. Cerró, además, a la navegación lacustre, muchos de los pueblos que antes fueran ribereños, tales como Sahuayo, Jiquilpan, Guarachita, Pajacuarán y San Pedro Caro.

Posteriormente, comenzó a disminuir el caudal del rio Lenna, fundamental y única de consideración entre las corrientes fluviales que lo alimentan. Era que las nuevas presas y canales de regadío que se iban construyendo en la parte alta de su curso, le desviaban y sorbían más de lo que fue la mitad del volumen de sus aguas, hasta dejarlo, cuando por el estuario de La Barca penetraba al lago, ignominiosamente exhausto de líquido.

Esto, la escasez de lluvias originada por la deforestación en los bosques de toda la comarca y las plantas de bombeo para irrigar los sembradíos, que brotaron como granos variolosos por todas sus riberas, pareció amalgamarse para darle una trágica culminación al consistente drama del amable mar chapálico.

Una inexorable ley de física motivó que, al disminuir los abastecimientos y aumentar los despilfarras, los excesos que arrojaba por el curso del río Santiago decreciesen en forma correlativa. Y las plantas hidroeléctricas y canales de riego ubicados más abajo, a lo largo de éste, se encontraron escasos de agua para mantener a ritmo normal su cometido. Tratóse entonces de remediarlo erigiendo represas que interceptaron el navegable curso del río para almacenar los excedentes del derrame estival e instalando unidades de bombeo destinadas a regular los desagües… Pero las cosas empeoraron. El líquido se volvía a cada momento más insuficiente. Y la iniciativa del hombre, con un ingenio tan maravilloso para improvisar elementos de destrucción y de muerte, no halló mejor recurso que el de ponerse a retorcer el cuello a la gallina de los huevos de oro, recurriendo a las malditas dragas.

El lago se plagó, así, de pequeñas y grandes máquinas de esa especie, que hoy rasgan sus fangosas entrañas ahondando los canales incansablemente, a fin de conseguir un efímero alivio en los fosos de las plantas de bombeo.

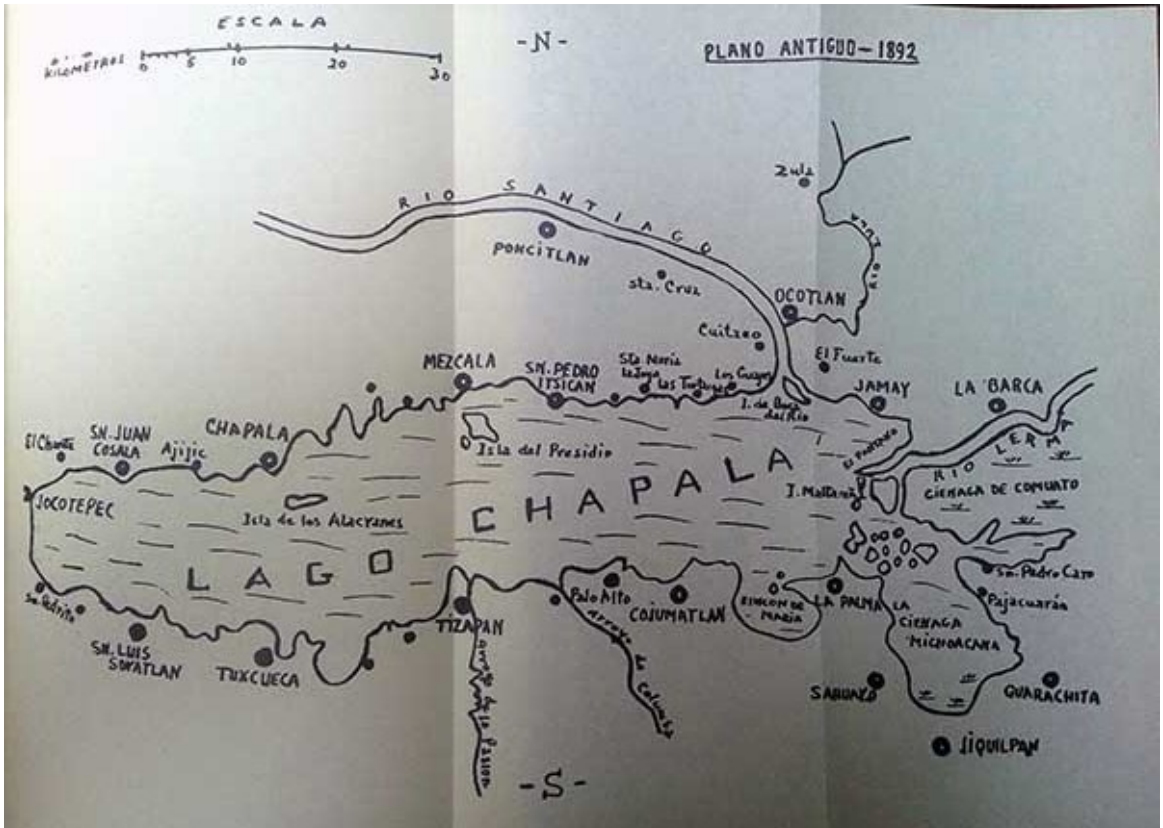
La mayor parte de dichas máquinas son pequeñas palas de cuchara que sirven a las múltiples estaciones marginales instaladas

por la Comisión Nacional de Irrigación para apagar la perpetua sed de los voraces plantíos. Pero existe también una moderna draga de succión, prepotente y poderosa, que instalada en lo que pudiera considerarse un gabarrón remolcable, escarba una y otra vez el canal del Santiago, desagüe natural del vaso, para que las presas de contención de la unidad de bombeo de Ocotlán, que permite un restablecimiento artificial del caudal del río necesario al trabajo de las instalaciones de la Compañía Hidroeléctrica, se encuentren convenientemente abastecidas.

Y esta dramática campaña, sorda y ciega a la desconsoladora evidencia de que el nivel del Chapala desciende sin solución de continuidad ni perspectiva de remedio, y volviendo de minuto en minuto más arduo el gran problema, toma cada vez mayor incremento…

Es a merced de tan deplorables circunstancias que han comenzado a aparecer las grandes extensiones secas de las tierras del Pantano. Que, horadando el inerte cristal del lago, emergen su calva blanqueada por el guano las extrañas escolleras que brindan amparo a los nidos de las gaviotas exóticas frente al poblado de El Fuerte. Que se van levantando, con un impulso creciente y siniestro, y desde lo más profundo de ese grácil mar interior, los ignorados bajos arenosos que vuelven su navegación pletórica de riesgos y urgida de boyas. Que verdean los tulares en mitad de lo que fueran hondos remansos. Y que los pueblecitos ribereños han de trasladar una y otra vez sus humildes atracaderos en persecución de las fugitivas orillas…

Y, en medio de este drama silencioso, tratando de prenderse y aun de echar raíces entre los escasos elementos vivos de aquel decadente costumbrismo lacustre, palpita la verídica y triste novela del orgulloso Ramiro Fortuna y su inefable canoa.



ESCALA
KILOMETROS 0 5 10 20 30
-N-
PLANO ANTIGUO-1892
RIO SANTIAGO
PONCITLAN
Sta. Cruz
OCOTLAN
Zula
Cuitzeo
El Fuerte
JAMAY
LA BARCA
MEZCALA
SN. PEDRO ITSICAN
Sta. María la Joya
Los Guayos
I. de Boca del Río
CHAPALA
SN. JUAN COSALA
Ajijic
El Chante
Isla del Presidio
JOCOTEPEC
Isla de los Alacranes
LAGO CHAPALA
RIO LERMA
CIENAGA DE COMUATO
I. Maltaraña
Sn. Pedro Caro
Pajacuarán
Palo Alto
COJUMATLAN
RINCON DE MARIA
LA PALMA
LA CIENAGA MICHOACANA
TIZAPAN
SN. LUIS SOYATLAN
TUXCUECA
SAHUAYO
GUARACHITA
JIQUILPAN
-S-

PRIMERA PARTE

EL LAGO

"¡Aunque yo no sea melón,
nomás quiero que me calen!…"[3]

I

CUANDO un hombre nace y crece sin hacienda, diríase que fuera un intruso insolente que se ha colado en nuestro mundo sin papeles ni méritos que legalicen su presencia en él, y llevando a cuestas la congoja de una inadaptabilidad irreductible.

En Ramiro Fortuna el caso presentó el agravante del sarcasmo. Lo afortunado lo llevaba únicamente en el apellido.

Tal apelativo se lo debió a su madre. Pues, ante Dios y ante los hombres, tuvo que afrontar, doblegado por un bochorno que olvidaba su total irresponsabilidad en el desaguisado, el baldón de que lo registrasen como hijo de padre desconocido.

Cuando él estaba muy tierno aún, murió su progenitora. Y sus dos hermanas mayores hubieron de sacarlo avante hasta que sirvió para desempeñar un trabajo con el cual se proporcionara el sustento. Entonces, a los trece años, Matías Doblado, un viejo pescador y campesino de su misma ranchería de Las Tortugas, empleólo como ayudante en su pequeña y deteriorada canoa, llevándoselo a pescar al lago.

A su lado aprendió Ramiro las complicadas mañas del oficio. Dominó la maniobra de la navegación a vela. Fue enseñándose a remar y a palanquear, endureciendo con el ejercicio y el sol sus jóvenes músculos. Y acabó por adquirir una precoz malicia y habilidad tanto en el lanzamiento de la atarraya como encamando el anzuelo y jalando del bagre prendido de él y en lucha dolorosa y desesperada para zafarse a tirones de la palpitante codicia de la cuerda.

Las inquietudes e ilusiones propias de la edad adolescente revistieron de una explosiva ufanía esta fase de las agobiadoras tareas de su oficio. Y se las volvieron tolerables y hasta gratas.

No era lo mismo con las otras labores complementarias, más anónimas, prosaicas y ajenas a la emotividad y a la aventura, tales

como la de abrir y vaciar la popocha para ponerla a secar al sol; carenar y enjuagar la húmeda y vieja canoa; tejer a mano y con hilo de bola del cuarenta la rede mangueadora con que se pesca la carpa; confeccionar con ramas de tule y lirio la primitiva boya que había de servir a modo de flotador al utensilio denominado maroma; y, en tiempos de seca o durante la veda, acarrear desde la orilla del lago y por sobre el pedregal, el agua para irrigar el plantío de pepino que cultivaba su patrón, valiéndose de un palo que se pasaba sobre los hombros y que sostenía en sus extremos dos viejas latas alcoholeras… Pero lo sobrellevaba con esa resignada indiferencia que aporta la íntima y humilde consideración de nuestra debilidad para oponernos a los implacables del destino. Y hasta llegó a considerarse, con cierta ufanía, meritoriamente hábil en tales menesteres.

De todos modos, su afición conducíale a esperar ilusionado aquellos felices momentos en que debía navegar las espaciosas rutas del Chapala, y los otros en que su patrón y él tenían que poner a prueba su ingenio y sus energías en competencia con la recelosa esquivez de los peces y con el ímpetu insobornable de los elementos.

Esa clase de lucha suena siempre con un dulce tañido de esquilas en los ámbitos del sensitivo corazón infantil. Y adquiere un candoroso matiz legendario en la nubil fantasía que la interpreta.

Una vez que llega a adulto, el hombre cree sentir que ese contacto con la sorprendente naturaleza lo torna libre. Pero, cuando todavía es adolescente, experimenta, además, cierta sensación tónica de imaginarse superior a su ciclópeo poder y hasta capaz de dominarla y someterla. No importa que los elementos naturales, con sus bruscos e impetuosos arrebatos, le demuestren a cada momento la patética vacuidad de sus pretensiones, jugueteando hasta atarantarle, con sus frágiles recursos. El ánimo dispone de sus propias defensas. Y, revertida, la virtud de soportar adquiere el mismo mérito que la de infligir tuviese. Las contingencias y los descalabros no son, entonces, sino el lujo con que se adorna nuestra inaudita capacidad para asimilar las penurias.

Nada importa que, como Ramiro Fortuna, se vaya descalzo, sucio y medio desnudo… Que del fondo del estómago enjuto y contraído clame, perennemente ansiosa y perpetuamente irredenta,

la empecinada voz del hambre… De todos modos la vida y sus peripecias transcurren adornadas con una fiestera policromía de exuberantes crepúsculos y bajo el enfoque de radiante luz idealizada.

Porque la naturaleza es como otra madre, cuya áspera caricia nos conmueve y estimula.

Pescaba Matías Doblado casi todo el año.

Por las aguas, durante el estío, salía con su asistente en pos de la carpa y la popocha, que por su abundancia son dos de las variedades más remunerativas de la fauna lacustre.

Lanzábanse en la canoa hacia los canales trazados por la draga o las corrientes, para tender en ellos la rede mangueadora, entre cuyas traicioneras mallas iban quedando atrapadas las errabundas y desprevenidas víctimas. O bien, concurrían a fondear en los lugares más profundos las llamadas nasas, en espera de la visita de algún bagre goloso y atolondrado.

Mientras navegaban para depositar o recoger estos aparejos, y en tanto que el viejo, displicente y desde la popa, se ocupaba de gobernar el timón y la escota de la gallarda vela cuadra, Ramiro, después de encamar cuidadosamente el anzuelo, lanzaba su cuerda por el costado tratando de sacar algún pez de travesía. La espera y el hecho de mascullar alguna de las saudosas cancioncitas que aprendiese en las quietas noches de plenilunio, cuando los jóvenes de su rancho se congregaban en espontáneos orfeones, de panza sobre el pedregal del ribazo y contemplando el temblor de los luceros reflejados en las aguas insomnes de la laguna, adormecíanlo… Y, al sacarlo de su abstracción el tironeo arrebatado de la víctima, inclinábase ligeramente e iba recuperando el aparejo con mesura y maestría, sin interrumpir la tensión que desgarraba los labios o las entrañas del voraz inadvertido y lo iba trayendo hasta sus manos, convulso y con todo el dolor y el espanto de la muerte brillando en la expectación de sus ojuelos redondos.

Pasado el verano, a lo largo del otoño y durante los primeros meses del invierno, entraba la temporada del blanco. Y en ella debían multiplicarse sus esfuerzos y surgir en derrame lo mejor de sus energías.

Este pez, fresco y entero, llega a alcanzar un precio envidiable. Y para extraerle se emplean, indistintamente, la atarraya de tejido

abierto, la rede cazadora o los inefables chinchorros de arrastre, confeccionados con manta de cielo, y que sólo poseen aquellos que gozan privilegio de la fortuna.

Matías y su protegido no pertenecían, ciertamente, a tan encumbrada categoría social. Y ello pudiera reducirles el provecho de la pesca; pero les evitaba no pocas fatigas.

El manejo del chinchorro resulta pesado y difícil. Requiere la colaboración de un grupo de por lo menos cuatro pescadores. Si bien, muy raramente es ímprobo. Consiste el utensilio en una larga red provista, en su parte superior, de flotadores, más frecuentemente de palo que de corcho, y de plomos en el lado bajo. Ella se distiende lago adentro, procediendo después a su arrastre y desde ambos extremos el grupo formado por dos o tres canoas, con dos hombres a bordo cada una, uno de ellos para atender a la red y el otro para manejar los remos. La primera embarcación jala desde uno de los lados y la otra desde el contrario, coordinando su marcha. Y el chinchorro se abomba y avanza lentamente hacia la orilla barriendo con cuanto pescado tropieza de camino. Si existe una tercera canoa, ésta se ocupa de sostener alta la corchera de la parte media de la red para que los peces gordos no se liberen brincando sobre la misma. Y cuando llegan a la margen y proceden a recogerlo, muy raro será que el chinchorro no traiga por lo menos una cosecha de tres o cuatro arrobas, en las cuales podrán hallarse todas las especies animales del lago, desde el bagre adulto y cabezón de cuatro kilos de peso hasta la popocha adolescente y el blanco recién nacido.

Es, precisamente, esta desaprensiva falta de diferenciación entre adultos y crías, que resulta depredadora para la fauna del pródigo mar chapálico, la razón por la cual existe una ley que considera delictuoso el empleo de tal artefacto, haciendo que lo persigan las capitanías de puerto. Sin embargo, ello no podría implicar que los chinchorros hayan desaparecido.

La ley, cuando se contrapone a los imperativos de la codicia, tiene en nuestra sociedad un pobre valor estimativo. Una ambición que no reconoce ni repara en escrúpulos de conciencia impulsa al hombre de los tiempos modernos en la desatentada persecución de los méritos fundamentales de nuestro mundo: la opulencia y la fastuosidad propiciadas por el dinero. Y son, en último término,

estos elementos los que deciden el valor real de cada ley teórica…

Acaso los pescadores pobres del Chapala, que carecen de recursos para adquirir un chinchorro, se sintieran movidos a intentar la defensa de tal disposición oficial en provecho del futuro de sus hijos… Pero ellos saben bien que la hebra se revienta siempre por lo más delgado, y no se arriesgarían en tan peligrosa empresa de caballería andante. Además, los ribereños de una y otra categoría hace mucho tiempo que parecen convencidos de que las leyes se hicieron sólo para hostilizar al que trabaja. Y, consecuentemente, las afrontan como a un enemigo al que hay que tolerar porque no se le puede vencer; pero del que, siendo un poco hábil, siempre logra uno evadirse.

Las grandes dimensiones del lago los ayudan, al fin, en esa evasión.

Allá, muy de tarde en tarde, el bote de las autoridades sale en expedición punitiva por las riberas, descubre algún chinchorro asoleándose, lo incauta y lo incinera… Pero tendrá que ser muy lerdo quien de ese modo se deje sorprender. Porque los vecinos de cada comunidad disponen de tiempo sobrante para ver venir a una embarcación sospechosa y para ocultar sus redes antes de que los tripulantes de ella alcancen, ni con catalejos, a percibirlas.

En ocasiones, los chinchorros pertenecen a comunidades agrarias cuyos miembros se reparten equitativamente sus productos. Pero, de ordinario, el dueño es uno solo, lo que viene a convertirlo en el riquito del lugar. En estos casos, él se reserva la mitad del provecho y sus ayudantes se distribuyen por partes iguales la otra mitad.

En Las Tortugas, fuerza es confesarlo, no existía ningún chinchorro clandestino, porque ni el comisariado ejidal era lo necesariamente fuerte en su estructura económica para adquirirlo, ni vivía allí ningún pescador que contase con los muchos pesos que sale costando el utensilio. Los más ricos detentaban, aparte de otros elementos para la pesca tan primitivos como las fisgas y las nasas, unas cuerdas y maromas, los dos tipos de redes llamadas tumbos (la mangueadora y la cazadora), y las utilísimas atarrayas. Y a estos menajes, asimismo, debían atenerse la ambición y la laboriosidad de Matías Doblado y su pequeño asistente.

Por lo que atañe a la llamada rede cazadora, también es muy

valiosa en la campaña contra el blanco. Colgada de palos espetados en el légamo del fondo, se tiende en los lugares frecuentados por los animales, que se enredan de las palpitantes agallas al procurar trasponerla, y allí permanecen presos y agotados mientras llega el pescador y los recoge.

Por su parte, la atarraya, que para este menester es también tejida a mano, resúltales un artefacto cómodo y eficaz. Pero sólo pueden emplearla en los lugares de fondo bajo.

En ocasiones en que la popocha era abundante, Matías y Ramiro la abrían y vaciaban, poniéndola a secar a la intemperie en unos tendederos. Éstos eran improvisados mediante horcones y palos frente a su casa de Las Tortugas. Las lonjas de pescado permanecían expuestas allí, en largas ringleras, durante semanas. Y el olor acre que no dejaban de despedir, atraía, además de miríadas de moscas, a las escasas gaviotas y pelícanos del lago, ávidos de los fáciles despojos arrojados en las orillas.

Una vez seca y acecinada, esta carne puede conservarse por tiempo indefinido y alcanza muy buen precio en los mercados.

Otras veces, los que se tostaban al sol eran miles de diminutos y plateados charales. Habíanlos extraído mediante la atarraya de manta de cielo cuando acudían a desovar entre la lama verdosa que recubre los cantos del pedregal bañados por el agua. Y los tendían sobre gruesos costales de henequén o amplios petates de tule.

Los bagres y el blanco conservábanlos vivos. Los iban encerrando en rudimentarios corrales de piedra por cuyos resquicios penetraba, renovándose, el agua inquieta de la margen del lago. Y de allí los extraían para vendérselos frescos al tripulante de un bote de motor bautizado El Buscabullas, cierto contratista de Ocotlán que periódicamente recorría las comunidades ribereñas adquiriendo tanto los peces frescos como el charal seco y la cecina de popocha y carpa, todo lo cual envasábalo y lo remitía a las ciudades del interior del país, donde encontraba fácil y provechosa venta.

Avanzado el invierno y durante los comienzos de la primavera se establece la veda.

La pesca, entonces, declina mucho. Los campesinos han de conformarse con algún ciento de charales que recolectan en los lances de la playa y con uno que otro bagre que se prende en los

anzuelos de la discreta maroma, comiéndose fritos los primeros y condimentando, gracias a los segundos, ese famoso caldo michi que es el platillo típico y hasta proverbial de la comarca.

Por este tiempo, casi todos los hombres dejan reposar a las embarcaciones y se dedican al labrantío de sus terrenos. Atienden los huertos orilleros sembrados en el propio pedregal u organizan los coamiles de las vertientes del cordón montañoso que circunda al lago, donde levantan las siembras de temporal que han de proveerlos del maíz y del frijol necesarios para su consumo y del garbanzo destinado a alimentar los animales domésticos que coadyuvan a mantener su raquítica sustentación económica.

En los postreros meses del invierno y a los comienzos de la veda, Matías y su ayudante combinaban el cultivo de los terrenos del viejo con las faenas de la cacería de patos, pues ésta es en el Chapala una riqueza tan pródiga como la mejor.

Y parecía constituir ella la ocupación más halagüeña a las aficiones de Ramiro Fortuna.

Podríase haber pensado que, si del adolescente dependiera, no se hubiesen dedicado a otra función en todo el año.

De cualquier modo, esto no habría resultado posible. Las aves lacustres no son permanentes allí. Proceden de populosas migraciones que llegan a mediados del otoño desde Alaska y el Canadá y retoman a sus puntos de partida al iniciarse el verano. Sólo algunos ejemplares del llamado pato garbancero han ido aclimatándose, y llegan a procrear en la región, permaneciendo durante todo el año. Pero son muy pocos para constituir una riqueza. Y, por lo demás, las gallaretas y los pililes, oriundos de la comarca y que abundan en todas las estaciones, resultan escasamente comestibles, lo mismo que sucede con las garzas y otras zancudas que pueblan los plantíos ribereños.

De noviembre a fines de abril, patos de mil especies comestibles y opulentos ánsares establecen en las orillas del lago su recreo, e invaden las tierras cultivadas convirtiéndose en tentación de los cazadores y en azote de los sembradíos. Careciendo de armas de fuego, Matías y su lugarteniente tenían que valerse de procedimientos genuinamente locales y harto pintorescos por su primitivismo cuando expedicionaban para perseguirlos. Pero esto no conducía sino a volver más complicadas e interesantes las

características de la ocupación.

El viejo gozaba fama de superar a los más avezados cazadores mediante el sistema de bules. Y pronto llegó Ramiro a conceptuarse, guiado por tan excelente maestro, como muy ducho en todas las mañas y triquiñuelas del oficio. Extremadamente joven aún, era motivo de uno de sus más sólidos orgullos profesionales aquella singular habilidad que en cierta ocasión le permitió apoderarse de dos docenas de patos garbanceros antes de causar sobresalto y ahuyentar, con una leve imprudencia, a la parvada.

Este rudimentario sistema de los guajes consiste en ir estudiando concienzudamente los remansos sombrosos que frecuentan los patos en las horas del atardecer, para arrojar en ellos varios bules o calabazos vacíos, a fin de que floten allí por largo tiempo y las aves se vayan acostumbrando a nadar entre ellos sin experimentar ningún recelo. Un día, cuando esa identificación se ha logrado, el cazador acecha el momento en que hay varias palmípedas soñolientas congregadas junto a los calabazos. Y encajándose en la cabeza uno de estos bules, convenientemente agujereado para que le permita ver y respirar, se introduce en el agua por entre los miares. Procurando mantener sobre la superficie únicamente la cabeza cubierta por la cucurbitácea, se va acercando lentamente a la incauta bandada hasta tenerla inadvertida y al alcance de su mano. Entonces, estira prudentemente ésta bajo el agua, aprisiona por las patas al ave más inmediata y la sumerge rapidísimo, para no darle lugar a que grite y prevenga a las otras del peligro. Sumergida siempre, le retuerce el pescuezo y se la cuelga, ya muerta, del fajador… Sigue luego con otra… Y así sucesivamente hasta que un error o un movimiento imprudente lo denuncia a la parvada, que emprende el vuelo huyendo del trágico paraje.

Matías llegó a tener sembrados de calabazos casi todos los sesteaderos propicios de la ribera desde Las Tortugas a La Barca, incluyendo las pródigas márgenes del Pantano de Jamay.

Este oficio encontraba épocas asaz favorables.

Hubo una temporada en que el pato dio en comer ciertos yerbatos tóxicos de la pradera a los que los lugareños bautizaron impropiamente toloache. Y el efecto que el alimento les hizo fue tan adecuado a los propósitos de nuestros cazadores, que les impedía volar sin llegar a matarlos. Quedaban tullidos y torpes, incluso para

la nadada. Y así, con muy escaso esfuerzo podían agarrarse vivos.

Gracias a tal circunstancia, nuestros dos amigos conocieron un mes de inusitado auge. Y transportaban a Ocotlán en su canoa verdaderos cargamentos de estas palmípedas, que allí eran vendidas a ciertos despabilados contratistas que las abrían y vaciaban, mandándolas a la capital de la República, empacadas con un pedazo de hielo, para prevenir su conservación, dentro de cada una.

Pronto escarmentó, sin embargo, la diezmada especie, no volviendo a probar el traicionero toloache.

Y claro está que aquéllas eran sólo las eventualidades favorables en el oficio. Pues, por cada ocasión en que las cosas surgían dispuestas tan a la medida de sus deseos, nuestros hombres retornaban otras cien veces a Las Tortugas al cabo de dos días con sus noches de extenuante brega, y sin otro trofeo que algún chichicuilote que encontrasen herido por las postas de un cazador o tal cual desprevenido gordillo que lograran abatir de una certera pedrada.

Mas, ya que tan bien dominaban su ocupación y los mil recursos que presta a ella la dadivosa naturaleza, no había de faltarles la oportunidad de recoger por lo menos algunos huevos de pato, que hacen una mediana comida, o, en último extremo, de disimular su fracaso y el hambre que éste traía por inmediata consecuencia, dándoles una feroz batida nocturna a los tordos.

Por cierto que también esta mezquina cacería representaba un espectáculo impresionante, por lo sanguinario.

Las dos variedades de tordo habituales en la comarca, tanto la negra como la de pechuga amarilla, acostumbran a pernoctar entre los tulares. Abundantísimos en la ribera, sus profusas bandadas constituyen una depredadora plaga para los plantíos de maíz. Y cuando se hallan ocultos y amontonados entre el espeso ramaje de la espadaña los denuncia un continuo y alborozado gorjeo.

Nuestros dos cazadores solían aprovechar las noches más oscuras, ya que en ellas el pájaro es casi totalmente ciego. Penetraban, orientados por la algarabía, llevando cada quien un costal, cuya boca mantenían abierta con la mano izquierda, prendido y colgándoles del ceñidor del calzón. Con la diestra exploraban el matorral, manoteando entre las aturdidas parvadas, que se removían sin atreverse a remontar y acentuando el

escándalo. Tomaban un tordo, llevábanselo a la boca, cercenábanle de una violenta dentellada la cabeza e iban arrojando al fondo del costal sus palpitantes despojos para proseguir con otro mientras escupían el pedazo sangrante que les quedaba entre los dientes… Y así, hasta cansarse de decapitar y tener el costal lleno de cadáveres.

Dichos pajarracos podrían no resultar muy pródigos en carne comestible ni tener ésta muy suculenta. Pero, con el adobo de un poco de imaginación y el insuperable condimento del hambre, llegaban a sustituir a las huilotas, siempre que no se consiguiese nada mejor con que ir entreteniendo al estómago.

II

MAS TODA esta serie de emocionantes peripecias, que bien pueden embriagar de fáciles entusiasmos una vida juvenil, no llena, sin embargo, el caudal completo de las ilusiones de un hombre.

Ramiro Fortuna creció. Y con él crecieron sus ambiciones o, por lo menos, lo que pudiera ser una confusa noción de la esperanza.

Mozo ya, atrevióse a posar la codicia de sus ojos de célibe en *la Güera* Hermelinda, la hija de don Sixto Delgadillo y de doña Nicolasa, sus vecinos. Y entonces, la existencia se le llenó de problemas.

Él había oído hablar alguna vez del hogar, del sagrado hogar, y de esa fundamental misión del hombre civilizado en la seráfica sociedad burguesa: la integración de una familia.

Acaso no hubiera sabido explicar Ramiro por qué nuestra organización social le atribuye méritos tan elevados a una función biológica simple, y que, al fin y al cabo, llenan instintivamente todos los animales, hasta las propias ratas… Pero sí estaba muy al tanto de que la familia se debía tener por una institución digna y honrosa.

Sólo que, cuando un hombre decide meterse en esos berenjenales, lo primero que está obligado a calcular es la capacidad de su peculio para procurarle alimentación a la mujer elegida y a los hijos que ésta ha de regalarle. Y si, como en el caso particular de nuestro amigo, el interesado no devenga un salario que lo faculte para llenar tales menesteres, le valdría mucho más mostrarse prudente, meditando bien las cosas.

Pero el sentimiento es como las enfermedades: algo tan testarudo que no podrían vulnerarlo buenas ni malas razones. El hombre se ha puesto ya a incubar la idea de que necesita perentoriamente a esa mujer; y nada lo podrá apartar del despropósito. Antójasele dispuesta tan a la justa medida de sus

esperanzas, tan dueña de todas las cualidades que sus aficiones codiciarían, que sólo logrará inspirarle horror la menor perspectiva de perderla. Y cuanto se haga por convencerle de que debe abandonar empeño tan insensato, no conducirá sino a exaltar más todavía la afición, convirtiéndosela en una pasión contumaz e inapelable.

Y es, precisamente, en tal punto donde viene a cuento la necesidad de una fortuna.

El hecho es que aquella misma organización social que le había enseñado a Ramiro a respetar, como trascendental y venerable, la sagrada entidad familiar, no se acordó de proporcionarle los elementos económicos precisos para sostenerla.

Todo lo que de Matías obtuvo en pago de sus correrías por el lago fue el derecho tácito a considerarse como uno más entre los miembros de su numerosa familia. Viene ello implicando que se podía sentir autorizado a devorar unos cuantos bocados de su pobre yantar y a disponer de un petate de desecho y de un rincón para tenderlo y dormir sobre él bajo el portalillo de la choza. Además, de tarde en cuando, y en acatamiento de aquel eminente precepto moral que exige de todo ser adulto que cubra sus indecencias, disponga o no de trapos con qué efectuarlo, la mujer de don Matías, doña Anselma, se esforzaba en remendarle algunos gallos harapientos que, por inservibles, iba dejando en desuso su marido. Y gracias a ello y a ciertas amabilidades de Anselmita, la hija mayor de sus patrones, Ramiro podía vestir un estrafalario calzón de manta trigueña, parchado reiteradas veces y tan amplio de pretina que le daba casi dos vueltas a la cintura, viéndose obligado a plegarlo en forma tal que lo que hubiera sido la abierta de la bragueta veníale a quedar a media nalga. Del mismo origen y catadura era su camisa de calicot, la cual, desflorada en frecuentes y ostentosos desgarrones a través de los que asomaban, exhibiendo su riqueza, los haces de músculos de su espalda y sus hombros broncíneos, completaba lo fundamental de su indumento. Sólo en estricta categoría de detalles de lujo venían complementando la sobriedad fortuita de lo anterior un sombrero de palma, desflecado y sucio, que Ramiro heredó del viejo Atalo, cierto hermano de doña Anselma muerto de las biles tres años atrás, y un pañuelo colorado que le obsequiase su hermana Toribia, amén de un fajador de lana,

colorado también, que él cambiara en Ocotlán por una pareja de patos de cabeza azul logrados vivos en la ciénaga y que el viejo le cedió en un rato de buen humor como regalía.

Por lo menos, estas prendas elementalísimas solían lucir bastante más aseadas de lo que hubiera podido esperarse del trabajo tan rudo que sobrellevaba nuestro hombre y del hecho de no conocer muda. Y estamos por creer que a ello contribuían tanto la condición pulcra, natural en el muchacho, como los desvelos de Anselmita por enjuagárselas de tarde en tarde, y mientras él aguardaba paciente, envueltos sus pudores en el pie del viejo o zambulléndose con un precario taparrabo en la laguna.

Pero ¿cómo había de casarse y sostener con tan exiguo patrimonio una familia?…

Matías aseguraba haberle cobrado al joven cierto cariño. Y se esforzó por interpretar con ecuanimidad su gran problema.

Mas, así que sus afanes deductivos penetraron hasta lo profundo de tan procelosas interioridades, no tuvo otro remedio que convenir en que resultaba abrumadoramente difícil que Ramiro encontrase los medios adecuados para solucionarlo.

De todos modos, por no dejarse ver indiferente, trató de aportarle unos consejos… Consejos que, estando inspirados en una luenga y concienzuda experiencia, no pudieron menos de resultar hondamente desalentadores.

Eso de salir de pobre no era, según las intrincadas reflexiones del viejo lo veían, tarea nada sencilla. Son muchos los que nacen, se desarrollan, viven y mueren miserables, sin conocer ni aun como apellido a la fementida fortuna. Y es indispensable que sea así para que puedan gozar de ella los que por voluntad expresa del Creador ya la encontraron. A juicio de don Matías, era probablemente Dios quien iba señalando al nacer a las personas, para diferenciar aquellas que deberían vivir una existencia abundante y dichosa de las otras que estaban condenadas a soportarla en medio de terribles escaseces y conforme a lo que les aconsejaran su suerte y su habilidad. A algunas de estas últimas olvidábase de darles hasta la habilidad y la suerte, sin duda porque Él suele hallarse muy atareado juzgando a los que descuidaron sus rigurosos preceptos y surtiendo con ellos las insaciables calderas de Satanás… Llegó Matías en alguna ocasión a aventurarse a pensar que, aparte de

olvidadizo, Dios lucía escasamente equitativo, ya que nada le hubiera costado hacernos ricos a todos por igual, como por igual pudo habernos hecho buenos, evitándonos así la mala pasada de ir a caer en las codiciosas y crueles garras del Demonio. Mas eso, terminaba comprendiéndolo, además de una terrible blasfemia, resultaba una manifiesta tontería. De no existir los pobres, el rico hubiera tenido que ponerse a acarrear él mismo, a través del inestable pedregal, aquellos botes de agua del lago con que se regaban los plantíos de melones, sandías y pepinos que se había de comer; precisara, asimismo, edificar sus propios palacetes; tendría que recoger y tirar la basura que hoy le saca el barrendero; y se hubiese visto hasta en la necesidad de limpiar su propio excusado… Y claro estaba que con tantas ocupaciones no le hubiera quedado ningún tiempo disponible para darse vida de rico.

Dios no pudo ser tan elementalmente falto de previsión ni tan desconsiderado con los ricos.

Tuvo que originar pobres, porque eran indispensables para que pudiesen existir los adinerados. Lo mismo que tuvo que crear el pecado y los pecadores para mantener entretenidos los dañinos ocios de Lucifer.

¡Hasta el más mentecato lo comprendería!

¡Ah!… Pero Él supo cómo remediar las cosas para que el pobre fuera de todos modos dichoso. No procedió a castrarlo despojándolo de su ambición, de esa ambición avasallante que parece ser la fuerza motriz que impulsa los engranes del progreso dentro de nuestra idílica civilización cristiana. Hacerlo así, hubiera resultado no sólo cruel, sino, además, antieconómico… Pero, en honor a esa ambición que dejó intacta, diole las bases para fundamentar una esperanza. Dios creó el trabajo.

El trabajo es una institución que Él dispuso se originara para servicio exclusivo del pobre. En aras de él, todo desposeído tendría una senda por la cual pasar, si es que sus méritos se lo autorizaban, hasta el añorado mundo de los ricos. Dios no se hubiese molestado en inventar el trabajo si antes no da origen a los pobres. Les debía una reparación: y esa reparación fue el trabajo. Desde que éste existió, el pobre pudo considerarse ya recompensado y feliz…

No cabe duda de que esto suena un poco absurdo y nada verosímil. Pero, en honor a la paz social y la fe cristiana, Matías

hubiera recomendado que se sacudiese uno de la oreja el impertinente moscón de cualquier duda y procurara ir haciéndose el ánimo de creer que, mediante el trabajo, el pobre se halla en condiciones de terminar en rico… ¡Y qué gloria de mundo aquel en el que la laboriosidad de sus habitantes acabara convirtiéndolos a todos en capitalistas!…

Cosa mucho más seria resultábale establecer la clase de trabajo que debiera conducir a un miserable como Ramiro Fortuna hasta la posesión de la riqueza. Matías Doblado albergaba cierto timorato presentimiento de que una laboriosidad manual o intelectual simple jamás pudo servir a nadie de escalón para alcanzar tan elevados propósitos. Él sabía de algunos que, habiendo nacido paupérrimos, llegaron a considerarse adinerados al cabo de los años. Pero, al investigar la índole de los procedimientos que cada uno empleó, acababa por taparse las orejas y apretarse la nariz, pues todo eran clamores de adoloridos y hediondeces de muladar en torno a la historia de sus actividades sociales.

Aquellos que vivieron atenidos a un trabajo personal esforzado y honesto, a duras penas llegaron a conseguir un acomodo precario, ya que no siguieron sumergidos en la miseria misma de su punto de partida.

Por ejemplo: él, Matías, trabajó durante diez años como humilde y honrado peón de campo antes de que le fuese dable reunir los cien pesos necesarios para comprar la canoa, aquella rústica chalana que, al cabo, vino a convertirle en hombre de recursos. Y permaneció por otros diez años pescando y cazando en el lago antes de conseguir el dinero preciso para la adquisición de los aperos, la vaca, la mula, el arado y la semilla con que cultivaba su ecuaro, el cual venía a completar con una cosecha anual de veinte hectolitros de maíz la solidez de su hacienda. Habíale sido preciso vender las gallinas que con tanta devoción y esfuerzo logró reunir su mujer en esos veinte años, para techar su morada con teja mal cocida, pues antes de entonces sólo conoció el carrizo y el zacatón. Y ya llevaba otros diez años laborando y se sentía viejo y cansado, sin que en esa eterna brega contra la miseria hubiese obtenido lo preciso para estrenar un pantalón, para dormir en cama o para encasquetarse unos zapatos; y muchísimo menos para complacer aquellas viejas y grandes ilusiones de llegar a dueño de una escopeta como las que

usaban, por sport, los ricachos de la ciudad que venían a cazar al lago, y que no aparentaban haber laborado mucho a lo largo de sus regalonas existencias… Es más, ni siquiera luchaba ya por ello, pues la canoa estaba tan malparada por el uso, la mula tan vieja y el terreno tan extenuado, que parecíale mucho más urgente renovar a las primeras y abonar el último.

Fuerza es reconocer que bien pudo deberse este fracaso a que Matías no fue lo necesariamente sistemático en la combinación de un trabajo duro y metódico con un plan de ahorro consecuente. Sin duda debió haber dejado morir a sus hijos cuando se le enfermaron, en vez de obstinarse en curarlos echando mano de los contados centavitos que lograra atesorar… Aparte de que, ante Dios y ante los hombres, llevaba a cuestas el pecado mortal de haberse sentido alguna vez desalentado por la inútil brega, cayendo en la flaqueza ignominiosa de ponerse una que otra borrachera; que si pudo hacerle olvidar momentáneamente sus tozudos anhelos y contemplar las cosas de la vida a través de un prisma más favorable a la tranquilidad de su espíritu, en cambio se llevó algunos de sus ahorros y puso un paréntesis de abulia en su laboriosidad.

A pesar de todo, él estaba satisfecho con su suerte. Y como el más opulento de los acaudalados, conocía aún la capacidad de sentirse de cuando en cuando feliz. Mucho más si se ponía a considerar que todos esos fatigosos y estériles afanes pudiesen tal vez servirle para distraer, con el mérito que llevaban implícito, al Supremo Juez, en tanto que le pasaba un contrabandillo de pecados menores que venían atormentando a su conciencia, y que, de resultar muy sobresalientes, bien pudieran haberle cerrado las remolonas puertas de la bienaventuranza celestial.

Por lo demás, apreciando a Ramiro como pretendía, no hubiese podido aconsejarle que se dedicara a robar.

Al fin y al cabo, el mozo sólo aspiraba a tener una esposa.

Dios dispuso, en atención a esos legítimos deseos de todos los pobres, que naciera por lo menos una muchacha tan miserable como desamparado estuviese cada varón. Él era así de previsor. Creaba mujeres pobres para los hombres necesitados, lo mismo que con su infinita sabiduría resolvió que naciesen tantos humanos malos como fuera menester para ir manteniendo entretenido y gozoso al pícaro de Luzbel.

Lo más grave del asunto hallábase en que *la Güera* Hermelinda era hija única de padres acomodados, los cuales la tenían muy mal impuesta, habiéndole enseñado a mostrarse siempre ambiciosa y exigente con respecto a su porvenir.

Bueno… Sus padres no venían siendo tampoco ningunos cresos. Pero, como Matías Doblado, se contaban por dueños de una canoa, dos atarrayas, dos redes tumbos, el derecho sobre tres de los mejores lances charaleros de la comunidad con sus correspondientes linternas, chiquihuites y tendederos, dos terrenitos de temporal al pie del cerro, un huerto relativamente limpio de pedregal y plantado de papayos en producción, tres jumentos, dos vaquitas criollas, seis chivas paridoras y un arado con reja de hierro, amén de un decente jacal, en parte de adobe y con su portalillo amplio techado de pajonal donde vivir, dos cobijas de lana de doble vista y un ple para envolverse, un horno al aire libre para hacer pan de cuando en cuando y cuatro petates grandes sobre los cuales dormir, y que les servirían de ataúd el día en que hubiera que darles sepultura.

Así, pues, podía venirse pensando que en la elección de Ramiro no intervino una esmerada prudencia. Y no le iba a ser fácil llevar a buen fin sus aspiraciones si antes no lograba convertirse en propietario de algo que viniera a representar un valor sustancial, amalgamable a la herencia que, con el tiempo, estaba destinada a percibir la muchacha.

Verdad es que los sentimientos de ella parecían corresponderle y que, en virtud de esto, a la joven le significaba muy poco todo lo que pudiera conceptuarse de considerandos interesados. Pero Hermelinda no había llegado a mandarse sola. Y la gente que la rodeaba y de la cual dependía, no logró hacerse a la idea de que los dos brazos desnudos y fuertes con que Ramiro contaba para sobrellevar la dura pugna por la vida y el choque de la adversidad, tuviesen una importancia tan grande como para volverle merecedor de tan guapa muchacha y de la limpia y saneada hacienda que ella llevaría consigo al matrimonio en calidad de dote.

Vino siendo lo peor del caso el hecho de que el más convencido de esa insuficiencia fuera el pobre muchacho.

Él sabía muy bien lo que vale una moneda y lo que alcanza a resolver en la situación de un hombre humilde la posesión de, no ya

todo lo que detentaba don Sixto, sino de una simple canoa…

Y al considerar su deprimente impotencia, hallábase desesperanzado y marchito.

Compadecido Matías, prometió hacer cuanto en sus manos estuviera por volverlo propietario.

Y lo hizo.

Influyó en los que mangoneaban la Comunidad Agraria de El Zapote, de la cual era miembro activo, para que le escriturasen al joven unos terrenos que nadie codiciaba por estar ubicados al otro lado del anfiteatro montañoso que circunda el lago, al pie del cerro de Chiquihuitillo. Y obtuvo, asimismo, de los demás cabezas de familia de Las Tortugas, que le fuera permitido organizar un lance para pescar charales, a continuación del último de los correspondientes a la ranchería, otorgándosele posesión legal y exclusiva.

Tenían tales arreglos un simple valor simbólico. Los terrenos no los hubiese podido cultivar por cuenta propia más que disponiendo de bestias de tiro, aperos de labranza, semilla y unas piernas extraordinariamente resistentes para caminar todos los días, después del trabajo, la distancia que mediaba entre ellos y el poblado. Tal vez lograra solventar algunos de los aspectos de este conflicto con la posibilidad de llevarlos a medias con el rico de Ocotlán, poniendo el financiador, como suele ser costumbre, bestias, aperos y simiente, y el aparcero el terreno y su trabajo… Pero el tal señor estaba escarmentado con relación a esas tierras, ya que aquellos rumbos no eran de los más seguros, y a lo mejor resultaba siendo un tercero de Santa Cruz o de Poncitlán el afortunado mortal que levantaba la cosecha. Tampoco el lance tenía valor práctico alguno en tanto que su dueño no llegase a disponer de una atarraya, un chiquihuite de carrizo y un farol para operar en las noches oscuras, que era cuando la pesca solía ser más remunerativa.

Pero, por lo menos, Ramiro había adquirido ya con ellos la envidiable dignidad de propietario.

III

DUEÑO de aquella fortuna tan inútil como la de su apelativo, nuestro héroe se dedicó a atormentarse, deliberando sobre su tozudo conflicto y sin hallarle una solución satisfactoria.

Iba posponiendo los remedios radicales, que eran los únicos que se le ocurrían, arrullado por una abúlica esperanza de que surgiese algún imprevisto que se lo resolviera todo favorablemente y de un tirón. Y, cuando menos lo esperaba, aconteció algo que pudo inclinarle a creer que lo tenía al alcance de su mano.

Sucede que habiendo arribado él y Matías, cierta mañana, en una de sus primitivas expediciones cinegéticas al lejano bordo de la ciénaga de Cumuato, topáronse entre la maleza de un espeso tular con una extraña bandada de ánsares.

Esta palmípeda migratoria es pródiga en una carne exquisita y muy solicitada. Y, aunque ordinariamente vuela bien, los ejemplares que nuestros amigos sorprendieron parecían providencialmente inapetentes e impedidos para huir. De tal suerte, ellos imaginaron que habían ingerido el traicionero toloache. Lo que en realidad les pasaba era que, después de invadir durante la noche anterior los inmediatos plantíos de garbanzo cuyo grano estaba en sazón, y de atracarse de éste llevados por una estúpida glotonería hasta la máxima capacidad de su buche, a su retorno al estero bebieron agua abundante, provocando que el garbanzo se les hinchara adentro de modo tal que los tenía postrados y aturdidos, víctimas de un empacho deprimente y que casi amenazaba con estrangularlos.

Nuestros felices cazadores penetraron en la selvática vegetación armados de sendas cachiporras.

Y desdeñosas sus carnes semidesnudas a la ponzoña de las horrendas arañas de patas a franjas negras y amarillas que infestan esta clase de malezas, comenzaron con despiadados y ciegos

garrotazos la provechosa carnicería.

¡Huelga explicar cuán opima fue aquella cosecha!…

Pero no quiere ello decir que Ramiro pudiese ir fincando en tan bonancible acontecimiento la satisfacción de sus anhelos de prosperidad económica. Buena o mala la cacería, los rendimientos de ella correspondíanle íntegros a Matías Doblado, de quien él era sólo un servidor que prestaba su contingente en retribución al derecho de compartir la comida y la casa de su jefe. El viejo no tenía obligación ninguna de hacerle partícipe de una cosecha abundante, por la misma y elemental razón de que no hubiera podido dejarle sin comer cada vez que volviesen sin pesca ni cacería, como llegaba a acontecer con extraordinaria frecuencia. Y podía darse Ramiro por muy satisfecho si, llevado del contento de que las cosas salieran tan propicias, su amo decidía obsequiarle el producto de la venta de una de las doscientas parejas de gansos habidas.

La circunstancia venturosa, paralela a aquella formidable cacería, que vino a llenar de amables esperanzas a su pecho enamorado, procedió de un incidente de la recolección al que, en un principio, le concedieran el joven y su patrón muy escasa trascendencia.

Advirtiendo Ramiro que dos de las aves silvestres muertas llevaban en una de sus patas ciertos anillos de metal, en los cuales venía grabada una inscripción para ellos indescifrable, despojólas de éstos. Llevábalos en la mano distraído, cuando arribaron a Ocotlán con el cargamento. Y como aprovechara, mientras su patrón pugnaba por venderle a un contratista la copiosa cosecha de ánsares, un paréntesis del inevitable estira y afloja del trato para mostrárselos a aquel señor y preguntarle qué significación tenían, el aludido le explicó que la leyenda en inglés que en relieve ostentaban prometía cinco dólares de recompensa por cada uno a quien los hubiera y se tomase la molestia de informar a un Centro de Control de Aves Migratorias en Winnipeg, Manitoba, del dominio del Canadá, sobre la época, las circunstancias y el lugar preciso en que los gansos que las llevaron habían sido cazados o cautivos.

Tal novedad despertó la codicia de Ramiro, lanzándolo en busca de alguien que lo ayudase a calcular… Y pronto pudo descubrir que tenía en sus manos una consistente y providencial fortuna.

Aquellos diez dólares, que en Norteamérica sólo pagarían una comida decente, al tipo de cambio que prevalecía, alcanzaban la lisonjera equivalencia de cerca de cien pesos mexicanos. Y cien pesos equivalían a un burro, un arado, un aparejo y la simiente para cultivar con ellos un amplio terreno de labrantío… Equivalían, en fin, a la ambicionada posibilidad de presentarse ante Hermelinda con un porvenir despejado: con las bases de una sólida esperanza para el futuro que diera eficaz respaldo al valor de sus pretensiones amorosas.

Maguer la casi insuperable dificultad que la empresa representaba para un analfabeto como él, no desperdició Ramiro la prodigiosa oportunidad aquélla. Valiéndose de la ayuda de su cuñado Daniel, un humilde sastre de Ocotlán casado como Dios manda con su hermana Toribia, y que sabía leer y escribir, redactó la inefable carta, que fue concebida y hecha en español, porque muy cuerdamente se supuso que la institución canadiense debía tener sus buenos traductores, y que más o menos decía:

> Mui señorez mi oz y amijos:
>
> Mialegraré qeal resibo desta ce ayen gosando de caval salú qe la qiaqí gosamos nosotros nues mala grasias a Dios. La presente hes conel fin de habisarles qe hayá pal rumbo de la Siéneja matamoz hezte dia hunos hánsares henpachadoz qe nueran qien para bolar por qe ceguro cebía hatracado de garbanzo y traiban hunoz haniyitos en las caniyas qesqe ustedes me ban ha mandar poellos de menos 10 dólares. Pos haqí heztán sus mentados haniyitos y hay ustedes me mandan los 10 dólares y nomás me mandan desir a qien pues ce los hentriego.
>
> *Su ceguro y afeutísimo cerbidor*
>
> *Ramiro Fortuna*

No se entró en mayores explicaciones, porque el cuñado se decía conocedor en materia de humanidades y estaba seguro de que a los *gringos* les *cuadraban* las cartas lacónicas y las guerras largas.

Aparte de la notoria insuficiencia de la información, de lo complicado que le iba a resultar al traductor descifrar semejante jeroglífico ortográfico con la ayuda del diccionario y del explicable descuido o recelo que llevó a Ramiro a retener, en vez de enviarlos, los anillos; y aparte, también, de lo mal concebida que estaba en el

sobre la dirección del destinatario, una de las más lamentables fallas de aquella ingenua epístola estuvo en no mencionar el lugar a donde debía ser contestada, Y no sabemos si esto obedeció a una inexplicable torpeza de la interiorización en humanidades del cuñado o a que éste consideró que no podía haber en todo el mundo más que un solo Ramiro Fortuna y que los gringos de Manitoba no serían tan lerdos que no pudieran localizarle en él.
Pero jamás se apercibió ninguno de los dos de tales deficiencias.

Y nuestro héroe pudo ya regresar a Las Tortugas, a la vez que llevando unas cuantas bolas de hilo, que comprase con el producto de la venta de dos gansos que le regaló don Matías, para tejer con ellas una atarraya, con la cabeza llena de humo y el pecho congestionado de esperanzas.

Hallábase seguro de que, siendo tan legales en cosas de dinero como de los *gringos* se decía, no iban a tardar en llegarle del Canadá aquellos dólares en manos de algún emisario que, por supuesto, desearía comprobar y recoger personalmente los anillitos.

Éstos, ocultólos celosamente bajo la caja del asiento de popa de la canoa de su amo.

Y esperó, muy ansioso. Si bien, nada quiso referirle por entonces a Hermelinda, ya que deseaba sorprenderla, y por otra parte, desconfiado como buen mestizo, prefería no desafiar a cara descubierta el ridículo de un posible fracaso.

Los días pasaron y los diez dólares no se dejaban ver.

Para colmo de desdichas, poco después apareció un nuevo y enojoso aspecto en el curso, hasta entonces apacible, de sus amoríos con la muchacha. Avatar éste que vino a llenarle de ardorosas preocupaciones y a ponerle a hervir en legítimas impaciencias.

La Güera Hermelinda se había ido poniendo demasiado guapa.

Y él debió preverlo.

Insinuábase ya la competencia.

Y era su rival nada menos que un primo segundo o tercero de la muchacha, nativo de Poncitlán y radicado allí, lugar de donde también era originaria doña Nicolasa.

No se trataba de un pelagatos cualquiera. Decíanle Tenógenes Güereña. Y era hombre de más edad que él y, por añadidura, riquito… Vamos, por ningún concepto dentro de la categoría de los auténticos potentados de la ciudad, que se gastan sin lesión ni

perjuicio de su patrimonio cien veces el monto de la fortuna de Tenógenes en una noche de parranda. Pero sí con un lisonjero acomodo para el medio en que se desenvolvía, pues era poseedor de un pequeño comercio habilitado con un capital no inferior a los mil pesos y hasta de un caballo retinto y muy bien guarnecido, en el cual solía acudir algunos domingos a Las Tortugas.

Pronto advirtió Ramiro el incipiente asedio a que venía sometiendo a la muchacha.

Y sus primeros impulsos le aconsejaron la violencia.

Reflexionó, después, que agrediéndole hubiera lastimado a los padres de Hermelinda, quienes, por ser familiar suyo, estimaban cordialmente a su rival. Y acabó por decidir que no le convenía bajo ningún punto de vista granjearse la enemistad de los viejos, y que lo conducente era hablarle a la muchacha para dejar con ella bien claras todas las cosas.

Columbraba la necesidad que para hacerlo tenía de un argumento contundente, capaz de cerciorar a *la Güera* de que sus propósitos matrimoniales eran no ya sinceros, sino, además, sólidos y fundamentados. Y la ilusión del recibo de aquellos diez dólares de los anillos se le presentaba demasiado problemática para hacerla pasar por buena en el desempeño de tales funciones. De suerte que, al cabo de mucho cavilar sobre sus cuitas, arribó a la conclusión de que no le quedaría otro remedio que hacer honor a su apelativo, lanzándose a recorrer el mundo en busca de una fortuna.

Era evidente que, a no salir de Las Tortugas, jamás podría pasar de Perico Perro. Los amplios caminos hacia el éxito y la independencia hallábanse más allá de esa pequeña comunidad agraria. Y, haciéndoselo notar así, pidióle a *la Güera* que le fuese leal y lo esperara, en tanto que se trasladaba a Ocotlán en busca de un acomodo mejor que le permitiese asumir las responsabilidades implícitas en aquellos deseos de hacerla su mujer un pronto día de mañana.

Impresionada la joven por esta exhibición de honestidad de propósitos y de legítimos afectos, confirmó de buen grado sus esperanzas, prometiéndole bajo solemne juramento, portarse juiciosa y ser fiel a su cariño hasta el lejano regreso del postulante.

Y Ramiro se marchó, como lo tenía previsto.

Pudo descubrir en la pequeña ciudad de Ocotlán que la vida

latía de un modo diferente; aunque de ninguna manera a un ritmo más fácil que en Las Tortugas. Las oportunidades eran allí más abundantes. Pero tampoco parecían muy propicias a un rápido éxito en el arduo camino de la prosperidad económica, ya que la competencia se adivinaba mucho más enconada y sangrienta.

Durante algún tiempo, tuvo que resignarse a oficiar como tripulante en uno de aquellos lanchones cargueros que surcaban a vela el amplio lago. Gracias a ello, devengaba un jornal. Mas era éste tan exiguo, que a duras penas le servía para comer y para ir abonando la compra a crédito de unos zapatos, un pantalón de mezclilla, una camisola de batista y un sombrero de palma limpio y decente, prendas que hubo de adquirir en vista de que allí se volvían indispensables.

Al menos, esto le trajo a su aspecto una notable mejoría. Y fue fruto inmediato de la misma cierto mayor entusiasmo de la chica en el amorío, ya que al acudir él a visitarla a Las Tortugas, sentíase deslumbrar por la buena apariencia que aquel inusitado lujo le prestaba a su galán.

Hasta podríamos asegurar que Atenógenes perdió considerable terreno en la disposición de ánimo de Hermelinda, por desgracia, harto vacilante e indecisa.

Mas el primo se venía mostrando asaz tozudo en sus empeños. Y este fracaso eventual no llegó a ser motivo suficiente para inducirlo a desistir, como, en consideración a los honestos sentimientos de Ramiro, hubiera podido desearse. Moderando el paso, mostróse más reticente y cauteloso en la exteriorización de sus ambiciones; pero siguió visitando Las Tortugas y recogiéndose, como resultaba natural y hasta obligado entre parientes, en casa de los padres de la muchacha cada vez que lo hacía. Y, sin dejarse ver molesto o lastimado por su frialdad, abrumábala con atenciones y regalitos e iba cultivando en ella una estimación y confianza peligrosas.

Nada de eso se le hubiera podido escapar a Ramiro. Aunque ni ante Hermelinda ni ante nadie se ocupó jamás de mencionarlo. El exaltado concepto de la dignidad que llevaba adentro hubiérale obligado a mostrarse intolerante y definitivo. Y se consideraba entonces apoyado por muy escasas ventajas para intentarlo.

Más todavía que ello le preocupó el descubrimiento de que *la Güera* y sus progenitores empezaban a frecuentar el pueblo de

Poncitlán aquellos domingos en que Tenógenes no aparecía por Las Tortugas. Acaso fuera en simple y lógica correspondencia a las amables visitas del comerciante. Pero, quizás, encerraba también una intención capciosa y sutil de estrechar la amistad que con él los unía, expeditándole el camino hacia el insinuado noviazgo.

Andaban la angosta brecha de herradura, serpenteante por las anfractuosas laderas y cañadas de los cerros, patriarcalmente montados en sus tres pollinos. Y Ramiro tenía que esperar hasta el anochecer el retorno de la muchacha, que siempre volvía portando ufana entre sus manos algún pequeño obsequio del pariente.

Poseído por un presentimiento triste, oíala el novio festejar ilusionada los incidentes de la romería; e iba encontrándola muy poco predispuesta a tomar todo lo en serio que él hubiese deseado el tema palpitante de sus difíciles amores. Poco a poco, llegaron a menudear los domingos en que la familia se quedaba a dormir allá y nuestro hombre no podía ni siquiera verla…

Influida en su candorosa rusticidad por algunas visitas a las verbenas y al cine de Poncitlán, Hermelinda iba cambiando de modo de ser y mostrándose trastornada por mil ideas alocadas y confusas… Y el malestar que generase aquel negro presentimiento de Ramiro, fue subiendo con ello de tono hasta rozar los lindes del despecho…

Un día se enteró de que, por lo menos en dos ocasiones, ella había concurrido a presenciar las películas acompañada por el meloso y pérfido Tenógenes, que seguramente se aprovecharía de la penumbra del salón para insinuarle su interés con atrevidas caricias. Y unos celos rabiosos le mordieron el alma, y le tornaron exasperado e incapaz de soportar por más tiempo duplicidad tan enojosa.

Ya empezaba a acariciar la intención de ceder el terreno, metiéndose en la dura brega de olvidarla, cuando un golpe de suerte imprevisto y favorabilísimo vino a armarle de nuevos y poderosos recursos en la insensata pelea.

Aquella circunstancia inopinada, y que no era por cierto el pago de los diez dólares de los anillitos, imprimió un brusco viraje en su desastrada situación económica, haciendo casi honor a su sugerente y, hasta entonces, sarcástico apelativo.

IV

HABÍAN transcurrido ya unos cuantos días desde que tuvo lugar el acontecimiento feliz. Y, entonces, llegaba a la culminación el breve ciclo de los éxitos que habían de permitirle a Ramiro Fortuna fundamentar su destino.

Caía una tarde tibia de verano.

El pequeño bote a motor de la Compañía Hidroeléctrica doblaba la curva de la estancia de Cuitzeo, estornudando sobre la tranquila superficie del río con el latido fatigoso y catarriento de su máquina.

Cierta fina ironía debió presidir el ritual de su bautizo. Llamábase *El Bienvenido*.

José Antonio, el pagador de la empresa, tripulábalo solo. Administraba su pequeño motor, adosado a la popa por fuera de la banda, fungiendo como mecánico; atendía el rumbo con el timón complementario del mismo, valiendo como piloto; y hacía la maniobra del despegue y del atraque, sirviéndose del cabo de amarre y del garfio o bichero con la misma desenvoltura que un marinero de cualquier embarcación de alta mar.

Tratábase, no obstante, de un pobre empleado de oficina.

Toda la semana trabajaba ante un escritorio, preparando las listas de raya con los informes que rendían los ingenieros y sobrestantes de cada grupo. Y los sábados por la tarde veíasele salir, con su deteriorado portafolios de cuero de cerdo inflado por una avanzada preñez que delataba el sustancioso contenido, para pagar los jornales a los obreros de los últimos turnos que cubrían sus quehaceres en el lago o por el río.

Aquella tarde, una quietud de égloga yacía acariciante sobre el paisaje.

Los cascados y presuntuosos estertores del mezquino motor de la lancha adquirían en ella cierta resonancia un tanto solemne.

Golpeaban el cristal de la serena atmósfera con las huecas estridencias de su pujante mecanismo. Las verdes umbrías de la orilla iban recogiendo en la fronda de los sauces los ecos de sus estornudos. Y los flancos escuetos de los cerros del fondo rechazaban, optando por devolverlo deformado y ululante, como herido por la brusquedad del choque, el ritmo monótono y pertinaz de la cantinela.

Sobre la tersa superficie del Santiago, las burbujas mofábanse de aquella ruidosa petulancia con la fugaz y temblorosa distensión de sus explosivas y diminutas carcajadas esféricas. Y la onda, levantada por el tajo de la proa, iba trazando un único y leve borde en ángulo, que cansado de empujar contra la densidad que ponía en el agua del río la quietud oleaginosa del ambiente, se apagaba en las orillas.

Vacas pintas y gordas de un establo, veíanse pastar entre el fresco herbazal de la margen izquierda. Y, por la derecha, dos hombres en cuclillas, un anciano flaco y retorcido como un sarmiento y un adulto joven y robusto, vestidos ambos con el terno de manta trigueña y el ceñidor rojo, a la usanza de la tierra, lavaban despaciosamente las raicillas y los minúsculos bulbos de unos manojos de cebollitas arrancadas, para el trasplante, del seno maternal de un almácigo.

En el recodo del canal, entre la isleta de Boca del Río que ostenta en su parte más elevada la graciosa y ufana estructura de un farito de acetileno y la braña alfombrada de llantén y salpicada de mezquitillos espinosos que precede a unas huertas, seis hombres en camiseta y armados de largos ganchos y de pesados bielgos, iban arrastrando, hasta sacarlas del agua y despejar el cauce navegable, las densas camadas de lirios que lo interceptaban.

Y uno de ellos era Ramiro.

Sin duda habían oído y visto acercarse al bote. Pero no manifestaron interés en su presencia.

El pagador les gritó, dándole a su voz cierta entonación burlona que resultaba una anticipada defensa contra cualquier posible retruécano de su procacidad:

—¡Aquí va por quien lloraban, mis matacuaces!… Vayan arrimándose a la draga, que ya son las seis y no pagamos horas extras.

Ellos se irguieron, enjugándose el sudor de la frente con el

antebrazo desnudo. Pero no se ocuparon de contestar.

Pusiéronse a recoger sus herramientas y las ropas que tenían tiradas sobre la orilla, y echándoselas a cuestas caminaron por la ribera, paralelos al rumbo del bote y en dirección a la draga, que aparecía fondeada no lejos de allí, frente a los cerros de El Zapote.

José Antonio continuó su travesía silbando, con la engreída proa de su lancha puesta hacia aquel mismo destino.

Ante esos humildes paleadores del lirio, algo más dóciles y prudentes que los mecánicos y operadores de la draga, se desenvolvía mejor la escasa picardía que le prestaba a su forzada procacidad la pobreza de su ingenio. Ellos ripostaban muy escasamente sus ironías por hallarse cansados de la penosa faena y porque tenían cierto sentido intuitivo de la discreción que los tornaba condescendientes. Motivaban, con esto, que el pagador se sintiera más seguro de sí mismo, atribuyéndole aquel dominio eventual a las dudosas excelsitudes de su numen.

Y su complejo de inferioridad podía mostrarse altanero y gozoso.

Breves instantes después, José Antonio se hallaba amarrando *El Bienvenido* al costado de la draga.

Con las cadenas que gobiernan su desplazamiento a uno y otro lado del canal tensas por el jalón de la grúa complementaria, la pluma de succión levantada y chorreante de espeso cieno y palpitantes aún las poderosas máquinas de la pesada faena de los dos turnos del día, ésta semejaba un soñoliento pontón, anclado sobre el quieto remanso, y que señalase a la navegación lacustre la boca de desahogo por donde escurre el lento caudal del río Santiago.

La apacible superficie del extenso mar chapálico cabrilleaba a la luz áurea de un sol en el ocaso, cuyos destellos danzaran estremecidos sobre el cambiante corrugado de sus menudas ondinas. Los redondos cerros de El Zapote, amparo fraterno de la jacalada gris de una pequeña ranchería, proyectaban su sombra inerte en los tiernos tulares de la margen, mientras la afilada punta de San Miguel rasgaba, con su estirada silueta negruzca, la gran mitad del astro sanguinolento, que se iba hundiendo en un horizonte de agua por el remoto extremo de Jocotepec. Y enfilando el curso, avanzaba sobre la boca del río una pequeña canoa de pescadores, recogidos en el regazo tembloroso de su vela de manta

la caricia y el impulso de la brisa vesperal que aportaba un declinante abajeño.

Mientras iba brincando al pasillo lateral del gabarrón de la draga, siempre con el hidrópico portafolios colgándole de la mano, el pagador gritóles a los de la tripulación:

—¡Águila esa palomilla brava!… ¡Llegaron los tecolines!

Percibíase en su entonación algo de intencionada burla y otro tanto de involuntaria ufanía.

Pero los hombres, repartidos por los diferentes rincones del lanchón, recibieron el aviso con olímpica indiferencia. Ni uno solo de ellos irguió la cabeza para mirar al recién llegado. Y, de no hallarse tan cerca, su actitud hubiera movido a pensar que ni siquiera lograron entenderlo.

El pagador no se sorprendió por ello.

Era lo mismo de todos los sábados. Esa altiva prudencia de nuestros mestizos, que no hubiese tolerado, por execrable, la debilidad de dejar de manifiesto ninguna pueril cuanto lógica emoción ante la perspectiva de recibir el dinero. Éste resultaba demasiado despreciable y vulgar para que pudiera adjudicarse el mérito de sobresaltar su hidalguía. Mostrarse ilusionados no sólo hubiera lucido discordante con su sutileza intuitiva; sino, además, como una exhibición de flaqueza espiritual, incompatible con la austera y arrogante dignidad que exige un cabal sentido de la hombría.

Claro es que llevaban toda la semana trabajando empeñosamente, y que se advertían penetrados y curtidos por los rayos de un sol de tibia apariencia, pero quemante como un cauterio, sin otro propósito que el de sentirse acreedores a esos salarios. Mas ello no era consideración de mucho peso contra la sobria altivez que pugnaba por mantener orgullosamente erguida a su compostura.

Tampoco se sintió molesto de su desdén el recién llegado.

Atravesó la barcaza brincando el ancho tubo de succión por junto al registro contiguo al caracol del ventilador. Y por una escalerilla de hierro trepóse a la cubierta superior. En la caseta de mando se detuvo unos instantes para tomar un poco de agua de la destiladora en un cucurucho de papel parafinado. Y, al cabo, continuó en pos de la estructura posterior, una especie de

rudimentaria intendencia en donde estaban los servicios, el teléfono para comunicarse con la planta y unos armarios. Allí se dejó caer sobre enclenque silla con asiento de loneta ante una mesa chaparra y cojitranca, y se dispuso a dar comienzo a su cometido.

Suspiró ampulosamente, dichoso por haber llegado, antes de vaciar el contenido de su portafolio y dedicarse a separar en montoncitos los billetes y la morralla.

Con lentitud, los operarios ponían fin a sus labores.

Martín, el mecánico, y Pancho, el engrasador, examinaban calmosamente la bobina del gran motor parado. Rubén recogía la sonda, escurriendo el limo que le engrosaba el bramante. Teodoro, el de la maniobra, afirmaba el carrete del cable de acero de la grúa auxiliar. Don Prisciliano, el que operaba la máquina, recargado sobre las palancas inertes de la caseta de mando, miraba por el encristalado y sin atención la escala graduada de la pluma. Y don Justo, el velador, ocupado en enjuagarse los pies por el lado de afuera de la borda, ceñíase el ancho cinturón de cuero cincelado del que pendía la izquierda y oteaba con falso interés la proximidad de la noche.

Otros dos, Camilo y Laurencio, situados sobre el fangoso azolve de la playa de descarga para descongestionar la salida del tubo, se acercaban brincando y equilibrándose sobre los inquietos flotadores neumáticos que lo sostenían.

José Antonio hubiera preferido eludir la necesidad de insistirles. Pero, comprendiendo que si no lo hacía jamás se hubieran decidido a acercársele, mostróse impaciente y molesto para preguntar:

—¿Van a rayar de una vez o me regreso?

Entonces se acercó muy poco a poco don Prisciliano. No es que fuera entre todos ellos el menos preocupado de las apariencias. Tomábase, únicamente, los derechos tácitos que establecían el respeto y la especial consideración para con su avanzada edad entre el conjunto. Y ningún otro hubiera sido lo necesariamente grosero para anticipársele.

Viéndolo recibir su dinero, parecieron resolverse los demás.

El ejemplo del anciano había roto las reservas de su altiva timidez. Pero aún los hacía titubear el temor de lucir demasiado precipitados y ansiosos. Y trataban de disimularlo cruzándose algunas ironías.

—¡Muévase, mi Pancho! —estimuló Rubén, dirigiéndose al engrasador, un muchacho prieto y enjuto cuyos rasgos faciales se perdían tras de los largos mechones de su grueso cabello, apelmazado por las salpicaduras de los lubricantes—. Pa' estas fechas ya está su Charrita muy retebién bañada y esperándole p'al danzón en ca' la Rorra.

El aludido no contestó. Dejóle ir, apenas, un trasunto de sonrisa por entre las escasas luces de su bisera de greñas.

Martín, un hombre robusto y blanco, de frente angosta, pelo corto y tieso cual de cepillo, y complexión atlética, se detuvo a media escalera, gritándoles a los seis paleadores de lirio que se acercaban por la lejana orilla en pos del extremo del tubo de descarga:

—¡Déjinse venir esos paleros!… ¡Ya llegó *el Pollo Culeco* con la raya!

El pagador levantó la cabeza para observarle con cierta expresión ácida. Encogióse, después, de hombros, apabullado.

No parecía caber ningún entendimiento en su irritante polémica con Martín. Muchas otras veces había tratado de sobreponerse a sus afanes satíricos, a aquel testarudo empeño de acomodarle denigrantes sobrenombres que, por desgracia, parecían llamados a aclimatarse. Pero, aunque hacía hincapié en la autoridad que debiera conferirle el hecho de ser más inmediato al ingeniero jefe y de ostentar una responsabilidad más generalizada e íntima en la administración de la empresa, los operarios sabían bien que ganaba menos que ellos y que habría sido mucho más fácil de sustituir que un obrero clasificado; y se negaban a reconocérsela.

Optó por lo de siempre. Después de lanzar una interjección soez, preguntóle al mecánico con contenida rabieta:

—¿Por qué no les gritas mejor que llegó tu padre?

No parecía Martín muy resentido por la insultante pregunta. Era lo que precisamente esperaba. Sonrió… Y se fue arrimando al pagador mucho más resuelto, hasta llegar a su alcance y palmotearle cordial la endeble espalda. Dijo:

—¡Por Dios Santísimo que usté me cai mejor cuando se enoja!

—¿Sí? —interpeló *el Pollo Culeco* con inquina—. Pues tú a mí me caes como mentada de cualesquier manera.

—Pa' que vea que yo le estimo —adujo Martín, sin darse por

enterado de aquella fervorosa hostilidad—, esta noche se va a correr con nosotros una parranda.

Ello no reconcilió de inmediato al resentido. Deseaba eludir la necesidad de seguir afrontando las hirientes bromas del mecánico. Pero, antes de mostrarse de mejor talante, trató de pulsar hasta qué punto podía considerar sincera tan inusitada promesa de conciliación.

Su rivalidad con aquel hombre habíase vuelto crónica. Y lo único confortante en sus relaciones estribaba en ponerse a imaginar que se llegara a sentir un venturoso día lo suficiente capaz de musculatura para propinarle una soberbia golpiza. Mas, luciendo esta posibilidad tan lejana y ansiando a todo trance discontinuar mientras tanto las hirientes mofas que lastimaban su dignidad, aceptó, al fin, aquel dudoso convite, esforzándose por darle a entender con ello que ni en éste ni en ningún otro terreno le temía.

—¡Hecho! —consintió—. Y luego no vayas a querer que te ayudemos a pagar, como las más de las veces.

Por lo menos, las burlas de Martín rompieron el hielo de la timidez entre los otros operarios, que entonces se acercaban sin rubor a recibir los jornales.

Aquellos seis hombres que vimos extrayendo el lirio del canal, y entre los cuales contábase Ramiro Fortuna, alcanzaban ya el extremo de la segmentada tubería de descarga. Y, ejecutando difíciles acrobacias sobre su lomo para equilibrar la sentida movilidad de los bidones vacíos que en grupos de cuatro servían de flotadores a cada tramo, iban acudiendo a la draga.

El tubo hallábase conectado a la bomba expelente de la máquina y describía una curva en casi ángulo recto buscando la playa de la orilla donde vomitaba el azolve. La entonces quieta superficie del lago manteníalo moderadamente estable. Mas no siempre era así. Cuando soplaba un impaciente brisote del norte o acudía un tanto encrespado el versátil *mexicano* de la madrugada, los tambos entraban en una endemoniada danza que llegaba a desarticular las conexiones de los segmentos. Y los hombres tenían que arrojarse al agua y que ensayar milagros para mantener incólume su imprescindible continuidad.

En tan aciagas como frecuentes ocasiones los paleadores de lirio acudían a prestar auxilio al personal de dragado.

Ellos no eran, sin embargo, trabajadores fijos o de planta, como el operador, el mecánico y los otros. Sabíanlo muy bien y tenían mucho cuidado de no olvidarlo, porque los de la tripulación se los hubieran recordado en seguida.

En eso, como en todo, observábase una rigurosa escala de categorías. Y un empleo fijo en la Hidroeléctrica teníase por envidiable canonjía que sólo unos cuantos elegidos de los dioses hubieran podido usufructuar.

Los paleadores llevaban de común con los de planta el hecho, ya sobresaliente, de pertenecer al mismo sindicato, a un sindicato en cuyas asambleas todos los votos contaban lo mismo. Pero, mientras la ocupación de los otros alcanzaba un rango de permanente y un salario casi opulento, los paleros giraban dentro de esa socorrida y accesoria categoría de los supernumerarios, contrapartida inevitable del sindicalismo, y que las empresas instituyeron para eludir el pago constante de salarios no indispensables y los mayoritarios obreros de planta acatan y sostienen en detrimento de los intereses de su propia clase porque les proporciona la oportunidad egoísta de reservarse para ellos mismos los trabajos extras más codiciados.

Estos supernumerarios acudían a trabajar cada vez que la congestión de lirios en el canal o las compuertas lo llegaba a requerir, retirándose a sus casas en espera de un nuevo turno cuando, concluida su labor, las aguas quedaban expeditas. Ello les daba a sus funciones una lamentable eventualidad, vivamente resentida por su economía doméstica. Mas aun así, y como quiera que la Compañía pagaba los mejores salarios en toda la comarca, sus plazas estaban muy solicitadas. Y les hubiera resultado preferible permanecer inactivos por largas temporadas que exponer la oportunidad de disfrutar de una accidental ocupación en esa pesada maniobra tomando otro quehacer que, aunque fuese permanente, tenía que resultar infinitamente peor remunerado.

En las asambleas del sindicato sólo votaban cuando estaban trabajando. Y hallándose siempre en la minoría, veíanse obligados a aceptar las migajas del festín que les arrojaban los de empleo fijo. Pero aun así, se hallaban felices, y hasta iban levantando sus propias defensas. De tal suerte, cuando alguno de ellos caía enfermo o la necesidad apremiante lo obligaba a comprometerse en el desempeño de cualquier labor ajena, concurría ante la asamblea

solicitando que le permitiesen delegar su derecho al puesto en un suplente sin voto que él mismo proporcionaba. Esto mantenía en vigor su opción a desplazarle en cualquier momento, a la vez que evitaba que aumentase, lesivamente para el grupo, el número de los supernumerarios inscritos.

Así, pues, los cinco primeros del conjunto que entonces se acercaban a rayar, pertenecían a dicha clasificación como propietarios. Y el último de ellos, Ramiro, convertido en un joven moreno, de mediana estatura y parco de ademanes y palabras, era un simple suplente de otro supernumerario.

Su cuñado Justino, que pertenecía a la ya exquisita plantilla de los eventuales, tuvo que acompañar a un hijo enfermo que debía ser operado en un hospital de Guadalajara. Y, previos algunos arreglos con el sobrestante de la empresa y con el delegado del sindicato en Ocotlán, logró acomodar a nuestro héroe como sustituto temporal suyo en la ruda batalla contra el lirio.

Antes de entonces no se hubiera atrevido Ramiro a acariciar la ilusión de llegar a ser alguna vez tan afortunado. Él siempre respetó a los operarios de la nómina de esta empresa, lo mismo que a los ferrocarrileros, con un afán medroso que aplacaba en su ánimo los involuntarios desplantes de la envidia. Eran en el pueblo la flor y nata de los asalariados. Pertenecían a dos grupos proletarios en definitivo privilegio por sobre los ya opulentos trabajadores de las grandes fábricas de celulosa y productos lácteos. Y constituían una aristocracia obrera que no hubiese tolerado la comparación ni el roce, sin riesgo de caer en el oprobio, con los desamparados miembros de los otros gremios. Unos y otros pertenecían, teóricamente, a una misma condición de parias. Pero el intento de confundirlos habría sido tan mendaz, como el de comparar a un boyante proletario de los fundos carboníferos de Pensilvania con un desamparado, semidesnudo y hambriento indio aymará de las minas de estaño de Oruro.

Los electricistas y los ferrocarrileros de Ocotlán eran, como en todo el país, los niños mimados de la Revolución. Algo así como el traje dominguero con que aquella avejentada matrona se ataviaba cuando tenía que lucir esplendente y dichosa en los desfiles del primero de mayo y del veinte de noviembre. Y no se la debía culpar a ella de que, al paso de los años, no sintiera ya el mismo afecto

maternal hacia los campesinos, los marineros y los pescadores, a quienes también ofreció la oportunidad de consolidar sus sindicatos sin que, por más quedados, supiesen o pudieran ellos hacer uso de tales beneficios. Madre prolífica, no le alcanzó el tiempo para adiestrar a todos y cada uno de sus retoños en la usanza de los zapatos nuevos que repartiera con encomiable prodigalidad. Y asaltáronla las flaquezas y los achaques de la madurez mucho antes de que pudiese considerarlos bien preparados.

La Revolución rusa debió ser de un origen demasiado científico y calculado que la deshumanizó. Por contraste, la nuestra túvolo excesivamente emotivo y sentimental. Y ahora estaba convirtiéndose en una tierna colombina menopáusica cuyos sentimientos cursilones principiaban a dejarse impresionar por los arrullos pertinaces del gotoso pierrot espolonudo que durante tantos años de su lozana juventud la cortejara en vano: el capitalismo.

Ansiosa ya tan sólo de mantener su prestigio de guapa y saludable ante el tozudo pretendiente, y sin tiempo para adecentar a toda su numerosa prole, prefería tomar de la mano a los más atildaditos, pavoneándose orgullosa de ellos para hacérselos aceptar al asiduo, y negar a los lerdos y a los retrasados que reventaran sus pantaloncitos de seda al pretender encajárselos. De suerte que éstos se quedaron gimiendo su desamparo, en tanto que los vástagos precoces que supieran aprovechar las ventajas de sus enseñanzas se disputaban con los plañideros y seráficos magnates, desdeñados ayer y estimulados ahora, el privilegio de merecer todo el amparo de sus maternales enaguas.

Probablemente esto sea transitorio; y esa frágil y ya madura Revolución que va naufragando en el piélago de todas las ambiciones, acabe creando nuevos poderosos o cediéndoles a los de abolengo la tutela de hasta los más presentables de sus vástagos para que los hundan en la miseria general. Pues, como Matías Doblado diría, está Dios allá arriba, siempre desvelado y pendiente de nuestros pequeños deslices, así como listo a lanzarle las hojas al que nació para tamal y ha conseguido desnudarse de ellas.

En tanto que eso acontece, los campesinos, pescadores y marineros de Ocotlán, cuyo mejor salario no sobrepasa jamás los cinco pesos diarios, no debían osar equipararse con los afortunados obreros de las fábricas, que percibían rayas semanales hasta de

ochenta, y mucho menos todavía con los ferrocarrileros y con estos otros de la Compañía Hidroeléctrica, cuya remuneración alcanzaba totales sabatinos casi siempre superiores a los cien duros, además de incluir el goce de innumerables y sustanciosas prestaciones sociales.

Un simple suplente de supernumerario, como Ramiro, devengaba ya doce pesos noventa y ocho centavos diarios, incluyendo el domingo. Lo cual era tanto como un inverosímil provecho semanal de casi noventa monedas.

Llegar a dueño de tan cuantiosos ingresos no hubiera podido considerarse razonable aspiración en quien, como él, estaba ganando apenas dieciocho duros por ayudar durante todos los días y noches de la semana en el lanchón de Lodegario, ocupado en transportar arena de río desde Palo Alto o El Chante, al otro extremo del lago, para la construcción de los nuevos edificios de la Celanesa.

Así que, cuando su cuñado Justino, que era tenido por el rico de la familia, le planteó el propósito de dejarlo en su lugar por tres venturosas semanas, y nuestro hombre se puso a hacer cálculos sobre el lisonjero capital que con ello alcanzaría, advirtió que se saciaban como de un golpe las más caras ambiciones de su humilde existencia.

V

COMO quiera que tan maravillosas oportunidades no suelen prodigarse en la vida de las personas infortunadas, Ramiro trazó cuidadosamente sus planes, proponiéndose aprovechar aquellas ventajas para ir fundamentando a su sabor un futuro.

Las tres semanas que oficiaría de suplente habían de reportarle una entrada bruta de más de doscientos cincuenta pesos. Y, como de hecho estaba viviendo con muy poquita cosa, podía suponer que le iba a quedar un excedente superior a los doscientos, con el cual alcanzaba desahogadamente a comprarse una canoa, la canoa con que soñara desde la infancia.

Llegar a propietario de tal embarcación era tanto como quedar facultado para casarse con la muchacha elegida, ser libre para trabajar como y cuando quisiera y dirigir todos los esfuerzos que hubiera de desplegar por el resto de sus años en provecho propio… Con ella se le resolvían de un solo golpe sus acendradas aspiraciones amorosas, la reconstrucción del jacal abandonado que fue de su madre y el cultivo del coamil enmontado y baldío.

Esa canoa le entregaba en posesión las inagotables riquezas de la caza y de la pesca en el generoso lago Chapala.

Con caluroso entusiasmo remachó el determinante de sus herméticos propósitos.

Y, por lo menos hasta entonces, los había llevado rigurosamente a cabo.

Portando los primeros noventa pesos de la semana inicial, se fue un domingo a La Manzanilla. Y trajo de allá, donde eran más baratos, los gruesos tablones de pino con que esperaba fabricar la barca.

Él podría haberse aventurado, con la ayuda de su tío Melchor, a construirla por sí mismo. Mas, aparte de que deseaba ardorosamente que la canoa saliera perfecta, la capitanía de puerto

de Ocotlán tenía concedido un diploma que lo facultaba como único *jefe de astillero* legal al *Casquillo*, cierto carpintero de ribera de por allá. Y, conociendo lo que son estos ordenamientos gubernamentales, Ramiro no se hubiese atrevido a desafiar los riesgos que tal concesión enunciaba para quienes violasen la exclusiva que llevaba implícita aquél. De modo que transportó su madera a Ocotlán para hacer todas las cosas de acuerdo con lo debido.

Con los salarios de la segunda semana adquirió los remos, la palanca, el palo trinquete y la entena, la manta para la vela cuadra y las jarcias para las drizas y la relinga, así como unos aparejos de pesca y los plomos para la atarraya. Con ello y unos codos de mezquite, que cortó y le sirvieron para arreglar personalmente los bogues, podía dar a la embarcación por equipada de lo más indispensable.

Y los noventa pesos de la tercera y última semana, que eran los que estaba a punto de rayar, dedicaríalos a pagar la hechura de la chalana, que se hallaba casi concluida sobre la braña alta de la ribera en el barrio de El Pujido o de San Andrés, en donde tenía sus rudimentarios astilleros aquel único constructor diplomado y autorizado de Ocotlán y los pueblos dependientes de su capitanía.

Ni por ser tan trascendental a su destino lo que aquellos jornales implicaban dejó Ramiro traslucir la íntima emoción que le embargase en el momento de recibirlos.

Fue el último en llegar ante la mesa enclenque, instituida en areópago y púlpito por la vacua y forzada procacidad del *Pollo Culeco*; y soportó, sin excitarse, los rezongos y las desairadas ironías con que éste puso fin a su cometido. Temblóle de modo leve un labio, involuntariamente ansioso, cuando entre bromas y puyas trató de asustarle el pagador comentando que no le alcanzaba el restante del dinero para cubrir sus salarios. Y se echó a la bolsa el rollo de billetes de banco, desdeñoso, altanero, sin contarlos, sin urgencias ni arrebatos indiscretos, cuando al fin lo hubo en su mano.

Dando las gracias cortésmente, separóse después, confortado por la inevitable satisfacción de sentir el calor amoroso de aquel dinero con el que efectuaría el último pago de su lancha.

Pancho, el engrasador, acaso por ser de su misma edad, parecía

verlo con simpatía. Quizás hasta alcanzara a percibir un trasunto de sus emociones íntimas, porque se acercó a él sonriéndole cordial y afectuoso… Luego le dijo, mientras se sacudía hacia atrás su pesado greñerío:

—¿No te vienes con nosotros a Ocotlán pa' que nos échemos unas cervezas?

Ramiro agradeció la invitación con un dengue amable. No ignoraba que debía considerarse honrado por aquel trato de *tú a tú* de parte de uno de los opulentos obreros de planta de la draga. Y aunque lo ignorase, de todos modos su innata cortesía lo hubiera empujado a lucir agradecido… Pero, precisamente era así como solían empezar las bacanales. Y la perspectiva de verse envuelto en una procelosa trasnochada lo cohibió. Brusco y rotundo, como un mal augurio, había brotado en su ánimo el temor a los riesgos que en aquella parranda en gestación pudieran correr sus indispensables noventa pesos. Y ello acababa oscureciendo, hasta volvérsela sombría, toda la legítima seducción que en el agasajo hubiera podido vislumbrar, tomándole con respecto a él mohíno y esquivo.

—Sabe si pueda… —evadióse su tímida prudencia.

Mas la mayor autoridad moral y social de Martín intervino, cortándole la retirada:

—¡No vas a dejar que te ponga la muestra de cumplidor mi buen *Pollo Culeco*!… Trabajaste con nosotros tres semanas; y eso amerita una despedida decente.

José Antonio terció, tratando de poner a salvo su dignidad ultrajada por el uso pertinaz del apodo. Y púsose a recriminar a Martín con inquina:

—Ya te dije que yo jalo; de modo que no estés fregando conmigo, ¿quieres?…

El mecánico se disculpó con fingida y escandalizada reverencia. Y, dirigiéndose a Ramiro, expuso contundente:

—Entonces quedamos, pues, en el acuerdo de que van a jalar los dos, porque aquí no habemos rajones.

Ramiro se encontraba desconcertado. Resultábale harto penoso cualquier otro intento de eludir el compromiso. Hubiera implicado mengua de su orgullosa calidad varonil y grosero e indebido menosprecio para con la afable estimación que sus compañeros le manifestaban. Él venía manteniendo en el debido lugar su altanero

amor propio de mestizo; y no era ningún ingrato… No obstante que un espanto sinuoso tironease de su voluntad, moviéndole a reflexionar sobre las calamidades que podía traer por consecuencia el convite, se mostraba evidente que iba a tener que acompañarlos, so pena de quedar por más indigno que el vejado *Pollo Culeco*…

Cansóse, al fin, de titubear ante aquellos melindres. Y optó por dejar las cosas en manos de la fatalidad, que acaso fuera lo necesariamente bondadosa para ayudarle a salir con bien en el momento crítico.

Esta pereza ante la necesidad de definir una conducta alimentada por el fatalismo ancestral, genuino de sus elementos étnicos indígenas, formaba parte muy prominente de su personalidad. Al fin y al cabo, alguien debía haber escrito ya cómo tendrían que salir todas las cosas. Y contra ese inobjetable poder metafísico nada significaban sus esfuerzos.

Consintió, así, displicente:

—Ai veremos, pues… Al cabo que de cualesquier modo tengo qu'ir
a Ocotlán esta tarde a ultimar lo de mi canoyita.

No todos los operarios se dirigían, al finalizar sus labores cotidianas, hacia la pequeña ciudad de referencia.

Don Justo, puesto que era el velador, debía permanecer en la draga. Con él solía quedarse el viejo Teodoro, que se consideraba muy su amigo y no disponía de hogar mejor para recogerse. De los cinco supernumerarios del lirio y los dos que descongestionaban el extremo del tubo de descarga extendiendo el azolve, cuatro habitaban en el cercano rancho de Cuitzeo, adonde se iban caminando, uno en la ranchería de la isleta de Boca del Río, muy próxima a aquel lugar, y los dos restantes en la jacalada de El Zapote, frontera al sitio en donde entonces se hallaba fondeada la máquina.

Ramiro vivía unas veces en la choza de su cuñado Justino, también de Boca del Río, y otras, más habitualmente, en casa de Toribia, la otra hermana radicada en Ocotlán.

De modo que, aparte de él, dirigíanse esa tarde a este último lugar, en donde vivían con sus familias y se encontraban las oficinas de la Compañía Hidroeléctrica, don Prisciliano, Martín, Pancho y *el Pollo Culeco*. Rubén, que aun cuando radicaba en El Fuerte, tenía

que tomar en el puente del Zula el autobús de Jamay para dirigirse allá, y que a la vez estaba dispuesto a dilapidar su raya semanal compartiendo la juerga, acompañábalos también.

Como quiera que en el pequeño bote del pagador no hubieran cabido tantos, solamente se embarcó con él don Prisciliano. Más considerado y prudente, congeniaba mejor que ningún otro con el empleado.

Martín, Pancho, Rubén y Ramiro se subieron a *La Burra*, que yacía amarrada al otro costado de la draga.

Era esta fementida *Burra* un intruso grotesco, que ofendía con el contraste de su fealdad la plácida y gallarda navegación en el lago. Tratábase del potente remolcador de las embarcaciones de dragado que carecían de propulsión propia para movilizarse. Y mostraba un aspecto tan arbitrario, tan desgarbado, que el ultrajante sobrenombre que le adjudicasen tenía que resultarle menos molesto que a la precaria arrogancia del cuadrúpedo con que se le intentó comparar. Consistía en una enorme máquina de arrastre, establecida a horcajadas sobre un par de contrahechos flotadores neumáticos parecidos a los zancos de amarizaje de los hidroaviones primitivos, y provista de una hélice tan descomunal, que los bagres debían experimentar un escalofrío de pavor al cruzársela en su camino y ponerse a imaginar el riesgo de ser envueltos en el tajo giratorio de sus aspas desproporcionadas.

Como el asno a quien le plagiase su desprestigiado nombre genérico, ostentaba, contrastantes, una fastidiosa lentitud y un extraordinario poder de tiro.

Contemplándola, resultaría difícil concebir que fuera capaz de mantener su paso cansino sin visible esfuerzo, cuando le enganchaban el pesadísimo gabarrón de la draga, con sus muchos y voluminosos motores, espigas y bombas, el lanchón de hierro de la grúa auxiliar y la larga y segmentada tubería de descarga que se fraccionaba y prendía a la popa de los otros. Y, sin embargo, todos estos aditamentos inertes no afectaban en nada a su potencia ni a su facilidad de maniobra. Y cuando iba deslizándose con ellos a rastras sobre el refulgente cristal del lago, antojábase encontrar en la máquina esa serena ufanía de la pata madre, que acaba de incubar una pollada y sale a nadar, precediendo altanera y orgullosa a sus patitos.

Cuando la draga, la grúa y los tubos permanecían fondeados sobre el canal, como entonces, aquel remolcador utilizábase en el transporte de algunos elementos necesarios al trabajo, y para llevar y traer entre la planta de Ocotlán y el lugar de dragado a los operarios de cada turno o a los ingenieros que supervisaban las labores.

No había asientos en él. Sólo dos pasillos con barandales. Y la gente debía mantenerse en pie sobre esos corredores o sobre el lomo aplanado de los zancos huecos que le servían para flotar.

Pero contaba a su favor la tranquilidad de saber que, a falta de velocidad le sobraba potencia, y que el enorme peso del artefacto haría la navegación quieta y segura, por más que soplase un furibundo cordonazo o se le opusiera una rugiente *tribunada*.

La tarde de aquel sábado estaba oscureciendo cuando Martín se hizo cargo de la máquina, lanzándola hacia la entrada del río. Y en la placidez del ambiente rebotó el latido del achacoso cacareo con que rimaba su sosegado impulso.

—¡Agarre, pues, su ventaja, mi *Pollo Culeco*! —gritóle al pagador, que dejaron atrás cuando apenas estaba disponiendo el motor de *El Bienvenido*—. Onde le ganemos esta regata, era que pagara usté todo el consumo de la nochi…

José Antonio rió, despreocupado.

No le sería menester ningún esfuerzo apreciable a su ligero bote para competirle en velocidad a tan horrible y exasperante artefacto. Hubiera querido disponer de muchas oportunidades como aquélla para dejar bien humillado al aborrecido mecánico.

Jaló de la cuerda del motor. Y, en cuanto arrancó éste, hizo ágilmente el despegue, lanzándose en pos del remolcador, que apenas había logrado una pequeña delantera. No tardó en darle alcance y en sobrepasarlo, correspondiendo a la ironía de Martín con una puya que volviese acerba su fervorosa hostilidad íntima:

—Ni una *Burra* como ésa, ni diez burros como los que lleva arriba le sostienen la arrancada a mi *Bienvenido*…

—¡Ande, ande!… —objetó Martín—. ¡A ver si no le paso por encima con mi armatoste!…

—Lo que han de hacer es que, cuando crucen por Cuitzeo, me pongan un telegrama pa’ saber si van con bien… ¡Nos vamos a cansar esperándolos!

—¡Ruégale a Dios que no se te atore el carcaje! —le gritó Rubén, sentado al extremo anterior de uno de los flotadores.

el Pollo Culeco no contestó ya. Suplía su desdeñosa réplica la llegada de la pequeña ola que formase la estela del bote, y la cual no alcanzó a afectar el equilibrio de la pesada *Burra*, pero sí salpicó el calzado de sus tripulantes.

El Bienvenido fue ganando distancia. Y pronto se perdió de vista en un recodo del río.

El remolcador navegaba en el canal, siguiendo a duras penas a una canoa velera que venía impulsando un *abajeño* insuflado por la fresca inminencia de la noche.

El cielo, por el poniente, sangraba como un herido. Y su mancha púrpura se diluía en celajes progresivamente más suaves a medida que se elevaba hacia el cénit. El faro de acetileno de la Boca del Río insinuábase con sus primeros parpadeos. Y en el lanchón de la draga debió subir el conmutador don Justo, pues la obra muerta se iluminó súbita y ostentosamente, y el reflejo de sus abundantes focos eléctricos inició una danza palpitante sobre las aguas del remanso.

El estertor del día iba volviendo negras las mondas siluetas de los cerros.

Al doblar el meandro de la Estancia, los que iban en *La Burra* divisaron apagado y quieto el alígero *Bienvenido*.

Las sombras del anochecer, condensándose sobre la cuenca fluvial, cegaron y confundieron a su piloto, el cual lo metió entre un espeso y flotante manchón de capomos y lirios acuáticos, cuyos tallos densamente entrelazados enredáronse en la hélice, congestionando el trabajo del motor, que, impotente para dominarlos, acabó parándose.

el Pollo Culeco había izado el motorcito hasta la altura de la banda. Y, sofocado y a tientas, trataba de liberarlo de aquella endiablada maleza, ansioso de reanudar su camino antes de ser alcanzado por *La Burra*, que avanzaba despaciosa pero firmemente por el canal.

—¡Válgame la Tostada! —gritó Martín, disponiéndose a recomenzar la mofa—. ¿Qué tarugo piloto carga ese bote que quiere que camine por sobre las tamandas?…

El pagador ni siquiera levantó la mirada a verle. Seguía afanado

en destramar la hélice. Y se limitó a mascullar un insulto.

—¡Miren nomás! —insistía el mecánico, como si hasta entonces descubriera quién era la víctima de aquel error lamentable—. ¡Si se trata del merito *Pollo Culeco*, al que
l'íbamos
a poner el telegrama!… ¡A que ora vamos a tener que darle remolque!…

José Antonio continuaba sin contestar.

Rabioso por la contingencia, se sentía ya, sin embargo, resignado a consentir en que *La Burra* lo jalase, porque el motor estaba enredado y la noche demasiado oscura para pelear contra la adversidad en medio de ella. Sólo que prefería dejarle toda la iniciativa en eso a sus rivales. Y fingió no atender al sarcástico Martín.

Éste fue dirigiendo el remolcador hacia el botecillo. A *La Burra* la tenían muy sin cuidado los bancos de lirios. Las monstruosas aspas de su hélice y la formidable potencia de su máquina los hacían picadillo sin el menor esfuerzo. Arrimó hábilmente al *Bienvenido*, y su conductor púsose a instar al acompañante del infeliz *Pollo Culeco*, que permanecía silencioso y mortificado por los apuros de éste:

—Pásese a *La Burrita*, don Prisci. Ya ve que esa clase de bestias no son ni tan seguras pa'l camino…

Antes de aceptar el transbordo, don Prisciliano miró, compadecido, a su compañero. El muchacho estaba acogotado por la ira y seguía bregando por desprender las malezas de la hélice, a la par que maldiciendo de los enojosos lirios. Como comprendiese que era preferible seguir el consejo del mecánico, el viejo se incorporó para pasarse al remolcador, aconsejándole al joven, mientras lo hacía:

—Vale más que lo jalen, don José Antonio. La noche pinta muy oscura para batallar con las plantas…

Pero Martín se aprestó a despegar *La Burra*, advirtiendo:

—¡De maje lo jalaba, don Prisci!… Teníamos casada una apuesta,
y'hora
vamos a ver quién llega primero a la planta.

Y el contrahecho artefacto reanudó su ruta por el cauce del

Santiago, despreocupado y tosigoso, sin hacer más caso del pobre muchacho que, a bordo del inutilizado bote, incidía maldiciendo de la acuática aroidea y de la desdichada suerte que lo condujo a meterse entre ella.

Al cabo, no tuvo otro remedio que desistir del motor, recurriendo a los remos.

Los que iban en *La Burra* no se mostraban muy acordes con el despiadado proceder del mecánico. Don Prisciliano y Pancho le instaban a que volviese por *El Bienvenido* para remolcarle. El mismo Rubén, que de ordinario trataba de llevarle la corriente en aquellas burlas implacables, no conseguía vencer por completo un remordimiento.

Esto de prestar ayuda a un semejante en apuros es un impulso instintivo que todos los hombres llevamos tallado en nuestros sentimientos con una contundencia que no precisa de razones. Y postergarlo así por el regocijo de ensañarse en el vejamen, presentaba un marcado color de villanía.

Ramiro, por su parte, no estaba tan preocupado.

Después de todo, para su ruda experiencia de navegante del lago el hecho de soportar una remada sostenida desde La Estancia de Cuitzeo a Ocotlán, que apenas distaría la mitad de una milla marina, no implicaba ningún esfuerzo sobrehumano. Y menos siendo el bote tan pequeño… ¡¿Cómo había de justipreciarlo él, que sobrellevase fatigosos palanqueos de una noche completa, mal comido y mal dormido, y en un pesadísimo lanchón cargado con veinte toneladas, sin que por ello le llegara a derrengar la faena?!…

Además, se sentía rencoroso con el pagador por sus reiteradas imprecaciones al lirio.

Esta plaga vegetal, esta anfibia y absorbente cala, cuya prolífica reproducción ha llenado de inmensas *tamandas* todos los rincones del ancho río y del espacioso lago, fue el elemento fundamental en la estructuración de la considerada suerte que estaba a punto de hacerle dueño exclusivo y feliz de una canoa.

Sin lirios, él no hubiera llegado a encontrar la oportunidad de ganarse los jornales que le estaban permitiendo adquirirla.

Es verdad que la tal planta constituía una insufrible maldición que todos los estíos y los otoños luchaba con asombroso denuedo por entorpecer la vida del hombre sobre las aguas chapálicas… Pero

él tenía que quererla, como quiere el armero a las pistolas que manufactura o expende y el fabricante de cañones a la artillería cuya producción le enriquece, sin que se pongan a considerar que no sirven para cosa mejor que la de facilitar una estúpida matanza entre sus semejantes.

Lo imponía la ley bestial de la lucha por la vida en un mundo en donde la ambición y la codicia venían siendo los mejores caminos hacia el éxito.

Por lo demás, este banal y prolífico lirio acuático del Chapala es una planta engreída, trashumante y dichosa, cuyos dispersos manchones navegan desgarbados y errabundos sobre las aguas zarcas del lago y de los ríos que lo alimentan y desahogan.

Muellemente empujada por las corrientes y los vientos, viola las distancias en lentas travesías, flotando leguas y leguas hasta encontrar un remanso donde pueda establecerse en paz y sinuosamente prendida de la orilla. Allí se desenvuelve, se traba y se reproduce. Y va extendiendo sus verdes camadas, que acaban por formar un apretado puente vegetal sobre la superficie acuosa, punteado de blanco, rosa y azul por el lujo de sus flores y estriado de negro por la salpicadura de los limos que sus raicillas levantan o por la angustiosa imploración de éstas, que, ahítas pero insaciadas siempre de agua, vuélvense al cielo por entre las hojas, reclamando la caricia de la lluvia.

Como todo lo que es inútil, este lirio acuático se presenta feraz, prolífico, ambicioso. Parece que en su insaciable afán de beber quisiera ocultar a las necesidades ajenas el bienhechor elemento líquido sobre el que flota, y que fuera ese egoísmo siniestro lo que mueve el tesón incontenible con que se expande. Anclados y sujetos en los remansos bajos sus primeros eslabones, las células generatrices multiplican su labor creadora; y el banco vegetal se ensancha sobre el agua, como impulsado por un propósito consciente de uncirse en sofocante abrazo con las tamandas que se van reproduciendo al mismo ritmo en la otra orilla.

Claro que el lago Chapala es demasiado extenso para que lo lleguen a absorber estos mezquinos parásitos de su superficie.

Propicio a la sinuosa vida de la planta por sus espaciados remansos, sus abrigadas ensenadas, sus corrientes imprecisas y lentas y ese humus vivificante que llevan en suspensión las aguas

opacas, se defiende del intruso con el poder inerte de sus grandes profundidades y esquivas distancias, y con el latigazo depredador de los innúmeros vientos.

Se cuenta que el lirio no es originario de él ni lo han traído las aves migratorias o las corrientes fluviales que lo alimentan. Preténdese que un gobernador jalisciense de otros tiempos importó del Japón los primeros ejemplares para aclimatarlos allí con un fin ornamental… Se antoja esto muy dudoso, por lo difundida que la aroidea se halla en muy amplias y distantes regiones del país. Pero, si fuera así, la especie debió hallar el medio muy favorable, porque se reprodujo en forma asombrosa. Y hoy se encuentra convertida en una terrible y ramplona plaga que, impotente para estrangular el ancho lago, lo reduce desde sus orillas. Y se va extendiendo río arriba por el Lerma y río abajo por el Santiago, se esponja y desenvuelve agradecida al remontar las turbias linfas arcillosas del Zula e invade las aguas bajas del Pantano y de la Ciénaga, disputándole su antigua preeminencia a los nativos y gentiles tulares, al rumoroso carrizal, al zacate *Johnson* y a la feraz yerba de la grama.

En ese indómito afán de propagarse, el lirio se enfrenta al hombre y lo desafía. Integra cada vez más extensos y pesados bancos que fuerzan las compuertas de las plantas generadoras, que ciegan las entradas de los canales de regadío, que abruman el trabajo de las bombas de succión, que obstruyen la navegación por las corrientes fluviales y que establecen su absorbente e impasible señorío dondequiera que un obstáculo sobre la superficie del agua les proporciona un precario anclaje… Se abrazan a los pilares de un puente; se ciñen a los costados de una embarcación varada o hundida; se trenzan en torno a una rama que flota y se halla detenida; o se amontonan, obstinados, contra una represa… Estorba en las playas de recreo, cuyo fondo vuelve fangoso haciendo la margen fecunda en arañas y culebras. Frena el paso de la navegación lacustre, interponiendo sus densas tamandas errantes ante la proa de las canoas veleras, luchando por colgarse pesadamente de la pala de los remos o del timón de los botes y enredándose, en un estulto y frenético forcejeo por detenerlos, en torno a las hélices de las lanchas de motor. Dificulta, además, el trabajo de los pescadores, interponiéndose al lanzamiento de la

atarraya, agobiando las redes de caza tendidas por los canales o haciendo mortalmente pesado el arrastre de los chinchorros…

Y todo esto, sin que llene un margen de utilidad que lo disculpe, sin un magro cometido práctico que lo justifique. Porque no sirve para nada.

Río Santiago abajo, en los alrededores de Poncitlán, estimulada su natural exuberancia por el abundante sedimento que aportan las confluyentes aguas del alteño Zula, su feracidad se torna aterradora. Sus bancos invaden los huertos, taponan los canales y forman una antevalla impresionante sobre los flancos de las represas. Largos trechos del ancho río desaparecen, como si éste se volviera subterráneo, bajo el espeso toldo de sus entretejidos. Y el hombre tiene que recurrir a todos los medios que le sugiere su ingenio para enfrentarse a él y restablecer los dañados sistemas de aprovechamiento de las corrientes fluviales.

Es entonces cuando estas brigadas de peones, armadas de garfios y bielgos, se pasan las semanas y los meses echándole afuera para quemarlo.

La lucha resulta en ocasiones tan dura, que se llega hasta a la necesidad de volar los monolíticos bancos vegetales con dinamita. Están tan trenzados y espesos, que los rancheros pueden prescindir del puente de piedra, discurriendo a pie por sobre ellos. Y hasta corre la aventurada fama de que, en alguna oportunidad, audaces jinetes han logrado cruzar un río ancho y profundo a galope tendido y asentando los cascos de sus caballerías sobre las endurecidas balsas que forman los lirios…

Los manchones que se sueltan, siguen río abajo con la corriente. Marchan en ella formando desdeñosos conjuntos… Mas se sobrecogen aterrorizados en el remanso que precede al salto mortal de las hirvientes cascadas de Juanacatlán… Aunque acaban por verse arrastrados a los furiosos chorros de éstas.

En la caída se desarticulan y sumergen. Pero reaparecen, al cabo, maltrechos y rencorosos, más allá del borbollón de la catarata, resueltos a vengarse de la rugiente brutalidad del agua despeñada abrumándola con su pequeña y prolífica simiente a todo lo largo de la continuación de su curso.

No debemos, pues, sorprendemos de que *el Pollo Culeco* resultase derrotado en la lucha contra este tenaz enemigo del hombre.

Y su rencor contra los tenebrosos lirios corría parejas con aquel que despertara en su pecho la desconsiderada vileza de Martín.

Remando trabajosamente por el ancho cauce del Santiago, afloraba a su ánimo todo el odio y la concentrada amargura que la persistencia de estas pugnas despiadadas, de estas humillaciones lacerantes, iba acumulando en su corazón.

Odiaba a Martín con una sórdida inquina, patente en las ironías con que intentaba disimular su propio exacerbamiento. Lo hubiera visto morir con regocijo y sin aventurar un dedo en su ayuda. Porque era el suyo el odio del impotente contra el poderoso; una pasión obsesionante en cuyo fuero interno rugía siniestro el rencor.

Él no pudiera explicarse de qué fuentes procedía aquel endiablado empeño del mecánico en agraviarle. Ni tampoco la despectiva ironía con que lo trataban los demás. No se conceptuaba servil a la Compañía. Si llegó a aparentar cierta inclinación a esa bajeza, fue únicamente porque así lo exigió el cometido de sus funciones como empleado de control. Y, sin embargo, todos acababan coincidiendo en suponerlo *lambiscón*…

Tal vez fue la responsable de este ultrajante criterio su renuncia a ingresar en el sindicato.

Habíanselo propuesto; y él lo rechazó alegando considerarse empleado de confianza… Pero, en verdad, si no quiso someterse se debió, más bien, a que como vástago de una familia que en otros tiempos fue rica y muy devota de todo lo tradicional, y educado por ella para revivir ese trunco destino, albergaba un prejuicio insidioso contra las leyes favorables a la *pobrería*, y se le antojaba que aprovecharse de ellas para obtener una ligera ventaja económica lucía en pugna radical con el efímero timbre de orgullo de su infundado abolengo, y pudiese haberlo lastimado.

El sindicalismo diferenciaba la sociedad en dos clases: la patronal y la trabajadora. Y, aunque no dispusiera de fundamentos muy aceptables para tenerlo por cierto, *el Pollo Culeco* prefirió seguir creyendo que pertenecía, por estirpe, a la primera… Por lo menos, estaba en lo más hondo de sus recónditas aspiraciones el afán de llegar a pertenecer algún día.

Y no importa que mientras tanto soportara, degradado, los hirientes sarcasmos de aquellos a quienes iba a rayar.

Su jefe, por lo demás, resultaba bastante incomprensivo en

relación con los méritos de tan esforzado subalterno. Frecuentemente notaba José Antonio que su extraordinaria fidelidad a la clase de su superior jerárquico, lejos de concederle un mayor relieve a su importancia en la oficina, parecía contribuir a que se le observara con ánimo más desdeñoso. Y no sólo por lo que respecta al sueldo, cuyos aumentos aparecían irrisorios cuando llegaba a merecerlos; ni a la gratificación anual, que sólo representaba un mezquino complemento de las paupérrimas mensualidades. El hecho, entre otros, de que su superior se negase tan obstinadamente a facilitarle una pistola que le sirviera de protección en estas peligrosas expediciones sabatinas, constituía ya una gran injusticia ante la que le inclinaba a llorar el resentimiento.

La verdad es que en el fondo de su interés por verse armado estaba, más que el temor a que la presencia del portafolios pudiese inspirar un atraco, la consideración de que ello le hubiera servido para subrayar su maltrecha autoridad y respetabilidad ante los mecánicos y los obreros, frenando aquella afición inmotivada a vejarle.

Este joven endeble, de largo cuello, nariz respingada, coronilla erguida y ojos tiernos de jamona sentimental, hubiese lucido muy distinto con el arma a la cintura. Y puede ser que hasta los trémolos desalentados de su voz sofocada y chillona, lograran cobrar con ello matices más masculinos.

Pero todo parecía augurar que, a menos que la comprase personalmente, la posesión de esa pistola estaba verde.

Y Martín seguiría dándole lustre y realce a su ingenio burlón a costa suya, tal como esa tarde infausta en que lo dejó remando enfurecido y solo a mitad del ancho río.

SEGUNDA PARTE

LA PARRANDA

“Como me muera en la raya,
aunque me maten la víspera”.

I

LOS TRIPULANTES de un *vapor* lechero que navegaba con su mismo rumbo por el canal del Santiago, se apiadaron del *Pollo Culeco*, brindándole remolque.

Gracias a esta providencial ayuda llegó al mismo tiempo que los desaprensivos inquilinos de *La Burra* al atracadero de la planta de bombeo, la cual yergue su estructura sobre una represa de hormigón que intercepta la confluencia de los ríos Santiago y Zula, contigua al muelle de la pequeña ciudad de Ocotlán.

Empatada así la regata, concertáronse los detalles de la posterior entrevista para dar comienzo a la parranda en proyecto.

Don Prisciliano, Martín y *el Pollo Culeco* tuvieron que permanecer un rato en las oficinas, a fin de rendirle cuentas al ingeniero-jefe de su actuación y del estado de los trabajos. Y los otros tres continuaron a pie, por la orilla del Zula, hasta el embarcadero en donde habían convenido en esperarlos.

Por el camino, Rubén iba comentando aquella histórica aventura del hundimiento de *El Turista*, un vaporcito de dos pisos, acondicionado para el transporte de excursionistas, que llegó a ser famoso en los comienzos del siglo debido a sus encantadores paseos por todos los rincones del amplio mar chapálico. Su naufragio aconteció súbita e inesperadamente, cierto anochecer en que regresaba abarrotado de romeros nacionales de la más prominente casta social, y los cuales bailaban y bebían, procedentes de una regocijada visita al entonces pueblo ribereño de Jamay.

Llegó frente al malecón de los muelles de Ocotlán, y apenas habían saltado a tierra el mecánico y el piloto para asegurar las amarras, cuando zozobró de improviso en mitad del profundo Zula, motivando que pereciesen ahogadas más de doscientas personas que venían a bordo. La tragedia impresionó tan vivamente a la población que, durante muchos años, evitóse tocar en Ocotlán el

armonioso y muy querido vals *Sobre las olas*, el cual ejecutaba la orquesta que venía acompañando a los excursionistas en el momento en que sobrevino la catástrofe.

—Mi tata y mi tío Pantalión estaban allí mero, asomados nomás por sobre el bordo del puente de piedra cuando se dio la voltiada —explicábales Pancho a sus amigos—. De modo que les tocó verlo de bien a bien.

—'Hora que anduvimos dragando este río —añadió Rubén, dirigiéndose a Ramiro— salieron muchas *chivas*
to'avía
de aquello. El ingeniero se lo llevó casi todo. Pero Martín se guardó un sable muy cachurileado, seguro de algún militar que venía a bordo.

—Han de'ber andado bien borrachos —sugirió Ramiro.

—Dicen… —pudo admitir Rubén. Y con unción y solemnidad supersticiosas, añadió—: fue por castigo.

—¿Castigo de qué?

—Aquella tarde se'bían bajado en Jamay. Y dizque entraron bien cuetes al templo, y hasta bailaron encuerados en él.

—¡Ya la traiban salada entonces!

—¡Nomás tantéale!… Los únicos que se salvaron jueron los dos qu'estaban *chambeando* de tripulantes, y que por lo mesmo no le 'bían hecho a la tomada… Tuvo que esperar a que llegaran aquí y a que ellos dos brincaran a tierra pa' que se llevara la tiznada a todititos los demás…

La conversación prosiguió por ese tenor.

Pero Ramiro veíase demasiado mortificado para prestarle una atención excesiva. Un hondo conflicto moral estrangulaba la de suyo magra locuacidad del suplente dé supernumerario.

Había dado ya por ineludible su asistencia a la celebración de esa noche, puesto que aquellos importantísimos amigos y correligionarios sugirieron dedicársela a modo de despedida. Y no podía concurrir sin llevar consigo el dinero necesario para corresponder a la gentileza de los otros, costeando al menos una *parada*. Su ecuanimidad de hombre cortés, discreto y cabal y su orgullosa dignidad de mestizo lo exigían de tal manera… Mas era el caso que, a la vez, necesitaba absolutamente íntegros los noventa pesos que acababan de pagarle…

Cuando se sentaron al borde del malecón del embarcadero, con las piernas colgando sobre el exprimido caudal del río, aún no conseguía resolver tan enojoso dilema.

Las sombras de la noche pesaban tibias y densas sobre la pequeña ciudad. Y en ellas se disolvía el resplandor rojizo de las abundantes luces del centro, que surgía como una mortecina aurora boreal por sobre las bajas azoteas de las casas. El muelle estaba solo, quieto y oscuro.

El desarrollo económico y la nueva actividad de la laboriosa Ocotlán concurrían ya por otros conductos. De ello daba fe, con su contraste, la iluminación, noche a noche más profusa, que se distinguía en torno a los cerros de la otra margen del Santiago, contiguos a la Celanesa. Gracias a la intensa producción industrial de ésta y a la fábrica de productos lácteos la población iba resurgiendo de su transitoria pobreza con el ímpetu de un más firme y estable dinamismo. Su nuevo carácter fabril volvía opacos los decadentes trasuntos de su gran historia portuaria y agrícola, y trastornaba la psicología y las costumbres patriarcales de sus gentes.

El puerto fluvial y lacustre, que apenas dos décadas antes fuese un emporio de grandes actividades mercantiles, amolábase definitivamente muerto. Las extensas explanadas para la estiba de la carga, que otrora se vieron cubiertas por grandes trinchas de productos agrícolas, pecuarios, mineros y forestales, hirvientes de infatigables cuadrillas de cargadores y transitadas por innúmeros carretones de mulas, dormían entonces desoladas y vacías. Igual que el airoso atracadero de concreto, donde en artos mejores se apretujaron los lanchones ocupados en el transporte de los valiosos cargamentos procedentes de los muchos y ricos pueblos ribereños del lago. Sólo perduraban, recostadas sobre el veradero de la otra orilla, algunas de esas viejas embarcaciones, enlamadas por la incuria y el desuso o dedicadas a transportar materiales de construcción para los edificios de las nuevas industrias; tal cual bote de remos para paseantes; y las más numerosas y pequeñas canoas veleras de los pescadores de siempre, que siguen señoreando las espaciosas rutas chapálicas. Yacía, también, algún vetusto y achacoso *vapor* de gasolina, de los que ayer hicieron el tráfico de pasajeros entre las diferentes poblaciones de la ribera, y que ahora sufría la humillación de verse alquilado para cercanas excursiones

dominicales o se dedicaba a recoger los tambos de leche precisos a la otra fábrica para alimentar su trabajo.

Los muelles de Ocotlán reposaban quietos, muy altos sobre la banda derecha del colorado Zula, cuyo nivel descendiese notablemente con los dragados, y en vana espera de un resurgimiento que no volvería jamás.

Advertíase mayor animación en la otra orilla, adonde llegaban las canoas areneras y de pescadores, y ascendía, distendiéndose, el pradito sobre el cual fue instalado al aire libre el único astillero autorizado legalmente de aquella parte de la ribera, por el *Casquillo* y los de su encumbrada estirpe.

Y sin duda dormitaría en él, más allá de la barrera de viejos eucaliptos que coadyuvaba a hacer mayormente oscura la noche y a llenarla de misteriosos rumores crepitantes con el roce de sus hojas batidas por el viento, esa gallarda canoa a punto de ser concluida y llamada a resolver todos los problemas económicos, morales y hasta sentimentales de Ramiro Fortuna.

Quizás se debiera incorporar éste del muelle, dándose una breve escapada a contemplarla…

No obstante, el temor de encontrar por allí a sus constructores y de dejarse llevar por su precipitación a hacerles entrega del dinero, manteníalo inactivo y perplejo.

¡Él no hubiera podido concurrir a la parranda sin centavos! Esta conclusión habíala aceptado ya como definitiva, por más que el involuntario sobresalto le siguiera atormentando.

Si hubiese podido disponer de un pretexto, de una disculpa que lo eximiera de la imprescindible atención de acompañarlos a la cantina, no titubearía en valerse de ella. Mas no la vislumbraba… Y él no iba a dejar en entredicho las excelsitudes de su hombría corriéndole vergonzosamente a una invitación formulada de modo tan gentil. Fuera tanto como atropellar villanamente los principios más elementales de la urbanidad, dándoles motivo para sentirse lastimados y ofendidos.

Dentro de los cánones de su delicadeza no cabía, asimismo, por ultrajante a su recia condición humana, el hecho de hablarles franca y sinceramente. Su problema era demasiado íntimo para que se arriesgase a compartirlo con nadie. Y de hacerlo, lo hubieran tenido por llorón y por mezquino.

La integridad personal que exige esa celosa dignidad de la hombría implica el respeto a ciertos cánones de la discreción y la decencia que ningún varón cabal puede desatender impunemente. Acaso resulten ellos ominosos en determinadas circunstancias. Pero sostienen en pie el derecho a marchar ante los demás con la frente muy alta y la conciencia limpia de las manchas infamantes del oprobio.

Claro que eso de exponer la canoa en cuya posesión se basamentaban y de la cual dependían las mejores ilusiones y esperanzas de su vida, por el simple afán de conservar intacta la efímera compostura de su altivez ante los amigos, no tenía perdón de Dios tampoco… La altanería no es, después de todo, capaz de lucir muy brillantemente cuando se mantiene a costa de la pérdida de una futura independencia económica, de la liberación de un trabajo tan brutal como ese fatigoso palanqueo a bordo de un lanchón arenero, de la reconstrucción del jacal en ruinas, de la posibilidad de tener en cultivo el coamil invadido por la maleza y de la legítima ambición de estrechar entre sus brazos el adorable cuerpo de la mujer querida, arrebatándosela a las intrigas procelosas de un pérfido rival… Con todo ese gravamen a cuestas, apenas si es posible admitir que tales consideraciones subjetivas valgan la pena.

Y, sobresaltado por tan acerbas cavilaciones, a la vez que desprovisto de un argumento razonable para eludir a sus acompañantes, llegó un momento en el cual Ramiro no pudo más y se incorporó de súbito, advirtiéndoles mientras partía:

—M'esperan tantito. Voy a mirar qué tan adelantada va mi canoa.

Entonces, y después de avanzar muelle adelante para pasar por el viejo y cercano puente de Jamay a la otra orilla, descendió a la braña en donde se hallaba instalado el rudimentario taller de aquellos rústicos armadores, instituidos por la bombástica legal en *jefes de astillero*.

Poco antes de llegar ya pudo verla.

Allí estaba la flamante embarcación, muy próxima a ser terminada. Lucía completa la carena de su fondo aplanado y bien pulidos los recios tablones de pino de sus costados, desde la gallarda y tendida roda de la proa hasta el bastidor romboidal de la

achatada popa, y sobre el retorcido y mal labrado costillaje de mezquite que dio forma a su esqueleto. De muy delicada forja, el tablón horizontal de la amura se tendía con un esguince gentil, perfilando la comba suave de la escurridiza banda, y descollaba en armonía con el arrogante saliente de la proa. Sólo le faltaban algunas pequeñeces para considerarla lista: aserrar el extremo de ciertos tablones que sobresalían; calafatear algunas junturas de las tablas; adosarle los estrobos; armar el *cajete* que serviría a modo de carlinga y perforar el banco que ayudado por él iba a sostener el trinquete; y colocarle la tarima del panel, destinada a proteger su endeble piso… Poco más que cualquier cosa.

Observándola extasiado, Ramiro dábale vueltas y más vueltas en su mano al rollo de los noventa pesos de la raya. Y se recreaba imaginando el instante venturoso en que se había de presentar en Las Tortugas con la desconcertante sorpresa de tan gentil propiedad.

Por unos momentos, la ilusión de sentirse dueño de aquella embarcación oscureció todos sus prejuicios con respecto a la participación en la parranda. Y de nuevo comenzó a meditar en la posibilidad de extraviárseles a sus amigos, aunque después se tuviera que esconder entre los tulares a su paso para refugiarse de la vergüenza de que le fueran a gritar *rajón*.

Pero se acordó del *Pollo Culeco*, de la injusta inquina con que todos se gozaban en lastimar a su dignidad mal defendida; y sublevóse contra aquellos ignominiosos pensamientos que pugnaban por arrastrarle a un rebajamiento similar.

Había prometido concurrir a la parranda. Y, por lo tanto, el compromiso no ofrecía escape posible. No hubiera podido huirles a sus amigos. Y, si se quedaba allí, acudirían con absoluta seguridad a buscarle… De modo que no le restaba otro recurso que exponer la posesión de la canoa, por más que, bajo ciertos imponderables y egoístas aspectos, ello le resultara una innominada monstruosidad.

Sin embargo, en el fondo borbollante de su afligido dilema brotó de pronto la luz de una transacción inmadurada, pero preciosa.

Preguntábase ahora si no sería mucho más discreto y sensato que le entregara entonces al *Casquillo*, cuya casuca de adobe era de las más inmediatas al rudimentario astillero, ochenta de aquellos pesos que traía, reservándose los diez restantes para cumplir con los

amigos, *disparándoles* por lo menos una tanda que le permitiera quedar a la altura de las circunstancias. Tal vez en ese proceder tan natural estuviese el recurso más juicioso. Quizás hasta debiera darle al calafate sólo setenta pesos, reservándose veinte para hacer las cosas con los camaradas cual era debido…

No tardó en aceptar el desenlace como la mejor solución para su conflicto.

Con esfuerzos y con angustias, pero ese faltante de los veinte pesos podía reunirlo algún día. Y la posesión de la canoa sólo se hubiera demorado.

No lo caviló mucho más.

Pasando una mano acariciante sobre la pulida borda de la embarcación para reafirmar sus intenciones con el halago de aquel amoroso contacto, y bien decidido a que llegara a ser definitivamente suya alguna vez, encaminóse con paso seguro hacia el hogar del carpintero de ribera.

La adversidad andaba, no obstante, del brazo de su destino.

Ni *el Casquillo* padre ni *el Casquillo* hijo permanecían en su morada. Sólo se encontraban allí la mujer y algunos de los pequeñuelos del primero. Y la señora no tenía noticia alguna de los negocios de su marido, o pretendía no tenerla porque no deseaba hacerse cargo de aquellos dineros. El viejo había marchado a Guadalajara para arreglar quién sabe qué enrevesados asuntos del gremio. Y al hijo primogénito, que compartía con él sus negocios de armador, podíalo encontrar Ramiro, si es que tenía gran empeño en entrevistarlo, en alguna de las abundantes cantinas de Ocotlán. Borracho desde el día anterior, ambulaba ingiriendo vino por todas ellas.

El muchacho hubo de volver sus billetes al bolsillo.

E, invadido por cierta desesperanza, pero tratando de mantener enhiesto su propósito de no excederse de aquellos veinte pesos que ceñían las máximas posibilidades de sus planes de derroche con los amigos, retornó en busca de éstos.

Dispersas y fugaces ráfagas de brisa parecían murmurar de su perplejidad desde la floresta de las orillas.

Un grupo de navegantes jugaba a la baraja sobre la tarima del fondo de un lanchón, bajo su rancho de petate y a la luz rojiza y humeante de un farol de petróleo que pendía del ángulo del techo

de dos aguas. En la erguida proa, sentado sobre la enrollada cadena del anclote, contemplaba absorto las turbias aguas del río, cuyas náyades debían solazarse correteando por sobre las tamandas errantes de los lirios, otro de aquellos singulares marinos. Su silueta, inmóvil bajo el amplio sombrero de palma y envuelta en una frazada oscura, mostraba los contornos de un hongo gigantesco y abotagado.

La locomotora del *pullman*, que venía entrando al puente de hierro por junto a la Celanesa, quebró la quietud del aire con un lamento enronquecido; el cual, al rodar de su incorporeidad por sobre el rotundo y desolado espinazo de los cerros, fue desfalleciendo hasta convertirse en una queja agónica, lúgubre y entrecortada.

Y a partir de ello, por breves instantes, cierta profunda paz de dimensiones siderales se extendió para quedar flotando entelerida sobre la honda y oscura cuenca del río.

II

CUANDO nuestros amigos llegaron a la cenaduría de *El Tecolote* reinaba en ella una animación particular.

Disculpado por su ancianidad, había desertado don Prisciliano.

Martín, *el Pollo Culeco*, Pancho, Rubén y Ramiro tuvieron que aguardar unos minutos a pie y recargados contra la pared humosa, en tanto que tres chicas que parloteaban ante una de las mesitas azules del salón, la del más discreto de sus rincones, acababan de rebañar los platitos de cristal en que les sirviesen unas opíparas nieves.

Charlaban las tres a un mismo tiempo. Y era tanta su locuacidad y tan hondo su interés en torno a los innumerables defectos de una amiga ausente, que tardaron largo rato en percatarse de la impaciencia de los que venían esperando su dispersión para disponer de un asiento.

Era aquél uno de los mejores restaurantes de Ocotlán.

Jamás había traspasado Ramiro sus umbrales antes de entonces. El establecimiento hallábase considerado como lugar *catrín*, y frecuentábanlo casi exclusivamente los riquitos y los obreros privilegiados de la pequeña ciudad, gentes a cuya arrogante altanería pudo haberle servido de lema heráldico aquel refrán tan de la tierra que establece con definitiva e inapelable suficiencia:

> *"Aunque séamos del mesmo barro,*
> *no es igual bacín que jarro…".*

De modo que, cuando sus compañeros decidieron cenar allí antes de engolfarse en las cantinas, él no osó objetar esa decisión mayoritaria y siguiólos dócilmente; pero no pudo evitar sentirse considerablemente cohibido.

Los otros se habían cambiado de ropa y lavado un poco al salir de la draga; y lucían más presentables. Él, en cambio, portaba la camisa y los pantalones de toda la semana, y su apariencia era la del pariente pobre del grupo. Desconfiaba, además, de su capacidad para hacer de los cubiertos el uso debido, siendo que allí resultaban ineludibles, mientras que en su casa y en los mesones que solía frecuentar considerábalos como superfluos en gracia a su habilidad en el manejo de la tortilla con que envolvía los bocados.

La benevolente consideración con que sus amigos le trataban no consiguió aplacar del todo esa ansiedad. Pero cuando menos, esto teníale olvidado del tremendo problema de los noventa pesos. Y venía redundando en una lógica impaciencia por comenzar con los tragos, de los que esperaba sacar la desaprensión precisa para investir su disimulo.

Pedro, *el Tecolote*, y su hermana Fidencia se escurrían por entre las aglomeradas mesitas sirviendo calmosamente a los abundantes parroquianos. Y una cocinera anciana y cetrina trajinaba ante el fogón de la pequeña y oscura pieza contigua, preparando las órdenes que dictase el apetito de la concurrencia.

Podría lucir fascinante en mitad del local la blanca vitrina del refrigerador. Pero estorbaba mucho por la escasez de espacio. Y la pretensiosa luz de neón que lo bañaba todo en su intensa claridad láctea, dábales cierta apariencia linfática, traicionando el disimulo de los cosméticos con que se atildaban las mujeres, a los rostros de los copiosos comensales. En una esquina, ocupando otra necesarísima fracción del exiguo local, reía con sus cristales de colores y sus incrustaciones de metal y de ágata la incansable radiola o *diecera*, por cuyos múltiples y policromos tubos de vidrio subían y bajaban inquietas burbujas aprisionadas.

De vez en cuando, un joven que ocupaba otra de las mesas acompañado de la que acaso fuera su novia, y que languidecía esperando un pollo asado, incorporábase para ir a poner en el aparato una moneda apretando el botón que señalaba la canción preferida; casi siempre un *bolero* lacrimoso y cursilón.

No se comprendía bien qué clase de deleite pudiese hallar aquel pertinaz melómano en los rugidos que salían del artefacto; pues, salvo en los breves instantes en que se levantaba para requerirlos, permanecía profundamente absorto en un cuchicheado monólogo

con su compañera. Y por lo demás, el ruido de las pláticas, de choques de platos, vasos y cubiertos, de raspones de sillas, de portazos de vitrinas, de insolentes sorbidos de líquidos y basta del chirriar de rebeldes fritangas en la sartén que prevalecían en la estancia, confundíase con los campaneos del tranvía de mulitas que llamaba a los pasajeros anunciando su partida para la estación, y con los mil rumores del desfile de serenata en la vecina plazuela volviendo harto confusas las de suyo antipáticas estridencias que exhalaba el trepidante cachivache musical. Y sin embargo, era evidente que alguna inexplicable complacencia debía proporcionarle aquella enloquecedora abundancia de sonidos, pues, antes de que concluyese el *bolero* de turno ya estaba el hombre enriqueciendo con otra moneda al detestable aparato.

Una vez que la tercia femenina de la mesita del rincón se levantó, Ramiro y sus acompañantes apresuráronse a tomar asiento.

Y el hecho tan elemental de disponer de una silla y sentirse establecidos restituyó su entereza, un tanto atribulada por la enojosa exhibición a que los condenaba la espera de pie y contra la pantalla renegrida de la pared del fondo.

Cuando *el Tecolote*, un mozo flaco y moreno que debía su sobrenombre al afán de ocultar tras del cristal de unas antiparras oscuras cierta nube en un ojo, arrojó la *carta* sobre la mesa, nuestros cinco amigos se crecieron, pareciendo engallarse. Y un impulso idéntico y simultáneo les hizo preguntar a los demás en un marcado tono indicativo:

—¿A ver, pues, qué cosa van a tomar?

Sólo que, como quiera que *el Pollo Culeco* era el de más amplios roces sociales en el conjunto, les ganó la delantera por una mínima ventaja.

Tratándose de hacer una ligerísima cena que se ayudaría a circular mediante pródigas botellas de cerveza helada, cada quien escogió el platillo más de su agrado, notándose general predilección por las enchiladas, que constituían la especialidad del establecimiento. Ramiro, en cambio, pidió unos taquitos. Pudo notar que éstos eran tomados con los dedos, evitándose el complicado uso de los cubiertos, y ello influyó de modo determinante en sus preferencias.

Rubén, anticipándose a aquel joven que ponía en la estridente

diecera los insufribles *boleros*, levantóse y se dirigió hacia ella, advirtiéndole cortésmente al otro, de pasada:

—Con su permiso.

Apretó el botoncito correspondiente a cierta pieza que resultaba más de su agrado, introdujo por la ranura la correspondiente moneda y, ufano de su desenvoltura, retornó con los amigos, que ya empezaban la conversación prendiéndola del primer tópico que les sugirió una anécdota.

—Más antes —estaba diciendo Martín— la birria de bagre era mi fuerte. Pero desde que me quiso tantiar una vieja de Poncitlán, ya no como pescado más que cuando se lo compro a los que lo sacan, y miro yo mismo que venga
to'avía
pajueleando en
l'agua
.

—Pos, ¿qué cosa t'hizo? —preguntóle Pancho, sabedor de que el otro esperaba sólo la interpelación para exponer su *detalle*.

—Iba yo en el tren pa' Guadalajara —comenzó el mecánico sin hacerse insistir—, y onde que se me antoja llevarle a mi hermana unos bagres que andaba ofreciendo una señora en la estación de Poncitlán… Pero luego que los devisé de más cerquitas, me arrepentí de comprarlos, porque vi qu'estaban viejos… «¿Los quería frescos?», me preguntó la mujer. «Espéreme, pues, tantito: orita le traigo otros»… Yo la miré que rodiaba el tren pa' hacia el lado del río; y le malicié algo. De modo que fui y me asomé a ispiarla por Potra ventanilla… ¿Y qué creen
que'bía
ido a hacer la indina vieja?

—¿Qué? —preguntó José Antonio, intrigado.

—Nomás les dio su remojón en
l'orilla
del río a los que cargaba, y ai viene con ellos escurriendo: «Aqui'stán sus bagres frescos, patrón»…

Los otros rieron. Pancho inquirió de Martín:

—¿Y tú qué le dijites?

—Pos, le dije: mire, viejita, me hace el favor de que me los vuelva a remojar, y luego va y se los vende a su tiznada madre.

Terminado el *bolero*, la radiola daba ya principio a la canción de Rubén. Éste aguardábala suspenso. Había elegido con mejor gusto, pues, al cabo de unos breves y presuntuosos pespunteos de guitarra, la acometió una voz medio en falsete y con una arrogante cuarteta teñida de esa sublime ingenuidad de nuestra gente de campo, cuyas altisonancias hicieron trepidar al reducido local de la cenaduría y fruncirse al disgustado ceño del melómano que departía con la muchacha. Cantaba:

"Quisiera ser carcelero
para tener encerrada
la mujer que yo quiero
y me trai como ensalada…".

El *Tecolote* trajo las cinco primeras cervezas y una botanita de cacahuates salados, para que fuesen entreteniendo el hambre mientras estaban listas las enchiladas.

—¡Salud! —deseó Martín, levantando su botella para echar el primer trago.

Y los otros cuatro repitieron solemnemente el brindis y lo imitaron, bebiendo a su vez.

—Oye, Rubén —propuso Pancho—: cuenta, a ver
cómo'stuvo
aquello del tiro de la mina vieja.

Los otros se pusieron cómodos y en actitud de escuchar atentamente.

Tampoco Rubén ansiaba que le rogaran. Quería lucir sus dotes de narrador de relatos espeluznantes, y empezó tratando de dejar muy bien sentada la veracidad absoluta de su historia:

—Esto nues echada. ¡Por Diosito Santo que jue tan verdá como que 'hora estamos aquí mero!… Allá pa' las Fiestas Patrias nos juntamos en Jamay como unos ocho muchachos, pa' venir a explorar la mina vieja que jallaron pa'l otro costado del cerro grande de El Fuerte. Dizque, cuando los españoles, asaltaban allí, y que más después asustaban, seguro porque 'bían dejado dinero aterrado en ella, que por eso jue qu'estuvo la cueva taponeada tanto tiempo… La verdá que intrando se sentía de dar miedo, porque 'bía partes reteangostitas, y como que daban ansias al meterse por ellas y se le afiguraba a uno que aluego no iba a poder salir. Además,

este Hilarión andaba asustando con que a poco nos topábamos gas pa' l'hondo… Menos mal que yo iba como el quinto en la ringlera, y tantiaba que si dábamos con alguna cosa perjuiciosa, los que iban antes tenían que salir más pior de amolados… Teníamos caminando por aquella galería como de aquí a la otra banda de la plazuela cuando, redepente, oyimos un bramido, hagan cuenta que juera d'un espanto, y que retumbó rehorrible por toditito lo qu'es la cueva. Y sabe qué méndigo animal se nos dejó venir y se nos metió por entre las corvas, voltiándonos de plano y patiándonos y revoleándonos cuanto se l'antojó… Y ai jue que se lo llevaba Gestas pa' juera, bramando y reparando por todita la galería… En la rebatiña nos tumbó los ocotes con que nos aluzábamos, y a muchos se nos apagaron. Pero el de Tiburcio le prendió la camisola, y en nada estuvo que no se abrasara allí mesmo, y pue' que nosotros con él, porque iba
l'último
de toda la ringlera… Yo pensé que más de
uno'bía
matado el caramba animal. Pero, cuando a juerza de darnos hartos frentazos contra los paderones, tentando en la escuridá y algunos hasta llorando, como hagan cuenta criaturitas, salimos por todo el socavón
pa'juera
, 'stábamos completitos; y hasta ora más, nos almiramos de que sobraba Porfirio, el cantinero aquel de Jamay que le dicen por mal nombre *Guzga*
l'Ánima
, seguro por lo flaco y mula
qu'es
… Y hasta más después venimos a saber que jue él mero quien nos hizo la malhoriada.

—Y luego, ¿qué cosa era
l'animal
? —inquirió Ramiro, que lo escuchaba sobrecogido.

—Ai'stuvo la tantiada… Era nomás el chivo padre del rebaño de don Rutilio, el señor que lleva los terrenos del rico del Fuerte de a medias. Aquél, Porfirio,
lo'bía

metido dende más antes atado con una soga. Y al ir llegando nosotros'onde
lo tenía, que lo suelta y le da un retorcijón en ya se imaginan'onde
, que jue precísimamente lo que l'hizo
pegar aquel vájido de espanto por el dolor, y arrancar carrera topando y reparando por encima de toditos nosotros, seguro por la prontitú que en la juida llevaba.

Sus acompañantes volvieron a reír y comentaron el caso.

La gran nariz de Fidencia, anticipábase ya a la inminente aparición de las enchiladas y de las segundas cervezas. Y, en la *diecera*, la pieza que pusiese Rubén terminaba sus armonías con la cansina insistencia de su procaz estribillo:

"Dicen que soy hombre malo,
que me parezco a las fieras;
con una pata de palo
y soy campión de las carreras…"

Los noventa pesos de Ramiro se libraron íntegros y rezogantes de aquel primer peligro ante el cual los colocó el encrespado orgullo del mestizo.

Habían permanecido por unas dos horas en *El Tecolote*, más que comiendo, charlando, bebiendo y tocando la sinfonola. Y en el momento de mudar de ambiente, entablóse una acalorada disputa entre los cinco, pues cada quien pugnaba por abrogarse el honor de cubrir íntegra la cuenta.

En la misma medida que todos los demás terqueó Ramiro, dejando muy a salvo su delicada dignidad. Y, al fin, concedióse que, puesto que de acuerdo con el arreglo originalmente concertado con el mecánico existía el sobreentendido de que *el Pollo Culeco* no iba a pagar un solo centavo de lo que se gastase en las cantinas, debía serle permitido, conforme lo reclamaban sus clamorosos deseos, que afrontara él solo este primer pago.

Y aunque el pobre oficinista no andaba nada sobrante de recursos financieros para embarcarse en semejantes derroches, mostróse muy satisfecho de su triunfo en la porfía y pagó ufano los veintidós pesos que importaba el consumo, más otros tres que le dio

a Fidencia de propina, galantería ésta perfectamente inútil, puesto que por ser hermana del dueño no tenía ninguna necesidad de estos *pluses*, pero a la que ella correspondió comprensiva, frunciendo su descomunal nariz al doloroso esfuerzo de una sonrisa.

Salieron de allí bastante animados, procediendo a dirigirse a la cantina de don Salomé, donde tendría su comienzo la auténtica parranda.

III

UBICADA la *piquera* en una de las esquinas del parquecito que antecede al templo parroquial, ostentaba el traicionero nombre de Mi *Cantón* en lo más alto de su fachada.

Tenía anexo un salón de billares donde jugaban al *pool* algunos de los trabajadores de la Celanesa.

Pero no disponía de sillas y mesitas para establecerse con un margen elemental de comodidades a saborear sus inflamables menjunjes. Los clientes efectuaban el consumo parapetados en *la barra*. Y ante ella existían, tan sólo, unos cuatro taburetes relativamente altos, encima de los cuales se iban encaramando los que tenían la rarísima fortuna de encontrarlos disponibles. Aun estos asientos brindaban un confort muy precario, pues lucían cojitrancos, vacilantes y cayéndose a pedazos, lastimosa situación a la que don Salomé no experimentaba grandes urgencias de poner remedio.

Justificaba él su desidia explicando que no los quería remendar porque, más que como asientos, esos banquitos llenaban su función allí como armas contundentes o como proyectiles de incierta trayectoria, cada vez que en la cantina surgía alguna de las frecuentes camorras que le daban merecida fama de animada. Tal destino no hubiera, de ningún modo, permitido esperar de ellos una larga duración. Y esto, inducíale al tabernero a consentir en que se fuesen acabando por sí solos, alentado, a la vez, por la íntima y humanitaria convicción de que, mientras menos sólidos se hallaran, tanto menos peligrosas resultarían las contusiones que se infiriesen con ellos.

El mostrador, en cambio, era alto, sobrio y recio, y estaba maqueado de color oscuro. Un pasillo, con una tarima que burlaba la perpetua humedad del piso, separábalo de la estantería del fondo. Y por él se desplazaban, con diligencia, en mangas de camisa y

secador de manta trigueña al hombro, los dos dependientes del establecimiento.

La armazón o estantería observábase más vetusta y hasta apolillada. Mostraba volados y pomposos montantes, en forma de rebuscados aleros, y perillas torneadas en cada uno de sus ángulos. Algunas de éstas habíanlas alcanzado los proyectiles que surcaban el aire durante las refriegas, y subsistían tronchadas, o daban apenas fe de que otrora estuvieron presentes las astilladuras de sus abrumados fragmentos.

En un desconcertante desafío a todos estos peligros, la tal armazón exhibía el anacronismo de dedicar la mayor parte de su frente a un dispendioso y provocativo espejo, cuya subsistencia maravillaba. Parece que fuera su misión la de permitir que cantineros y parroquianos mantuviesen su peinado a tono con la exquisita urbanidad que debía prevalecer en el establecimiento… Si es que no estaba consagrado a facilitarle al dependiente el continuo control de la clientela, que podía haber aprovechado los instantes en que él se hallaba de espaldas preparando algún compuesto para escurrirse sin abonar el consumo.

Aunque el espacio ocupado por las casillas era mucho menor, encontrábase casi desierto de botellas. La mayor parte de los licores que allí se expendían hallaban su madriguera en la contigua y destartalada hielera o en la parte interior y baja del mostrador, o en el barrilito y los dos garrafones de cristal aposentados sobre la esquina de éste.

Aquel ostentoso espejo parecía haber corrido con una sorprendente felicidad las tormentosas bacanales del lugar, pues sólo mostraba como cicatrices tres leves escoriaciones y dos estrelladas de pronóstico reservado. Y ello era consolador y muy digno de serle abonado en cuenta a la excelente puntería de los rijosos habituales.

Llenaba en la pulida superficie del vidrio un tramo mucho mayor que el ocupado por estos desperfectos, cierta macabra advertencia escrita con gis y en grandes caracteres por un pésimo calígrafo y mucho peor ortógrafo, la cual prevenía:

«NO CE ALMITEN BALES; CONQUE HAY BERAN»

Y como pudiera suceder que algún desaprensivo beodo pasase por

alto la severidad de tan insultante y ruin determinación, reforzaban el argumento dos cuadritos de cristal, artísticamente colgados de lo alto y por ambos lados del espejo, que a su vez añadían:

"Hoy no se fía
mañana sí"

y

"El señor que fía
salió a cobrar"

Y apenas se puede explicar que, con tan antipáticas e infamantes advertencias, muestra patente y contumaz de la estrechez de criterio que presidía las consideraciones éticas de aquel negocio, conservara *Mi Cantón* el prestigio bien cimentado y la abundante clientela que lo favorecían.

Las cervezas en *El Tecolote* no habían logrado influenciar bastante el ánimo de nuestros amigos.

Y, cuando llegaron a la *piquera* y traspusieron sus acogedores umbrales, aún lucía su ecuanimidad contrastantemente tímida y equilibrada en medio de la exaltación de la nutrida concurrencia.

La inmediata solicitud de cinco tequilas dobles trató de irle poniendo remedio a una situación tan embarazosa. Y es de justicia asegurar que, después de la tercera ronda, ya su aspecto empezábase a ver mucho más adecuado al medio en que su actividad se desenvolvía.

Resaltando entre la parroquia del local por su exotismo, un norteamericano joven, flaco, pelirrojo y mal barbado, tomaba vasitos de whisky a uno de los dos extremos del mostrador.

Tratábase de un aviador contratado por la Compañía Hidroeléctrica para que pusiera en práctica los flamantes métodos que hoy se emplean en la gestación de las lluvias artificiales. Y su esfuerzo estaba llamado a nutrir el exhausto vaso del Chapala con precipitaciones pluviales intensas que compensarían, a juicio de la interesada, el decadente caudal de sus tributarios naturales. Con su avioneta particular y su abundante dotación de hielo líquido, el hombre permanecía en Ocotlán en espera de que se presentase

sobre la cuenca del lago alguna formación de nubes propicia; avistada la cual, salía decididamente a su encuentro para hacerla llover conforme al humilde deseo de la esforzada y generosa Compañía.

Por cierto que los primeros meses de su actuación no aparentaban haber rendido muy opimos frutos. Pues el nivel del lago decrecía de semana en semana, socavando el incierto prestigio de su función, y era ya la segunda vez que el superintendente de la empresa le preguntaba con un gesto receloso al extranjero, si no *les estaría viendo cara de peregrinos guadalupanos*.

Martín y *el Pollo Culeco* conocíanlo superficialmente, y lo saludaron con un leve gesto de su mano; cortesía a la que repuso él con una sonrisa estirada y amable. Debió sentirse muy agradecido, ya que eran escasas las atenciones que cosechaba en Ocotlán y sus proximidades, debido a que no consiguió hacerse entender en español y a que los ocotlenses veían con manifiesto desdén sus reiterados fracasos.

Peor aún se le estimaba entre los campesinos de la ribera chapálica por más que él pareciese ignorarlo por completo.

Aparte del estigma de ser *gringo*, llevaba a cuestas el recelo que despertase su sacrilega condición de usurpador de unos poderes que, antes de entonces, eran de la exclusiva jurisdicción de San Isidro. Y, en cuanto la sequía, las granizadas, las *culebras de aire* o las lluvias torrenciales causábanle daños a un plantío, no faltaba quien idease fundamentos muy sólidos para achacarle la responsabilidad en el perjuicio a aquel solitario batallador de los cielos nublados.

Verdaderamente, no resultaba fácil tolerar impasible eso de que un sujeto *cabeza de cerillo*, y que ni siquiera era capaz de hablar en *cristiano*, saliese a bordo de su aparato y se pusiera a lancear a las nubes veraniegas como don Quijote a los pellejos del vino, para hacerlas sangrar hasta que le viniese en gana. Tan descomunales poderes movían a reflexionar sobre posibles convenios con Satanás. Y bien pudiera ser que en sus maquinaciones usara, para arrojarles a las nubes y obligarlas a llorar, algún elemento químico ponzoñoso, algún diabólico filtro a base de ácidos corrosivos susceptibles de inferir daño a los plantíos.

Razones de inquina más sensatas y consistentes aún, existían

contra él en muchas de las abundantes rancherías ribereñas. ¡No era cosa de broma para un pobre campesino eso de verlo aparecer en el horizonte, dispuesto a desbaratar a todo trance y sobre el lago, la nube que el *abajeño* venía empujando hacia sus siembritas, ansiosas de la bendición de unas gotas de lluvia para calmar su abrasadora sed!… Ni tenía maldita la gracia que un tipo tan descastado surgiese en el momento más inoportuno, resuelto a contravenir y a administrar a su humano antojo las bondadosas intenciones de la Santísima Virgen de Talpa o de Zapopan o del Santo Señor de la Misericordia, que preparaban en el cielo una tormenta para complacer las humildes y eficaces rogativas de sus amados devotos…

¡No tenía ninguna gracia, verdad de Dios!

Y si el tal individuo persistía en su falaz empresa, pudiera ser que acabase lamentándolo de corazón, pues la hostilidad que con ello se iba granjeando no prometía, por cierto, ningún venturoso desenlace.

El norteamericano, desconocedor absoluto del idioma y demasiado atareado en bregar contra las tormentas del cielo, ni siquiera sospechó la presencia de esa otra tempestad de rencores que empezaba a rugir en torno suyo y sobre la envilecida tierra. Y llegaba a cometer la imprudencia de salir de cacería o pesca al lago en sus horas libres, desafiando, inconsciente, el múltiple riesgo de una venganza.

No había escuchado este *gringo* el relato de aquellos sucesos de La Manzanilla, un pueblecito serrano de más arriba de Tizapán. Ello le hubiera permitido justipreciar los peligros en que andaba metido. Dos años hacía que se mataron allí doce individuos por la disputa que originó la dudosa propiedad de un simple manojo de hoja. Y ello era elocuente en relación con lo que le hubiera sido dable esperar a quien, como él, andaba entorpeciendo la labor de la bondadosa Virgen y malogrando con sus artilugios satánicos milpas enteras.

No había escuchado tampoco al viejo Matías Doblado, cuando tan gráficamente explicaba la condición *un poco* irritable de los rancheros de aquellas vecindades, asentando:

—L'único defeuto de la gente de por aquí es que se matan por la menor cosa. Si es uno malo, lo matan por malo; si es rigular, por

rigular; y si güeno, pos por güeno… Eso jue lo que nos trujo la mentada Revolución.

Claro que ello no era propiamente culpa de la tal señora, y que además parecía un tanto exagerado. Probábalo el hecho de que nuestro aviador hubiese podido salir indemne hasta la fecha, no obstante sus bien sabidas y tuertas andanzas.

Pero, eso sí, esforzábase en vano por resultarles simpático a cuantos se topaba de camino, tratando de halagarlos con una exagerada e hipócrita admiración por las bellezas del país, como lo sugerían los prospectos orientadores para el turismo.

La pauta de cómo andaban sus cosas debió desprenderla esa noche en el bar de don Salomé, cuando levantó la copita pretendiendo brindar con dos pescadores un tanto borrachos que lo observaban de cerca, y a los que deseó *salud* con una pronunciación que sonaba a carraspeo.

Lejos de apreciar aquella espontánea muestra de cordialidad, uno de ellos, menudo, moreno y de mirada recelosa, comentó con el otro, en voz tan alta que todos los que se hallaban presentes pudieron oírlo:

—¡Vieras cuán mal me cai el *gringo* ese! ¡La lástima que no hable en *cristiano*, pa' decírselo!…

—¿Pa' qué le dices? —preguntó su compañero, compartiendo sin duda la antipatía—. Nomás suénale, ¡y
o'verás
cómo te entiende!…

El cantinero, que los estaba escuchando, se encaró con el primero que hablase, reclamándole irritado:

—Oyeme, *Cuervejón*: si andas buscando pleito, me haces favor de que mejor te me largues de aquí.

El prieto lo miró de soslayo. Y advirtióle desdeñoso:

—¡Tú no te metas!

Viéndole hacer el ademán de dirigirse hacia el aviador, el cantinero pudo sujetarle por el cuello de la camisa. E insistió en tono conminativo:

—Te digo que t'estés en paz o te me largues.

—¡Oh!… ¡Suelta, pues! —protestó *el Cuervejón* sacudiéndose, malhumorado e impaciente, hasta desprenderse de aquella garra importuna—. ¡No me voy a comer al míster!…

Y se fue hacia éste en actitud resuelta.

Ya a su lado, púsose a jalonearlo de la corta chamarra de piel con grosero y brusco desenfado, a la par que, mirándolo muy ceñudo, le decía:

—Oiga, míster: ¿cómo se dice en su idioma que usté me cai muy de a madre?

El yanqui no lograba entenderle. Erróneamente, consideró que el provocador se interesaba en su chamarra, pues quiso mostrársela, manifestándose afable y risueño y pronunciando algunas palabras entrecortadas en inglés.

Pero *el Cuervejón* no se sentía ropavejero, y estaba obstinado en demostrarle su intención agresiva. De modo que lo empujó irritado, como invitándole a apercibirse y mientras le decía en tono de duro reproche:

—¡Ta güeno que ya se vaya regresando pa' su móndriga tierra con su carcaje de airoplano!…

Aunque ignorase el motivo, el yanqui había comprendido, por fin, el espíritu agresivo con que se le hablaba. El empellón apenas le hizo tambalearse. Pero lo aprestó a intentar una decorosa defensa.

Probablemente se consideraba y era más ducho para la pelea a mano limpia que el provocador. Mas nunca sabe uno lo que puede esconderse bajo la ancha faja colorada que ciñe por la cintura a estos canoyeros del lago, ni el punto hasta el cual está resuelto su ánimo exaltado a llevar a esos terrenos la pendencia, utilizándolo… Porque, eso de pelear a mano, es una necedad que se deja para los chiquillos. Los hombres cabales pelean con lo que tienen, pues de otro modo correrían el riesgo de quedar derrotados y en ridículo. Una tragedia con sangre nunca es ridícula en su desenlace ni para el derrotado ni para el triunfador. El uno se muere y lo lloran y el otro tiene que huir o va a parar a la cárcel. Pero a nadie se le ocurriría reírse de ninguno de los dos. Y si bien la cárcel y la muerte son cosas molestas, nunca podrían serlo tanto como el ridículo, situación que no soporta a ningún precio la encrespada dignidad de nuestros mestizos.

El Cuervejón habíale dado la oportunidad de prevenirse, y le concedería, sin duda alguna, la ocasión de defenderse en ese mismo terreno del arma blanca o de fuego. Pero no iba a cumplimentarle el gusto de contender a puño limpio, como los chamacos y las

mujeres, porque hubiera resultado impropio de su hombría, cuya primera y principalísima virtud radica en saber morir cuando lo resuelve así el destino.

Por fortuna, *el Pollo Culeco*, que vio perfilarse la tragedia, intervino oportunamente, tratando de salvar al aviador de un desaguisado. Fuese sobre *el Cuervejón*, y lo interpeló con acritud:

—¿Qué cosa le hizo a usté el señor?… ¿Por qué, pues, lo ofende?…

El prieto se volvió hacia él sin exaltarse. Después de observarle unos segundos midiendo su limitada capacidad ofensiva, empezó a mascullar rencoroso:

—¡Cuándo no'bía de salir un méndigo *lambiscón* de metiche!… ¡Catrines jijos del maiz! Con uno son muy alebrestados. Pero no miren un desgraciado güero
d'éstos
, que ya se les aguadiaron todititas las patas… —Y, en un tono exasperado y desafiante, le interpeló—: Ultimadamente, ¿usté qué cosa traiba conmigo?

Dirigíase sobre el pagador, dispuesto a liquidar de una buena vez aquel moscón, antes de plantearle en definitiva el pendiente al extranjero.

Martín había estado regocijándose de los insultos que mereciera la infortunada intervención del *Pollo Culeco*. Pero cuando *el Cuervejón* se avalanzó sobre éste, empujándole, su ánimo cambió de súbito.

La amistad entre nuestros mestizos no alcanza jamás a acallar ese exaltado individualismo que busca su propio realce en un tenaz afán de lastimar moralmente al amigo. Parece que mientras más íntimo luce un afecto, más nos avergonzáramos de externarle; o bien, que debemos defender nuestra particular altanería de cualquier posible intención de humillarla, anticipándonos a formular la ironía o el sarcasmo que la justifique. Lo cual, al cabo, redunda en una eterna pugna que se sostiene contra y a pesar del impulso mismo de los sentimientos amistosos que nos unen.

Diríase que el hecho de que dos mestizos andan habitualmente juntos, constituye más que un imperativo de ciertas afinidades espirituales, el producto de una aberrativa complacencia en hostilizarse continua y recíprocamente. En otras razas, cuando

llegan a fraternizar dos amigos, cada cual busca la oportunidad de descansar en la comprensión del otro con la sincera confidencia de sus conflictos y fracasos personales, que el interlocutor disculpa y trata de remediar en la medida de su afecto y capacidad. Nosotros consideraríamos degradada esa amistad si buscásemos tal apoyo en el compañero. La confianza que el vínculo establece no podría hacemos sentir autorizados a desnudarle nuestras flaquezas. Somos demasiado orgullosos para mostramos así… Y el deseo de aparecer más dignos de la estimación del que nos aprecia, nos arrastrará a poner un afán mayor que ante los demás, en disimular ante él nuestros tropiezos.

Y si, por azar, advirtiésemos los que el amigo padece y trata a toda costa de ocultarnos, la reacción más generosa estribaría en un discreto empeño de fingir no haberlos descubierto, pues, de convenir en sus flaquezas, tendríamos, sin remedio, que mofarnos.

Pero, eso sí, cuando se trate de defender a ese amigo contra un extraño, no habrá de contar para nosotros la menor consideración sobre cuál de los dos puede sufrir el error o gozar de la justicia en la disputa. Automáticamente, la razón vendrá a confluir al punto de vista del que lleva nuestra amistad, por más arbitrario que él nos parezca… Y la solidaridad fluye incondicional e ineludible.

Entonces se dejan a un lado todos los sarcasmos machacantes y las procaces ironías, y se va hasta donde sea menester para apuntalar contra el extraño lo que el amigo defiende. Después, una vez concluido el *pleito*, podrá volverse a las burlas y hasta a insultar y escarnecer al compañero por imprudente, o por la falta de sentido común de las razones que lo llevaron a la camorra, y hasta por su carencia total de ecuanimidad y de justicia en el papel asumido en ella… Mas primero se cumple; porque para eso son los amigos.

Tal debió ser el impulso que arrebatara a Martín, interponiéndole al paso del *Cuervejón* cuando éste se disponía a arremeter contra el infeliz *Pollo Culeco*.

—Ai se tantea bien en lo que hace —le advirtió—, porque este hombre vino aquí conmigo…

Y fue también ese mismo generoso y primitivo concepto de la amistad lo que moviera en idéntico resuelto avance, sin necesidad, siquiera, de una mirada cómplice, a Ramiro, a Pancho y a Rubén, aprestándose a tomar parte en la batalla en defensa del

comprometido pagador.

—Él es mi amigo… —aseguró uno de ellos.

—Y de nosotros —corroboraron los restantes.

Y el impetuoso *Cuervejón* se contuvo.

Calculó unos momentos los riesgos. Y aunque se sentía bien seguro de contar con el apoyo del que lo acompañaba y lo incitase a la pendencia, dedujo que no valía la pena de meterse en semejante barahúnda por causa del maldito *cabeza de cerillo*. De modo que preguntó cautamente, buscándole un escape decoroso a su comprometida arrogancia:

—¿Quiere decir que ustedes'tán en el acuerdo de
qu'este
hombre ande estropiando la milpa con su pinchi airoplano?…

—¡A mí me vienen muy guangos el gringo y su móndrigo avión! —explicó Martín—. Yo no me meto en que lo babosees a él… Pero este hombre —señalando a José Antonio— no viene solo… Y vale más que no sea tan encajosito, amigo.

Los razonamientos, aunque duros y acalorados, acabaron aplacando la agresividad y calmando, con la ayuda del cantinero, que también estaba de acuerdo en que el *gringo* era puro baboso, la controversia.

Y *el Cuervejón* no encontró más salida honorable que la de dedicar unas cuantas palabras soeces más al aeronauta, quien, por fortuna, no las consiguió entender y permaneció bebiendo, indemne y solo al extremo del vetusto mostrador.

IV

DURANTE todo el tiempo que permanecieron allí, el pelirrojo trató de manifestar por medio de miradas agradecidas, que estimaba con afecto lo que había juzgado intervención a su favor del grupo de nuestros amigos.

Sin embargo, y con la salvedad del *Pollo Culeco*, ellos lo tomaron como tema de su conversación, llevándolo y trayéndolo entre calificativos insultantes que, aunque no los entendiese, debieron hacerle cosquillas en los oídos.

Como quiera que *el Cuervejón* no había quedado satisfecho con el anodino desenlace de aquella bronca en perspectiva, así que la ingestión de más y más copas de licor volvió a exaltarlo, aprovechóse de la presencia de un libanés que andaba por allí bastante borracho y que aseguraba poder hablar en inglés, para comisionarle a fin de que, de parte suya, ofendiera a la progenitora del aviador en su propio idioma. El otro extranjero accedió a cumplir tan engorroso encargo… Pero, ya fuese porque no se supo explicar con claridad o porque el inglés que hablaba era muy defectuoso, el provocado no conseguía tampoco entenderle… Y cuando lo entendió, hízolo con tanta torpeza que, suponiendo que el insulto se lo dedicaba personalmente, le propinó un golpe, arrojándole de espaldas sobre una mesa de billar, donde quedó sangrando por la nariz y condoliéndose.

Quería *el Cuervejón* intervenir de nuevo. Pero entre el cantinero y nuestros amigos consiguieron apaciguarle; porque, aunque los *gringos solieran ser montoneros de por sí*, no les placía que se le *amontonaran* al americano. Y, restablecida la paz, éste siguió sonriéndoles agradecido.

A medida que fueron participando en la plática otros de los circunstantes, empezó a considerarse al yanqui en un plano menos hostil, pero siempre en medio de suspicacias y recelos.

—A mí me late —decía Cástulo, un gordito marinero de un *vapor* de gasolina que de tarde en cuando efectuaba la travesía del lago llevando y trayendo pasaje entre aquella ciudad y el pueblo de Cojumatlán— que eso de la lluvia artificial es puro parapeto, y que lo que trai el baboso *gringo* este es el mero petróleo…

—¿Cuál petróleo? —atrevióse a indagar el seráfico *Pollo Culeco*.

El del *vapor* lo miró de arriba a abajo, con una expresión manifiesta de desdén. Tenía que ser comprensivo y piadoso y perdonar pacientemente que un estúpido *currito* como aquel ignorase algo que constituía la comidilla de actualidad entre todos los vecinos y navegantes del Chapala.

—¡De a tiro nada! —explicó finalmente, y con engreída suficiencia—. Unos yacimientos de petróleo crudo más riquísimos, asegún dicen los que conocen, ora sí que los del mero Tampico, que es sabido que son los más ricos del mundo. Dende que se descubrieron por el rumbo del remolino de Palo Alto, todos estos gringos andan alborotados, nomás ventea y ventea, a ver si se les pega algo…

—¿A poco lo van a andar rastriando dende
l'aire
? —desconfió Rubén.

—¡Cht! —adujo Cástulo, despectivo y enfático—. Pue' que pa' otra cosa sean mensos. Pero, pa' eso, estos *gringos* son más truchas de lo que
t'imaginas
… Se hacen como que no lo devisan, y de un redepente cain
sobr'él
como las aguilillas polleras… Y ai se dejan venir con todo y refinerías.

—Pos ora se la van a volar —aclaró, escéptico, Martín—. Sobre
qu'es
de por ley que el petróleo de México no se lo puede llevar ningún extranjero, el gobierno este es como la tostada de agusado
pa'l
dinero…

—¿Ya ves? —persistió el del *vapor*— Pos ellos siguen en su macho. Y a este *gringo* tarugo lo tengo yo visto más de tres veces ispiando con su carcancha por cerquitas de Palo Alto, sobre el mero

remolino de onde salen a flor de agua tan semejantes marquetotas de chapopote…

—Y, a lo macho, ¿habrá petróleo en el lago? —inquirió el pagador de la draga, deslumbrado y perplejo por una codicia incipiente, aunque resistiéndose a dejar que lo vieran tan crédulo.

El marinero lanzóle de través una mirada despectiva. E insistió:

—¡Les digo que anda atrasado este amigo!… Eso es cosa ya bien sabida y almitida. Que a mí me conste, mi compadre Casimiro Ruelas, que vive en El Fuerte y no me dejará por embustero, sacó, no va ni tanto, una marqueta de larga y gruesa como los durmientes de la vía del tren, y que andaba flotando pa'l rumbo de Petatán. José, el chiclano, pepenó otra pa' San Pedro Chiclán; y le alcanzó pa' embarrar los dos costados de la canoa de rancho que le vendió Secundino Zavala. Yo mesmo vide con mis propios ojos cuando iba saliendo otra más mediana, poco a poco, del boquete que seguro hay bajo
l'agua
en la mera mitá del remolino.
Nomás'tuvo
puja y puja, como que le costaba mucho trabajo, y aluego que jue saliendo, que pega un reparo sobre
l'agua
de alto como el trinquete de una canoa chica… Pero volvió a cair en el remolino, y ai la traiba que no se podía salir
d'él
, dando vueltas… Hasta
l'hice
la luchita de arrejuntarme al aventadero con el *vapor*
p'agarrarla
; y lo enfilé de lejecitos y con toda la máquina. Pero me arrejoló de medio lado. ¡No le hallo qué rejiega juerza tiene que no se le deja arrimar a uno!…

Los demás le escuchaban suspensos y fascinados.

Particularmente Ramiro, a quien aquella documentada relación del gordito Cástulo estaba sugiriendo la posibilidad de usar su flamante canoa en la recolección de esas extrañas marquetas de chapopote crudo que aparecían flotando a la deriva por el lago. Probablemente, ellas alcanzaban un precio mejor que el pescado y

los patos.

—Yo tenía la idea —aventuró, tímidamente, *el Pollo Culeco*— de que el chapopote brotaba en estado líquido y no en marquetas.

Cástulo y los demás se mostraron inevitablemente confusos. Se miraban entre sí, sin que ninguno pareciera muy dispuesto a arriesgar una opinión, que acaso dejase en cueros su categoría de profano en la materia… Pero, comprendiendo el del *vapor* que si permanecía más tiempo silencioso iba a poner en entredicho la honradez de sus contundentes asertos, acabó por conjeturar:

—Eso ha de ser cuando se da en la tierra adentro. Seguro en l'agua
es diferente.

—En l'agua debía ser más aguado —estableció Rubén con una sonrisa ingenua.

Todos permanecieron perplejos. Aquel silencio indeciso y molesto perduró un buen rato. Y, al cabo, rompiólo una voz cortante y resuelta:

—Ai que les diga la res ésta del *gringo* —había sugerido, despectivo, *el Cuervejón*, que no acababa de dominar los resabios de su inquina para con el extranjero.

Difícil sería reseñar toda la multiforme conversación que amenizó la borrachera durante la estancia de nuestros amigos en *Mi Cantón*, y establecer por qué clase de intrincados laberintos fue derivando la plática hacia la personalidad de don Ramón Corona.

Este relevante prócer de la historia patria es una figura harto debatida, por estimada, en todas las comunidades ribereñas del lago, puesto que se le considera nativo de una de ellas. Y muy pocas veces se conversa allí largo y tendido sin que salga a relucir algo que tiene más de leyenda que de historia de sus andanzas.

El acompañante del *Cuervejón*, un hombre menudo como él, pero de tez blanca, párpados flácidos y colgantes y ojos grandes, de un azul desvaído, a quien apodaban *el Campamocho*, parecía ser una concienzuda autoridad en la materia. Así que al presentarse el tema, agarrólo por los pelos, y empezó a pavonearse con los datos históricos que de primera mano poseía, la mayor parte de ellos absolutamente inéditos para cualquier erudito en la especialidad.

—Mi jefe y él eran del mesmo rancho de Puruagua —aseguró—; y mi tatita grande

to’avía
lo alcanzó a conocer de bien a bien.

Y después de una pausa para consolidar la respetuosa expectación de los congregados, entró de lleno en materia, añadiendo:

—El tata d’él, que asegún eso jue el de las meras conocencias de mi abuelo, tenía una yunta y su jacal al pie de un mezquite y en la parte adentro de un corralito de piedra. Cuando don Ramón era to'avía chamaco, se lo regaló a un gachupín que se lo pidía porque le cuadraba pa' llevárselo a estudiar. Y ese mero jue’l que se lo llevó pa' España… Como más después al señor le cayeron los federales, porque él era de los revolucionarios de aquel tiempo, no le quedó ni de qué seguir viviendo en el rancho, porque le quemaron su casa y su milpa; y dizque se jue alejos de por aquí, crioque hasta Mazatlán… Allí se puso a trabajar en un hotel, de mesero… ¡Hombre! ¡¿Pos no cai la de buenas que allí mero va a desembarcar de regreso de España y ya cristiano macizo, mi general?!… Y cuando lo va mirando que le estaba sirviendo la comida, se le quedó a ve y ve, y que le dice al viejo: «¿Qué por un casual no me da usté razón de un señor Albino Corona, que tuvo una yunta plantosa y un terrenito de temporal pa'l rumbo del estado de Jalisco?…». Y él que le contesta: «Más que mal m'esté el dicirlo, porque ya mira, mi general, cómo ando de redotado por estas tierras, pero ese señor que mienta es el mero con quien está usté hablando…». Entonces don Ramón se alevantó, y le dijo a su jefe: «Acérquise, pues, y déjise venir a mis brazos, porque éste que le habla es su mero hijo, que dende ora no lo va a dejar que ande de juyido y le va a tener todito lo que usté se merece…». El viejo se le dejó ir, y lo abrazó llorando. Y aluego don Ramón se voltio pa' con las otras gentes, que se almiraban de que abrazara ansina a un pobre, y les dijo en voz muy alta, pa' que todititos lo oyeran: «¡Qué dicha cuando l'hoja del árbol que se cae y se va muy alejos, aluego la arrejola el aigre pa' contra el troncón del palo de onde se cayó!… Este señor que miran aquí, es mi tata»…

Los oyentes estaban profundamente absortos y conmovidos, al borde casi del llanto, por el relato de este patético y breve drama, lo que hacía suponer que el narrador tenía hondas dotes de merolico. Pero, el cantinero, menos impresionable o más brutal, no tuvo

empacho alguno en romper el encantamiento, pronosticando grosero y descomedido:

—Oye, *Campamocho*: cómo se me hace que tú eres como el chichicuilote: picolargo, pero pendejo.

El aludido repuso con un insulto soez. Y su auditorio, que iniciara una sonrisa fugaz, volvió a caer en el éxtasis antes de concluirla, continuando serio y enternecido.

Luego de unos momentos de profundo y respetuoso silencio, *el Cuervejón* no pudo contenerse, y exclamó eufórico:

—Yo digo que con nomás diez hombres como aquel don Ramón Corona había pa' ponerles en toditita la cresta a los méndigos gringos.

Y los demás esbozaron, al fin, una sonrisa de ingenua complacencía.

En su mayor parte, pensaban que probablemente era exagerado *el Cuervejón*, y que por lo menos se necesitarían unos veinte Coronas y tres o cuatro Panchos Villa para invadir el vecino país por la frontera, volverlo del revés a *carambazos* y ponerles de sombrero sus mentadas bombas atómicas… Pero, como quiera que ese cálculo parecía muy susceptible de ser debatido, prefirieron no mencionarle.

El aviador proseguía trasegando whisky, bien ajeno a los alardes heroicos que su presencia suscitaba en la imaginación de los otros. Mas, si hubiera entendido lo que decían, de todos modos tuviese que convenir en que el cálculo no era demasiado aventurado… o ya podía irse ateniendo a las consecuencias de su incredulidad.

Llegó, por fin, la aciaga hora de pagar el consumo, que según las cuentas del tabernero ascendía a la friolera de cincuenta y ocho pesos. Y sobrevino la disputa.

Hasta el mísero *Pollo Culeco* pugnaba por hacer otra vez buenos sus derechos, sin atender al convenio concertado en el restaurante, que lo relevaba de la obligación de pagar un centavo más en toda la noche.

Por un instante, pareció que el airado antojo de todos ellos en afrontar aquel gasto iba a originar una pendencia. Hasta que consiguió Martín serenarlos, burlándose de su lamentable imprevisión:

—¡No coman ansias, mis matacuaces!… To'avía falta la mera

buena en ca' *la Rorra*.

La visión de esta negra perspectiva serenó todos los ánimos. Evidentemente, faltaba lo principal, y habían de mostrarse razonables y dejar en reposo a su orgullo… Se discutió entonces, ecuánimemente, la cosa. Y a base de complicadísimas transacciones se pudo llegar a un acuerdo más o menos satisfactorio. Como quiera que el mecánico iba a pagar la bebida en el prostíbulo, debía eximírsele de cubrir el consumo en esta cantina. Y, puesto que *el Pollo Culeco* ya había pagado la cena, parecía ser lo más indicado que lo de *Mi Cantón* se dividiera entre Rubén, Pancho y Ramiro, los que, incluyendo la propina, venían tocando así a veinte pesos por persona.

Aun terqueaba cada uno de los tres en que él *no necesitaba de bules para nadar* y en que podía pagarlo solo. Pero, llamados al orden por Martín, se avinieron, resignándose. Cada cual sacó de su bolsillo el rollo del dinero de la raya y separó con dificultad los veinte pesos, que fueron colocados en la mano del *Pollo Culeco* para que se encargase de efectuar el pago. Mientras la discusión duró, no quiso manifestar Ramiro ninguna emoción que pudiera diferenciarse de la de los otros. Ansiaba profunda y sinceramente resultar el elegido, y hasta aducía en su favor el hecho de que tal vez fuera aquella la última oportunidad en que gozaba del placer de hacerlo por tan buenos amigos… Pero, una vez que estuvo sacando los billetes de banco del bolsillo, a pesar de lo que la embriaguez lo ofuscaba, asaltóle un sobresalto que hizo temblar ligeramente a su mano.

Cuando desprendió el billete, hallábase perplejo.

Con él se iba la esperanza de tener al día siguiente por suya a la inefable canoa, y de presentarse a bordo de la misma, resplandeciendo de un legítimo orgullo, a sorprender a *la Güera* Hermelinda en Las Tortugas. Y, al ponerlo en la mano del pagador, experimentó la amarga sensación de estar depositando en ella su gentil embarcación, cargada con las mejores ilusiones de su joven vida.

Jamás se le hubiera ocurrido arrepentirse, dejándose usurpar aquel conspicuo honor. Pero le quedaba en la boca el amargo de su imprevisión y el remordimiento de su flaqueza…

No obstante, algo inesperado y salvador había ocurrido.

Cuando *el Pollo Culeco* quiso efectuar el pago, el cantinero se negó a recibirlo. La cuenta encontrábase saldada; no debían ni un solo centavo del consumo.

—¿Quién jue l'acomedido? —preguntaron los tres a un tiempo.

Y el dueño del establecimiento les indicó, con un movimiento de cabeza, al norteamericano; que al extremo del mostrador y ante un vasito de whisky, sonreíales afectuoso, después de haber aprovechado la oportunidad que le concedió la disputa para anticiparse a pagar por los que cándidamente imaginaba sus defensores.

Al principio, trató de rechazarse esta intromisión. No parecía honesto aceptar su generosidad después de haberse expresado en términos tan groseros de aquel *cabeza de cerillo*. Y, por otra parte, *el Cuervejón*, que creyó descubrir el motivo incidental de la intervención de los de la draga en favor del aeronauta, ya empezaba a relamerse con la oportunidad de befarlos, llamándoles mantenidos… Pero, al cabo de discutirlo, se convino en que, maguer todas las apariencias, ellos no eran responsables de la necedad del yanqui, y en que a nadie se le puede negar el derecho de mostrarse cortés, decente y amable con sus semejantes cuando se propone serlo.

Con todo lo cual, hubieron de conformarse con aceptar el pago.

Y para eludir las falsas interpretaciones del *Cuervejón*, arrastraron con ellos, en resarcimiento y hasta la casa de *la Rorra*, al extranjero, haciendo que tomara allí por cuenta del grupo todo el whisky que fueran capaces de soportar sus empedernidos riñones.

Pero los veinte adoloridos pesos de Ramiro Fortuna volvieron triunfales, a la vez que trémulos, a su bolsillo.

V

EN el prostíbulo, el importe del consumo ascendía mucho más pidamente.

Por consejo de Martín, que sabía cómo se las administraban allí a la hora de cobrar cuentas acumuladas, se resolvió pagar una por una cada tanda. Mas, aunque lo hubieran llevado escrupulosamente a cabo, tampoco esto significaba un gran alivio. Como quiera que a los seis debutantes se les unieron otras tantas muchachas, el grupo se componía de doce personas y, por consecuencia, de doce órdenes cada pedido. Además, las mozas no eran aficionadas a la cerveza. Preferían el aguardiente, que se cobraba como si fuese coñac, y que ingerían de un solo sorbo y sin consideración alguna al atormentado bolsillo de sus ocasionales amigos.

Esta casa de *la Rorra*, como todas las de su linaje, estaba en la zona de tolerancia, por el otro lado del mercado de Ocotlán.

Su dueña era una mujer gorda, de carnes blancas y lacias, que gozaba reputación de haber sido hermosa, pero que, muy a pesar de un atuendo esmeradísimo, no conseguía sacar ya de lo repulsivo a su presencia, debido a las huellas indelebles que dejaran en su físico la edad, el vicio y la disipación.

A veces parecía someterse a la suprema razón de su impotencia, renunciando a la ímproba contienda contra el paso depredador de los años, que todo lo marchita y desmerece. Y suplía sus desmayados encantos femeninos con un cargante afán de aparecer comprensiva y amable, agobiando a los concurrentes de sus confianzas con un alud de almibarados halagos y frases melifluas, que sólo los muy cándidos hubieran podido tener por sinceros. También para sus *muchachas* era, delante de la clientela, un odre de pegajosas mieles. Ni cuando tenía que administrarles, con gran dolor de su tierno corazón, un feroz y disimulado pellizco que las incitara a seguir tomando o a que aceptasen los mimos de un buen

parroquiano, asomaban a su faz otra cosa que sonrisas amantes. Oyéndola hablar en éxtasis y con tanta fruición de las innumerables cualidades de cada una de ellas, cualquiera hubiese pensado que los desvelos que su felicidad le merecía superaban a los de la más tierna de las madres.

Las chicas la respetaban y temían, más que por estos halagos y agresiones, por su terrible fama de bruja.

Aquel prestigio trasponía los ámbitos de su negocio y era proverbial en toda la población y sus alrededores. Durante los años pobres, le debió mucho más a él que a su prostíbulo la posibilidad de subsistir en Ocotlán. Cualquier enamorado que encontrase irreductible el bastión de la indiferencia sentimental de su elegida, cualquier mujer que hubiera sido abandonada por su marido o amante y cualquier infortunado que, por su mal aliento, no tuviese aceptación con las muchachas, no tenía más que acudir en pos de la ayuda de las hechicerías que practicaba *la Rorra*, pudiendo dar por seguro que, al cabo de observar durante un mes y fielmente todas las reglas, así fuera más desdeñoso y pétreo que el de la propia ninfa Dafne, el corazón de la persona amada se derrumbaría contrito a sus pies. También frecuentaban discretamente su consultorio algunas respetables damas de la localidad o sus aledaños, que deseaban dominar al marido o *abueyar* al amante… Y ella servía a todo el mundo sin otro requisito que el riguroso pago de sus honorarios profesionales en efectivo o en especie.

Toda esa parafernalia la volvía muy de temer como enemiga.

A grado tal que ciertas autoridades competentes se abstenían de molestarla más de lo que dictaba la prudencia, temerosas de su acreditada habilidad para hacer el mal de ojo.

Sin embargo, existían noticias desconcertantes de algunas ocasiones en las cuales la defensa que implicaban tan formidables poderes había fallado lamentablemente. De cuando en cuando, algún marido de genio irritable sorprendía a su mujer siguiendo los rituales que le señalaban los consejos de *la Rorra* para tenerlo *pepenado de las verijas*; tundía a la ingenua a palos hasta hacerle confesar el origen de tales embrujos; y, al conocerlo, acudía de muy mal talante con la mujerona, para pedirle cuentas de la falaz intromisión en sus conflictos domésticos. Otras veces era un novio suplantado o desdeñado en aras de la ventajosa competencia de

otro que se había hecho asistir por los maleficios de la pitonisa el que llegaba resuelto a tomar sangrienta venganza. Y hasta existía ingrata memoria de que, por lo menos dos veces, fue agredida a golpes, y en una trágica oportunidad a feroces puñaladas, de resultas de las cuales conservaba aún dos horribles cicatrices en el cogote, y sin que hubiera podido prevenirla y salvarla su extraordinario conocimiento de lo porvenir.

Fue de un abastero, al que llamaban Juan Toro, del que recibió el peor de aquellos tratos. Él sospechaba que *la Rorra* lo tenía clavado por indicaciones de una mujer que fuese su concubina, y que de ello procedían ciertos dolores reumáticos que lo atormentaban. De modo que allanó resueltamente la casa de la bruja y la revolvió de punta a cabo, hasta encontrar bajo las losetas del fogón un mono de trapo traspasado con múltiples alfileres. Esto confirmó su teoría. Y, enfurecido, arremetió contra ella armado de un filoso verduguillo con el que estuvo en muy poco que no la enviara al camposanto.

Valíase la *señora*, con sus *muchachas*, de mil preceptos supersticiosos, a fin de sacarlas con bien de las frecuentes contingencias del oficio. A la vez, ellos trataban de dejarlas aptas para ganar mucho dinero sin grandes esfuerzos, proporcionándoles amigos dóciles y espléndidos.

Ceremonia obligada al mediodía de cada domingo era la bendición de la calle. Representábase así, simbólicamente, el piadoso propósito de abrevar al sediento caballo de San Martín, patrono de la caballerosidad, que era una virtud necesarísima en aquel antro. Consistía en arrojar, en forma de cruz y sobre el piso del arroyo con unos ramascos de romero, sendos hisopazos de agua bendita, recogida ésta de siete diferentes templos católicos, en cada uno de los cuales se venerara un santo del género masculino. Mientras ello se hacía, rezábase a coro y con profunda devoción y convencimiento la siguiente elocuentísima plegaria:

“Santo San Martín Caballero,
traime al hombre que yo quiero,
con salud, fortuna y dinero.
Te lo ordeno, te lo ordeno, te lo ordeno.”

Y debíase tener mucho cuidado de que fuera un hombre cabal el

primero en hollar lo regado, porque de tratarse de una mujer o de un homosexual, era un hecho que el establecimiento permanecería bajo jetatura durante toda la semana.

Tampoco faltaban los sábados en la tarde las solemnes y complicadas *limpias* de las pupilas y de la propia casa.

Éste era un ritual muy conveniente para *quitar la sal*, es decir, la mala suerte a las muchachas, a fin de que pudieran sortear con gran provecho la semana. Figuraba entre los preceptos obligatorios del negocio, y no se hubiera tolerado que ninguna de las chicas echase la cosa a perder eludiéndolo. Cada vez que se llevaba a cabo, *la Rorra* mandaba traer, para que la ayudase, al *Tizón*, un repulsivo pederasta que ostentaba cierto sacerdocio en este género de hechicerías, y al cual concedíale ella una autoridad incontestablemente mayor que la suya en la materia.

Antes de dar principio a la atribiliaria ceremonia se procuraba que todas las mujeres se bañasen, lo cual era, sin duda, la parte más edificante del ritual. Alineábaselas, después, completamente desnudas, en mitad de una estancia llena del humo exhalado por un brasero de latón donde se quemaba una revoltura de carbón e incienso, y *el Tizón* procedía a hacerle a cada una de ellas y con la mano, una cruz sobre la frente y otra en la nuca, indicándoles que brincaran dos veces y también en cruz, el encendido brasero. Alineadas de nuevo, se les pasaban ramascos de romero y albahaca, perfumados con esencias, por todo el cuerpo; para sacudirlos después sobre la lumbre, donde dicha maniobra venía provocando una desconcertante crepitación que, a juicio de los oficiantes, indicaba la cantidad de sal o maleficio que se les iba quitando de encima a las muchachas. Posteriormente, repasábanseles las desnudeces con flores de obelisco; y luego se les daba a beber medio vaso de agua, con lo cual quedaban por listas. Durante todos estos rituales, ellas rezaban credos, en tanto que *el Tizón* parecía recitar una solemne letanía, de la que sólo se alcanzaban a escuchar trozos aislados, sobresaliendo cuartetas tan impresionantes como esta:

“Casa santa de Jerusalem
donde Jesucristo entró;
el mal viento salió,
entrando por la puerta el bien”.

Terminada la *limpia* de las pupilas, se proseguía con la de todos y cada uno de los cuartos de la casa. Para ello, añadíase a la lumbre del brasero un diente de ajo y algo de chile piquín. Y con los propios ramascos de romero se iba de pieza en pieza, *limpiando* simbólicamente las paredes y rezando con unción y reverencia una sarta de absurdos exorcismos.

Sería difícil establecer si esta condición, extremadamente supersticiosa, de la dueña del negocio, era toda ella auténtica o, en parte, hábilmente fingida para complementar los recursos de su prosperidad mediante un mejor dominio de las pupilas. Por lo menos, *la Rorra* guardaba con escrúpulo las apariencias. Y durante aquellos trances, se mostraba tan poseída por la devoción como el más ferviente de los iluminados.

Analfabeta y devotísima de la Virgen de Guadalupe, a cuyo santuario llevaba a cabo fatigosísimas peregrinaciones todos los años, se consideraba, sin embargo, espiritualmente más poderosa que el señor cura, de cuyos dicterios y reconvenciones se mofaba. Pero, si es que sinceramente llegaba a confiar en ciertas fases del poder de su hechicería, encontrábase bien segura de que éste no la asistía en gracia a tenebrosos pactos con Satanás, como llegó a imaginar alguna gente, sino a la influencia que le prestaban sus bondades ante la Virgen Santísima. Tales méritos consistían en el hecho de conceder muy pródigas limosnas al curato, de llevar rigurosa y esforzadamente a cabo crudelísimas *mandas* y penitencias y de contribuir con generosidad para la edificación de un nuevo templo que se venía levantando en su lugar de origen, un pequeño rancho de la comarca.

Con la única con quien reiteradamente se estrellaron sus poderes sobrenaturales fue con su vecina, *la Pichicata*. Esta mujer poseía una casa competidora de la suya a la contigua puerta, y era odiada por *la Rorra* desde lo más hondo de su vehemente y apasionado corazón.

El rotundo fracaso de sus redoblados esfuerzos para perjudicarla hacía titubear su propia fe en los recursos supersticiosos que la asistían. Y sólo la salvaron de un derrumbe completo ciertas procaces sospechas de que originaba este tropiezo una traición de su amigo, el homosexual, que mientras aparentaba estarla ayudando, probablemente había aceptado, a hurtadillas, el dinero

de *la Pichicata* a cambio de preservarla contra las maquinaciones de su enemiga. Por desgracia, *la Rorra* no había logrado comprobar tan infame falsía; y no estaba enteramente segura de que fuese así, para ir tomando sus providencias.

Odiaba fervorosamente a su vecina porque le hacía la competencia, disputándole su clientela y sus asignadas, y porque, como se ocupaba de repetir hasta el fastidio, era una aprovechada, una advenediza que huyó de Ocotlán durante los años en que el pueblo se quedó sin vida, volviendo a instalarse en él con su negocio así que las nuevas industrias trajeron la abundancia de dinero prometedora de una agitada vida nocturna.

La Rorra estimaba o fingía estimar mucho a Martín. Era, por los cuantiosos amigos que arrastraba en sus parrandas, un cliente de provecho para el establecimiento.

En cuanto esa noche se percató de su presencia, acudió solícita, poniendo a sus pies, con las usuales palabras melosas, los esmerados servicios de la casa, y reclamándole al mecánico, sentidamente, los injustos y crueles días de ausencia. Éste, que conocía a fondo su virulenta rivalidad con la vecina, no resistió la tentación de molestarla. Y, fingiéndose inadvertido, le dijo:

—Hace apenas tres días anduve tomando… Nomás que me las pasé por ai, con tu cuatacha, *la Pichicata*…
Tiene'hora
dos güerotas pochas que me train de cabeza.

La servil *señora* recibió la noticia igual que si le hubiesen dado una sonora cachetada. Antes de replicar, tuvo que recurrir a toda su presencia de ánimo para sobreponerse a las perturbaciones que suscitó su incontrolable cólera. Y, al cabo, cuando consiguió fingirse serena y sonreír, vomitó el chorro venenoso de la insidia:

—Ya las conozco. Vinieron a ofrecerse primero conmigo… No las quise porque, ¡pobrecitas!, están todas podridas…

—Bueno —repuso Martín, sin alterarse por la novedad—. Veles sirviendo, pues, a mis amigos, lo que ellos quieran tomar.

El Pollo Culeco y Rubén estaban ya en muy mal estado. Los tequilas dobles de *Mi Cantón* habían herido su compostura y trastornado sus facultades. Diríase que el salón, las mesas y los parroquianos no querían permanecer quietos ante ellos, y que trataban inútilmente de equilibrarlos situándose en perspectivas

oblicuas. Ramiro y Pancho también se hallaban alterados. Pero, menos ruidosos de carácter u orgánicamente más íntegros, sobrellevábanlo con mejor apariencia. A Martín apenas si se le notaba lo bebido en los ojillos entrecerrados, pero chispeantes aún de espontánea picardía. Y, por su parte, el aviador, padre de los aguaceros, lucía fresco y rozagante como una manzana recién cortada.

Nuestros cinco amigos pidieron cervezas. El yanqui pidió whisky; pero, no habiéndolo allí, hubo de conformarse con tequila.

El salón, espacioso y encementado, estaba en un portal interior de la casa. Por él se veían dispersas algunas mesas endebles rodeadas de sillas plegadizas y que, por lo rígidas, resultaban muy incómodas. Junto a una de las cuadradas columnas de adobe yacía una sinfonola deteriorada. Y en el ángulo del portal, el piano lleno de descalabraduras. A uno de los extremos se encontraba el mostrador, de la más vil confección, pues parecía hecho con tablas de cajones jaboneros usados. Y en el otro, interceptaba la perspectiva un bastidor de tejamanil, con una pequeña puerta forrada de manta que conducía a los cuartos de las chicas. El amplio y contiguo patio a la intemperie le prestaba su desahogo en noches de abundante concurrencia.

Ciertos días de fiesta, los techos y paredes del salón adornábanse con tiras y farolillos venecianos de papel multicolor. Los focos estaban muy espaciados. Mas les prestaban una consistente ayuda en la iluminación dos barritas de luz fluorescente, parpadeando sobre el mostrador y la orquesta, que ejercía tan sólo los domingos y días festivos. El resto de la semana bailábase a los estrepitosos compases de la *diecera*.

Correspondía la clientela a todos los estratos sociales, en una democrática y confortante revoltura. Eran parroquianos asiduos desde el atildado empleadito de las oficinas de las fábricas, hasta el rudo y desenvuelto obrero de las mismas y el aturdido y susceptible campesino de las comunidades agrarias cercanas. Estos últimos prestábanle mucho colorido al ambiente, pues solían bailar con sus muchachas un extraño danzón de pasos largos y sobresaltos desconcertantes, encogidos, de medio lado, con el sombrero de palma sobre los ojos, muy abiertos de piernas y rematando cada cadencia con una brusca detenida en la *encarrerada* lateral y dos

enérgicos pataleos de rúbrica sobre el encementado. Jamás se despojaban de su sombrero ancho, con la copa casi cilindrica de origen tarasco, porque a la vez que de rodela en las pendencias, servíales para mantener en orden algunos de los rebeldes mechones de su peinado y para encubrir ciertos resabios de su timidez de rústicos.

Las mujeres estaban tan profusamente pintarrajeadas que, con el sudor, les escurrían al largo vestido de baile caldos espesos y coloridos.

No eran aquellos pintorescos *sombrerudos* clientes muy de las preferencias de *la Rorra* y sus honorables pupilas. No solían abundar mucho en dinero, y el vino y el ambiente exaltaban sus complejos, tornándolos muy irritables. Además, cuando se encaprichaban en sacarse una mujer, investían sus pretensiones con intolerancias de sátrapa, respaldados por filosas armas y muy bien ceñidos pantalones… ¡Apenas se concebía que San Martín Caballero hubiese podido confundirlos con amigos de provecho, pues resultaban más comprometedores y *perjuiciosos* que los omnipotentes militares y políticos!

El único de nuestros seis hombres que no necesitó escoger compañera fue Pancho. Asiduo del tugurio, esperábalo ya *la Charrita*. Y apenas lo divisó cuando se dispuso a apoderarse de él. Los otros cinco cometieron el craso error de escoger las suyas asistidos por la oficiosidad de *la Rorra*, que, como cualquier otro negociante, tenía un lógico interés subterráneo en colocar primero lo más despreciable de su mercancía.

Este menester de elegirlas es, por cierto, el aspecto mayormente complicado de toda juerga. Los antros como aquél siempre tienen la iluminación dispuesta de manera tal que, a una prudente distancia, la apariencia de las mujeres resulta lamentablemente engañosa. Sucede como en el escenario de los teatros, donde la más horrorosa de las tiples puede interpretar sin inconvenientes a la más tierna, candorosa y linda de las hadas. Las chicas tienen muy bien estudiado el efecto de la luz, y saben qué lado han de exponer a la observación del solicitante y desde qué distancia. El parroquiano, de ordinario encandilado por el efecto perturbador de las copas previas, se deja sorprender por la tramoya y hace venir a su lado a una mujer que le parecía en primavera, con el cutis delicado como

pétalos de lirio, formas estatuarias y facciones virginales… Y, luego que la tiene junto a él, descubre que la tal epidermis está picada de viruela o surcada por barbajanescas *cicatrices* precariamente disimuladas bajo gruesísimas capas de *polvos* de arroz; que lo que se le figuró fragancia y lozanía juveniles es el simple resultante del esmerado atuendo de una ex *jamona* venerable; y que lo único virginal que en ella subsiste son las pestañas postizas que viene estrenando…

Pero ya no le queda entonces otro remedio que aventurarse a pasar por un ente inhumano y grosero desdeñándola, o someterse al chantaje, aceptando la caballeresca ley del santo que lo introdujo en el prostíbulo y apechugando con el adefesio.

Tal les pasó al *gringo*, a Rubén y al *Pollo Culeco* con sus elecciones de aquella infausta noche. Por lo que toca a Martín, su bien consolidada experiencia le ayudó a elegir con mejor tino. Y a Ramiro, demasiado indeciso y timorato para escogerla por sí solo, enviáronle, como era de esperarse, la más antipática y anciana del deleznable conjunto.

Desazonados todos ellos por este fracaso inicial, en un santiamén se echaron al coleto, por consolarse, la primera ronda.

Y en un santiamén, asimismo, hubo de cubrir Martín los dieciocho pesos que ello saliera costando.

VI

A PARTIR de entonces, las tandas se sucedían con la misma atropellada continuidad de los rayos en una tormenta del trópico.

Y como los muchachos estaban molestos por no haber gastado nada, Rubén solicitó del mecánico autorización para cubrir de su peculio la segunda *parada*.

No podía ser menos Pancho, y se hizo cargo de la tercera.

Ramiro ya había estado pugnando desaforadamente por obtener el turno de la suya. Y entonces no le quedaba ningún escape. De modo que tomó el honor con orgullo, y afrontó decididamente la cuarta, cuyo consumo vino importando dieciocho pesos y medio. Sin angustia visible, extrajo del bolsillo aquel famoso billete de veinte pesos, para entregárselo a *la Rorra*, que personalmente los servía, y que se reservó despreocupada y a guisa de propina el cambio.

El licor copiosamente ingerido había nublado la lucidez de Ramiro Fortuna, alterando en su criterio las ideas sobre el valor real de cada cosa. Y casi se le perdía ya de vista la trascendencia de la posesión de aquella indispensable canoa. Sin embargo, cuando vio alejarse a la mujer con el billete, un oprobio indefinible revolvióse dentro del pecho, generando allí un sórdido rencor para consigo mismo y cierta injusta fobia contra la melosa veterana que lo acompañaba.

Trató de disimularlo, por no darles a entender a los amigos que aquella primera muestra de su altiva obsequiosidad no estaba asistida por el placer más consistente. Pero, como la mujer acertara a interpretar su desasosiego y procurase aliviarlo abrumándole con exageradas ternezas, no pudo contenerse más y explotó, aventándola en forma tan violenta, que por poco la hace rodar con todo y silla hasta la mitad del patio; cosa que la predispuso, como era natural, en contra suya por todo el resto de la ingrata noche.

Aquella zozobra de nuestro hombre no encontró, al fin, más desfogue que el fatalismo. Probablemente estaba escrito que él no había de llegar jamás a dueño de una canoa, y sólo su mentecatez pudo conducirle a forjar una esperanza… Entonces, lo que en buen juicio tenía que preocuparle era el cuidado de que su altanería quedase a salvo de posibles entredichos con aquellas muestras de desprendimiento que lo ponían a tono con la alta calidad espiritual de tan importantes amigos.

Y siguió tomando, empujado ahora por un ansia sombría de hundir entre las telarañas mentales que teje el alcohol, el incierto malestar que originase su irreprimible despecho.

Poco después brotó una enconada disputa entre Martín y Rubén en torno a cierto episodio de la rebelión delahuertista, que tuvo a Ocotlán por escenario de una de sus cruentas batallas.

Durante muchos días, las tropas del general Estrada, parapetadas a la orilla norte del río Santiago, contuvieron a las obregonistas que las asediaban desde la ribera sur, en la cual se encuentra la población. Y aún perduran en las casas y en los puentes señales elocuentísimas de la ferocidad de aquellos combates. Teniendo los de Estrada su base de operaciones en Poncitlán, habían llenado de soldados e intendencias en toda la vega de Santa Cruz el Grande y los llanos y cerros contiguos a lo que ahora es la Celanesa. Obregón y los suyos bombardeaban aquellas posiciones desde la estación del tren de Ocotlán. Y acaso no hubieran desalojado nunca a sus enemigos, a no ser porque el jefe del destacamento estradista que defendía el paso del río en Poncitlán se vendió a los federales, permitiéndoles atacar a sus compañeros por la retaguardia.

Aseguraba Rubén que las fuerzas de Obregón traían un artillero tan competente que, atendiendo un cañón instalado junto a la aguja del cambio de vía para el ramal de Atotonilco, al primer disparo acalló otro cañón con el que sus contrincantes dominaban el río y la población desde lo alto del cerro del Chiquihuitillo, metiéndole una bala por la propia boca. Antojábase ello bastante inverosímil, porque entre las dos posiciones señaladas existía una distancia superior a cuatro kilómetros; y esto de meter una bala por el cañón del arma de un enemigo suele ser más fácil de imaginar que de llevar a efecto. Pero Rubén se obstinaba en que había podido ver el cañón deshecho, con su boca desflorada y el proyectil tan

prodigiosamente incrustado adentro, que diríase que fuera la bala que estaba disponiéndose a disparar y no la que con su impacto lo inutilizase.

Martín, a quien le resultaba muy ameno contradecir, mofábase de semejante conclusión porque, según él, conocía prolijamente el mecanismo y el funcionamiento de los cañones y hasta tenía sus rudimentos de balística. Aseguraba que el arco de la trayectoria que inevitablemente describe el proyectil, hubiera impedido un tiro tan caprichoso. Además de que, a su juicio, la artillería de campaña que se usaba en aquella revolución era ya de bala explosiva, y no de proyectil sólido, como arbitrariamente presuponía el aserto.

Con todo, Rubén se mantuvo hermético en las suyas. Y sus ponderaciones en relación con la habilidad del artillero eran tan entusiastas, que los muchachos sentíanse inclinados a admitir por razonable semejante maravilla.

El yanqui, gracias a la autoridad que le confería la fama de haber peleado en la última Gran Guerra, hubiese podido servir de juez en la discrepancia, determinando la veracidad o la mendacidad de Rubén; pero no era posible hacerse entender por él. Y, además, se hallaba muy ocupado tratando de rodear de amabilidades a la horrorosa veterana que le asignaron por compañera, ante la estupefacción de los otros, que no acertaban a atribuirle más que a su flagrante necedad esas condescendencias.

Por fin, la discusión fue degenerando. Y la plática acabó por caer en Pancho Villa, de quien *el Pollo Culeco*, ganado también por la euforia, aseguraba que sí era muy capaz de ejecutar esa proeza de la bala con su pistola tantas veces como le viniera en gana y sin parar mientes en distancias ni en arcos de trayectoria… Y, del admirable tino de Pancho Villa fue, por lógica consecuencia, a recaer la conversación en la nefanda cobardía de los gringos, que se dispersaban como gamos sorprendidos al meterse él en Columbus con sus tropas para ponerles una edificante muestra del mejor modo de llevar los pantalones…

El tema, con su inevitable acaloramiento, despertó cierto mal ánimo en contra del aviador. Y, cuando éste quiso pagar tres paradas de bebida que se habían acumulado, brotó casi una pendencia, pues nuestros amigos se opusieron terminantemente, y hasta le metieron, por la fuerza, su *cochino dinero* en el bolsillo…

Era preciso que entendiese que estaba allí como infeliz invitado de ellos, y que por ningún concepto tolerarían su testarudo afán de humillarlos pagando el consumo como lo hizo en la cantina.

Así que fue Martín quien efectuó aquel considerable desembolso.

La siguiente tanda volvió a afrontarla Rubén. La otra correspondióle de nuevo a Pancho. Y la que vino más tarde, con valor de otros veinte pesos, a Ramiro…

A pesar de su magnífica disposición al efectuar los pagos, éste no lograba sobreponerse por completo al desasosiego.

Mas su voluntad, falazmente socavada por el enervamiento que provoca el vino, carecía de ímpetus firmes, capaces de protegerle contra ese estúpido afán de seguir dilapidando el resto de la preciosa raya. Y todo parecía sugerir que los noventa pesos se perderían íntegros por el tragadero sin fondo del infame tugurio de *la Rorra*, cuando apareció providencialmente por allí *el Cosquillo* chico.

Era el tal, un sujeto menudo, levemente moreno y reposado de labia. Pero, con sus rasgos de pendenciero y sinuoso.

Andaba emborrachándose desde el día anterior. Y entró acompañado de dos pupilas de *la Pichicata* que, despojado de su habitual margen de prudencia por los efluvios del alcohol, obstinóse en introducir en los dominios de *la Rorra* sin hacerle aprecio a la tremenda hostilidad que en el medio se respiraba contra semejante despropósito.

Y apenas divisó al grupo de nuestros amigos, cuando dirigiéndose hacia ellos vino a pedir permiso, amable y cortésmente, para llevarse con él a Ramiro, a fin de hablar los dos a solas en un rincón.

—¿No miraste tu canoa? —interrogóle el calafate, así que estuvieron junto al piano, y mientras se tambaleaba como un eucalipto mecido por un brisote del Norte.

—La vide de pasadita —repuso el muchacho, no menos inestable sobre sus piernas.

—Ya la doy, como quien dice, por lista… Ayer le carené su fondo y la voltié pa' rebocarla bien con brea. Aluego la taponé todita con estopa y te la refiné con sebo de res… La brea la rebajo con aceite de motor quemado pa' que salga más de proporción… Pero quedó hasta mejor… Si Dios me da licencia esta mesma tarde

te la entriego. De modo que aprevente pa' recebirla.

—Seguro —admitió Ramiro, sin conseguir organizar sus ideas.

—Julián Domínguez —continuó *el Casquillo*, entusiasmadola devisó ayer cuando iba pasando, y me gritó que daba trescientos pesos a la mano por ella. Yo le dije que ojalá juera mía pa' echar tratada…

—Allí nos vemos —interrumpió Ramiro, tratando de huir de su propia confusión.

—Aguárdate —le conminó el carpintero de ribera.

Y el suplente de supernumerario se detuvo.

Experimentaba una sensación depresiva, de cansancio, ante la necesidad de ponerse a cavilar entonces sobre lo que debiera hacer. Y hubiese preferido dejar las cosas pendientes para el otro día… De todos modos, se sometió, atendiendo al hijo del *jefe de astilleros*.

—¿No cargas centavos ai? —inquirió éste, lanzándose de una vez al fondo de sus intenciones.

Ramiro viose ya comprometido a reflexionar. La embriaguez castraba las facultades de su discernimiento volviéndoselo trabajoso. Las encontradas razones de su incertidumbre bullían aún entre las mareas tempestuosas de su cerebro embotado… Y prefirió dejarse llevar.

—¿Cuánto ocupas? —interrogóle.

—Presta lo que traigas. Al cabo la canoa está ya casi pa' entriegarse… Me quedé sin quinto, y quiero seguirla un rato.

La mano de Ramiro resbaló hasta lo más hondo de su bolsillo, oprimiendo, temblorosa, el amable rollo de los cincuenta pesos que descansaban en él. Una lucecita incitante se le filtraba por entre las nebulosidades de su inconsciencia estimulando aquella resolución.

Extrajo la mano y el dinero de súbito, poniendo los papeles sobre la palma de la del *Casquillo* que se tendía avariciosa. Y alcanzó a balbucir.

—Ai'stán, pues, cincuenta pesos. Cuéntalos. Nomás te quedo a deber cuarenta.

El Casquillo asintió desaprensivo. Guardóse el dinero infatuado y desdeñoso, sin rectificar siquiera la cantidad. Correspondía con esa confianza a la imprevisión altanera pero lamentable, de Ramiro Fortuna, que no juzgó necesario exigir recibo ni constancia escrita, ni buscar testigos del pago, ni siquiera insistir en el ajuste de

cuentas para dejárselo todo muy bien grabado en el magín a su interlocutor.

Este pretendía entonces invitarle unas cervezas. Pero él se alejó, resistiéndose. Confortado por el desahogo moral que aquella precipitada acción implicase, empezaba ya a sufrir el asalto de otras inquietudes. Y sentíase con deseos de cavilar a solas sobre su aturdido proceder.

Avanzando hasta los cuartos del fondo, donde estaban los servicios, se reclinó en el quicio de una pared para esforzarse en extraer de su meollo una mala disculpa con la cual le fuera dable afrontar la indignidad de presentarse ante sus acompañantes exhibiendo la miseria de su indecoroso modo de obrar. Y, como no lo lograra, optó por huir, sobrecogido de vergüenza.

Encaminóse entonces hacia la puerta del establecimiento, refugiándose de la ofuscada atención de sus amigos y de la mujer que lo acompañara tras de las columnas del salón. Y, al pasar rozando a Pancho, que bailaba un apretado danzón con *la Charrita*, le tentó el hombro para advertirle, presto a seguir su camino como si llevase gran presura.

—*El Casquillo* me quitó los centavos que traiba, y voy a conseguir más… Les dices que'horitita vuelvo.

Pancho se sacudió la cabeza para tratar de concentrarse en la idea expuesta por su interlocutor. Y, al entenderla, quiso que se detuviera… ¿Para qué necesitaba Ramiro centavos?… Martín había quedado de pagar, y pagaría… Y si no pagaba Martín, allí estaba él, Pancho, para afrontar, llegado el caso, lo de los dos.

Esta magnífica disposición del engrasador, que ponía tan de realce la estoica generosidad y desprendimiento que conciernen a la buena labor administrativa de una amistad sincera, así como la rígida altivez de la auténtica hombría, lejos de levantar el ánimo desplomado del suplente, humillólo más al servir de contraste a la bajeza de su triste y ya irreparable mezquindad.

Confuso, Ramiro huyó del salón, perdiéndose en la calle. El aire fresco de la madrugada, al enfriar el fuego de sus rubores íntimos, pulió las asperezas de su zozobra y, poco a poco, lo fue serenando.

Comprendía que era demasiado tarde para llegar de esa guisa a golpear las puertas de la casa de su cuñado Daniel. Y un impulso casi atávico encaminólo hacia el muelle.

Las quietas sombras de la madrugada llenaban de una paz abismal la cuenca del rojizo Zula. Los muros del embarcadero parecían orar, bajo la discreción de la noche y en medio de las penas de su desolado abandono. Por el camino de Jamay, entrando al puente, un campesino embozado en una cobija oscura y jinete sobre un borrico cenizo y parsimonioso, propinóle al animal dos i varetazos silbantes, que restallaron, distintos, en la clarificada atmósfera del paraje. Y, desde las frondas de los *gigantes* del otro lado, el grito agudi-ronco del magalón trajo un presagio alborozado de la inminencia del alba.

Después de cruzar el puente, Ramiro descendió a la braña del varadero, lanzándole una mirada fugaz y contrita a la silueta de su canoa en astillero. Luego se acercó a la pasarela de cierto lanchón, bajo cuyo rancho de petate parpadeaba la luz amarilla de un quinqué. Y se puso a observar a un hombre alto y flaco, con pantalón de dril y chaquetón de mezclilla azul, que adentro de él enrollaba unas mantas.

—¿Estás de salida, Lodegario? —preguntóle, al cabo, nuestro amigo, manteniéndose en arduo equilibrio sobre la borda.

Aquél alzó la cabeza, fijando su mirada en el aparecido hasta reconocerle.

—Voy por arena a Palo Alto… ¿Qué haces tan de mañana? —Andaba tomando…

—¡Buen quehacer!… ¿To'avía estás en el lirio?

—Ya no… Hoy mero terminé.

—Pos, ai verás si gustas venir… Iba a buscar un ayudante a La Estancia; y ¿qué mejor que tú, que ya le inteliges?

—¿Cuánto pagas?

—Te pago veinte pesos por el viaje, como cuando íbamos hasta El Chante por arena blanca, siendo que, onde agarremos con suerte el *mexicano*, pa' pasado mañana amanecemos aquí.

No se sorprendió Ramiro de la coincidencia, ni tuvo la intención de juzgar providencial aquella oportunidad para resarcirse de la mitad del derroche de los cuarenta pesos dilapidados tan insensatamente en el prostíbulo. Ni siquiera se le ocurrió, por el momento, imaginar que, con dos viajes así, podría reunir el faltante e ir considerando otra vez suya a la canoa… Entonces sólo acertaba a pensar en la necesidad de huir de Ocotlán, antes de que fuera a

tropezarse con sus amigos, los de la draga, ostentando el oprobioso baldón de su ingratitud y la indigna villanía de su deserción.

Cuanto más lejos estuviese, mejor.

Y brincó al fondo de la canoa de rancho, mientras establecía concluyente:

—Vamos, pues, a Palo Alto.

Tercera parte

El lanchón y la canoa

“El puerco más talachudo
gana siempre la mazorca.”

I

NO DESPEGABA aún del varadero el lanchón de Lodegario cuando sobrevino en la casa de *la Rorra* la trifulca de resultas de la cual había de salir herido de muerte *el Casquillo* chico.

La culpa la tuvieron las dos *pirujillas* del vecino prostíbulo de *la Pichicata*. Ellas invadieron el feudo de la terrible bruja, respaldadas en su insolencia por el hijo del *jefe de astilleros*. Y, no menos borrachas que él, creyeron factible enderezar a golpes la pésima voluntad que allí se les tenía, ocurriendo así la deplorable culminación del drama.

Era una causa bien innoble para morir por ella. Casi tan innoble como todas las causas que nos exigen, con palabras engoladas y huecas, el sacrificio de la amable vida. Pero *el Casquillo* la instituyó en motivo de su exaltado pundonor. Y, cuando acordó consigo, traía ya la hoja de un filoso verduguillo ensartando en un haz sangriento los delicados recovecos de su intestino.

Ramiro no tuvo la oportunidad de preocuparse, por entonces, cavilando en lo que iba a pasar, en medio de la confusión subsiguiente, con los cincuenta pesos que le entregara. Él no habría podido suponer que fuese a morir tan pronto aquél cuya palabra constituía la única constancia que le era dable exhibir de la entrega del dinero. De percatarse a tiempo de la desgracia, tal vez saliera corriendo, para tratar de arrancarle al moribundo una confesión ante testigos de tan importante pago… Pero, infortunadamente, hallábase en el varadero a punto de zarpar. Y no era, por cierto, muy buen adivino.

Recargados sobre las gruesas y largas pértigas, Lodegario y él habían efectuado el despegue de la pesada embarcación, botándola hasta la mitad del canal del Zula antes de que la noticia de aquella calamidad consiguiera difundirse por el pueblo de Ocotlán.

Y *La Chula*, que así se llamaba el lanchón, flotaba ya pachorrudamente, virando sobre estribor y desperezándose para dar comienzo a su larga travesía.

Siempre al impulso de las palancas, inició un pesado descenso en pos del cercano caudal del río Santiago, que remontaría de esa guisa, alcanzando por él la entrada del lago.

Es el del palanqueo un penoso trabajo de galeotes. Acogota los pulmones, martiriza la cintura, despelleja las manos, desolla la planta de los pies y culmina, al cabo de los años, en un incurable padecimiento de hernia, destino ineludible y macabro de casi todo aquel que lo practica por oficio. Los navegantes del Chapala afróntanlo con la resignada calma con que suelen aceptar las más graves contingencias. Pero lo eluden, por agotante y mal remunerado, así que les es posible hacerlo.

Se trata de impulsar estos chalanes, con un desplazamiento hasta para veinte toneladas de carga, mediante una pértiga o palanca de diez metros de largo por unos treinta kilos de peso, que se apoya en el fondo del canal. Para facilitar tal maniobra, se dispone de unos pasillos o *correderos* formados por tablones tendidos horizontalmente sobre el borde superior de la amura y el techo posterior de la embarcación, de extremo a extremo de la misma. El hombre ocupado en semejante brega, se sitúa previamente sobre el bastidor de la proa, y va hincando en el cieno del fondo la palanca, recargándose con toda la fuerza posible en la parte alta de ella, hasta que la lancha comienza a adelantar. Él permanecerá apoyado sobre la pértiga y ésta clavada en el mismo lugar del limo, manteniendo el impulso mientras el pesado lanchón se desliza en calma bajo sus pies desnudos, que deben moverse, como caminando a lo largo de la banda en sentido opuesto, para compensar el desplazamiento que el avance implica. Una vez que el barco ha adelantado un tramo igual a las dimensiones de su eslora, al hombre se le acaban, naturalmente, los pasillos bajo los pies, y debe entonces recoger aquella pértiga monstruosa, echársela a cuestas y regresar con ella hasta el punto inicial, para sepultarla en el légamo, recomenzando sucesiva y eternamente la faena.

Así por incontables veces, sin punto de respiro entre empujada y empujada, porque entonces malograríase la gran ventaja que al comienzo de cada una significa la inercia obtenida en la anterior.

Con todo y el esfuerzo tan formidable que requiere el hecho de impulsar a músculo un lanchón cargado de material hasta las heces, lo más duro de esta maniobra es el manejo de la palanca. Puesto que se ha de clavar, levantar y transportar a lo largo del barco innumerables veces, su excesivo peso, el precario equilibrio que brindan los angostos pasillos de la nave y lo que obstaculizan los movimientos tanto el erguido trinquete y la entena baja como los salientes del volado techo del rancho, vuelven dignos de un Hércules los movimientos aparatosos del operador.

Observando a estos navegantes lacustres cuando se hallan perezosamente tendidos por la braña del varadero, su cuerpo menudo y laxo y sus andares desplomados, resultaría difícil imaginarlos capaces de tan ingente tarea…

Pero no debe precipitarse la formación de un criterio, ya que la soportan con admirable entereza. Y no importa que, como a Ramiro Fortuna, se les hayan pasado las copas, y que se encuentren desvelados, hambrientos y un tanto borrachos… Ellos sabrán sobreponerse a la indigencia y convertir ese fuego depredador que bebieran con el fortísimo vino de maguey, en una rabiosa energía que los mantenga desempeñando su penosa función sin un desmayo; porque son duros, como la adversidad que los amamantó, estos mestizos del altiplano.

Flotan en el lago Chapala dos tipos de embarcaciones a las que indistintamente se les denomina canoas, por más que ambas son simples chalanas. Se trata de la canoa pequeña o de pescador, como la que le estaban construyendo a Ramiro, y del lanchón o canoa de rancho, carguero y del mismo jaez del que iban empujando en aquella madrugada nuestros dos amigos.

Ambas son hechas de tablones y guardan ciertas semejanzas en cuanto al gentil corte de su proa. Pero, mientras a la primera se la puede impulsar indistintamente con remos, palanca o vela y no le caben a bordo más que unas cinco personas, la otra tiene capacidad para transportar completa una ranchería, sólo se maniobra a palanca y vela y lleva cubierta la mitad posterior de su espacio con un techo de dos aguas, llamado rancho, confeccionado de petate, carrizo o tejamanil y que se usa en proteger a la carga o al pasaje de las intemperies.

Propiamente, las primeras son chalupas y los segundos chalanes

o lanchones, ambos de fondo plano y que, contrastante con una altiva y elegante proa tendida con donosura, ostentan una popa cuadrilonga y desairada, a todo lo ancho de la dimensión de la manga y, por añadidura, exornada con un timón monstruoso por lo grande y contrahecho.

En las canoas de rancho este timón, confeccionado con absurdos pedazos de tabla, lleva por caña o *maneral* un gruesísimo y retorcido tronco de mezquite. Y cuando la embarcación va *encarrerada*, las arbitrarias dimensiones de su pala lo vuelven tan pesado de manejo, que aquel que funge como piloto tiene que desistir del uso de las manos y valerse de todo el cuerpo, *atrancándose* para mantenerlo en la posición requerida durante la muchas veces dilatadísima orzada.

Ellos explican que un buen timonel ha de gobernar su maneral en posición *de a cuadril*. Lo que quiere decir que debe recargar la cadera en el tosco brazo de mezquite para contenerlo allí donde convenga, afirmándose, si ha de lograrlo, con los pies sobre el ángulo interior que forman el panel y la amura en el fondo de la canoa, y conservando las manos libres para atender a la escota de la vela.

Además de estas canoas surcan el lago esas grandes lanchas gasolineras denominadas *vapores*, a las que generalmente se les adapta un viejo motor de camión, y que en un tiempo sobrellevaron un abundantísimo tráfico de pasajeros y mercancías entre los pueblos más importantes de la ribera; las pequeñas canoas-automóvil que para su recreo poseen algunos *sportman* adinerados; los botes a remo y con toldo de lona, para paseantes; y, finalmente, las dragas y sus remolcadores.

A una canoa de rancho, como la de Lodegario, puede hacerla avanzar mediante una buena palanca un solo tripulante, siempre que su resistencia orgánica soporte tan penosísima labor y que el fondo del canal resulte accesible al largo de la pértiga. Mas, para su maniobra general, requiere el esfuerzo de por lo menos dos navegantes, ya que así lo impone la complicada maniobra de la vela, cuyo es el único medio de navegación que resulta práctico en travesías de alguna importancia.

Al contratar a Ramiro, Lodegario resolvió, pues, un grave problema.

Él esperaba sacar a *La Chula* palanqueando solo por todo el curso del Santiago, y conseguir en Los Guajes algún mozalbete que le asistiera en la enrevesada maniobra por el manso mar chapálico. Pero, aparte del esfuerzo que le hubiera significado y del riesgo de no haberlo conseguido, esto implicaba ya una lamentable demora en la salida que le impediría aprovechar el favorable *mexicano* por una considerable fracción de las seis horas que suele prevalecer, obligándole así, con toda probabilidad, a fondear a medio lago en espera de la madrugada del día siguiente antes de arribar a Palo Alto, que se encuentra en la orilla opuesta del vaso.

De modo que hubo de sentirse muy feliz al contratar al desvelado asistente.

Palanqueaban los dos por el apacible cauce del Santiago cuando los primeros clareos del alba empezaron a deslavar el brillo de los luceros.

Amanecía un hermoso domingo de septiembre.

No aparentaba ser aquél el mismo río, despejado y luminoso, que la tarde anterior anduvo *el Pollo Culeco* a bordo del *Bienvenido*. La radiante iluminación del edificio de la planta de bombeo llenaba de la claridad lechosa de sus tubos de neón apenas un primer y corto tramo de la cuenca fluvial, pareciendo bordar fuegos de San Telmo en lo alto de la relinga, al extremo del erguido mástil del lanchón. Junto a las compuertas del canal de Cuitzeo, el reflejo de su luz ambulante salíase por la orilla izquierda, y continuaba difuso y de largo por las huertas, hasta los flancos del cerro. La ancha cinta líquida parecía doblarse allí, desdeñosa y silente, para internarse en lo oscuro.

Entonces, las avergonzadas estrellas asomábanse de nuevo a la noche, señalando con el trazo inerte de sus constelaciones los puntos cardinales, y como si fueran chispas dispersas de una estela de fuego disgregada a su paso por la fugitiva luna.

Allá entre ellas, tomado de las manos por Cástor y Pólux, los gemelos hijos del huevo de Leda, debía morar aquel mortal llamado Mogono, pionero de la navegación en globo, y vecino de Ocotlán, de quien Ramiro oyó contar en la ciudad que había ascendido una mañana en su aeróstato a explorar los cielos, y que, perdido en el infinito, no volvió a bajar jamás.

De tarde en cuando, el tableteo de las alas de una solitaria

espátula, de las que pasan la noche entre los herbazales orilleros del canal, golpeaba con un eco contumaz y trashumante en la quietud supina de la atmósfera, y parecía que un rumor sordo borbotease, haciéndole segunda desde el fondo ennegrecido del cauce. El ave huía amedrentada por el paso fantasmal del lanchón e iba a perderse entre la discreta maleza del tular.

Una vez que dejaron atrás La Estancia de Cuitzeo, un golpe de brisa empezó a batir la relinga de *La Chula*.

Hacía rato que soplaba el *mexicano*, puntual como un cronómetro a las cuatro y media de la madrugada. Pero, navegando por el curso del río, los bancos de los lirios obstaculizan la maniobra a vela, además de que los cerros se interponen a tramos, rompiendo la continuidad del viento.

De La Estancia a Boca del Río hay sólo unos cientos de metros. Pero el terreno en torno es ya más despejado y el canal más ancho. De modo que el chalán podía aventurar un cuarto de vela, economizándoles a sus tripulantes el agobio de la palanqueada y ganando tiempo para disfrutar del euro favorable, que soplaba entonces recio y continuo en la depresión del lago.

De tal suerte lo pensaba Lodegario. De modo que, izándola, tendió su pértiga a lo largo de la canoa, púsose a mirar hacia las nubes broncas que empujaba la brisa, calculó la ya notoria presencia del alba, levantóse el ancho sombrero de palma de cara al este, para establecer la dirección del viento en el frío que entumiera la sudada humedad de su frente, y sin volverse hacia su compañero, inquirió:

—¿Cómo la ves, home, Ramiro, si le arriesgamos a subir tantito la antena?

El interpelado no precipitaría la respuesta.

Prosiguió marchando sobre los correderos hasta acabársele la canoa bajo los pies, y se detuvo sin subir la palanca. Mantúvola arrastrando, aunque con ello frenara el impulso de la embarcación. Y se dedicó a avizorar, a su vez, hacia el oriente… Por fin, vino aventurando una opinión indecisa:

—Ai tú verás… Está entrando bien el *mexicano*.

Todavía tuvo que cavilarlo unos instantes Lodegario. Luego, resolvió:

—Jondea, pues, el gancho… Vamos a arrieglar la manta.

Ramiro subió entonces la pértiga, para acomodarla. Y trepándose al cuadro superior de la proa, se dispuso a desenredar la cadena y a aventar el anclote, que impedirían el retroceso mientras se organizaba la maniobra para usar la vela.

II

NO PARECÍAN llevar mucha prisa en su labor.

Antes de disponer el aparejo, Lodegario extrajo un cigarrillo de la bolsa alta de su camisa; y luego de ofrecerle otro a su acompañante, que lo rechazó, púsose a fumar con displicencia.

Ramiro descendía bajo el rancho del chalán, dándole mecha al farol de petróleo que, colgante de un clavo, oscilaba en lo alto del interior de la *amura*. Y se fue disponiendo a desenrollar la manta y las jarcias, hechas montón sobre la tarima.

Aquello era como un buen salón en cuyo centro podía caber de pie una persona de regular estatura. Tenía sus dos metros de ancho por cuatro de largo, lo cual volvíalo más espacioso que un jacal de campesino. Por las junturas de los tablones, defectuosamente carenadas, se filtraba a veces una gotita de agua. Pero el conjunto presentaba la apariencia de sólido. Y esta impresión se veía reforzada por los costillajes de la barca, descubiertos y broncos, consistentes en mal labrados tablones sobre durísimos y retorcidos brazos de mezquite.

—¿Sabes qué pienso? —oyóse arriba la voz atiplada de Lodegario.

—No soy saurino.

—Que se miran nubes como pa' tribunada… Y
ya'stá
casi ai el cordonazo de San Francisco…

Ramiro no contestó de pronto. No parecía preocuparle mucho aquella hipótesis. Habíale tocado correr algunos de esos temporales, y *La Chula* los resistía con entereza, aun cuando fuese muy bien cargada. Mucho más cuando, como entonces, *iba de vacío*… Por otra parte, no se mostraba muy de acuerdo con el parecer de su patrón. Poseyendo cierto conocimiento empírico de los síntomas que

presenta el aquilón, resistíase a creer que pudiera ser un *mexicano* normal, viento tan sensible a la menor perturbación atmosférica, el encargado de servirle de emisario a la borrasca. Así que, ante el silencio expectante de Lodegario, tuvo que decidirse a objetar:

—Entró muy de modo y a su hora el *mexicano*… Me late que pinta más pa' *guaracheño* que pa' norte.

Después de meditarlo durante un rato, el otro debió convenir en que su subalterno tenía sobrada razón, pues se abstuvo de replicarle.

La brisa le ayudaba a consumir el cigarrillo, y pronto le dio fin. Incorporóse, arrojando la colilla al río, y descendió bajo el rancho para ayudarle, mientras conjeturaba:

—Ya se vino l'amanecer.

Antes de sumarse a la faena de desenredar jarcias y mantas, se acercó a un rincón donde permanecía echado un gallo de pelea. Tomóle cuidadosamente, y lo fue a situar en un lugar protegido por la caja del robusto asiento de popa.

—Ai te m'estás, *Requinto* —le advirtió.

A su regreso quiso saber el compañero:

—¿Qué día, pues, lo juegas?

—Tengo casada ya la apuesta. Se lo voy con doscientos pesos a un colorado de cría española de Tizapán el Bajo… Pienso ir pa' las fiestas de San Francisco.

—¿En *La Chula*?

—¡Luego!… Vamos, si gustas. Tú eres bueno pa' trepar, y dizque va
a'ber
muy buenas prendas en el palo ensebado… Puede que te costeara.

—¡No vide nunca gente más egüísta que los de Tizapán! —arguyó Ramiro—. ¡'Onde crees que
me'bían
de dejar no siendo de los de ellos!…

—¡De veras, ¿no?!… ¡Y a que no crees que
to'avía
este lunes me alegaba Celso, *el Pollero*, que Tizapán era padre de los fuereños y padastro de los criollos!…

—Ansina son… Pero, nomás alcuérdate de aquel señor de Mezcala que le dicen por mal nombre *el Caballo*. Se jue a vivir a

Tizapán, y que lo agarran de puntería nomás por ser de juera… Una vez iba pasando con un manojo de alfalfa bajuel brazo pa' unas chivitas que tenía, y unos vagos
que'bían
en la plazuela que se ponen a gritarle: «¡Hasta que ora sí vas a comer, *Caballo*!…». Y otros, ai van tras d'él por todo lo
qu'es
pueblo, sílbale y sílbale las mañanitas viejas:

> *"Celebremos señores con gusto*
> *este día de placer tan dichoso*
> *qu'el Caballo s'incuentra gustoso*
> *y tranquilo su fiel corazón…".*

Hasta que se encabronó, aventó al suelo la alfalfa, la pateó y les mentó la madre… Y ¿qué crees que hubo ni uno que se le arrancara?…
S'hicieron
tarugos.

—Tampoco los de Mezcala son tan mejores —advirtió, renuente, Lodegario—. Nomás te alvierto
qu'este
año
qu'entra
ya no les van a empriestar los de La Palma la imagen del Divino Rostro, como otros años.

—¿Por qué? —sorprendióse Ramiro.

—¡Es lástima!… Se hacía una fiesta muy bonita cuando la llevaban y traiban en sus canoyitas muy arriegladas atravesando la laguna… Pero es que
l'último
año se pusieron un buen cuete los de Mezcala, y ai
s'andaban
arrebatando la imagen, hasta que se resbalaron en el pedregal, la tumbaron y le rotaron la nariz… ¡¿Y onde no crees que se la jueron a devolver ansina, rompida y con la nariz pegada nomás con chicle como
si'stuviera
güena?!…

—Pos sí; no son güenos —convino el muchacho—. Pero los de Tizapán son más piores… —Y eludiendo la disputa—: ¿Cuándo estuviste tú allá?

—La semana pasada, apenas. Llevé a la familia de don Tiburcio, aquel señor que le dicen, por mal nombre, *la Chiva*, con todo y sus cositas… Iba a pasar de regreso a Palo Alto pa' cargar arena; pero me salió un corte en el mesmo Tizapán, y regresé como de vacío; con nomás unos costales de piloncillo, no llegaba a dos toneladas, de un padrecito de allá que tiene un trapiche y que los traiba a embarcar a Ocotlán… Por cierto que, no li aunque que le cobré muy barato porque era padrecito, seguro me disconfiaba no me juera a clavar algo, porque se vino con ellos… ¡Pero ya le andaba!

—Pos ¿qué pasó?

—Ya ves… Yo bien le alvertí que no me rezara a bordo, y no m'hizo aprecio. Venía nomás al pendiente de sus costales, hazte cuenta que jueran oro. Cuando salimos tráibamos muy buen *abajeño*. Pero, por frente a Santa María la Joya, se nos dejó venir un méndigo *colimote*, que no tenía hechura. Y las olas salpicaban más alto que el mono del timón y mojaban los costales del dulce. El padre se descobijó y los cubrió con su ple. Como pegaba el brisote muy disparejo, yo tantié que lo mejor era bajar tantito la antena. Pero, este, Juan *el Tuzo*, que venía ayudándome, s'hizo bolas con la *amura* y la bolina y las amarró muy largo, de modo que el viento me voltio la manta y *La Chula* va agarrando una orzada que ya parecía que s'iba a voltiar todita… Al padrecito l'intró el temor y se puso a rezar bajuel rancho. Yo le dije: «Alcuérdese padre, que le alvertí que no me rezara a bordo. Lo tenemos prohibido porque lo ponen a uno nervioso, y aluego no da con bola…». Pero, hasta se m'enojó y se puso a repelarme: «¡Anda mucho al cuerno! Si la Santísima Virgen no nos ampara, aquí nos vamos a'hogar todititos, con todo y mi piloncillo…». Yo nomás

m’aguanté
, y él siguió a reza y reza. Por fin, bajamos toda la antena, y nos acomedimos a palanquiar pa' enderezar la canoa, porque la laguna estaba baja…., Y el padre a reza y reza… Como se lo 'bía alvertido, me ataranté, y en una de esas, que afirmo el pie en el petate en vez de afirmarlo en el tablón del corredero; y como maldición, se me jué toditita la zanca hasta la rodilla, pa’ topar con la pata n'el mero cogote del padrecito, que se puso a gritar: «¡Ay! ¡Condenado, que me pisas!…». No quedó más que le dije: «Pos 'hora se me aguanta. Ya lo traiba alvertido que tenemos prohibido rezar a bordo, porque lo ponen a uno nervioso y lo hacen bolas…». Y no hubo otra que me apalanqué sobre su nuca, porque con las olas que hacía, onde se me llega a ir la palanca es l'ora que to'avía no soy ni quién pa' sacarla… Pos no llegó ni a Ocotlán. En la isla de la Boca se me apió y me dijo: «Sigan ustedes solos, hijito. Ai t'incargo mucho mi dulce… No vaiga a ser la de malas que te tenga que aguantar otra palanquiada como aquella en mi cogote»… Y no juimos quién pa' desestirlo.

Cuando Lodegario concluyó de referir esta aventura, ya casi terminaba de arreglar la manta.

Ramiro iba sacando y extendiendo sobre el techo del lanchón el rollo, y acomodaba cuidadosamente los gratiles, para evitar que las jarcias se enredasen al izar la vela.

Una vez que todo estuvo dispuesto, el patrón se fue a la popa, preparándose para atender simultáneamente el *maneral*, la escota y el rebenque que sustituía al cáncamo en la función de afirmar la driza llamada a sostener la entena en lo alto del trinquete. Así que estuvo listo, gritóle a Ramiro:

—Anda, pues: recoge el gancho. Y nomás súbamos la entena a medio trinquete, me atas en cortito la *amura*.

Obedeció el muchacho, levantando el anclote y palanqueando después un poco para enderezar a la canoa. Regresóse, acto continuo, al pie del mástil: y advirtiendo, «¡va!», comenzó a jalar la driza que, pasando por la carrucha de madera de lo alto del palo, subía la pesada verga. Él daba el jalón, y Lodegario se apresuraba a *requintar* el extremo del cabo, afirmándolo sobre el tosco rebenque de la banda de babor. Luego proseguían con gran esfuerzo y entre pujidos estentóreos, pues el velamen era pesado y el mecanismo de la corredera por donde se deslizaba la soga, se hallaba torpe y

rechinaba furiosamente, resistiéndose a rodar.

Por fin, la entena fue subiendo. Y, casi de súbito, la manta se infló, azotada por la brisa.

Lodegario afirmó el cuadril sobre la caña del timón, precaviéndose para soportar el inminente golpe, y recogiendo hábilmente la escota para normar el volumen de aire.

—Ai'stá güeno —dijo.

Ató Ramiro, entonces, fuerte y rápidamente, el extremo de la driza en el muñón del rebenque, púsose a examinar la tensión de la contradriza en estibor y, eludiendo los campaneos de la baja entena, corrió después hacia la proa, para pescar el *viento* de la *amura* y amanarlo sólidamente en la argolla tercera de la banda.

El aire quedaba así controlado y a merced de la escota que Lodegario iba administrando. El palo crujía, al tenderse hacia adelante vencido por el impulso y, sacudiéndose estremecida, la embarcación iniciaba su marcha remontando poderosamente el río… La estela trazó un breve esguince buscando el centro del canal. Y todo acabó tomando su ritmo debido.

La Chula era entonces, y nada más, una inmensa y abombada vela blanca, paseando su presencia solemne por el aún incierto amanecer de la cuenca del Santiago, tal cual un espanto sorprendido que huyera a refugiarse en las reconditeces del lago de la ya inminente aparición del día.

Allá atrás, el cielo teñíase de rojo ensangrentando la amanecida.

La aurora surgía triunfal del otro lado del cordón montañoso formado por la oscilante y estagnada serranía amarillenta que ciñe amorosa al lago. E iba chorreando de colores vivos y cambiantes el firmamento violáceo… Los cerros fronteros de Cojumatlán, Tizapán y Tuxcueca, hendidos por unas profundas cicatrices negras que trazara por sus vertientes la erosión de las súbitas torrenteras del estío y como desgajados por el impacto retumbante de los rayos que suelen estallar con las tormentas, surgían de las sombras de la noche e iban adquiriendo, a los primeros reflejos indirectos del sol, un vivo color broncíneo. Allá, en la orilla más remota del inmenso lago, donde el agua y el cielo forman horizonte, una densa manga de neblina gris flotaba sobre la playa de Jocotepec, anunciando la calma chicha que precede al advenimiento del *abajeño*, que allí surge muy temprano y por el lado de Ocotlán viene arribando,

después de atravesar todo el vaso, poco antes del mediodía.

La luz intermitente del farito de acetileno de la isleta, parpadeaba aún cuando pasaron junto a él nuestros amigos.

Después de pasearse gravemente por el fondo del lanchón, el gallo de Lodegario voló hasta el bastidor de la proa. Quedóse allí, atento como un grumete primerizo e ilusionado, indiferente a las aparatosas sacudidas de la manta y contemplando con ojos atónitos el agua del canal y los ranchos apacibles de la ribera. Irguió, al fin, su cuello altivo, y vino a lanzar su ladina clarinada, desafiando a los congéneres que llenaban la atmósfera de gozosos cánticos desde la cercana jacalada.

Una vez que salieron al lago se volvió claro el día.

El agua, rizada por la brisa, veíase surcar por las cambiantes tonalidades del gris que determina, a la luz difusa del amanecer, el trazo insinuado de las corrientes. Lejanas nubes blancas, como grandes copos de algodón en rama, se asomaban a los confines de un cielo azul violáceo, y se iban hinchando, ofendidas por la incapacidad del líquido opaco para servirle de espejo a su madrugadora coquetería. Arriba, trazaba un vuelo apresurado, colgando del firmamento su grito selvático y quejumbroso, una veloz pareja de chifirinas.

Ramiro consideró, entonces, que acaso pudiera faltarles el viento antes de completar la travesía, demorándose así la adquisición de su canoa.

Porque tampoco se deben forjar muy grandes ilusiones en relación con la fidelidad de los vientos en el lago.

Tal parece que reinaran sobre su cuenca muchos más que los que hay en la propia rosa de los vientos. Pues, aparte de los que se denominan de acuerdo con los puntos cardinales de que proceden, soplan allí el *mexicano*, el *abajeño*, el *guaracheño*, el *colimote*, el *tapatío*, el *poncitleco*, el *cordonazo*, la *tribunado* y múltiples otros que resultaría prolijo enumerar.

El régimen que los administra cambia con las diferentes épocas del año. Pero, aun en aquellas en las que permanece más estable, no tiene mucho de seguro. En un otoño normal, el *mexicano*, un euro caprichoso y encrespado, suele predominar desde la madrugada al mediodía; y el *abajeño*, que es un poniente más tranquilo, desde el mediodía a la medianoche. Pero resulta muy frecuente que el

importuno y desconcertante *guaracheño* entre cuando menos se le espera, alterando todos los cálculos y previsiones del sufrido navegante al volver del revés a los dos anteriormente mencionados. Y es, asimismo, nada remoto que ese nornoreste al que llaman *tapatío* o el *aquilón* con devaneos de *tribunada*, aparezcan jacarandosos y desmelenados, encrespando de un erizado oleaje la sensitiva superficie del agua, infiriendo, con sus arrebatos, desgarrones en las delgadas velas de manta trigueña y acunando al lanchón en mitad del lago y en brazos de su júbilo insolente por tres o cuatro días. O bien, puede sobrevenir lo que es peor que todos ellos juntos: una estúpida calma chica de cinco días y sus respectivas noches, que deje las embarcaciones al garete y sobre alguna de las abundantes fosas cuya profundidad resulta inalcanzable a la pesada palanca.

Así pues, la navegación a vela en uno de estos primitivos lanchones chapálicos es buena, casi magnífica, cuando sopla un viento favorable al rumbo de la embarcación. Pero se torna de lo más irritante y desmañada si éste llega a ser desfavorable, o no lo hay… Entonces los hombres se doblegan ante la naturaleza, castrados todos los recursos de su frondoso ingenio, y han de lanzar el anelote a media travesía y disponerse a esperar, platicando, durmiendo o jugando baraja, a que Dios tenga conmiseración de ellos y de sus familias y disponga que aparezca el viento. Y el Señor suele estar muy ocupado castigando terriblemente los pecados de sus otros hijos, y, a lo mejor, los olvida allí por una semana, faltos de víveres por completo y angustiados por un remordimiento de conciencia que proviene de no haberle dejado a su mujer recurso alguno con qué arbitrarse, durante aquella demora imprevista, el sustento para ella y sus muchachos…

En la antigua navegación marina a vela los buques podían ensayar una orzada en
zig-zag
para seguir adelante cuando soplaban vientos contrarios a su derrota. Pero estas canoas de rancho del Chapala, desprovistas de una quilla que favorezca su estabilidad en los virajes y sin foques que propicien la maniobra, con sólo una frágil y enorme vela cuadra, de lo más pobre en cuanto a movilidad, encuentran mucho más penoso y lleno de riesgos y acaso tan atado como una paciente

espera, ese mal recurso de la orzada.

Tal vez pudieran llevar a cabo una navegación a merced de un viento contrario, en una bordada no muy ceñida, para alcanzar cualquier punto de la ribera a que se dirigen y remontar después toda esa orilla, palanqueando fatigosamente hasta el puerto de arribada. Pero ello, aparte de ser extremadamente penoso, préstase a innumerables contingencias. Yendo el lanchón en lastre, si el viento contrario es fuerte, el impulso hacia atrás que recibe el chalán por la oposición que al brisote presenta la desmesurada altura de sus costados, pudiese no llegar a ser compensado con el que imprime hacia adelante el empuje de la pértiga, incurriendo en el peligro de retroceder en vez de efectuar ningún avance. Y si la canoa va bien cargada y por ello muy sumergida de las *amuras*, no debe ignorarse el riesgo a la posibilidad de una embarrancada sobre los bajos arenosos de la ribera, para rescatarla de los cuales se volvería preciso desmantelarla o arrojar al agua su cargamento, pues en el lago no existen remolcadores que ejecuten el servicio de poner a flote una embarcación varada ni mareas que pudieran facilitarlo.

Lo cierto es que aquella mañana el esquivo *mexicano* mostraba un ímpetu creciente, y que ya en ruta abierta, la canoa maniobraba con soltura y poder.

—¿Cómo la ves, home —inquirió, de pronto, Lodegario—, si le subimos ya toda la entena?

Ramiro ni siquiera contestó.

Pareciéndole razonable, incorporábase diligente para soltar el cabo de la *amura*. Con ello, fue cediendo un tanto la velocidad de la nave, y la manta aleteó retozona, como si quisiera huir de la perspectiva de ser nuevamente aprisionada. Después, el muchacho desató la driza, y colgándose materialmente de ella, comenzaron a subir la entena hasta la altura de la quejumbrosa carrucha de madera reseca. Una vez allí, amarraron de nuevo, lanzándose otra vez Ramiro a recoger el cabo de la *amura*… Cuando él lo hizo y Lodegario hubo atirantado la escota, la gran manta se distendió completa al viento, exponiendo a su caricia insuflada toda la temblorosa superficie blanca. El lanchón, estremeciéndose de nuevo, cobraba ahora un arrebatado impulso, partiendo con un gallardo cabeceo el culebrear sucesivo de las olas.

Impulsados por un viento en bolina, en seguida dejaron atrás la draga y la ranchería de El Zapote, y se lanzaron sobre el pequeño saliente de Las Tortugas, antes de derivar, con una ligera orza hasta Palo Alto, en la margen opuesta.

III

EL DESTINO le deparó a Ramiro Fortuna cierta amarga sorpresa esa mañana.

Iban cruzando a lo lejos, y con un tiempo precioso, frente al recodo de Las Tortugas, cuando vieron despegar de sus orillas dos pequeñas canoas de pescador, que bogaban dirigiéndose a Ocotlán.

Una lógica curiosidad llevóle a nuestro hombre a atisbar, erguido sobre la vértebra del rancho del chalán. No podían quebrar el rumbo de su barco para pasarles más cerca. Pero el empeño y la acuciosidad sobrepusiéronse a los inconvenientes de la distancia, permitiéndole a Ramiro establecer la identidad de la gente que tripulaba aquellas chalupas.

—Crioque l'última de las dos es la de Encarnación Suárez —murmuró, puesta la mano sobre los ojos a modo de visera, y con voz desmayada.

—Parece —vino a confirmar Lodegario, no menos intrigado y atento a aquel suceso—. Y pa' mí que
l'otra
es la de tu suegro.

—¡No tengo suegro! —protestó el joven, indispuesto y mortificado.

Y no fue que le cohibiese el parentesco con don Sixto, sino que también había conseguido reconocer a los que tripulaban la primera canoa y lo movía el intento de preservar a su irritable dignidad de una humillación inminente y oprobiosa.

Además de don Sixto, que remaba firmemente sobre el asiento central, iban en ella doña Nicolasa, ocupando el banco de proa, Hermelinda, la hija, aposentada sobre el de popa y, finalmente, junto a ésta, costado con costado, un cuarto pasajero cuya probable identidad sobresaltó, llenándole de amargo desconcierto, al

adolecido corazón de nuestro héroe. Tratábase, fuera de toda duda, de un hombre. Y, a juzgar por el sombrerito de palma de ala corta, por la brillante camisa de seda color solferino y por el pantalón paño café oscuro, todo movía a sospechar que era él nada menos que Atenógenes Güereña, el aborrecido rival de Ramiro.

Por eso se abstuvo de mencionarlos y trató de distraer la atención de Lodegario, interesándola en los pasajeros de la otra barca, con la esperanza de que le pasara inadvertido tan enojoso cargamento.

Mas éste era luengo de vista y no se chupaba el dedo. Y habiéndolo descubierto todo, parecióle obligado hacer una ligera mofa.

—Tanteo que va gustosa tu muchacha —sugirió.

Dolido por aquella ironía, Ramiro optó por el silencio. Descendiendo de sobre el rancho, púsose a acariciar al *Requinto*, que, inflada y batida por el viento su golilla, seguía cantando altanero desde la proa.

No quiso asomar de nuevo su cabeza para ver a las canoas. Con lo que observara era más que suficiente. Y en su atormentada imaginación seguía constatando nítida y específicamente todos y cada uno de los movimientos de aquellos que tripulaban la embarcación de don Sixto, tanto como si los tuviera delante.

Allí estaba el viejo, con su rostro cenceño, surcado y contraído por hondas arrugas negruzcas y partido horizontalmente en dos por el enorme desgarrón de su boca de labios gruesos y fácil sonrisa amable. Flexionaba ágilmente la cintura al rítmico compás de la remada y, mostrándose sinuosamente inadvertido, espiaba sin embargo, con servil afán cualquier opinión del pariente, para adularle con una frase aprobatoria. A sus espaldas, adivinábase la flaca y austera doña Nicolasa, vestida toda de negro y envuelta la cabeza rubicunda en un rebozo, tan severa, estirada y rígida sobre el asiento anterior de la embarcación como si el hecho de mostrar una pueril alegría ilusionada por aquel retozo mañanero fuese pecado mortal. Presentía, frente a ellos, a Hermelinda, con su trajecito azul cielo de género corriente y brilloso, sus trenzas largas y leonadas, que rematarían dos lacitos de listón blanco, y sus ojos azulencos, inquietos y móviles, como los de una tímida gacela atarantada, pero invadidos del avieso chispear que ponía en ellos

sus artilugios de coqueta pueblerina. Y, vislumbraba también, alevosa y tozuda, buscando a su lado el calor inquietante de esos reflejos, torva en su empecinada decisión de llevársela, la obstinada presencia de Tenógenes, afanado en divertirla con sus *bembadas*, cual carnicero gavilán que atisbase la distracción de una paloma para clavar en ella sus garras y arrebatar a hasta su guarida…

¿Y a dónde podía ir este florido ramillete tan de mañana?

¿Acaso a oír misa en Ocotlán?…

Sin duda alguna. No podía ser otro el objeto de un viaje tan madrugado…

No comprendía bien el pobre de Ramiro que la muchacha se prestara a hacerlo en tan ingrata compañía, y suponiéndolo a él, precisamente en el lugar hacia el cual se encaminaban. Porque, presentarse ante sus ojos de aquella guisa tenía que constituir un aventurado desafío a la paciencia de sus afectos… Considerándolo así, un fárrago de atropelladas ideas, pletóricas de indignado rencor celoso, iba afluyendo a su enfebrecida cabeza. Y las conclusiones brotaban siniestras, cada vez más inficcionadas por la ponzoña de los celos, tremantes de un ansia desbocada de estallar en insultos y en violencias.

¿Acaso quería decir aquel desdichado encuentro que la joven se hallaba resuelta a malograr de una vez el cariño de Ramiro, ofendiendo a éste con su conducta?… ¿Implicaba, quizás, que *la Güera* había llegado en su infidelidad a un punto crítico, más allá del cual estimábanse obvios todos los disimulos?… ¿Significaría, tal vez, que en lugar de atemperar con comedimientos la ofensa de un rasco desengaño, hubiese resuelto hacerla notoria para precipitar el desenlace?…

Rememorando sus sonrisas ingenuas, sus palabras emocionadas y sus actitudes, en general, de apenas el domingo anterior, cuando fue a visitarla y le prometió que la había de sorprender muy gratamente para dentro de escasos días, insinuando ya su ilusión por la inconfesada propiedad de la canoa, semejante metamorfosis presentábasele inadmisible.

Pero, si no era así, ¿qué otra cosa podría significar semejante desaprensión en la conducta de Hermelinda?… ¿Cómo explicarse tan audaz y execrable desacato?…

El sordo empeño de justificarla, que la tozudez de su pasión

originaba, se puso a escarbar con frenesí en el fondo de todos los supuestos. Y, al cabo, iluminó las tinieblas de su desazón sentimental con la chispa incipiente de una posibilidad esperanzada.

Tal vez pecaba él, Ramiro, de suspicaz en extremo, y no existiera en aquella perversidad aparente de la chica más hecho positivo que la impertinencia de Tenógenes, obstinado en ignorar los verdaderos sentimientos de ella, y solícito en la diligencia de incorporarse contra toda la devoción de Hermelinda, a una excursión dominical a la que ni siquiera lo invitaron…

Mas no era el quisquilloso amor propio de Ramiro Fortuna el que se iba a dar por satisfecho con tan precaria disculpa. Por consideración a sus sentimientos, a su cariño, ella no debió prestarse jamás a hacerle el juego al aborrecible pariente en un plan de escarnio como aquél… ¡No!… ¡Ella no debió haberlo tolerado nunca!… Y lo cierto es que, no sólo parecía haberse sometido de muy buen talante, sino que, olvidando sus deberes de comprometida y todos los juramentos de lealtad empeñados, consentía, además, en que se sentara a su lado, luciendo juguetona, gozosa y tranquila en tanto que juzgaba a Ramiro muy distante de ellos y bien ajeno a su proceder.

Y si iban a Ocotlán, como inequívocamente lo insinuaba el rumbo que las dos canoas venían siguiendo, las cosas estaban llamadas a resultar peor aún. Porque Hermelinda debió suponer que, a aquellas horas, era casi inevitable que lo encontrase a él rondando por los muelles de la pequeña ciudad, en busca de una oportunidad para trasladarse a Las Tortugas a visitarla… Y, ¿cómo, siendo así se aventuraba a aparecérsele tan mal acompañada?… ¿Qué clase de monstruoso desafío a su paciencia y a su dignidad encerraba tan alevosa expedición?

Indudablemente, los hechos admitían muy escasa disculpa. Todas las apariencias expresaban que ella se atuvo a los resultados de su insólito proceder, y que la opinión de Ramiro y lo que éste pudiera decidir aquella mañana en cuanto al futuro de sus relaciones amorosas, teníanla bien sin cuidado.

Lodegario lo confirmó así al exponerle al cuitado, conmovido, sin duda, por su patente desasosiego:

—A mí me late que t'están poniendo un cuatro, home. Y nomás

tú tienes la culpa, por
no'berle
puesto con tiempo a ese sujeto dos cabronazos… y otros tantos a ella… Pero ¡no le hagas aprecio que, venido a ver, mujeres sobran!… Y
contimás'hora
que vas a tener tu canoyita.

Una vez que las embarcaciones de Encarnación Suárez y de don Sixto se quedaron atrás y que no hubo ya peligro alguno de que pudieran reconocerle, nuestro hombre tornó a asomar la cabeza por sobre el bastidor de la proa donde seguía cantando, fanfarrón, el intrépido *Requinto*.

Necesitaba recibir de frente el aire, para tratar de ir organizando aquella batahola de ideas y resentimientos que se le revolvía, como en un trómel infernal, dentro de la imaginación.

Todo ese cavilar enfebrecido promovía el aborto, de tarde en cuando y en medio de trémulas convulsiones, de una que otra consideración fundamentada.

Preguntándose Ramiro lo que podría hacer contra tan doloroso sino adverso, su rusticidad, con aquel primitivo cuanto exaltado concepto del honor que daba por oprobiosas todas las tolerancias, urgíale a concederle la razón a Lodegario, pensando que no le quedaba más camino que el de la violencia. Por lo menos, eso de herir o de matar para vengarse del entuerto aparecíasele como la senda más fácil. Y no se le debiese culpar a él, un pobre analfabeto, de lucir tan atrabiliario en sus razonamientos. Después de todo, en idéntica forma reaccionan los que se autoconsideran guías sociales en nuestra decantada civilización, sin que por tal hecho pueda nadie discutirles el valor de su autoridad: esos que, para lavar cualquier afrenta, enderezar un incidente, resolver un litigio de intereses limitados, mantener el pundonor en una situación equivocada o, simplemente, para entretener en algo a los que no tienen cosa de mayor provecho a qué dedicarse, desencadenan, sin miramientos, las guerras más estúpidas y feroces.

Ramiro era, por añadidura, más sensato que tan belicosos conductores de pueblos y verdugos de civilizaciones, pues llegado en su reflexión al punto crítico, antes de ponerse a ejecutar las violencias planeadas, no podía menos de interrogarse a sí mismo:

«¿A quién, pues, debo matar?»… Y a diferencia de los políticos y militares que no se hubieran detenido ante tan despreciables menudencias, procediendo a bombardear con explosivos nucleares a Poncitlán y a Las Tortugas, en donde debía hallarse el culpable de su indignación, él acababa conteniéndose ante la incertidumbre, pues no sabía si la causa básica de aquella infidelidad provenía de Hermelinda, de Tenógenes o de la propia doña Nicolasa, quien, detestando cordialmente a Ramiro, prestaba todo su insidioso contingente para expeditarle la huella a las pretensiones amorosas de su nefasto sobrino.

Desistía, pues, del bastardo recurso de la violencia. Y en el desarticulado rabión de sus cavilaciones iba apareciendo, altiva, una conjetura desdeñosa. No debía matar, ni siquiera agredir. Hubiese sido concederle una desproporcionada importancia a la perversa. Quizás resultara más sensato ausentarse repentinamente de Las Tortugas, como si nada supiese de aquel tremendo descubrimiento, y fuera él, por sus propias devociones, quien la tenía olvidada. Tal desdeñoso procedimiento redundaría en castigo de la ingrata, siendo como una discreta bofetada en bolado cachete. La inconstante veríase desconcertada por aquel proceder inexplicable; burlada en las ansias de zaherirle que debió albergar en su negro corazón de casquivana.

Mas ¿para qué huir, entonces que estaba él en condiciones de regresar a Las Tortugas convertido en otro Ramiro diferente y muy superior en calidad social y humana al que *la Güera* conocía?… Por el contrario, tal vez debiera presentarse tripulando su canoa, para que la joven se quedase deslumbrada por la sorpresa y boquiabierta ante lo aventajado de su nueva personalidad. Y a fin de que no se hiciera la menor ilusión de que retornaba en su busca, en lugar de ponerle a la embarcación el nombre de *Hermelinda*, como alguna vez lo habían estipulado a lo largo de sus coloquios amorosos, pondríale cualquier otro nombre: Carmelita, Amanda o María… Y así que ella acudiese tratando de admirar su lancha y de subírsele encima, la arrojaría desairada y altaneramente afuera advirtiéndola de que tuviese muy buen cuidado de no ir a estropeársela… Humillaríala así públicamente. Y luego se marcharía lago adentro, llevando consigo a Anselmita y a otras muchachas, para que se ardiese de coraje y de bochorno mientras él le daba a entender a

todo el mundo en su ranchería que *la Güera* y Tenógenes lo teman muy sin cuidado; pues llevaba ya el voluble corazón invadido por otro cariño mejor.

¡Era aquello lo indicado, sin duda alguna!…

A no ser que se los topara en un mal momento y no se pudiese contener sin agredirlos. En tales circunstancias, hubiérale placido cortarle a Hermelinda las trenzas de raíz, *desmechonarla*, dejarla *señalada* y horriblemente descompuesta como en los pueblos se estila con las *mancornadoras*… Y ya que viéndola tan fea le había de ser muy fácil olvidarla, después *tiraríala a relajo*, cediéndosela a Tenógenes, el cual, probablemente la aborreciera también, quedando así de lo más triste y justamente escarnecida en castigo de su infidelidad…

Restaba aun otro recurso.

Y su descubrimiento lo llenó de una feliz emoción. Podía acudir Ramiro en busca de *la Rorra*, pidiéndole que interviniese en favor suyo con sus portentosas hechicerías. Sería lo mismo que llegar *a tiro hecho*, con todos los triunfos en la mano, para gozarse con su dominio tal como lo hace el gato alevoso con el desdichado ratón… La proxeneta venderíale por unos cuantos pesos algunos de sus afamados filtros para enamorar; o polvos de los que se riegan a las puertas de la casa de la ingrata y la traen rendida de amor a los pies del pretendiente; o uno de los milagrosos amuletos que todo el mundo tiene por tan efectivos para volver loca de pasión a la más *rejiega* de las desdeñosas.

Armado de tal poder, Ramiro lograría que Hermelinda se enamorase de él con sin igual frenesí; que *anduviese de nalgas por todito el pedregal del varadero* implorando su cariño. Y él, subido entonces a caballo sobre las nubes de su importancia, arrojaríala reiteradamente de su lado, desdeñoso y cruel, martirizándola hasta que hiciese crecer con sus abundantes lágrimas el nivel del exhausto vaso chapálico, más eficazmente que lo que fue capaz de lograrlo el gringo aquel, con su aeroplano y sus lluvias artificiales. Y, si acaso, después de muchos meses de mantenerla sometida a ese tormento, acabaría por mostrar clemencia, accediendo a efectuar un decoroso arreglo, que llevara por condición una premisa altanera e inapelable: «Como quiera que yo ya no te confío, si quieres que te quiera, vámonos juyendo… Y ai, más después, veremos si nos

llevamos bien y me caso contigo de por ley»…

¡Ah! ¡Cuán halagadora y confortante resultaba esta última ocurrencia!

Se quedó, al cabo, con ella. ¡Qué duda cabía!… Era no sólo lo más personal y seguro, sino, también, de todas cuantas podía imaginar, la solución más consecuente con las angustias de su cariño maltrecho y la más capaz de conducirle a un alivio.

Y a partir de aquel preciso instante, le acometió una terrible premura por terminar ese viaje y dar comienzo a tan diabólica intriga.

IV

POR MÁS que el *mexicano* soplaba con encomiable dedicación, y que, con su vela henchida y la volada proa estirándose en pos del horizonte *La Chula* se sorbía las distancias, a él se le antojó que navegaba fastidiosamente lenta. Y sin lograr contener sus impaciencias, acercóse a la popa para sugerirle a Lodegario:

—¿No crees que sea ya hora de que enfilemos pa' l'otra
banda?

El aludido consintió indiferente:

—Cambea, pues, la *amura* a la argolla delantera, y aluego me atas la bolina de muy a la proa, pa' agarrar en cortito la orzada.

Ramiro no se hizo repetir la indicación. Érales preciso tomar el viento un poco de babor, apuntando de una vez hacia Palo Alto, a fin de arribar allá antes de que cediese el euro favorable. Y apenas si tenían el tiempo preciso.

Llevó a cabo la maniobra con la acostumbrada desenvoltura. Pero, cuando hubo asido el cabo de la *bolina* y se disponía a amarrarlo, una brusca sacudida del brisote se lo arrebató. Y, suelta, la esquina de la vela garreó impetuosa, y azotando inesperadamente la proa sobre la cual estaba parado el alegre *Requinto*, logró derribar el gallo al agua.

Advirtiólo Lodegario al ver al pobre animal aletear sobre la superficie líquida, tratando en vano de mantenerse a flote y de volar hacia la lejana orilla, distante en más de dos nudos de la ruta del lanchón. Y, lívido como un papel, se levantó de su asiento para quedarse contemplándolo con una expectación congestionada.

Ramiro hallábase igualmente estupefacto.

Aun no acertaban siquiera a preguntarse lo que podrían hacer contra aquella desdichada contingencia, cuando ya *La Chula* había

sobrepasado, dejándolo muy atrás, al desventurado animal.

Fielmente ceñido por una responsabilidad instintiva al *maneral* del timón, Lodegario parecía agobiado por la impotencia sobrehumana de realizar un salvamento, e iba siguiendo con la mirada al *Requinto*, que se debatía, peleando por escapar al sorbo implacable del agua, empecinada en tragárselo. No blasfemó, sin embargo: ni se le escapó una interjección violenta. Pero era la suya una agonía tan penosa como la del ave, que nunca como entonces debió echar en falta el poder de sus alas, atrofiado por la maldita domesticidad.

Cuando el patrón pudo tomar una determinación, ya el gallo náufrago estaba hundiéndose irremisiblemente entre las olas que encrespaba el brisote.

Nada habrían resuelto con arriar la entena y recoger la manta. La canoa hubiera ido a parar otro medio kilómetro más adelante, dado el formidable impulso de su estrepada. Y volverla con viento contrario resultaba inconcebible. Jugó, pues, un albur audaz y deplorablemente inútil. Recogiendo la escota cuanto pudo para envolver una ráfaga de viento, quebró violentamente el brazo del timón, descoyuntándose casi el cuadril al empujarlo, para provocar así un viraje en redondo e intentar desandar una parte de la distancia con la simple ayuda de la poderosa inercia.

Ramiro estuvo presto a adivinar la intención del timonel, bajando de un golpe la entena mientras Lodegario efectuaba el peligroso quiebre. La maniobra fue, sin embargo, demasiado brusca; y el lanchón se tendió sobre estribor de tal manera que, por unos instantes, pareció que iba a zozobrar. Esto había de restarle mucho de su impulso, y, aunque hábilmente logrado, el retroceso no fue ni siquiera de cien brazas.

Al perder toda la *aviada*, fondearon el anclote.

Y Ramiro lanzó el tablón de la pasarela, arrojándose tras él al agua.

Empujándolo para usarlo a modo de flotador en su regreso al chalán, comenzó a nadar hacia donde quedara el *Requinto*, movido por una esperanza absurda de encontrarlo a flote y poderlo rescatar.

Pero del gallo sólo restaban unas pequeñas burbujas. Se había hundido, y ya no volvería a salir hasta que estuviese hinchado y en descomposición.

Comprendiéndolo así, y justipreciando el grave riesgo en que su asistente se metía, Lodegario trataba de hacerle regresar, mientras Ramiro, abrazado del tablón, nadaba y se zambullía sordo a sus razones y ciego en la quimérica persecución de sus propósitos.

Desalentado y silencioso, el patrón se fue dejando posesionar por la amargura al recuerdo melancólico de las gracias de su querido *Requinto*.

Observándolo así, tan impresionado y dolido, nadie diría que se hubiera atrevido a jugarle por doscientos despreciables pesos en una sanguinaria lucha a muerte, y, armados él y su rival con talas navajas de una pulgada. Y, sin embargo, había concertado voluntariamente el pleito.

No era que Lodegario estimase en tanto aquellas doscientas monedas. Ni por quinientas hubiese vendido el animal. El estímulo que lo llevó a aceptar tal desafío fue la esperanza en los vacuos honores del triunfo, laureado comienzo de la gloriosa carrera a que el gallo estaba predestinado.

Por lo demás, criólo desde polluelo, trayéndolo consigo en el lanchón antes que al más consentido de sus hijos. El ave se comía los mejores bocados de su limitado sustento, y acaparaba, en pasearlo para robustecer sus tarsos y en atildarlo como corresponde a tan orgulloso gladiador, la mayor parte de las horas libres de su dueño. En esa afectuosa camaradería, el *Requinto* llegó a adquirir ciertas virtudes y gracias que lo hicieron notable y hasta famoso entre los marineros, pescadores y *canoyeros* de aquella parte de la ribera. Admirábanle como al reloj que, con su ladino y penetrante cántico triunfal, despertaba cada madrugada a Lodegario a la hora en que emitía sus primeros soplidos el codiciable *mexicano*. Celebrábase la fidelidad canina con que le seguía en tierra o por el barco, así como la caprichosa decisión con que arrebatara los bocadillos que su dueño tenía en la mano. Y se maravillaban de su extraña comprensión y habilidad al no encontrarse estorboso en la maniobra…

Llegó a ser tan popular que ese último año, el día del Santo Señor de la Misericordia, patrono de la población de Ocotlán, concediósele el privilegio de desfilar con el gremio de los marineros pagando, como uno más entre ellos, la cuota destinada a sufragar el adorno del templo, ceremonia vistosísima y durante la cual

competían en esplendidez, con verdadero derroche, los diferentes gremios.

Y, sin embargo, estaba el *Requinto* destinado a morir a puñaladas en una triste plaza de gallos y disputándose un envilecido puñado de monedas por voluntad expresa y consciente de su dueño.

¿No habría sido más razonable la fatalidad, dándole un fin tan de acuerdo con su inexcusable condición de navegante?…

Ya que Ramiro vino a desistir de sus estériles buceos dando al náufrago por perdido, regresó, ayudándose con el tablón que previsoramente llevara para mantenerse a flote.

Mientras lo esperaba, Lodegario iba considerando por primera vez en su larga vida de navegante, que aquello que le sucediera al ave pudo haberle acontecido a cualquiera de los dos en cada uno de los millones de instantes de su vida lacustre, y con idénticos resultados… Pero, como al fin y al cabo, esa idea suya no pasaba de ser una contingencia factible, pero no una realidad patente y absoluta como la pérdida del gallo, olvidóla al punto para volver su atosigada contrición al desdichado caso del *Requinto*.

Por lo demás, el accidente trajo otras consecuencias que deplorar.

Motivó la pérdida de dos horas; y con ella, la de la ilusión de alcanzar el varadero de Palo Alto antes de que el brisote favorable llenara su ciclo y dejase libre el paso al céfiro adverso.

Reemprendieron aún la marcha. Mas, poco después, veíanse obligados a fondear a medio lago, entre la punta de San Miguel y el pueblo de Cojumatlán, debido al cambio del viento que impidió seguir orzando.

Allí, con la manta recogida y la canoa anclada y brincando suavemente sobre el minúsculo oleaje, tuvieron que refugiarse bajo el rancho en espera de la madrugada del día siguiente para reanudar su crucero.

Les quedaban tres opciones: conversar, dormir o jugar a la baraja. Ni uno ni otro, por más que estuviesen desvelados, sentían deseos de entregarse al sueño. Tampoco se encontraban con el humor necesario para poner su atención en las cartas.

Por más que Lodegario evitó herir a Ramiro reprochándole la discutible torpeza que originase la pérdida del entrañable animal, y que no vociferó ni pudo oírsele blasfemar ni ver que se mesara los

cabellos, porque tales arrebatos histéricos, tan habituales en otras razas, no se avenían con su instintiva y generosa prudencia de mestizo, evidentemente seguíale acongojando aquella desgracia que truncó de raíz sus acariciadas ilusiones de gallero.

El caso moral de Ramiro era peor aún. A la vez que desazonado por su responsabilidad en el desastre, hallábase herido por el descubrimiento de las andanzas de su novia y su rival, a quienes suponía solazándose desaprensivamente en Ocotlán, mientras él estaba inmovilizado allí, frágil juguete en manos de los caprichos del insolente brisote y del avieso destino.

Tenían que distraer de algún modo aquellas penas.

Y fue la bondadosa condescendencia de Lodegario, urgida de mitigar los que sabía mortificados sentimientos de su ayudante, la primera en decidirse a abordar un tema que ahuyentara de sus espíritus la preocupación por cosas tan irreparables.

—¿Supites que ya andaban matando a tu cuate Romualdo? —preguntóle a Ramiro en ánimo de conversar.

—¿A Romualdo el de Palo Alto?

—Ujú.

—No; no supe… ¿Cómo estuvo?

—Pos, ai tienes tú qu'este hombre andaba pasiándose con otros amigos y medio briago, en Cojumatlán. Y se pusieron a jugar la lotería en una mesa que 'bían puesto en la plazuela. Ya ves las puntadas que se alcanza uno con los tequilazos. Pos el que sacaba las cartas que grita: «As de bastos». Y Romualdo tantió arremedarle, y dijo: «Haz del cuerpo», que tú sabes que d'ese nuay en la baraja… ¡Hombre! ¿Pos no se le arranca Cristino, que andaba por allí de fachoso con unas muchachas, llamándolo lépero, pelado y quién sabe cuántas cosas más?… Y de pilón, que ai viene la Defensa al argüende, queriéndoselo llevar al bote… Pos no hubo otra que los de Palo Alto corrieron pa' hacia su rancho. Y, al pasar el puente, nomás las balas oyían que les silbaban por las orejas… Y a Romualdo le atinaron un rozón que
l'hizo
una pelada asina, en la mera mitá de la cabeza.

—Lo trairían d'encargo dende más antes —supuso Ramiro.

—Es lo mesmo que yo digo —convino Lodegario—. A lo que se ve, él

tiene'hora
una novia de por Cojumatlán, y, a lo mejor, de ai mero le viene la mala voluntá.

—Pero él está casado…

—Y de por ley… Pero eso no quita… Aparte que dicen que hasta tiene otra mujer con dos chamacos en La Estancia de Columba o en Mixmaloya.

—Creo sí.

—Por cierto que ya les andaba a los de Mixmaloya con el tormentón de Potro día. Se dio
l'arroyo
una crecida que se les metió hasta los corrales… Tuvieron
qu'ir
a pidirles empriestada la campanilla de consagrar a los de Tizapán.

—¿Pa' qué la querían?

—¡Luego, ¿no sabes?!… Dizque es mágica. Ca' que crece l'arroyo de la Pasión, nomás sale con ella el padrecito, la zambute en Pagua, y luego baja y toma su nivel comués debido… Onde no juera por ella, pué' que de Tizapán no quedara ni rastro, porque ya sabes comués de rejiego
l'arroyo
ese.

—¿Y también bajó el de Mixmaloya?

—Él bajó solo… Los de Tizapán no quisieron empriestarles la campanilla ni pagándoles por
l'alquiler
, seguro por el pendiente de que no se la clavaran…

—¡Te digo que son mías!

—Ni tanto. Ellos alegan que con su buen camote y su vaso de lechi tienen… Y que no le piden ni dan agua al gallo de la Pasión.

—Pos, sí… Pero nomás pregúntale a Raymundo, el del obrador del mercado de San Luis Soyatlán. Un día le llevó a vender un puerco barcino uno de Tizapán; y ya sabes
qu'es
de compromiso
qu'el
que lo vende puede escoger de a dado entre el espinazo, las patas y la cabeza… ¡Pos no quería este hombre que le diera las tres cosas!…

Raymundo le dijo: «Mira, mejor llévate tu puerco y ai me pasas la cuenta»…

—Lo que pasa es que tú la trais casada con los de Tizapán.

—¡Ni tanto!… L'único que tengo que sentir
d'ellos
es que cuando regresaba de La Manzanilla, uno que dizque es deputado de allí me andaba queriendo confiscar una madera
que'bía
comprado allá y traiba a embarcar al Bajo.

—Entonces, por ai te llega
l'ardor
.

—Ni se l'hizo… Yo le inseñé los papeles que me dieron a la escolta que cargaba, y el sargento los vido y dijo qu'estaban legales, y que me podía llevar mi madera. Seguro l'amigo aquel ya 'bía hecho l'ánimo de clavársela pa' hacer algún tapanco; porque no se dio, y seguía con la alegata. Entonces Gaspar, el canoyero, se le puso al brinco y le preguntó que, ultimadamente, ¿qué tan autoridá era él pa' andar de metiche? Y cuando le va diciendo que deputado, nomás le gritó: «¡Tú eres un deputado recebido en la facultá de Tizapán el Alto, y que se lleva tragando guasanas cuando está en sesión con los otros deputados!»… Por fin, nomás dos pesos me quitaron, dizque pa' la multa.

Y por ahí siguieron conversando. Hasta que en el creciente interés de la plática se diluyó el intenso amargor de los pesares que traían.

V

A LA MADRUGADA siguiente continuaron hasta Palo Alto, llegando a él en tres horas más.

Allí destinaron un día para refaccionar, obtener los permisos y cargar el lanchón de arena, a paladas. Y el martes, aprovechando la brisa del atardecer, enfilaron rumbo, de retorno hacia Ocotlán.

Como les faltara el *abajeño*, tuvieron que palanquear un trecho en la medianoche, para completar su derrota. Mas, como quiera que fuese, a la amanecida del miércoles hallábanse en el varadero de la pequeña ciudad, descargando la arena que la Celanesa había de recoger en unos camiones de volteo.

La canoa de Ramiro reposaba en idéntico estado que el domingo anterior sobre el astillero al aire libre de la braña de San Andrés. Y, a las puertas de la casa inmediata, donde moraba la familia de sus constructores, iba congregándose la gente que acompañaría el entierro; el cual, con el laudable y prosopopéyico fin de honrar al difunto con dos noches consecutivas de velorio, se había demorado hasta entonces, ya que, por otra parte, Miguel tuvo una agonía larga y no murió hasta bien avanzada la noche del lunes.

El murmullo de llantos y rezos que salía del interior de aquella morada llegaba melancólico y lúgubre hasta el atracadero.

Atraído por él y por la necesidad de echarle otro vistazo a su galana embarcación, Ramiro saltó a tierra, acercándose a la casa. Y al comprender, por el condolido bullicio, que se celebraba un funeral, un presentimiento amargo mordióle en el corazón.

—¿Quién es el muertito? —le preguntó al primer conocido con quien se topara, y que se había destacado de entre los grupos que interceptaban la puerta para airearse un poco.

—Miguel, *el Casquillo* chico —informáronle.

Sintió Ramiro que se consolidaban sus presentimientos, y que

una nube muy negra se le venía encima amenazante. Pensaba en su canoa. Y el ánimo se le iba congestionando con mil temores atropellados… Atragantándose, alcanzó a preguntar:

—¡¿Cómo estuvo, pues, tan redepente?!

—Murió de matado —le contestaron—. Le dieron un puñete ca' *la Rorra*…

Debían'berlo
sepultado ayer, porque la desgracia jue dende el domingo. Pero don Marcos, su tata, nuestaba aquí; y hubo
qu'esperar
y velarlo dos nochis al hilo.

Una angustia desbordada se prendía del gañote de Ramiro Fortuna.

Creía condolerse de la súbita muerte del infeliz. Pero, sus sentimientos confundíalos el hirviente temor de que el difunto no hubiese dado razón a nadie del abono que, a cuenta de su canoa, le hiciera él; y de que entonces fueran a surgir mil dificultades insalvables para justificar ese pago.

Perdió hasta aquel sublime sentido de la prudencia, tan arraigado en la congénita discreción que impregna todos los actos de nuestros mestizos. Y, avanzando por entre los grupos de gentes desveladas, buscaba las puertas de la casa y al *Casquillo* padre, que estaría sin duda alguna en su interior.

Un vaho espeso y recalcitrante de aglomeración humana, de sudores y olores de trasnochada, de ponche agrio, de flores marchitas y de muerto en incipiente putrefacción, salía al encuentro de la fresca calma mañanera desde adentro de la choza enjuta, retacada de dolientes. Uno de los cuatro velones que escoltaron el sencillo féretro de pino, se había consumido y apagado, y los tres restantes estertoraban por momentos, con su llamita macilenta lamiendo ya los bordes del presuntuoso candelabro metálico que alquilaran en la funeraria. Sobre la caja había una corona de flores con una ostentosa tarjeta del capitán de puerto. Y, en torno al ataúd, arrebujadas en chales negros, llorosas y con el semblante demacrado por el dolor y el insomnio, se consolaban mutua e inútilmente las atribuladas mujeres de la familia, y otras a las que, sin serlo, la solidaridad o el simple contagio venía obligando a tomar parte en el llanto y en la desgarrada pena.

Ramiro se detuvo en el umbral con el sombrero en la mano.

Llevábale cierta intención de manifestar su sentimiento por la desgracia, a la vez que la ofrenda de un saludo cortés a alguno de los deudos más inmediatos. Pero, al advertir que sólo había mujeres por allí y que se hallaban demasiado absortas en su dolor, desistió, empavorecido por una discreta timidez.

Don Marcos no se veía ni en ésa ni en la pieza contigua, que eran cuantas albergaba la casa.

De modo que él se apartó y fue a sentarse junto a unos hombres friolentos, aunque medio borrachos, y que conversaban animadamente ocupando un tronco derribado sobre la braña. Aguardó la oportunidad, para no interrumpir su diálogo. Y aprovechando la primera pausa, preguntóles por su hombre.

—Anda en la Presidencia arrieglando el permiso
pa'l
intierro —le informó uno—. Pero no ha de dilatar, porque ya era hora de
que'biéramos
salido
pa'l
pantión.

Efectivamente, *el Casquillo* grande no demoró mucho. Venía vestido como de ordinario, pantalón blanco de dril, botines rubios de elástico, fajador colorado, chaquetón azul oscuro de mezclilla, sombrero ancho de palma con un lacito verde coquetón en la parte frontal de la copa y, sobre el fajador de lana, un ancho cinturón de cuero cincelado y claveteado, del cual colgaba la agresiva pistola, símbolo enhiesto de sus influencias de caciquillo del gremio. No se advertía tampoco particularmente dolido y preocupado por más que ello no pudiese implicar que no lo estuviera de verdad. Sin duda procuraba dominar sus emociones y lucir entero tanto porque esto le parecía muy de acuerdo con su importancia social, en la que iba jugando papel tan preponderante la impavidez de su hombría, cuanto porque así era de rígida y discreta su inevitable altivez.

Interceptólo Ramiro, con el sombrero en la mano:

—¿Cómo está, don Marcos?

Hubiese querido decirle que sentía intensamente lo acaecido; que se hallaba mortificado y confuso por ello; que apenas se

conseguía explicar aquella tragedia tan súbita como imprevista, y que lo contara como sincero partícipe en la desgracia que lo estaba afligiendo… Pero todo ello requería demasiada locuacidad para aquella su resuelta condición lacónica y circunspecta. Y hubo de conformarse con saludarlo.

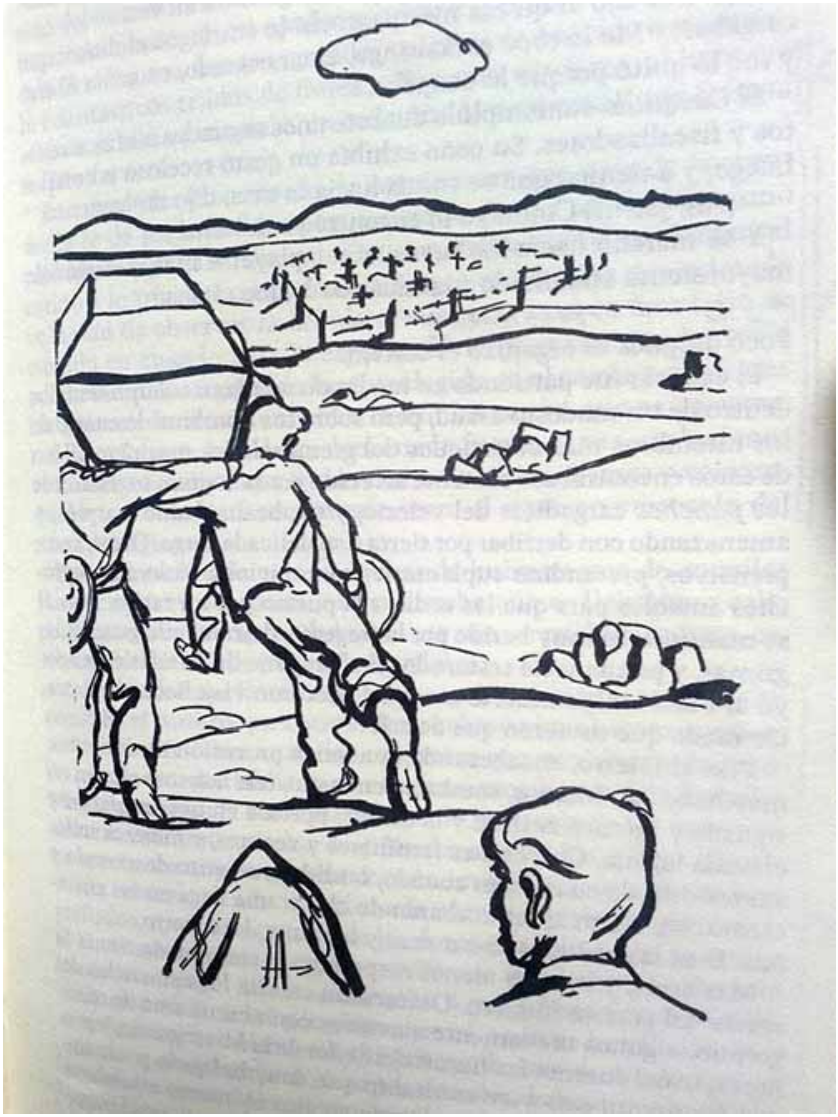
Sin embargo, la humilde, respetuosa y cohibida expresión de sus gestos, sugería sobradamente lo que sus labios negábanse a decir.

Y al padre del difunto no le fue difícil interpretarlo, dándole, conmovido, las gracias por ello.

Después, el *jefe de astilleros* lanzó una fugaz mirada a la canoa.

Y expuso algo que, sin duda, teníalo preocupado desde antes:

—¡Qué bueno qu'estás aquí!… Trairás los noventa pesos de la canoa, porque ya casi está lista y ocupo los centavos
pa'l
entierro.



Por más que confirmaba sus temores de que don Marcos venía ignorando lo del abono, esta alusión prestábale a Ramiro una magnífica oportunidad de plantearle, de inmediato, lo que de otro modo no se hubiera atrevido a involucrar en la legítima pena de la familia. Así que contestó, solícito, e interrogando a su vez:

—¿No le dijo él qu'esa mesma nochi le entriegué el dinero que cargaba?… Me lo topé el domingo, amaneciendo, en ca' *la Rorra, y*

me lo quitó porque lo ocupaba.

El Casquillo contemplólo durante unos segundos con ojos adustos y fiscalizadores. Su ceño exhibía un gesto receloso y hostil… Luego, y a tiempo que se volvía hacia la casa, dijo únicamente:

—¡Ah, ¿sí?!… Como yo lo encontré ya muerto…

Y se marchó hacia los suyos, sin explayarse más, y dejándole mayormente atarantado y confuso de lo que estaba.

Poco después se organizó el cortejo.

El cadáver fue partiendo en medio de una gran solemnidad. Iba dentro de un modesto ataúd, pero sobre los hombros de cuatro de los miembros más conspicuos del gremio de los marineros. Uno de éstos encontrábase bastante afectado por la copiosa ingestión de los *ponches* cargaditos del velorio; y titubeaba dando traspiés, y amenazando con derribar por tierra a su delicada carga. Otros comprensivos, pretendían suplantarle, admonicionándolo con reproches amables para que les cediera el puesto por un ratito. Mas él se manifestaba muy herido por la tragedia, derramando gruesas lágrimas, y permanecía testarudo en el empeño de brindarle su apoyo al buen amigo muerto en aquel póstumo viaje sobre la tierra. De modo que tuvieron que dejarle.

Tras el féretro, encabezando la nutrida procesión de dolientes marchaba don Marcos, sombrero en mano, con la frente alta en resignada y mística actitud y la mirada perdida en una imprecisa y elevada lejanía. Con él iban familiares y vecinos, y mujeres sollozantes que, de cuando en cuando, lanzaban un grito desgarrado y espantoso, como si les acabaran de clavar una daga en las entrañas. Eran la madre, las hermanas y la mujer del muerto.

Más atrás, y mucho menos respetuosa y contristada, venía la estela del cortejo fúnebre. Destacaban en ella los camaradas del gremio, algunos ufanamente ataviados con el uniforme de marineros, usual durante las fiestas del Señor de la Misericordia, y precedidos por un *canoyero* menudito que, muy halagado por la importancia de su función, mantenía en alto el mismo estandarte que les sirviese de identificación y descubierta cuando, en el transcurso de las celebraciones mencionadas, formaban parte del *recebimiento*, atravesando procesionalmente el pueblo desde la estación del ferrocarril al templo parroquial, donde dejaban, el día que les estaba destinado, el opulento adorno que constituía su

ofrenda a la milagrosa imagen: grandes colgajos de brocado o terciopelo o fantásticos tejidos de flores… Y, como entonces, el humano afán de exhibirse ofuscaba en cada uno la reverencia que debiera inspirar el acto.

En esto de las procesiones, la compostura que nace de la acendrada fe de los humildes devotos no suele ser tan honda como para hacer mucha mella en los valores primarios de su elemental cariño a lo trivial. Lo importante es que se advierta que existe la voluntad de observar la debida reverencia, aunque ésta falle de cuando en cuando ante la esperanza simplista de que la novia pueda ver qué tan gallardo luce su elegido en el conjunto o de que las gentes admiren y envidien la camisa nueva que se va estrenando… Porque la vida es demasiado fuerte, y sus explosiones acaban sobreponiéndose a todos los convencionalismos y volviendo flaco el ánimo en su sometimiento al riguroso protocolo del ritual litúrgico.

Buena muestra de este fenómeno la hubo en una de aquellas pintoresquísimas procesiones en lancha que se llevaban a cabo por la ribera de Jamay, cuando éste era aún un pueblo lacustre, celebrando el día 22 de julio a la Magdalena.

Acostumbrábase llevar a cabo una representación teatral que organizaba el párroco, para que le diera color y vida al acontecimiento. Y nunca faltaban entre los conjuntos que venían representando graves escenas bíblicas, el nazareno crucificado y la humilde Magdalena rendida a sus pies, llorando, imbuida de un oportunísimo arrepentimiento, los despilfarros cometidos con su cuerpo. La muchacha que en aquella ocasión interpretase a la Magdalena vestía una amplia alba o túnica a la usanza de los tiempos coreografiados, y, como el peculio de los devotos no alcanzara para más, al hombre que hacía el rol de crucificado púsosele casi desnudo, con sólo un papel de china envuelto a guisa de taparrabo. La humillación de la santa pecadora ante el hombre pendiente de la cruz (que suplían el mástil y la entena de una canoa de rancho) era tanta, que advirtiendo éste por el escote de la túnica suelta los tentadores senos de la mujer no pudo evitar el llamado de sus impulsos carnales. Y temeroso de estar cometiendo una terrible irreverencia, púsose a gritar, dirigiéndose al ingenuo sacerdote que administraba la escenificación: «¡Quítenme de ai a la Magdalena,

padre!…». Y, como éste le reprochase tal exigencia y se negara a complacerla, advirtiéndole que la escena estaba así con toda propiedad, el frágil *crucificado* no tuvo más remedio que insistir, poniendo de manifiesto toda su flaqueza: «Le digo que me quite a la Magdalena porque ya se m'está rotando el papel…». Y no hubo más remedio que retirarla, antes de que el buen actor se quedase en la más impúdica de las situaciones.

Tal diríamos que fuera la actitud de Ramiro en aquel entierro, pues iba mucho más afligido que por el pesar del luctuoso acontecimiento, por la probable pérdida de su canoa.

Lodegario no pudo acompañarlos. Quedóse paleando la arena en el varadero, si bien se detuvo en su labor y permaneció sombrero en mano sobre el techo del rancho de *La Chula*, mientras el cortejo trasponía el pradito y se iba perdiendo entre las primeras casas, camino del cementerio.

No hubiera resultado discreto abordar a don Marcos en tales circunstancias. Y Ramiro tuvo que contener sus ardientes deseos de dilucidar de una buena vez la actitud que dicho señor adoptaría con respecto a la entrega de la canoa. Pero, ya que se le hubo dado tierra a la caja mortuoria y que el acompañamiento se disolvió en el camposanto, aprovechando una oportunidad en que don Marcos cruzaba solo junto a él, acercósele, todavía sombrero en mano.

—Quería que me dijiera lo que vamos a hacer con mi canoa — solicitó humildemente.

Parece que el calafate traíalo ya maduro, pues lo decidió en el acto.

—Mira: a mí no me consta de bien a bien
qu'esté
pagada. De modo que, si te la quieres llevar, traite unos testigos de que pagaste… ¡No quedrás que me vaya nomás ansina, de palabra!…

Y se incorporó a uno de los grupos que se dispersaban, dejándole con la boca entreabierta, y aflorando a ella una despechada protesta de honorabilidad.

Angustiado por su situación, de paso por la plaza de armas Ramiro se sentó en una banca de hierro para considerar los amargos perfiles de su pena.

Estaba absorto en ello cuando le tocaron el hombro. Y, al

volverse, pudo reconocer, sobresaltado, a Pancho, el muchacho engrasador de la draga. Cohibíale su presencia porque le trajo a la memoria las vergonzosas circunstancias de su fuga del prostíbulo. Y, si esa remembranza no inquietara antes su estadía en Ocotlán, fue porque supuso a sus compañeros de aquella trasnochada infausta ocupados en sus labores, lejos de allí.

—'Hora estoy en el turno de las siete de la tarde —explicóle Pancho, como si hubiese descifrado la razón íntima de su sorpresa —. ¿Ya supites el relajo que se armó con *la Rorra* nomás te marchaste de con nosotros?

El desasosiego de Ramiro iba cediendo ante aquella cordialidad.

—¡¿Luego?! —exclamó—. Precísimamente
vengo'horita
del pantión… —Y, como una ocurrencia genial asaltara su entendimiento, tomóse expectante al preguntar:

—¿Te recuerdas que te dije que *el Casquillo*
me'bía
quitado los centavos de la canoa?

—Sí. Andaba yo bailando con *la Charrita*.

—¡Pos, ai tantéale!… 'Hora no me quiere creer don Marcos; y pa' entriegarme la canoa me pone de condición que le lleve testigos.

—¿Y los tienes?

—Pos, no… Me llamó de a solas.

—Si gustas —sugirióle espontáneo y dispuesto—, vamos a ver si yo sirvo.

—¿'Horita?

—Ai; cuando tú digas.

—Pos…, si me haces favor, vamos pa' allá de una vez.

Y emprendieron el camino calle abajo, hacia el otro lado del puente.

Llegaron a la casa cuando don Marcos se disponía a salir en una importantísima misión que él mismo se confiriera. Tratábase de buscar a Dominico, *el Bagre*, a quien se culpaba de ser el asesino de su muchacho, y el cual había salido huyendo, aparentemente con rumbo a Guadalajara. Don Marcos no era hombre de los que se sientan a esperar que la poltrona justicia corra sus dilatados trámites. Y se proponía contribuir con sus propios recursos a la detención del prófugo, sobre quien ansiaba ver que cayera la debida

venganza.

Claro que comprendía que con esto no iba a resucitar a Miguel. Pero tampoco hubiese podido tolerar que *el Bagre* se quedara riendo de su hazaña.

Topóse con Ramiro y su acompañante en el momento en que abandonaba su hogar, dispuesto a tomar el autobús para comenzar la persecución del criminal por cielo y tierra. E hizo un expresivo gesto de molestia al verse interceptado… Le iba a decir a Ramiro que dejara de andarle siguiendo, cuando se le anticipó éste, planteándole el nuevo aspecto de su enredado asunto:

—Aquí le traiba un testigo, don Marcos.

En realidad, *el Casquillo* poseía ya algunos antecedentes de que le fue hecho el pago al difunto, pues en la bolsa de su pantalón se encontraron íntegros los cincuenta pesos, siendo que los dineros que traía cuando salió de parranda no sobrepasaban los veinte. No sólo habíale sido entregado a él ese dinero, sino que en el expediente que el Ministerio Público levantó existía clara constancia de tal hallazgo, siendo ello una prueba valiosa en pro de la veracidad del alegato de Ramiro… Pero creyó haber encontrado una feliz oportunidad de expoliar a éste, disputándole el cumplimiento del convenio, o deseaba estar seguro de que la embarcación fue realmente pagada antes de cederle los derechos sobre ella… De esa suerte, al ofrecérsele el testimonio de Pancho, su reticencia empezó a desplomarse. E, íntimamente, convino en que tendría que hacer entrega de la canoa, porque tampoco deseaba caer en el enredo de litigios mal fundados.

Quedóse mirando al engrasador, y le preguntó, cejijunto:

—¿Viste también cuando lo mataron?

—De cerquitas —admitió él—. Apenas si le había quitado el dinero aquí, a mi cuate, que andaba tomando con nosotros, cuando se armó el borlote…

Aparentemente, *el Casquillo* no trataba ya de confirmar si lo que Ramiro pretendía era cierto o no. Dábalo por asentado. Pero de seguro iba meditando aún sobre el modo de sacar alguna ventaja… Mostróse más interesado que en ello, en cerciorarse bien de la identidad del asesino, a fin de llevar a cabo su misión vengativa respaldado por todas las pruebas posibles. Y preguntó:

—¿Cómo fue que lo mataron?

—Miguel estaba alegando con *la Rorra*, y al *Bagre* se le hizo fácil ofender a Miguel. Entonces Miguel le acomodó un sillazo al *Bagre*, y *el Bagre* se alevantó y se le dejó ir a puñetes con un verduguillo que cargaba… Una de las dos mujeres que andaban tomando con su hijo agarró al *Bagre* de a mordidas y arañazos, y luego lo pepenó de la camisa y no lo dejaba ir. Pero como naiden se acomidió a detenerle, en nada estuvo que no la ultimara también… Luego, nomás se volteó pa' con nosotros, y nos dijo: «Ai verán quién más gusta de morirse…». Y se jue saliendo… Pero yo vide cuando este hombre le dio a Miguel el dinero de su raya antes de eso.

Don Marcos reflexionaba aún sobre una salida ventajosa. Y, entreviendo una leve posibilidad de escurrirse sacando algún provecho, acabó por decirle a Ramiro con ademán concluyente:

—Mira, home, Ramiro: yo estoy en que tú eres gente honrada, y voy en el alcuerdo de que te lleves, si gustas, la canoa. Yo lo hago nomás porque te confío… Pero, al cabo, como a mí no me consta que de a buenas la hayas pagado, si la quieres ha de ser ansina como mi muchacho la dejó, porque el compromiso era suyo, y yo tengo quehacer y no te la puedo terminar en un tiempo largo…

Y, para privarle de toda opción a insistir en que, habiéndola pagado íntegra debía recibirla terminada, arremangóse el pantalón con gesto resuelto, así como el ancho fajo empistolado, se echó sobre los ojos el ala ancha de su sombrero de palma y, despidiéndose apenas, salió disparado a tomar el autobús en que emprendería la primera parte de la persecución del asesino de su hijo.

El resultante no pudo ser más del agrado de Ramiro.

La tortuosa condescendencia del *Casquillo* habíale sorprendido, llenándolo de feliz sobresalto. Y la frenética ansiedad por tomar de una vez posesión de la chalana y llevársela de allí, sacólo de quicio.

Por lo demás, aquel chabacano arreglo le ofrecía una oportunidad inmejorable de hacer omisión del adeudo de los cuarenta pesos, engañando a su vez al *jefe de astilleros*, y resarciéndose con creces, del trabajo que representaba la ya fácil terminación de la canoa.

De suerte que lo vio alejarse muy íntimamente complacido.

Lodegario consiguióle después un serrucho y un martillo, con cuyas herramientas pudo recortar el extremo sobrante de algunos

tablones, adosar a la *amura* los bogues de mezquite, construir sobre la cala la rudimentaria carlinga donde descansaría la base del palo trinquete y labrar en el asiento central el agujero que había de contribuir a mantener erguido a éste.

Y sé dio tal arte y maña que, al anochecer de ese mismo día, la preciosa canoa pudo considerarse lista.

VI

RAMIRO hubiese preferido partir aquella noche para Las Tortugas.

Deseaba confrontar cuanto antes las dulces emociones de ese acontecimiento, trascendentalísimo en su vida, a la vez que se sentía urgido de alejar a la preciosa canoa de las codicias del *Casquillo* grande, el cual pudiera volver a Ocotlán y retractarse del acuerdo.

Sin embargo, Lodegario lo convenció de que esperara.

A la mañana siguiente recibiría la veintena de pesos que, con motivo del viaje a Palo Alto le adeudaba, y estaría con ello en condiciones de pagar los doce reales correspondientes a la matrícula de la embarcación, requisito con el cual había de quedar por definitivamente suya.

Hasta cerca de la medianoche permaneció nuestro amigo en el varadero, subiendo y bajando a su chalana con una emocionada y trémula ilusión.

Ésta flotaba altanera y gallarda, sacudiendo la tensión de las amarras como si estuviese impaciente por cubrir su primera singladura, y apuntando con el gesto indicativo de su linda proa, ya a los mondos cerros de Cuitzeo, ya a los robustos y pétreos sillares del viejo puente de Jamay.

Sin duda había sido muy cuidadosamente construida. Aligerada del lastre de todos los elementos de navegación y con su maderamen apretado, por lo reseco, el menor soplo de brisa la zarandeaba. Y bajo los inquietos pies de su dueño, se escurría, danzando de aquí para allá, nerviosa como un venadillo recental extraviado de su progenitora, pero sin un crujido en su estructura y sin escorarse una sola pulgada más de lo prudente a ninguna de las bandas. Cuando Ramiro se sentía cansado de hacer equilibrios sobre ella, saltaba a tierra para contemplarla desde el ribazo, extático, con

los brazos cruzados y una sonrisa bobalicona iluminándole los verdosos destellos de sus ojos y entreabriéndole los gruesos y palpitantes labios… Y así que se acercaba por allí algún aburrido, antes aun de ocuparse identificándole entre las sombras de la noche que hacía más densas el follaje de los *gigantes* erguidos al borde de la ribera, y señalando la airosa silueta movediza que flotaba en el Zula, preguntábale:

—¿Cómo ve la canoyita, señor?

A los otros se les dificultaba un tanto encontrarle lo que debía tener de extraordinario. Mas, interpretando correctamente las causas de aquella ufanía, no escatimaban los elogios, esponjando así el orgullo en el ánimo exaltado del propietario.

Cerca ya de la medianoche éste resolvió retirarse.

Albergaba el propósito de dormir en casa de su hermana Toribia… Por más que, en ciertos momentos, hubiera preferido echarse en el fondo de la embarcación, y pasar la noche en ella, atento a su seguridad.

De cualquier modo, todas las emociones de aquel venturoso acontecimiento no habían logrado olvidarle de que tenía pendiente de resolución otro asunto importantísimo. Y estaba decidido a adelantar en él, dando entonces los primeros pasos en el concienzudo bordado de su intriga.

De tal suerte, investido de cierto valor, aunque un poco en desasosiego por lo enojosos que resultaban los pormenores de semejante menester, se encaminó hacia la casa de *la Rorra*, dispuesto a concertar con ella la solución sobrenatural que resolviese encontrarle al enredado conflicto de sus amoríos con *la Güera*.

Aún se detuvo unos momentos, acodado sobre el bordo de cal y canto del puente, para contemplar otra vez a su canoa. Y satisfecho de lo bella que también lucía desde aquella perspectiva, continuó andando por las empedradas y, a esa hora, silenciosas calles de Ocotlán, internándose en el poblado. Taconeaba rudamente con sus toscos guaraches de suela sobre los adoquines del piso, como en un altivo desafío a la soledad y al silencio. Atravesó la plaza de armas sin encontrar más que uno que otro transeúnte apresurado y al aburrido centinela de guardia a las puertas de la cárcel municipal. Y, un tanto amargado por falta de dinero con que comprarse un

mezcal que fortaleciese su resolución en la empresa que se disponía a acometer, alcanzó la noctámbula zona de tolerancia de El Valle, donde se hallaba ubicado el prostíbulo.

Una adusta sorpresa recibióle al llegar a él.

Sin duda a consecuencia del crimen en que perdiese la vida Miguel, el establecimiento permanecía cerrado. Las autoridades lo habían dispuesto así en tanto que se iban encauzando las diligencias de rigor para fundamentar el proceso del criminal prófugo y se aclaraba la participación de la dueña de la casa y sus pupilas en el desaguisado. O, por lo menos, mientras *la Rorra* optaba por obviar dilaciones y dificultades acudiendo a arreglar una autorización legal para seguir ejerciendo su honrosa profesión, mediante el pago de una inevitable y crecida multa y de otras exacciones económicas llamadas a fortalecer, sin menoscabo de su sabidísima honorabilidad ni insensatos rubores por ñacos escrúpulos de procedencia, el menguado erario del ayuntamiento.

Porque esa condición era insoslayable, si aquellas dignas mujeres habían de poder seguir ejerciendo ese legítimo, sublime y universal derecho, tan cacareado por nuestra cristiana civilización capitalista: la libertad de comercio. Y sólo a la acendrada testarudez de la *señora* podíasele atribuir que no la hubiera llenado todavía.

Por un momento, Ramiro creyó frustrados sus planes.

Pero, aunque *la Rorra* se reputase por fiel observante de las disposiciones gubernamentales, ella y sus pupilas necesitaban comer; y, para comer, les era preciso trabajar… De suerte que permanecían despiertas y en expectación al otro lado de las rendijas de la única puerta que no estaba clausurada. Y, en cuanto olfatearon a aquel presunto parroquiano, abrióse ligeramente una de las hojas hostiles, dejándose ver tras ella una cara embadurnada que lo llamaba con un discreto pero insistente siseo.

—Nos cerraron la casa —explicáronle al muchacho una vez que estuvo cerca—. Pero como tú eres un buen amigo, con la condición de que te estés en juicio, puedes pasar y aquí adentro te atendemos.

Y Ramiro pasó, encontrándose con que en el interior se hallaban ya algunos otros clientes de los más morigerados y circunspectos.

No obstante, las hetairas se habían equivocado en sus esperanzas. Él no acudía en plan de correrse juerga alguna; ni a comprar, como creyeron, caricias baratas. Tan sólo deseaba

entrevistar a la proxeneta para tratarle un asunto reservado y estrictamente personal.

Llamaron, pues, a la *señora*, que no tardó en aparecer deshaciéndose en almibaradas consideraciones sobre la generosa y magnífica calidad de aquel amigo, el cual tenía la imponderable gentileza de acudir a consolarlas entonces, que se hallaban en desgracia por culpa de la impulsividad de un irresponsable sin el seso suficiente para comprender que su casa era un establecimiento serio y honorable, donde un elemental concepto de la urbanidad exigía comportarse con la misma exquisitez de trato y procedimientos que ellas tenían para con toda la clientela… Y, entrando al fin en materia, le interpeló:

—Tú me dirás, chato, en qué te puedo servir.

Ramiro solicitó, entonces, hablarle a solas. Y ella, un poco sorprendida, no tuvo inconveniente en hacerlo pasar a su alcoba, encerrándose con él adentro.

Hallábase asistida la pieza por muebles de factura adecuada a la condición de la dueña y su negocio: tocador con espejo de grandes lunas biseladas; cama blanda y vasta cubierta por sobrecolcha con bordados de artisela; y fastuosos cortinajes que reforzaban la discreción de las puertas, encerrando en una atmósfera cargada y tibia los abundantes olores buenos y malos, así como las densas nubes de humo de cigarrillos aromáticos, en mezcla con otras que acaso fueran de copal o de algún incienso del que solía ocuparse en los complicados menesteres de la brujería.

Mientras la mujer se reclinaba en estudiada y displicente actitud sobre los numerosos almohadones de seda del extenso lecho, exhibiendo, como al desgaire y hasta dos palmos más arriba de la rodilla, una pierna desnuda y provocativa, nuestro hombre se estableció tímidamente sobre el escabel del tocador, frente por frente a una imagen de Nuestra Señora de Talpa bajo la que parpadeaba una veladora. Y atacó, sin circunloquios, el delicado asunto que lo llevaba.

—Por ai platican, pues, que tú eres quién pa’ ayudarme… Se trata de que me anda ganando con una muchacha que yo tenía apalabrada en Las Tortugas, un sujeto con centavos de pa’Poncitlán

.

La proxeneta cambió rápidamente de ademanes. Un tanto desilusionada, sentóse en postura más propia a la función de consejera espiritual. Y, manifestándose absorta en el problema de su visitante, incitólo a que se siguiera explayando.

Ramiro pudo desahogarse entonces con mayor confianza. Quería que ella le prestara la ayuda de sus proverbiales poderes de cariz sobrenatural, para enderezar aquel amorío con el que estaba encaprichado. Él se enteró de que su confidente poseía facultades muy útiles para esa clase de componendas, y estaba resuelto a pagarle bien por ellas. Se trataba de hacer que Hermelinda ahuyentara al maldito intruso y cayese rendida de súbita pasión a los pies de Ramiro, suplicando fervorosamente por su cariño hasta la hora en que éste decidiera, si lo decidía, perdonarla y otorgárselo…

Dejábale hablar *la Rorra* mientras iba reflexionando sobre lo que convenía hacer para provocar su desconcierto, impresionándole de acuerdo con la sólida reputación de clarividente que ella disfrutaba… Y así que él no tuvo nada que exponer, intervino, investigando:

—¿Cuánto dinero cargas?

La pregunta sorprendió brusca y desfavorablemente al muchacho. Era demasiado intempestiva y mezquina… Un tanto molesto, y en muy escasa disposición de soltar prenda tan pronto, eludió, receloso, concretar una respuesta:

—Tú di lo que vas a cobrar por arrieglármelo… y yo consigo lo que sea.

—Mira —expuso la mujer, tornándose afectuosa y revistiendo su mímica de cierta gravedad adecuada al caso—: para no andarte con cosas, te diré que te va a salir carito. Tú sabes que es más fácil para una hacer que te quiera una muchacha que no te puso nunca cuidado, que eso de andar componiendo lo que tú mismo estropiaste… Porque hay otra cosa más que ni sabes. No va mucho, en estos días, ella y el señor que te la anda ganando estuvieron juntos y solos; y la muchacha se apalabró con él, y él le hizo jurar que no volvería contigo…

—Ya le maliciaba —admitió Ramiro, maravillado por aquella desconcertante sabiduría—. Ella
s'imagina

que yo no los vide, y que
m'están
haciendo tarugo… Pero yo los alcancé a devisar este domingo que pasó, cuando iban juntos en la canoyita.

—Pues, como te digo —continuó *la Rorra* satisfecha—, se apalabraron de bien a bien y se nos está poniendo trabajosito… Porque has de saber otra más: el hombre ese que te está ganando con ella, tiene quien le ayude. Y no vamos a peliar con él, que sería lo de menos, sino con el que le está dando una manita, y que es gente que sabe de estas cosas…

Observando la gran preocupación que al escuchar tales informes se reflejaba en el rostro contristado de su interlocutor, apresuróse a tranquilizarlo, añadiendo:

—Pero no te mortifiques por ello. No le hace que esté ayudado.

De cualesquier manera se te arregla tu asunto… Puede que sea más trabajosito; pero se arregla… Ultimadamente, si a mí se me pone difícil, es cosa que tengo quien me ayude. Y esa sí es persona de veras competente y lleva arreglados casos que, la mera verdá, ni es de creerse. Yo lo ocupo en veces por la prontitú… o en casos trabajositos como el tuyo… Pero, chato, eso cuesta dinero, y es por lo que te pregunto cuánto cargas.

Estaba Ramiro harto afligido y perplejo por lo que la hechicera le iba descubriendo. De súbito, advertía que todas las cosas que antes se le antojaron tan simples, se tornaban complicadísimas y erizadas de ingentes dificultades. Su vida, que le pareciera tan sencilla y vulgar, hallábase rodeada de trampas impalpables, armadas con el fin específico de devorarlo. Y lo más valioso de sus pobres ilusiones se bamboleaba entre un maromaje de ignorados inconvenientes que se lo volvían arduo y desalentador.

Por otra parte, esa misma complejidad que pugnaba por asfixiar a sus sencillos amoríos, ayudábale a explicarse la razón de los fáciles éxitos de Atenógenes y de la desconcertante versatilidad de Hermelinda.

Y en su pecho parecía hervir, borbolleante, un arrebato de violencia.

Perturbado así, comprendió que era muy débil ante tamaña adversidad, y que no le quedaba otro remedio que ceder de su altivez, arrojándose en brazos de la generosa ayuda de la bruja. De

suerte que le confesó, contrito:

—Encima no cargo nada; pero pa' mañana me pagan veinte pesos que me quedaron a deber.

Mirólo la hechicera con falsa consideración y muy real desencanto.

El gesto desalentado de su cabeza de furia expresaba bien claro que aquella modesta suma era muy insuficiente para pretender que le desenredase el enmarañado jeroglífico. Con sólo que Ramiro fuera elementalmente juicioso, tendría que entender que no podían haberle bastado veinte miserables pesos para comprar con ellos a discreción el cariño de una muchacha señorita y hermosa, como *la Güera*… Si el albedrío de las gentes tuviera tan baja cotización por intermedio de los tejemanejes de un brujo, hace mucho tiempo que los hechiceros ya se producirían en serie y estarían bien controlados por los ricos… No; veinte pesos eran una retribución asaz mezquina… Y más para lograr tan delicado propósito enfrentándose en una pugna de poderes taumatúrgicos con el otro brujo, a quien asistía, con toda seguridad, Satanás en persona… De modo que la Rorra remató:

—¡Ni para el copal nos alcanzaría, chato!… ¿No tienes modo de que consigas algo más?

El muchacho veíase desconcertado por tan lamentable falla en sus cálculos financieros. Después de todo, para él, veinte pesos constituían una suma nada de desdeñar… Por más que se viera obligado a convenir en que las proporciones del conflicto que con ellos ambicionaba resolver, venían resultando harto más impresionantes de lo que originalmente se imaginara. Y repuso:

—Por'hora no tengo más. Quién quita y más después consiga.

—¿Y no tienes nada que vendas? —inquirió la hechicera con tenebrosa intención—. Una vaquita…, un caballo…, una canoa…

La súbita y negra idea de vender su recién adquirida embarcación fulminó centelleante la atormentada mentalidad de Ramiro Fortuna. Hízole sobrecogerse, y lo volvió prevenido y desconfiado contra la falaz pitonisa. Seguramente, la proverbial clarividencia de que ella gozaba, habíale permitido enterarse de que era dueño de tan precioso tesoro, despertando sus codicias… Pero, en semejante empeño se iba a ver bien defraudada; pues, ni por Hermelinda ni por cuatrocientas mil muchachas como ella hubiese

sacrificado la canoa que tan orgulloso lo tenía.

Y porque no temía padecer la menor flaqueza de ánimo en ese delicado punto, advirtió, pavoneándose con su afortunada dignidad de propietario:

—Sí; tengo una canoa nuevecita… Pero ésa no la vendo.

—¡Entonces no has de querer mucho a tu novia! —adujo, insidiosa, la mujer.

—Sí la quiero —afirmó rotundo—. Pero la quiero de buena ley y pa' casarme con ella. Y mi canoa la ocupo pa' trabajar y mantenerla cuando nos cásemos.

Ostensiblemente desalentada por aquella vibrante y tozuda decisión, la proxeneta se encogió de hombros. Hubiera deseado economizarse hasta el trabajo de seguir desengañándole… Pero, como Ramiro permanecía obstinado en merecer su ayuda, fiel a una seguridad inmeditada de que, después de todo, ella no dejaría escapar aquellos veinte pesos, tuvo que explayarse de nuevo:

—Como te digo, chato, con tus centavos no nos alcanza ni para el copal, que se va a necesitar bastantito. A mí me gusta hacer las cosas bien, o mejor no las hago. De modo que si no tienes más, y necesitas, como dices, tu canoa, anda a buscar otra que te lo arregle… No dudo que la halles en Zula, que ya sabes que allí está la mera mata. Pero lo que sí no te salgo garante es de que a la hora de la hora no te vayan a estafar nomás tus centavos, porque la persona de Poncitlán que está ayudando al que te anda poniendo la zancadilla, es muy competente para estas cosas, y no creo que haya en Zula el que sea quién para hacerle parada.

Observábala el muchacho con creciente ansiedad. Dudaba aún, antes de admitir por sincera su actitud desdeñosa. Comprendía que la mujer hiciera su *luchita*, tratando de obtener una retribución más holgada. Este estira y afloja, esta despiadada ley de expoliar al semejante hasta donde su candidez y sus últimos recursos nos lo permiten, es, después de todo, una de las instituciones más eminentes de nuestra sabia organización social… Pero, acaso una vez desengañada de que él no estaría dispuesto a sacrificar su canoa, ni en condiciones de pagarle una suma mayor por sus servicios, cambiara ella de actitud, conformándose con los exiguos veinte pesos. Así que reiteró terminante:

—Pos no; mi canoyita yo no la vendo.

Sin embargo, *la Rorra* procedía con sinceridad. Justipreciando la sólida determinación de él, empezaba a impacientarse por el tiempo perdido. Había dejado de interesarle un asunto tan difícil y tan escasamente provechoso… Y optó por lastimar el que sabía irritable amor propio del ponente, para que éste se incomodara y renunciase a su ayuda de una vez.

—Te la voy a poner más fácil y barata —se burló—. Anda a la botica y te compras un diez de polvos para enamorar, otro diez de aceite de picanardo y otro diez de aceite de espíritu de golondrina. Para que te vean la cara de tarugo, con eso hay… Lo riegas todo por frente al jacal de tu muchacha, y ya verás cómo no dilata que se la lleve y se quede riendo de ti el que te la anda ganando… Pero, eso sí, te sale muy baratito.

Como esperaba, aquella mofa disgustó mucho a Ramiro. No había acudido éste a que lo vejasen… Principiaba a inflamarse su malhumor, y acaso hubiera explotado en un insulto, a no intervenir oportunamente ella, suavizando las cosas con una postrera proposición, amable y ajena a todo sarcasmo y ruindad:

—Hablando en serio, chato, te costea que lo pienses. Y ai, si consigues más centavos, vuelves cuando tú gustes; y ya sabes que te ayudo…

Esa noche, presa de un triste desaliento, Ramiro vagó por la ciudad como un animal herido.

El canto aluvial que empedraba el arroyo de los callejones dábale una hueca sonoridad a sus pisadas. Desde la oscuridad de las esquinas y los rincones, espiaba su congoja el chispazo fugaz de los tagüinches. Y por sobre la tapias de adobe de los huertos, la brisa peinaba el follaje hirsuto de los tabachines y los fresnos, y desparramaba el aroma flotante y dulzón del huele de noche.

Cavilaba nuestro hombre en que *la Rorra* tenía sobrada razón al asegurarle que Tenógenes hallábase asistido por algún otro experto en hechicerías, y que sólo en virtud de ello podía manejar tan a su antojo la flaca voluntad de su novia. De ahí debió provenir, asimismo, la tremenda desventaja con que él se vio orillado a enfrentar su competencia… Mas eso de vender su imponderable canoa para pagar los auxilios de aquella mujer era algo tan repulsivo a sus sentimientos, que ni siquiera lo lograba concebir. No sólo lucía como un descamado atropello de sus más preciadas

ilusiones; sino que repugnaba, como necio intolerable, a su recelosa condición de mestizo.

Porque bien pudiera suceder que sólo estuviesen tratando de expoliarle…

Él sería tan profundamente supersticioso como otro cualquiera de su ingenua extracción humana. Pero llevaba omnipresente, paralelo a ello, y como cosecha fortuita sus experiencias de paria, un precavido temor a las acechanzas de la falaz codicia ajena, y a la ignominia de que le viesen cara de tarugo.

Aun cuando no fuera así, de ningún modo hubiese vendido la chalana.

Y a medida que adelantaba en sus meditaciones, iba pareciéndole mucho más halagüeño y expedito un recurso elemental y nuevo que hizo nido en su cabeza. Podía presentarse en Poncitlán, averiguar allí quién era el maldito hechicero que asesoraba a Tenógenes y entrevistarlo, planteándole un dilema concluyente: o aceptaba los veinte pesos por traicionar a su protegido revirtiendo las cosas, o se disponía a recibir de manos del indignado Ramiro una *zoquetiza*, en la que quizás fuese a perder hasta el más arraigado de sus molares.

¿No sería esto lo más conveniente y sensato?

Acariciando y redondeando en su magín proyectos tan radicales, llegó al varadero.

Allí no pudo reprimir la tentación de contemplar otra vez a su linda canoa. Y al verla más maravillosa que nunca, realzada en su devoción por el insinuado y prematuro riesgo de perderla, maldijo de la infame *Rorra*. Y optó por embarcar en ella, y dormirse acostado sobre el panel, preso en el combo abrazo de sus *amuras* y sintiéndola todo lo cerca del corazón que reclamaba su afecto.

VII

CUANDO el amanecer pasó su mano tibia y luminosa sobre la cuenca del río, Ramiro estaba despierto.

Después de haber examinado minuciosamente las junturas de los tablones, corría el aún fresco mastique hasta el lugar por donde se filtrase una sola gota de agua.

Por lo demás, el reposo logró disipar sus zozobras, tiñendo del mismo nuevo rosicler del alba la visión de los complicados aspectos de su enzarzado problema sentimental.

Ahora la propiedad de la canoa cobraba en su mentalidad un valor absorbente, ante el cual se humillaban y perdían las palpitaciones de su lacerado conflicto amoroso. El cambio que vino a imprimir en su vida el singular acontecimiento de sentirse propietario, restábales estatura a los obstáculos que tuviera que salvar en adelante, y revestía su ánimo de una enfática coraza, ante la cual acababan replegándose, precarios y amedrentados, todos los impedimentos que la adversidad quisiera oponerle.

Jamás cometería él por nada ni por nadie la imbécil imprudencia de sacrificar la posesión de su admirable canoa.

Ese punto teníalo muy bien resuelto.

Y puesto que *la Rorra* se resistió a ayudarle por los únicos veinte pesos disponibles, pelearía el afectos de Hermelinda contra el maldito Tenógenes como los verdaderos hombres; sin ayuda de nadie, a mano y conciencia limpia, sin otro amparo sobrenatural que el de los más barateros, aunque menos eficaces, santos de su religión cristiana. Y si gracias a sus malas artes conseguía su rival arrebatarle el cariño de *la Güera*, pues, ¡ni modo!… Por lo menos quedaríale su embarcación para navegar el lago en busca de otra muchacha que pudiera sustituirla dentro de su pecho.

En su concepción de la vida, impregnada de aquel ingenuo

positivismo por sus largas experiencias de pobre de solemnidad, el hecho de poseer un bien material tan importante como ése parecía investir de relieves imponderable a su persona, mostrándole abiertos los antes herméticos umbrales de muchas esperanzas que, la prudencia innata y la intuitiva certidumbre de que se hallaban más arriba de su alcance, mantuvieron postergadas.

¡Jamás sacrificaría, pues, a su canoa!…

A eso de las nueve llegó Lodegario con el dinero, entregándole los veinte pesos que le adeudaba.

Y sentíase ya tan seguro de sí mismo, que se dispuso a distribuirlos sin que le detuviera para nada el propósito de usar fracción alguna en procurarle remedio al entuerto de sus malhadados amoríos.

Tuvo que dirigirse primero a la capitanía de puerto para solicitar la matrícula de la embarcación, que obtuvo sin contratiempos. Pasó, después, por una tlapalería, adquiriendo en ella una latita de pintura color rojo vivo. Y como remate, de esas elementales previsiones, fue a penetrar finalmente, en una cantina, comprando dos botellas de tequila del más fuerte, con las que celebraría en Las Tortugas el *remojo* de su flamante adquisición.

De retorno hacia el varadero llevóse a su hermana Toribia y a su cuñado Daniel, pues anhelaba que pudieran conocer de cerca y flotando sobre el río a su chalupa. Y así que les hizo contemplarla desde todas las perspectivas imaginables y que ellos se manifestaron muy admirados y satisfechos de su donosura, atracó la canoa para suplicarle a él, a quien tenía por regular calígrafo y muy bien dispuesto amanuense, que le pintara el nombre en letras coloradas y muy gruesas.

La Güera leía un poquito. Y esperaba Ramiro que mediante esa denominación entendiese que, después de todo, no era ella la única mujer sobre la tierra.

—Me le pones… —le dictó, titubeando, al improvisado pintor—. Me le pones… —repitió, perplejo y atarantado—. *Amanda*… eso… *Amanda*.

Su hermana Toribia observábalo con extrañeza. Se mostraba entre incrédula y sorprendida. Y, aunque no ignorase que Ramiro era de muy escasas palabras en sus temas íntimos, acabó indagando:

—¿No que le ibas a poner como a *la Güerilla* de don Sixto?

—Tú ponle *Amanda* —insistió él, dirigiéndose a su cuñado. Y, por considerarse en la obligación de explicar aquel cambio de parecer, expuso enfático—: Es una muchacha que apalabré en La Manzanilla…

No había de olvidar la hermana esta noticia ni de mantenerla oculta por muchas horas. Pronto la difundiría entre sus conocidos de Las Tortugas, a los que con mucha frecuencia se encontraba de visita en Ocotlán, y sería llevada por ellos hasta la ranchería, para caer como plomo derretido e hirviente en los sonrosados oídos de Hermelinda.

Daniel, por su parte, se encogió de hombros. Mojando el pincel en la lata de pintura, bien dispuesto a complacerle, trazó las letras con bastante calma y manifiesta torpeza. Y no pudiendo evitar que dos de ellas se le chorrearan, puso a Ramiro a rasparlo con un cuchillo… Al fin, el nombre estuvo listo. Y entonces, más abajo y con caracteres muy pequeños, el pintor dibujó el número y lugar de matrícula, y algo más de su cosecha y que fue deletreando ante el embelesado orgullo del muchacho: *Propietario: Ramiro Fortuna*.

Después de contemplar el efecto a distancia, dio su obra de arte por concluida.

Se habían alejado para observar de nuevo a la canoa desde todos los ángulos. Y Ramiro pensaba ya en emprender el viaje.

—Voy a detenerme con Teresa y Justino en la Boca del Río —les advirtió—. Tengo alzados con ellos los triques que compré pa' equiparla comués debido.

Y mientras el impresionado matrimonio permanecía admirando la embarcación con no recatado embeleso, él saltó desenvuelto sobre el panel, tomando la mala pértiga que le habían facilitado en préstamo, para dar comienzo a un vigoroso palanqueo en pos de la salida del lago.

Aun les gritó desde la mitad del Zula, y recargándose con furor en la palanca para demostrarles gráficamente su aserción al imprimirle un impulso inusitado:

—¡Pongan cuidado, nomás, qué canoa tan más livianita!…

Y hendió el cauce del río, bañado en el sudor de sus afanes de propietario novel y por primera vez desdeñoso de esa pequeña y lucida ciudad de Ocotlán, a la que sólo esperaba volver convertido en un Ramiro distinto.

Cosa de media hora después arribaba a la isleta de Boca del Río, atracando unos metros más abajo del jacal, que en el repecho ocupaban su otra hermana y su cuñado Justino.

Este último hallábase ausente del hogar. Paleaba el lirio con los otros supernumerarios de la Compañía Hidroeléctrica bajo el puente de hierro del ferrocarril, río abajo de la unidad de bombeo instalada en la confluencia del Santiago y el Zula. Pero la mujer y los cinco sobrinitos acudieron encuerados y clamorosos a recibirle.

Consintió él en que se recrearan bajando y subiendo a la embarcación, dándoles un breve paseo en ella a lo largo del litoral de la isla. Y, al cabo, después de atar la lancha al tronco de un mezquitillo orillero, descendió para traer los telebrejos e írselos adaptando.

—¿Por qué, pues, le pusites *Amanda*? —preguntóle también aquella hermana.

—Porque me cuadra el nombre —repuso lacónico.

—¡No le va a parecer a *la Güerilla*!

—¡Pa' lo que me apura que le parezca!…

Antes de encajar firmemente el trinquete, hubo de llevar a cabo algunos ajustes. Pero lo logró, no obstante lo mucho que le estorbaba el entusiasmo alborozado e inquieto de los hijos de su hermana. Lo demás, pasar por la corredera y los gratiles el cabo de la relinga que izaría la manta, disponer el timón, amarrar los remos a los bogues y sustituir la palanca, resultaba mucho más sencillo.

Conmovida y compartiendo su ingenua emoción, la hermana le regaló un bote viejo y vacío, con el cual podría achicar el agua. Y vino con unos taquitos de frijoles para que se los comiera en la propia canoa, mientras laboraba arreglándola.

Gracias a ello, pudo concluir relativamente pronto.

Teresa pretendía que se quedara esperando a Justino, quien habitualmente regresaba al atardecer, y el cual tendría, sin duda alguna, gran placer en admirar su preciosa embarcación. Mas, aunque le tentaba a su orgullo esta perspectiva, manifestóse muy urgido de arribar a Las Tortugas. Y, apuntando la tarde, se dirigió lago adentro.

Soplaba el *abajeño*. Y tuvo que valerse de los remos para surcar su quieta lámina plateada.

A no ser porque aún le cohibía el recuerdo de aquella

vergonzosa deserción de la noche aciaga de la parranda, se hubiera arrimado al gabarrón de la draga para presumirles a sus amigos, los operarios de ella, tan primorosa canoa.

El sol fulgía alto y quemante sobre la cuenca del lago. Sus chorros de luz se volcaban en silenciosa catarata por sobre la extensa superficie líquida, desparramándose en una loca algarabía de centelleos que parecía imprimir en las aguas cierta palpitación temblorosa. El reflejo de ese chispeante resplandor rebotaba, con sus danzas epilépticas, hasta los flancos oscuros de los cerros más cercanos. En las orillas del tular, asomaban fugazmente las gallaretas y los pililes, amodorrados por la declinante pesadez del día. Y el vuelo largo y pausado de las *palomas de hielo* trazaba en el fondo azul cobalto del firmamento, que las brisas del otoño despejaban y bruñían, una fugaz diagonal blanca.

Así que Ramiro divisó la leve ensenada de Las Tortugas y los escasos jacalitos amarillos de su ranchería, salpicados por el blanco pedregal, al pie de la orla montañosa que circunda el lago, empezó a mortificarle la consideración del nombre vacío que le mandase poner a la lancha.

La tarde estaba demasiado enriquecida de luz, excesivamente clara, plácida y brillante, para que le fuese dable a nuestro amigo mantener erguidas en ella tantas sombrías sospechas y torvos recelos en torno a la supuesta perversidad de Hermelinda. A lo mejor, todo aquello se venía reduciendo a una interpretación exagerada de la faceta más triste de los hechos; y él se disponía a lastimar a la muchacha exhibiendo aquel nombre sugerente, sin que ella hubiese cometido ningún acto que pudiera merecerlo. Porque el hecho de haberla descubierto sentada en la canoa junto a Tenógenes, y de que *la Rorra* asegurase enfáticamente que lo traicionaba, no eran pruebas bastantes para nublar de rencores sórdidos y de propósitos hirientes la suprema dicha que pudo presidir aquellos felices y tan esperados momentos de su regreso… Y quizás hubiera resultado preferible aguardar la comprobación de tan funestas suspicacias, antes de ponerle a la nave nombre alguno; explorar, primero, la reacción de ella cuando descubriera a este otro Ramiro que llegaba ahora, tan distinto, por superior, al humilde novio desesperanzado que antes conociese…

Estudiaba ya el mejor modo de borrarlo cuando distinguió, en la

distancia y trepando cerro arriba por la angosta huella que conducía a Poncitlán, la figura de un jinete del que, un precipitado y significativo golpeteo de su corazón, hízole sospechar que bien pudiera ser el mismísimo Atenógenes.

Y su amor propio se encrespó con un impulso felino, para hacerlo desistir, al cabo, dejando el nombre tal como estaba.

Así llegó, remando desesperadamente, pero sin cansancio, a la pedregosa orilla del varadero.

Dormían sobre él, precariamente amarradas a algunos cantos rodados, las canoas de don Sixto, de Matías Doblado y de Encarnación Suárez, únicas que poseía la comunidad, y tres deplorables adefesios comparadas con la suya, de tan nuevo y pulido maderamen.

A la pequeña ranchería sepárala de la margen descendente del lago un ancho festón de piedra aluvial. Y en medio de éste, como por arte de magia, puesto que por ningún lado se consigue ver un mísero terrón cultivable, surgen fragantes y salpicadas en hoyos dispersos practicados entre el pedrerío, las matas de calabaza, de pepino y de frijol, ornamentadas con el lujo de sus flores amarillas. Tal parece que alentase su desconcertante lozanía el aliento fértil de los detritus y sedimentos que sube desde el limo oculto más abajo, y hasta el cual se escurren golosas sus abundantes raicillas.

Al borde del ribazo de piedra, sobre la orilla misma del Chapala, levantaron los pescadores algunas chocitas bajísimas y elementales, de paja de maíz y garbanzo secas, bajo las cuales guardan y protegen las redes, las velas y los útiles de navegar, y, en caso de temporal, cobijan los cargamentos de hortaliza que se van almacenando en espera de transporte. Semeja una versión infantil y exquisitamente rudimentaria de los muelles y explanadas atiborrados de almacenes corpulentos, que caracterizan a las zonas portuarias de todas las ciudades marítimas.

Más allá del pedregal, la tierra negruzca de los faldones del ceno da acomodo al caserío de paja, de madera y de carrizo, y, hasta de cuando en cuando, de adobe y tejado, disperso entre huertecillos y milpas de muy limitada dimensión. Luego, empiezan las vertientes del cordón montañoso. Y por ellas trazan su caprichosa y desordenada geometría los resecos coamiles, con cuya cosecha de temporal se ayudan los vecinos.

Esa tarde, al arribo de Ramiro hallábanse esperándole en las orillas del pedregal algunos de los adultos de la comunidad y la mayor parte de la chiquillada.

No resultaba la hora muy propia para explicarse la presencia de una canoa forastera. Y, desde que lo vieron enfilar hacia allá, empezó la curiosidad a bordar sus comentarios.

Cuando reconocieron a su tripulante, lejos de decrecer la sorpresa, se acentuó notablemente.

¿Quién le habría prestado tan primorosa canoa a Ramiro Fortuna?…

Y, antes de que abandonase los remos para efectuar el atraque, ya no se podía contener Matías Doblado, y estaba gritándole:

—¿L'andas proponiendo en venta?

Tuvo que insistir, pues el joven no contestó, dándole tiempo de esponjarse a su regocijo íntimo y dispuesto a no aclarar las cosas hasta que hollara la tierra y pudiese hacerlo con la gravedad y la circunspección debidas:

—¿En cuánto la ofertan?

Mientras brincaba al pedregal, Ramiro satisfizo aquella impaciente curiosidad con su habitual laconismo.

—Es mía —explicó, renuente a cualquier propósito deliberado de concederle visible importancia al hecho—. La compré y no la vendo… —Y, desbordándose—: ¡Vengo pa' que lo celebremos!

Los chiquillos mirábanlo atónitos y los hombres no menos desconcertados.

—¿Tiene el fondo de sabino? —insistió don Matías, mientras curioseaba minuciosamente la embarcación.

—No —repuso su dueño—. Es toditita de pino…; pero del más mejor, porque yo mesmo jui a trairlo de La Manzanilla.

—¿Cuánto diste por ella? —preguntaba Encarnación Suárez.

—Me sale en más de los doscientos.

—¿Y onde te los jallaste? —indagó, precipitado, Matías. Ramiro hubo de tomarse una pausa. Quería permitirles que la observaran a su placer y mantener aquella curiosidad el mayor tiempo posible. Por fin, vista la general expectación por su respuesta, decidió explicar:

—Trabajé tres semanas en el lirio…

—¡Mira qué callado lo tenías!

Él no dijo nada. Después de todo, era mucho más expresiva que cualquier frase grandilocuente aquella satisfacción que revestía de infatuada suficiencia el gesto un poco rígido de su rostro.

Lanzó una mirada por el repecho arriba, examinando a las gentes que se desprendían de los jacales para conocer la novedad.

Don Sixto ya estaba entre los primeros, rondando también, sorprendido y curioso, a la canoa. Pero a Hermelinda y a su madre no pudo verlas… Y un presentimiento amargo le crispó los puños, anegándole el ánimo de discreta angustia. Fue una especie de revelación deslumbrante que le inclinaba a temer que aquel viaje familiar del domingo anterior no hubiese obedecido a un mero paseo matinal o al piadoso propósito de concurrir a una misa. Tal vez las cosas se habían tomado más graves, e iban a pedir en la iglesia de Ocotlán o de Cuitzeo las dispensas para la boda… Y quizás *la Güera* estaba ya rotundamente comprometida con su odiado rival, y Ramiro y su nueva personalidad eminente habían llegado demasiado tarde para encontrarle remedio.

Ajenas a tal preocupación, las gentes continuaban ponderando la chalupa. Y don Sixto la levantaba de la proa sopesándola.

Se volvió después hacia Ramiro, para preguntarle:

—¿Qué no es la mesma que tenía en Ocotlán don Marcos, *el Casquillo*, casi pa' terminarse?

Confirmaba esto la suposición de que habían ido allá aquella mañana. Y el encrespado despecho del propietario apenas le dejó paso a una respuesta atragantada:

—Es la mesma —admitió.

—Me latía…

De nuevo volvió el joven una mirada fugaz hacia las chocitas del pie del cerro. Y esta vez, sus ojos se tropezaron con algo que hubo de llenarlo de un sobresalto desconcertante.

La Güera acababa de salir de su casa, y venía bajando saltarina por el caminillo, con su faz deslumbrada por una emoción adolescente. Con la humildad de día laborable, ataviábanla una blusita floreada y unas enaguas oscuras, y venía desnuda de pierna, descalza y con el largo pelo suelto. Pero podíase ver cien veces más gentil que con el rebuscado y mal avenido atuendo dominguero.

Y en sus ojos reía la candorosa ilusión que iba dejando transparentar su ingenua y adorable rusticidad.

Un chiquillo se le atravesó en el camino jalándole las enaguas.

Y le dijo:

—¡Pon cuidado, *Güerita*!… Es de Ramiro la canoa.

Y ello la contuvo en su carrera, tornándola atolondrada y confusa. Siguió, después, avanzando lentamente, esforzándose de modo visible por detener a sus ansias. Y, cuando traspuso el pedregal y se acercó a la lancha, quedóse observándola con ojos asombrados y en la boca, entreabierta y convulsa, las uñas de una mano atribulada. A Ramiro le lanzó, de soslayo, una ojeada contrita.

Éste, vuelto hacia los hombres, mostrábase desdeñoso e indiferente a la presencia de la chica, fingiéndose absorto en los efusivos comentarios de don Matías… Pero la estaba observando de reojo. Y sus condensados recelos lo movían a interpretar con un rencor prevenido aquella extraña, aunque elocuente, turbación de la joven.

No le podía caber la menor duda de que ella estaba descubriendo de improviso que aquel Ramiro que precipitadamente juzgó incapaz de llegar a ser alguien, resultábale entonces muy otro de como se lo imaginara. Y que se debatía, revolviéndose indecisa y desconcertada, pensando acaso sobre lo muy ligeramente que debió proceder al sustituirlo por el imbécil de Tenógenes, al que, de acuerdo con las afirmaciones de la Rorra, otorgase ya palabra formal de matrimonio.

La muchacha llegó pausadamente a la canoa y se detuvo muy cerca.

Viendo que trepaban a ella unos chiquillos y otra jovencita amiga suya, movióla un súbito arrebato pueril de imitarlos. E iba a llevarlo a cabo cuando reparó en el nombre que la chalana ostentaba escrito sobre el cachete de la proa. Y se contuvo.

Alguna vez le había asegurado Ramiro en sus coloquios, que el día en que llegase a poseer una canoa había de bautizarla Hermelinda… Y el nuevo descubrimiento, así como la actitud del mozo, eran muy elocuentes en cuanto al probable cambio de los sentimientos de él…

Así que permaneció por unos instantes desconcertada, llena de dudas, esbozando en un nervioso parpadeo el borbotón de la angustia. Y sin atreverse a mirar ya, ni siquiera de través, al que en

un día fue su rendido pretendiente, volvióse de espaldas… Y emprendió, acongojada y presurosa, el retorno a la casita que era su albergue, aumentando el paso hasta marchar corriendo, a medida que se acercaba a ella.

Aquel nombre vacío, Amanda, había llenado su cometido.

VIII

A PARTIR de tal momento, las prevenciones y recelos mutuos tomaron un feo cariz intransigente.

El ánimo atormentado de Ramiro se debatía entre dos impresiones agudas y contradictorias. Notábase contento por haber dejado su exaltada dignidad en el lugar debido y triste porque la desalentada reacción de *la Güera* no le brindó oportunidad de cruzar usas palabras con ella, palabras que sólo hubiesen podido ser de reproche, pero que sentía virulentamente necesarias a su sosiego espiritual y muy útiles como vehículo hacia una explicación que, sin ser admitida por buena, detara un pequeño resquicio por donde reabrir mañana el obstinado portón de sus esperanzas amorosas.

Disimuló como pudo. Y recogiendo los aparejos y las botellas del mezcal, después de amarrar a un pedrusco la embarcación vacia, dirigióse ladera arriba, rodeado por sus convecinos y hacia el grupo de chozas en donde había de llevarse a cabo la fiesta.

Para mejor organizarla, don Matías facilitó su casa y el escampadito que la antecedía.

Dicha casa, aun siendo de las más lucidas en Las Tortugas, no era nada que se pudiera asemejar a un palacio. Constaba de una sola pieza, ni muy amplia ni muy alta, con desnudas paredes de adobe gris, el techo de teta y el piso de tierra apretada. De uno de sus dos costados, sostenido por dos columnas también de adobe, desprendíase un portalillo techado de carrizo, con los entrepaños de zacatón grueso, y bajo el cual se cobijaba el pretil de la cocina, así como una mesa de pino y algunos catones que servían para aposentar a los visitantes. Lo rodeaba, dándole lujo, frescura y prestancia, una hilera de botes viejos que contenían geranios y pensamientos florecidos. Y, por el frente, servíale a modo de dosel, la joya verde y lila del emparrado de una fragante bugambilia.

Sombreando el escampadito que se hallaba ante la casa, se veían unos mangos opulentos. Y le circundaban, derribados, troncos y peñascos que oficiaban a guisa de bancos en la rudimentaria glorieta.

Aquella tarde sacáronse allí unas cuantas sillas tembeleques. Y mientras las mujeres se cambiaban de atuendo, para no ofender con la conmovedora sencillez de sus trajes cotidianos a la estiradísima dignidad del acontecimiento, las dos botellas comenzaron a circular de mano en mano entre los hombres.

Hermelinda no acudió a la reunión.

Pero, don Sixto estuvo desde el principio en ella. Y compartió la animada plática, tomando abundante vino y haciéndose solidario de los demás en su regocijo por la legítima alegría que manifestaba Ramiro Fortuna.

Por desgracia, el único músico del lugar, un tal Juanillo, baldado de un pie y que tañía movidos sones en un ventrudo guitarrón, no estaba esa vez en Las Tortugas. Solía reforzar el conjunto de mariachis de Santa María la Joya, y se encontraba con ellos amenizando una fiesta de boda en el pueblo de Mezcala.

De modo que los celebrantes hubieron de conformarse con entonar cánticos a coro, sentados sobre las ramas de un zalate o sobre el bordo de canto poroso del corral. Allí atacaron los jóvenes, con irregular habilidad y dominio armónico, algunas manidas y dulzonas cancioncitas en boga por la ciudad, que nadie hubiese podido adivinar por qué clase de inexplicables ondas hertzianas habían llegado a difundirse hasta ser populares en Las Tortugas, y que adquirían una resonancia enervante y cristalina contra los espaldares del abrupto cerro y en la nítida atmósfera del atardecer.

El adorno de las muchachas, conmovedoramente humilde, contribuyó a darle color a la radiante fiesta. Y los jóvenes y chiquillos parecían contentos, tanto como animosos se mostraban los adultos bajo la eufórica influencia del mezcal.

Anocheciendo ya, la mujer de don Matías preparó con alcohol unos ponches caseros, más dulces aunque nunca menos fuertes que el aguardiente de maguey, y gracias a los cuales quedó reforzada la declinante provisión de licor. Y con ello pudo darse por sentado que la celebración continuaría hasta bien madura la velada.

Al principio, Ramiro estuvo moderándose en los tragos.

Abrigaba una esperanza vergonzante de que Hermelinda acudiese al festejo, brindándole la oportunidad de platicar con ella a solas y envalentonado por el vino.

Mas, cuando pasado el tiempo advirtió que no contaría con esa dicha, su convicción en torno a que la joven estaba ya seriamente comprometida con Atenógenes, se acentuó, amargándole el ánimo. Y para ofuscar de algún modo su pena, diose a trasegar el embriagante con frenesí, como si estuviera ansioso de tomarles a los otros una considerable delantera, por más que no fueran tampoco muy quedados en la afición.

No conseguía, sin embargo, embotar su rabioso despecho.

Pero, muy a pesar de la confusión a que lo llevara tal abuso de la bebida, se mantuvo su sensatez enhiesta, en gracia a cierta consoladora certidumbre de que, puesto que se había de quedar a vivir en Las Tortugas y en un jacal a unos cuantos pasos de la casa de ella, primero o después acabaría brindándosele la ocasión de tropezaría a solas.

No hubiese acertado a definir entonces el género de alivio que pudiera aportarle esa feliz circunstancia, puesto que se seguía sintiendo ofendido por la esquivez de la chica y muy cierto de su fracaso en aquella malhadada empresa… Pero ello justificaba su ocasional conformidad y le mantenía incólume y altivo, sordo a un impulso comprometedor de apartarse de toda aquella gente e ir hacia el cerro o al pedregal, a llorar en la soledad sus desventuras.

Esta enconada pugna entre un enfermizo afán de aborrecerla y otro desalentado de hallarle disculpa, hacía oscilar su voluntad con un vaivén de péndulo, neutralizaba en parte los efectos embotantes de la copiosa y fortísima bebida e iba estropeando cruelmente aquellos momentos de inefable emoción por la propiedad de la primorosa canoa.

Tampoco le permitía tomarle sabor a la animada charla con que suplían los adultos la ausencia del arrullo enervador de la música.

—De joven me tocó ir una vez a La Manzanilla —platicaba don Matías, acurrucado en una sillita de madera con fondo de cordón de ixtle, y cuyo respaldo se reclinaba contra la barda de piedra—. Y la verdá qu'es un pueblito muy chulo y con muy rechulas muchachas… Me destantió una costumbre de por allá, que quién sabe si pa' la fecha entoavía la haiga. En Tizapán y en Tuxcueca,

como por esta banda de acá, se usa que los muchachos les ofrenden flores a las muchachas los días domingo, cuando andan pasiándose en la plazuela, ¿no?… Pos allí, como es muy frío, se acostumbra que lleven más mejor ca' quien su botella de ponchi caliente: y a la pasadita, le dan su trago a la que les llama, pa' que
s'entone
y no sienta el friyito… En veces se ponen unos cuetes ¡que Dios guarde
l'hora
!… ¿No te tocó verlo, Ramiro, 'hora que juiste allá por la madera?

Pero nuestro hombre hallábase absorto en sus dolorosas cavilaciones, y no había escuchado lo que el viejo acababa de referir. De modo que repuso, sin saber lo que decía:

—¿Eh?… ¡Ah!… Sí hay muy rechulas muchachas
pa'La
Manzanilla.

—Lo trai distráido la canoyita —disculpóle, comprensivo, don Matías. Y continuó—: Yo'staba muchachón cuando jui allá, y me tocó además un *recebimiento*. Se hacen muy buenos *recebimientos* pa' aquellos pueblitos… Como a eso del megodía, que va llegando el rico de La Quebrada, un ranchito que le queda cercas, montado en un rosillo muy precioso y seguido de mucha gente. Por delante venían unos vaqueros que traiban de arriada a los seis toros más cerreros que él mesmo regalaba pa' la corrida de las fiestas, y más después, tres burros cargados con barricas, unas de pulque curado con tequila y otras de ponche de granada… Se juntó toditito el pueblo y como seis bandas de música y de mariachis a recebirle, tocando y aventando cohetes… Y dé ahí
pa'l
rial, jue una borrachera ¡que ay Dios!…

—¿Más pior que la de Mezcala en los días santos? —indagó don Sixto.

—Más pior —repuso Matías—. En Mezcala s'echa más de ver porque las calles que bajan pa' hacia el embarcadero son de esa piedra laja, resbalosita, y es rareza cuando no azotan con todo y las cruces de troncones tan pesadísimas que cargan en la procesión de los días santos… Ca' que las salen a pasiar por el pueblo, como son tan pesadísimas y ellos andan bien briagos, pos de las seis u ocho

que cargan, de menos cuatro resbalan y azotan con
to’o
y los troncos sobre la piedra lisita de las calles o el piedrerío de poma del embarcadero… Pero en La Manzanilla, por el friyito, se avientan un ponchi muy cargado de alcohol, ¡que quién sabe qué te diría!…

—¡¿A poco vas a dicir que en Mezcala toman agua bendita?!… —intervino Sebastián Pérez—. Pa’ que no le andes, los tecos d'allá hasta cuando están tragando se emborrachan, porque es sabido que no comen otra cosa que su mezcal enmielado con lechi; y asegún dicen, pue’ que alcance más que el mesmo vino de alambique.

—¿Ya ves?… Pos te los echo con esos chapeteados de La Manzanilla; y pa’ mí que aquéllos se los llevan…

—Ha de’ber de todo,
como’onde
quiera —terció, más sensato, el alto y prudente Encarnación Suárez.

—Seguro —convino don Sixto—. 'Onde quiera se dan borrachos y gentes que saben tomar con medición… ¿Y tú qué andabas buscando
pa’La
Manzanilla, Matías?

Éste volvióse hacia el jacal, lanzando después una mirada recelosa en torno. Luego dijo, bajando la voz:

—A ver si no me cai la vieja… —Y, entrando en materia, comenzó—: Anque mal m’esté el dicirlo, yo nomás jui de alborotado. Me montó una muchachona que vivía con su mamá en Jamay, y a la que yo le traiba puesta la puntería porque me hacía jalón y me 'bían platicado qu'era de arranque… No me la aflojaba su mamá. Y yo dije: pos 'hora qu’éstas van a las fiestas de La Manzanilla, seguro voy a ver cómo le hago; pero yo le llego… Y ai voy de volado en la mesma canoa de rancho en qu'iban ellas y muchísima gente más. La señora ya se las olía, y no me la dejaba arrimar. Pero yo, como que m'hice tarugo, y m’esperé… Pa' qué más que la verdá: no jui quién pa' llegarle de ida ni en el pueblo. Pero,
pa’l
regreso, dije: Yo le arriesgo, y ai a ver qué pasa…

—¿Y cómo estuvo? —preguntó Sebastián.

—'Hora verán. Salimos de Tuxcueca, y por frente a La Palma,

que se viene recio el *guaracheño*, y no quedó otra que bajar la entena y jondiar el gancho… Era nochi escura, y hasta el canoyero s'echó
a dormir. Yo
l'estudié
la cosa de modo que me tocara cerquitas de ella, y la mesma muchacha
m'hizo
un campito a su lado, debajo del rancho. Pero, que nomás me voy a echar en él, y que la vieja se me pone al alba y se cambea con ella, de modo que nos quedó de por mitá; y yo, como el perro del abastero… Me dije: ¡Al cabo te has de dormir, indina!… Y ansina m'aguanté
hasta que la señora estuvo roncando… No les platico lo demás. Pero lo que sí les digo que amanecí al otro lado; por junto a la muchachona…

—¿Y qué hizo la vieja cuando te vido?

—¡Ya s'imaginan!… La canija se me puso retovada, y me preguntaba qué cosa 'bía ido a hacer yo allí. Yo le dije: Me roré, señora… Y ella me preguntaba: ¿Y cómo, pues, se roró por encima de mí que no lo sentí?… Y yo le dije: Pos, ai, atínele; yo me roré dormido, seguro con el aironazo y el pajueleo de l'agua… Nomás se la guardó a la muchachona, y en llegando a Jamay le puso una pela que nunca más quiso saber de mí… Más después se jueron
pa'La
Barca.

Conversando de ésas y de muchas otras cosas del mismo jaez, la celebración perduró hasta la medianoche.

Entonces, las jóvenes se retiraron a dormir, siguiendo el previo ejemplo de los chamacos. Y solamente quedaron los adultos, y entre ellos Ramiro, tratando de agotar el abundante ponche; pues no sería bien visto que sobrara algo.

Una uña de luna paseaba su escuálido perfil por el cielo, barrido por un *abajeño* alborotado y piqueteado por miríadas de palpitantes luceros. El lago, azotado por el brisote, chasqueaba mil lenguas invisibles desde el fondo misterioso de su cuenca. Y por el amplio plano renegrido de su superficie, avanzaban las siluetas fantasmales de un lanchón y una canoa, blancos y noctámbulos peregrinos de la

vasta extensión líquida. El farito de Boca del Río guiñábale un ojo picaresco a su congénere de la isla del Presidio. Y en las quebradas vertientes de los cerros fronteros de Cojumatlán y Palo Alto, el desgarrón luminoso de los faros de los automóviles y camiones que seguían la cinta pavimentada de la carretera, acuchillaba con la brusquedad de sus giros a la serena negrura de la noche, sobre un fondo quebrantado por las cumbres y las depresiones de la serranía de Tizapán el Alto.

Al lado de acá, en las orillas de la poblada ribera, ladraban en distintos tonos y modulaciones que la distancia estilizaba, los perros guardianes de las rancherías. Y hacia los remotos ecuaros de Mezcala y San Pedro Itsicán, observábase el brote de los fogonazos y estampidos sordos de los cohetes con que celebrarían alguna fiesta, o estaban ahuyentando a los patos y a los tordos, cuya voracidad era un riesgo en los maduros plantíos.

Avanzada ya la madrugada, se terminaron las bebidas y los hombres buscaron reposo.

Cuarta parte

La búsqueda

“¡Échinle cañas al tercio,
que el indio ni se pandea!”

I

SOÑÓ Ramiro con su canoa y en todo lo que podía y debía hacer con ella a partir del amanecer del día siguiente.

Ahora estaba definitivamente establecido en Las Tortugas, y era su propósito dedicarse, antes que nada, a restaurar su jacal, es decir, el que ocupara con su madre cuando ésta se encontraba entre los vivos.

Con lo que de los veinte pesos le sobró y lo que iría obteniendo por la venta del pescado y los patos extraídos de la *laguna* adquiriría el petate y demás enseres para acondicionar su choza, los útiles para intentar el cultivo del coamil del otro lado del cerro, si es que no aceptaba llevarlo a medias con él ese primer año el rico de La Cañada, y algunos elementos para pescar, tales como las cuerdas para la maroma y el anzuelo de arrastre, cajones para fabricar las asas e hilos para ir tejiendo una *rede mangueadora* y otra cazadora, puesto que cuanto tenía era una simple atarraya.

Matías prometió alguna vez ayudarle. Y por más que iban a ser competidores enconados en esto de la caza con guajes, no cabe duda de que le asistiría. Pudiera ser que hasta le facilitase algunas cuerdas sobrantes, y que llegaran a un entendido en cuanto a darle de comer en su casa por una paga cómoda.

Éstos eran solamente los problemas que tendría que resolver en el transcurso de los primeros meses de independencia económica. Pues, una vez hubiese levantado en su terreno la cosecha inicial, esperaba aprovisionarse de todo lo indispensable para ir desenvolviéndose solo…

Resultaron ser los suyos los cálculos de la lechera. Pues una ingrata sorpresa le aguardaba a la mañana siguiente.

Apenas había amanecido, y no llevaba él más que cuatro horas durmiendo la pesada embriaguez de los ponches y el mezcal,

cuando acudieron a despertarle los muchachos de la ranchería, escandalizados por un terrible descubrimiento.

En medio de las densas nieblas de un sueño desasosegado, y mientras se sentía zarandear tomado por un brazo, oyó cuatro voces infantiles repitiendo a coro:

—Dispierta, pues, Ramiro; que se despareció tu canoa.

Por un instante, vino a imaginar que se trataba de una brutal pesadilla… Pero, cuando la insistencia de los demandantes fue convenciéndole de que no era tal, incorporóse maltrecho y mohíno, si bien, punzantemente estimulado por la ansiedad y el sobresalto.

—¿Cómo estuvo? —preguntó, sentándose en la estera que le tendiese en el portal la mujer de su anfitrión, y mientras se restregaba los ojos y se sacudía los gruesos y enmarañados mechones de su pelo para ahuyentar la modorra.

—No'stá allí tu canoyita —aseguróle un chiquillo.

—A la mejor te la robaron —aventuró un segundo.

Y él hubo de correr pedregal abajo, hasta la orilla donde la dejara.

Era cierto que la flamante embarcación había desaparecido.

Nuestro amigo no recordaba con precisión absoluta si la extrajo lo bastante para preservarla del riesgo de que las olitas que levanta el viento de la medianoche la fueran a arrebatar del varadero. Pero sí tenía muy presente que la dejó atada a un pedrusco con el corto cabo de la argolla de proa… Aunque, siendo dicha piedra pulida y redondeada, resultaba asaz factible que el lazo se zafara al poner el viento la lancha a flote y jalar el oleaje de ella.

Por desgracia, la pequeña cala de Las Tortugas era muy expuesta a los brisotes. Su resguardo resultaba precario. Y tratándose de una chalanita tan liviana y tan ágil, el joven debió precaverse y arrastrarla algo más arriba de lo que lo hacían con las suyas, pesadas y torpes, los otros tres pescadores de la comunidad. Además, era muy posible que los chiquillos que la curioseaban la hubiesen empujado…

Sin duda alguna, sus emociones de aquella tarde lo mantuvieron distraído.

Y lo más grave del caso consistía en que ni siquiera la pudo ver flotando en todo lo que del lago alcanzaba a dominar la vista.

Aunque una canoa ligera, vacía y al garete es fácilmente

arrastrada por las corrientes y empujada por los vientos y las olas, tal ausencia movía a suponer que llevaba por lo menos cinco horas a merced del azar y de los elementos… O, lo que no hubiera querido ni pensarlo, que anegada por las salpicaduras del oleaje contra sus costados, habíase hundido.

Aparentemente, existía un modo práctico de resolver de inmediato este dilema. Treparse cerro arriba, hasta alcanzar una altura desde la cual le fuese permitido distinguir una considerable porción del perímetro del lago.

Y, ni corto ni perezoso, traspuso a zancadas el pedregal y empezó a escalar apresurado los ásperos flancos de la eminencia.

Detúvose, jadeante, a media ladera, para escrutar la vasta perspectiva lacustre que desde aquel lugar se dominaba. El Chapala se extendía por diez leguas hasta la orilla opuesta, unas tres hacia la izquierda y no menos de veinticinco por la derecha. La vista resultaba impotente para abarcar en pormenor una perspectiva de tan enorme magnitud, escudriñando en ella. Pero sería pueril suponer que en sólo cinco horas de andar a la deriva, la embarcación de Ramiro se hubiese alejado más allá de dos nudos en cualquiera de las tres direcciones apuntadas. Y aquella distancia se escrutaba desde allí con visibilidad casi perfecta.

No existía, sin embargo, barrunto alguno de canoa dentro de un radio de esa longitud ni otro tanto más allá.

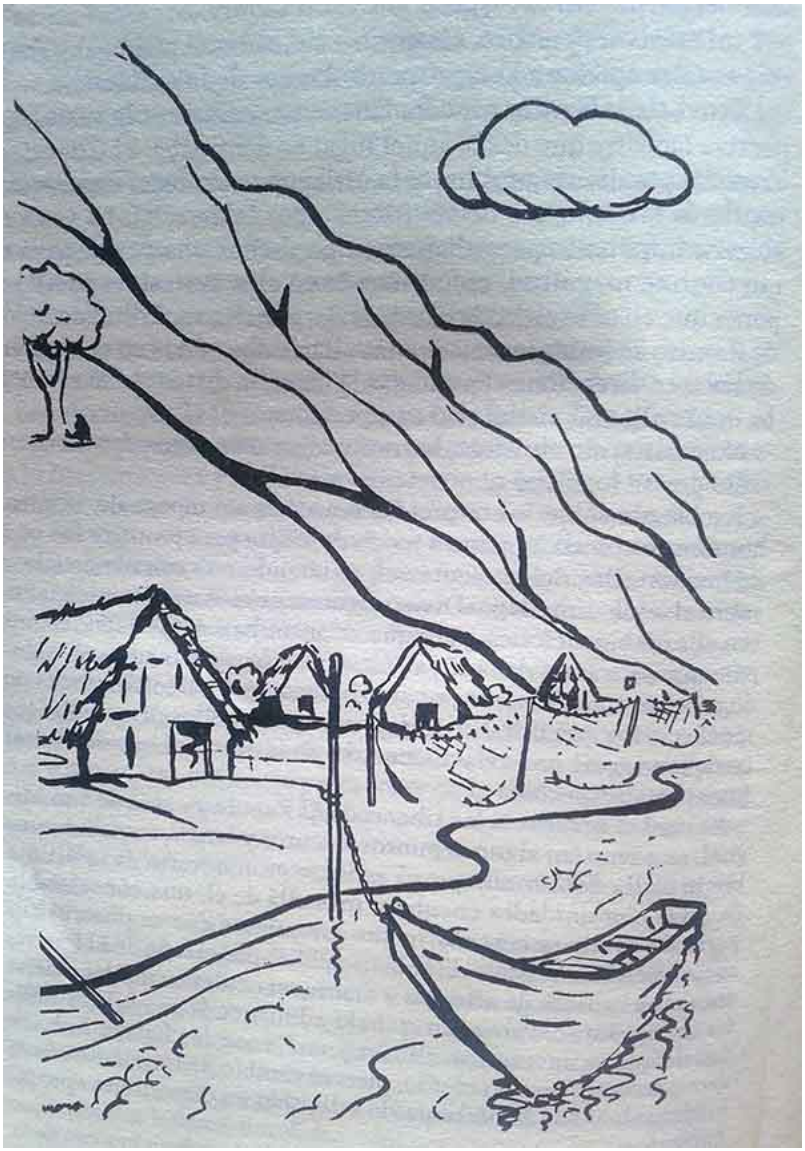
Recostado sobre los retorcidos brazos de un tepeguaje, nuestro hombre se colocó la mano a modo de visera para proteger los ojos de los destellos del naciente sol, tendiendo una mirada acuciosa sobre el anchísimo lago. Divisó algunos puntos negros que pudiesen ser embarcaciones, pero que se antojaban demasiado lejanos para que se tratara de la suya. Y confirmólo plenamente así cuando, al eliminar a los que por sus dimensiones parecían canoas de rancho, a los que llevaban tripulantes y a aquellos otros sobre los cuales se erguía una vela distendida, no le quedó ni uno en el cual fincar una sospecha.

Es verdad que hacia las riberas de El Zapote y cerca de San Miguel, se advertían algunos puntos, oscuros y largos, recostados sobre la orilla del litoral; que el saliente promontorio de la última de estas comunidades encubría, más allá de él, una considerable parte de la ribera cercana; y que los tulares que se observaban

antecediendo a la isleta de la Boca del Río por el lado de El Fuerte, eran muy capaces de albergar y mantener oculta cualquier lancha en su espesura… Pero, aun cuando admitiera la remota posibilidad de que se encontrase allí, sorprendía que la chalupa hubiese derivado tanto en un sentido, pues el cambio de los vientos de la madrugada debió haberla traído y llevado en direcciones contrapuestas.

Si, como él quiso suponer, la *Amanda* fue arrebatada a eso de la medianoche por el lago, tuvo dos o tres horas de *abajeño* que debieron empujarla hacia el oriente. A esto sucedieron otras dos horas de calma, durante las cuales seguramente la hizo derivar en el mismo sentido, pero con más lentitud, la corriente que desagua el lago. Y, a partir de entonces, sin duda se vio forzada a afrontar otras dos o tres horas de encrespado *mexicano*, viento que la empujaría sobre el oeste, en dirección al promontorio de San Miguel o de la casi quimérica isla del Presidio.

Un examen razonado y frío de tales eventualidades parecía sugerir que, no hallándose enfrente, debió verse arrojada, durante las tres primeras horas de navegar al garete, sobre las orillas de El Zapote o los tulares de El Fuerte, donde acaso quedó obstruida o varada de suerte tal que el *mexicano* no la pudo desprender y retornar en sentido inverso.



Seguro de haberlo cavilado bien, Ramiro bajó la ladera a trancos, resuelto a pedirle a don Matías prestada su canoa, para ir a explorar, costeando en dirección a El Zapote. Y como el viejo dormía aún, limitóse a avisarle de pasada a doña Anselma.

Sin embargo, hizo el descubrimiento de que la embarcación del viejo estaba anegada, lo cual le sugirió que durante la noche

probablemente se levantara brisote y merejada. Y, por no demorarse achicándola, fue a pedirle la suya a Encarnación Suárez, el cual se la facilitó de la mejor voluntad.

Sólo usaría los remos. Él era muy resistente en la boga y no acertaba a concebir que la *Amanda* se hubiera alejado mucho.

Y bogó con ansiedad, escrutando minuciosamente las orillas selváticas, sacándole la vuelta a cada recodo y examinando los manchones de tule entre los que pudiera hallarse oculta.

Las cinco canoas que estaban en el varadero de El Zapote eran viejas y deterioradas, sólo en la forma parecidas a la suya.

Y su ansiedad empezó a exaltarse.

Dirigióse, posteriormente, al gabarrón de la draga grande, adonde no tuvo entonces el menor empacho en animar. Y distinguiendo a Teodoro parado sobre uno de los muchos bidones vacíos que sostenían la tubería de descarga a flote, se detuvo interpelándole:

—¿Qué por un casual no vido una canoyita nueva que se soltó?

El aludido precisaba de unos momentos para arribar con su tarda comprensión al fondo de la pregunta. Mas, al fin, repuso:

—Pasan seguido… Pero con gente.

—No. La que le platico se soltó anochi de Las Tortugas; y seguro ha de andar sola.

—Sola no vide ni una.

Ramiro reaccionó con exasperación.

De pronto, ocurriósele una idea. Quizás la había encontrado al garete algún otro navegante, echándole un cabo para llevársela con él a su destino. Así que insistió:

—¿Y no devisó que la llevaran de remolque?

Antes de decidir, el interrogado tuvo que reflexionar de nuevo:

—Tampoco —adujo al fin—. De lo que hace que estoy dispierto, hoy no vide pasar dos juntas.

En el tiempo que llevaba despierto… Pero, acaso era eso tan sólo desde la aurora. Y tal vez su chalana tuviese cinco o seis horas de perdida… Ramiro se acercó más a la draga, para interrogar también al velador de ésta.

Y obtuvo en la pesquisa idénticos resultados.

Invadido por un desaliento prematuro, dirigióse, sin embargo, a los tulares de la Boca del Río. Allí radicaba la mejor de sus

esperanzas. Pero un presentimiento negativo le deprimía el espíritu, llenándole el ánimo de confusión con mil fatídicas sospechas y recelos.

Íbasele clavando ya en el magín el temor de que alguien, que cruzara navegando ante Las Tortugas, hubiese descubierto a la *Amanda* mientras flotaba sola a la deriva, recogiéndola y llevándosela a remolque. Y resultaba fabulosa la empresa de discernir cuál pudo haber sido su punto de arribada.

La diversidad de los vientos reinantes en el lapso transcurrido desde el instante de la pérdida, complicaba tenebrosamente cualquier deducción. Si el encuentro aconteció antes de las cuatro de la madrugada, durante la persistencia del *abajeño*, debería suponer que se trataba de alguno que iba en ruta hacia El Zapote, Cuitzeo, Ocotlán, El Fuerte, Jamay o La Barca, y aun hacia Pajacuarán, San Pedro Caro, La Palma o alguno de los otros numerosos ranchitos ribereños de la Ciénaga michoacana… Pero, si había sucedido después de esa hora, es decir, durante el predominio del *mexicano*, el entremetido pudo ir navegando indistintamente con rumbo hacia cualquiera de las otras treinta o más comunidades de la ribera chapálica, desde Cojumatlán y Palo Alto hasta Jocotepec, pasando por La Embocada, La Estancia de Columba, Tizapán, Mixmaloya, Tuxcueca, La Puerta de San Nicolás, San Luis Soyatlán, Los Corrales y San Pedrito; y desde Jocotepec hasta Santa María la Joya, incluyendo El Chante, San Juan Cosalá, San Antonio, Ajijic, El Manglar, Chapala, San Juan Tecomaxtlán, Tlachichilco, Mezcala, San Pedro Itsicán y La Zapotera, así como otras muchas, más pequeñas, y que resultaría prolijo enumerar…

Quería decir, en suma, que no existiendo manera de precisar la hora a que el intruso recogió la canoa, ésta pudo haber sido llevada a cualquiera de los abundantísimos ranchos ribereños del inmenso lago.

Y, presintiendo la fabulosa cuantía de una búsqueda semejante, por vez primera en su vida se percató Ramiro de la enorme dimensión del Chapala. Se trataba de un litoral de más de trescientos kilómetros, cuyo recorrido a pie o navegando a vela implicaría una empresa de casi un mes de peregrinar. Y, aunque para su estimación del tiempo y para los ilimitados recursos de su estoica resistencia física resultara tolerable y lo hubiera aceptado

sin titubear antes de resignarse con la pérdida de su primorosa chalana, faltábale aún establecer si las intenciones del que se la llevó eran de protegerla y entregársela a su dueño así que fuese reclamada o las menos honestas y mucho más temibles, de ocultarla para quedarse con ella.

Atormentado por tales consideraciones arribó al tular.

Tampoco obtuvo de su examen ningún provecho.

¡La *Amanda* estaba categóricamente perdida!

Por lo demás, la mañana iba avanzando, y él tenía que retornar a Las Tortugas para entregarle a Encarnación su chalana.

Antes, sin embargo, y desafiando el riesgo de incurrir en su disgusto, atrevióse a llegar de una escapada a la isleta de Boca del Río, para encarecerles a sus parientes que estuvieran muy al tanto de su posible paso canal adentro.

II

CUANDO Ramiro regresó a Las Tortugas lucía bien alto el sol.

Encarnación lo esperaba impaciente. Pero, viendo su consternación, no quisó reprocharle la tardanza. Lejos de ello, aun se sintió obligado a demorar su partida para asistirle en el amargo trance con algunas opiniones y consejos inspirados en la razón incontrovertible de la experiencia.

Como los otros adultos de la comunidad, él opinaba que era imposible que la chalana hubiese desaparecido en tan poco tiempo y por sí sola, de la parte del perímetro del lago que podía abarcarse desde Las Tortugas a la simple vista. Por fuerte que fuera el viento y por muy favorables que marchasen las corrientes a su ruta, una canoa de aquel tipo, desarbolada y al garete, no se hubiera alejado más de dos millas en cinco horas… Quedaban, pues, dos únicas hipótesis razonables para explicarse tan inusitada desaparición: una de ellas que, suelta y a la deriva, el revuelto oleaje de la madrugada la hubiera anegado y hundido, cosa que la sobreestimación de Ramiro se negaba a reconocer como posible; y la otra, aquella cada vez más sólida sospecha de éste, relativa a que, alguno que iba de paso, la recogiese y remolcara.

Por más que se obstinaba en darle una oportunidad equivalente a ambas teorías, lo cierto es que dentro del ánimo del muchacho el dilema estaba resuelto. Su condición recelosa, escamada por las dificultades previas, conducíale a una furiosa certidumbre de que, si la canoa se esfumó de tan extraña manera, ello debíase a la intervención de alguien que se la llevó con él. Faltábale tan sólo dilucidar si promovía ese acto la generosa intención de protegerla o la aviesa y procaz de cometer un hurto.

Sin embargo, y aun cuando ya no pudiera pensar en otros términos, estimulado por los amables consejos, diole entrada a una

magra esperanza de encontrarla hacia el poniente. Y se dispuso a explorar en su busca hasta la comunidad de Santa María la Joya.

Matías Doblado pugnaba por llevárselo consigo, asegurándole que, de paso hacia las riberas de El Fuerte, donde tenía fondeada su *rede mangueadora*, escrutarían otra vez las orillas del tular.

Pero nuestro hombre lo interpretó como una gentil disculpa para eludir el compromiso tácito, a que le forzaba la amistad, de asistirle en una búsqueda fructífera facilitándole su chalana. Y prefirió quedarse y costear a pie la otra parte de la ribera.

Eran muchas ya las personas que se habían reunido en torno suyo, ansiosas de prestarle aliento y consejo. Y a no estar tan atribulado por la misteriosa desaparición de la *Amanda*, hubiérase sentido lastimar por la desconsiderada ausencia de Hermelinda. En buena lid, la joven debió sobreponer su amable participación en la pena que le aquejaba a los banales prejuicios de su conflicto amoroso, acudiendo, con los demás, para hacerla manifiesta.

Sin embargo, pronto pudo comprobar que ella no era del todo ajena a su drama, pues un chiquillo le trajo, de su parte, un escapulario de San Antonio, a fin de que se lo colgase del cuello para que el santo le ayudara en la pesquisa.

Él aceptó conmovido, aunque con escasa fe, la ofrenda.

Por lo demás, no fue éste el único abogado espiritual que había de asistirle en su atormentada empresa. Faltas de una ciencia más sólida para brindarle ayuda, las compadecidas mujeres de la comunidad ofrecíanle, con machacona insistencia, los mil recursos de su ingenua superchería, poniéndole bajo el patrocinio de los santos milagreros más adecuados a las circunstancias. Una de ellas le recomendó muy efusivamente que le ofreciese al ánima de *Juan Minero*, que sólo Dios puede saber qué pito tendría que tocar en aquel asunto, quemar en su honor y a las puertas de su casa un montoncito de ocote si lograba que diese con su canoa. Otra terció aclarando que, puesto a ofrecer quemas de ocote, lo indicado sería que le prometiera una hoguerita a San Pascual Bailón, lo cual debía llevarse a cabo en el centro del cruce de dos veredas y danzando en torno a la lumbrada. Con ello, el venerable santo no había de escatimar esfuerzo alguno para iluminarle en la investigación, restituyéndole la prenda perdida. Una más, se expresó en forma irreverente de las facultades del referido señor, y puso o prometió

poner su mano al fuego por las de San Cirilo o San Cirilito Pelón, que no necesitaba de piras de ninguna especie, y que en gracia a su proverbial y chabacano espíritu de contradicción hallábase perennemente listo a burlar los deseos de cualquier peticionario haciendo que las cosas saliesen siempre al revés de como le fueron solicitadas. Le bastaría a Ramiro con imprecarle: «San Cirilito Pelón, te pido que no güelva a incontrar en jamás mi canoyita», para que el pícaro santo se diera prisa a promover su hallazgo.

Como tan sólo se trataba de invocar y prometer, y ninguna providencia salía sobrando, Ramiro aceptó, no de mucho corazón, las recomendaciones de todas ellas, añadiendo de su cosecha y de acuerdo con su particular devoción, la promesa de llevarle un retablo en agradecimiento al Santo Señor de la Misericordia, si le ayudaba. Y hasta hubo de prestarse a que Anselmita, la muchacha mayor de don Matías, llevara a cabo un ritual tan sencillo como probadamente efectivo, y el cual vino consistiendo en liarle al joven a la cintura, sobre su faja colorada de lana, un mecate en el cual se habían practicado tres nudos muy fuertes, y mientras los dos a un tiempo conjuraban la preciosísima asistencia de San Cucufato de esta devota y candorosa manera:

“Santo Cucufato,
si no la encuentro
no te desato…”

En el entendido de que, siendo el tal bendito señor enemigo irreconciliable de los nudos, apresuraríase a asesorarle en el hallazgo de la canoa, para ver aquellos tres rápidamente deshechos.

Asistido por tantas y tan poderosas figuras de la milagrería, sin ocuparse siquiera de desayunar y haciendo a un lado a los chiquillos que le asediaban queriéndole referir diversas y fantásticas versiones sobre el paradero de su chalana, nuestro hombre emprendió el camino hacia Santa María la Joya, siguiendo una veredita mal trazada en el pedregal áspero por toda la margen del lago.

De Las Tortugas a San Miguel, el canto rodado se desparrama formando un festón casi uniforme donde no existen vegetaciones, repliegues ni salientes.

En San Miguel el paisaje cambia un poco. El follaje y los canalizos para el bombeo de agua rompen la continuidad del litoral y lo seccionan de sombras. Apenas si puede considerarse una ranchería: Lo que debiera ser el poblado, compónese de tres chocitas de paja pertenecientes a una misma familia. Y sus moradores vigilan las minas del chalet vacío, que exhibe su marchita gallardía en la parte más elevada del promontorio.

Ese chalet, el cual domina una perspectiva a la que casi no escapa uno solo de los puntos más lejanos del amable mar chapálico, tiene su historia. Es una historia conmovedoramente sencilla; pero trágica. La quinta fue amplia, fulgente y bien acondicionada, ceñida por corredores abiertos a todos los vientos y auxiliada por corrales para la cría de animales domésticos en su parte posterior. Estuvo provista de agua y de luz mediante un motor y una bomba que instalaron a la orilla del lago. Y por la ladera frontal del promontorio se cultivó un jardín, tendiéronse unas oscilantes escaleras de losa para vencer su rápido declive y se le acondicionaron unos frescos merenderos a la sombra dé exuberantes bugambilias vernáculas y de exóticas palmas que aún perduran enhiestas. Y en la orla laborable del pie donde la tierra fértil que los deslaves bajan del cerro y la humedad del pedregal orillero se fecundan, plantáronle una huerta dé verdes mangos y de aromáticos guayabos que prevalece frondosa.

Levantóla un viejo matrimonio norteamericano, el cual pareció encontrar en esa bucólica y tranquila soledad un escenario adecuado a su misogismo. Su comunicación con la humanidad restante hacíanla por Ocotlán, adonde acudían dos veces al mes en su bote de motor, para recoger la correspondencia y proveerse de víveres.

El viejo se ahogó en el lago una mañana, mientras pescaba frente al chalet, hace de esto quince años. Y la anciana le sobrevivió, estoica y aferrada a sus recuerdos y a San Miguel, durante otros once años, en los que llegó a hacerse famosa su pintoresca figura, alta y seca, vestida siempre varonilmente y paseando un preventivo pistolón sobre su desplomado vientre de setentona.

Al fallecer ella, sus restos fueron sepultados allí, junto a los de su marido; y sus pertenencias quedaron sin dueño.

El abandono, la incuria, los visitantes, las tempestades y los vientos despojaron al chalet de sus objetos de valor, arrancáronle los cristales, le desgajaron las puertas y han ido agrietando sus cimientos y paredes hasta desplomar una parte de los techos. Hoy sólo subsiste el cascarón, tentando con su engañosa figura las ambiciones de otro fugitivo de la civilización que aspire a acogerse al amparo de su soledad, encantada por los fantasmas de esos dramáticos recuerdos.

Al llegar Ramiro a los jacales que antecedían a las ruinas de la quinta, después de más de una hora de camino, se acercó al grupo que arrastraba una red sobre la orilla.

Componíanlo un adulto y cuatro muchachos de diferentes edades. Y estaban tan absortos en la maniobra, que ni siquiera se percataron de su presencia. De modo que el amable y rendido saludo del joven, sombrero en mano, los sorprendió:

—Güenos días, don Atilano.

—Güenos días, amigo.

—Güenos días —repitieron, casi al unísono, los cuatro mozalbetes que acompañaban al pescador.

—¿Cómo han estado?

—Bien, gracias… ¿Y por allá?

—También pasándola, con el favor de Dios.

Hubo una pausa cortés. Ni Ramiro quería aparecer demasiado apremiante con su problema, ni don Atilano y los suyos excesivamente urgidos en averiguar las razones de su visita. Por fin, preguntóle el viejo:

—¿Qué le trai por su casa?

—Ando buscando una canoyita que se me extravió.

El viejo fue aflojando un tanto la tensión de la red, demostrando así que el tema le interesaba. Después, se incorporó unos instantes, para meditarlo:

—¿De'onde mero se le extravió?

—Del rancho de Las Tortugas… Es una canoyita nuevecita que acababa de comprar. ¿No la vido por aquí?

—¿Cómo jue que se le soltó?

—Anochi, precísimamente…, con el aironazo.

El hombre lo volvió a pensar. Y, al cabo, vino a resolver:

—Pos, no; no vide nada… Y no era tiempo pa' que, si dio pa'

este lado, 'biera alcanzado a ganar mucho más alejos.

La incierta chispita de ilusión que la ansiedad hacía brillar en los ojos verdosos de Ramiro Fortuna, se disipó. Su voz, desplomada por el desaliento, sonaba en otro tono al insistir:

—¿Y no le tocó mirar que la llevaran remolcando?

—¿Era chica o de rancho?

—Era chica.

—Pos no. L'único que vide pasar hoy amaneciendo jue una de rancho, que quien quita y no la llevara pegada por l'otra banda, pero que, por la traza, iba de vacío y
pa'Mezcala
.

—¿De modo que no estará en Santa María?

El viejo volvió a reconcentrarse para pensarlo, consultando a los que debían ser sus hijos con una mirada inquisitiva. Y viendo en la actitud de ellos la tácita confirmación de su juicio, dejóle ir tranquilo y seguro:

—En tan poquito tiempo no es de creerse…

Ramiro compartía en considerable grado esa opinión. Pero no podía colgar del aire sus esperanzas. Además, no era su propósito dejarse conducir por indicaciones ajenas, ya que en su criterio seguía apareciendo como lo más probable que hubiera sido el hurto la vandálica intención que hizo que, los que debieron recogerla, se llevaran con ellos la canoa sin siquiera investigar en las cercanías del lugar del hallazgo la identidad de su legítimo dueño.

De modo que resolvió:

—No li aunque… Voy a seguir buscando pa' hacia allá.

—¿Pa'Santa María la Joya?

—¿Pa' onde más?… Por el lado de Los Guajes ya busqué.

—Ande, pues… Y que la incuentre.

—Gracias… Ai les incargo, 'onde la devisen.

—No pase cuidado… Vaya con Dios.

—Adiós —corearon los muchachos.

Ellos prosiguieron en su faena, y Ramiro se desvió de la orilla, brincando unas cercas de piedra hacia la huerta del chalet. Érale preciso convencerse de que la perdida *Amanda* no había sido escondida en el canalizo de la bomba, ni a la sombra encubridora de los copudos mangos que se descolgaban hasta la margen misma.

En lo alto de su atalaya, las ruinosas puertas de la quinta riéronse sarcásticas de la inutilidad de sus pesquisas. Ni estaba allí la canoa ni existía rastro alguno capaz de delatar la maniobra con que la hubiesen subido a tierra para ocultarla. Y ello, y la información que le aportó don Atilano, ensombrecían más aún el ya negro horizonte de sus esperanzas.

El sol, cayendo a plomo desde el cenit, martirizábale en su peregrinación. Y el hambre empezaba a gruñirle dentro del estómago.

Desde San Miguel al atracadero de Santa María la Joya, la playa aluvial es menos ancha, pero mucho más uniforme. Y basta con doblar el promontorio para que se divise cualquier objeto del tamaño de una canoa repechado en sus orillas.

Pero San Cucufato no tenía prisa mayor en que se desataran los malditos nudos; San Cirilito se había vuelto complaciente con sus peticionarios, San Pascual Bailón debía hallarse congestionado por el humo de tantas hogueras con danzas; y el ánima de *Juan Minero*, cansada de andarse metiendo en lo que no le incumbía, quizás se compró una hamaca y dormitaba la modorra meridiana a la sombra dé los sauces…

Ante la propia jacalada de Santa María la Joya, que asoma sus humildes estructuras de tule y zacatón por bajo la espesa fronda de otra huerta de mangas, la caleta se llena de accidentes. Pero, ya desde allí, adivinábase en ella, por sus trazos negruzcos, la presencia de dos canoas que reposaban de la fatiga de sus travesías medio ocultas entre los manchones del mangle y del lirio.

No era empresa fácil trasponer ese tramo. Los cerros caían sobre el lago casi directamente, y la vereda, constreñida sobre una faja aluvial demasiado angosta, estaba muy poco transitada, volviéndose con ello abrupta y falsa de piso. De cuando en cuando, arañábanla con sus petrificados aguijones las zarzas del huizache y del mezquitillo, o la interceptaban los peñascos graníticos que las tormentas del reciente estío desgajasen de las laderas de los cerros para atormentar con su obstrucción la caminata de Ramiro.

Éste tardó dos horas en arribar al poblado. Y como ninguna de las chalupas que ante él había fuese la *Amanda*, se acercó al chocerío para inquirir con sus habitantes alguna noticia que pudiera servirle de orientación.

Los cincuenta y tantos perros, grandes y chicos, blancos y negros, lanudos y pelones, chatos y talachudos de la reducida comunidad, saliéronle al encuentro ladrando desaforadamente. Sin cohibirse por tan desagradable acogida ni prestarles excesiva atención se dirigió hacia el primero de los jacales en busca de algún *cristiano*.

El rancho es ampliamente conocido en toda la ribera chapálica porque alberga un afamado conjunto de *mariaches* que suele amenizar las fiestas y solemnidades de los diferentes pueblos que descansan sobre ella con sus *valses* y sus *sones*. No tiene más que nueve habitaciones que corresponden a otros tantos músicos a la par que cabezas de familia. Cada uno tañe un instrumento diferente, y entre los nueve forman un grupo medio trashumante, medio sedentario, cuyos ejecutantes son a la vez que *mariaches*, campesinos y pescadores. En realidad, su considerable prestigio como músicos ha ido venciendo su devoción a las ocupaciones tradicionales, y retirándolos poco a poco de las faenas con el arado y la red.

Esa tarde, todos los hombres andaban en Mezcala, dándole lustre y ruido a aquella fiesta de matrimonio, cuyos ceremoniales duraban hasta tres días con sus correspondientes noches. En Santa María hallábanse únicamente sus mujeres y sus hijos. Y Ramiro tuvo que entenderse con una de las primeras.

Despojándose cortésmente del sombrero al acercarse a la choza, gritó, advirtiendo su presencia, pues no parecía ser suficiente al concienzudo escándalo que con motivo de su aparición armaban los enfurecidos canes:

—Güenos días.

Una mujer despeinada, cubierta con un vestido que, por lo suelto y desgarbado más parecía camisón, y rodeada de tres chiquillos, de los cuales dos venían enteramente desnudos y el mayorcito con una camiseta sucia y desgarrada cuyos faldones le alcanzaban a cubrir apenas el caracol del ombligo, se asomó al umbral. Y repuso desde allí:

—Muy buenos.

Advirtiendo, después, que los perros no dejaban adelantar al forastero, agachóse para tomar una piedra y ahuyentarlos, ayudándose con algunas interjecciones conminativas:

—¡'Ámonos, *Capitán!*… *¡Barcino!*… *¡Tigre!*…

Con lo cual algunos de los componentes de aquella frenética jauría se dispersaron. Y ya Ramiro pudo acercarse un poco menos obstruccionado por su ruidosa hostilidad.

—¿Qué anda haciendo por aquí? —preguntóle la mujer amablemente.

—Ando precurando una canoyita que se me soltó anochi de Las Tortugas y ganó pa' estos rumbos… ¿Qué por un casual no la vido?

—¿De Las Tortugas?

—Sí. Se me soltó de la orilla… Tanteo que a la mejor se la topó algún *cristiano* que pasaba con otra, y l'alzó pa' que no se juera a perjudicar. Es una canoyita nueva, muy marina…

La mujer no necesitaba pensarlo gran cosa. En seguida dijo:

—Pos, no… Dende l'amanecer m'estoy asomando a ver si deviso a los viejos, que andan tocando en Mezcala dende antier tempranito, y ya era
l'hora
que vinieran de regreso… Y no vide pasar a naiden.

Aunque ya tenía prevista Ramiro tan desalentadora contestación, no por ello dejó de impresionarle. Y hubo de convenir en que regresaría a Las Tortugas tan falto de indicios como salió.

Las otras vecinas de Santa María confirmaron la aseveración de la primera. Si bien los chiquillos debieron compadecerse de él, o sentían una arrebatada necesidad de dar pábulo a los engendros de su fantasía, porque empezaron en seguida a urdir mil embustes contradictorios, que a otro que conociera menos que Ramiro esa singular manía, lo hubiesen desorientado. Uno aseguró que pudo ver cuando pasaba navegando a vela cierta misteriosa lancha sin tripulante alguno. Otro, que el día anterior tocóle presenciar la extracción dé los tablones pertenecientes a una chalana *rompida por la mera mitá, como si caído un rayo*
le'biese
. Un tercero, que había observado cuando se le cruzaba en la ruta, flotando al garete, al bote *El Buscabullas*, y que fue éste quien la embistió, pasándola por ojo y partiéndola en dos pedazos… Pero, como todo ello estaba muy mal explicado, y ni el tiempo en que cada uno de estos extraordinarios casos aconteciese ni las características de las canoas ni nada en absoluto coincidía con los

auténticos pormenores de la pérdida, hubo que desecharlos como producto truculento de alucinadas imaginaciones infantiles.

Diéronle unos huevos crudos para comer. Y, ya anocheciendo, emprendió el retorno a Las Tortugas, presa de gran congoja por el misérrimo fruto de sus pesquisas, pero sostenido ahora por una esperanza pusilánime de que, durante su ausencia de la ranchería nativa, hubiera llegado alguna noticia del paradero de la *Amanda* a ésta, y le fuese dado encontrar casi resuelto su problema.

Por lo demás, la noche y la caminata fustigaron a su cacumen con mil vehementes y tenebrosas sospechas en torno a la posible intervención de siniestros poderes de hechicería en la pérdida que le llenaba de zozobra, agravando así su terrible confusión y acrecentando el número de los probables elementos adversos a la empresa.

¡Podían haber sucedido tantas cosas!… ¡Y era tan difícil llevar a cabo una investigación efectiva mientras no poseyese siquiera un indicio!…

Los aullidos de los coyotes que poblaban los cerros, dábanle un adecuado fondo musical, con sus tonos desgarrados y lúgubres, al incisivo sobresalto de sus amarguras.

Y le empezaba a parecer como que la existencia de su graciosa y nueva canoa hubiera sido, tan sólo, un grato ensueño infantil, que compartieron los demás, y que no logró sobrevivir al realismo aflictivo y descamado de la luz del día.

III

DURANTE las primeras horas de la mañana siguiente, Matías Doblado le prestó su embarcación para que explorase el lago en busca de la perdida chalana.

Pero lo acompañó en la empresa.

—Yo bien quisiera no tener que mortificarte más —le dijo, en tanto que escrutaban el fondo turbio de la caleta—; pero nues la primera canoyita que se desparece como cosa de almiración… Y no precísimamente porque se haiga ido a pique… Todués que se suelten, porque nunca ha de faltar una gente baquetona y sinvergüenza que se la jalle, le cuadre y l'haga perdediza, desaquerenciándola de por estos rumbos, pintándola y arrieglándola de modo y pa' fin de que ni su dueño legal la reconozca.

Bien lo sabía Ramiro. Era una probabilidad de resultas de la cual el temor le estrangulaba el ánimo. Pero juzgando, muy atinadamente, que nada hubiese logrado con hacer su congoja manifiesta inyectándole patetismo con blasfemias, maldiciones y exabruptos, optó por exhibirse estoico y permanecer callado.

Mantuviéronse explorando la primera parte de la rada contigua al embarcadero muy poco tiempo. La impotencia los rindió en seguida. La opacidad del agua zarca del lago no les permitía penetrar con la mirada hasta el fondo cuando éste era más profundo de una braza. Y si acaso estuviera sumergida, jamás habrían llegado a localizarla de esa manera. Por otra parte, orientábalos una consideración bastante lógica del viejo. De hallarse la chalana hundida, las tablas sueltas del panel se habrían desprendido, subiendo a flote. Y como no se veían por ningún lado tales despojos, ello redundaba en una buena constancia de que la *Amanda* no se había ido a pique.

—¡Ni que juera uno pichiche pa' andar zambullendo ca'tres

pasitos daría con ella nel fondo
d'esta
méndiga laguna tan escura!… —acabó por exclamar el afable don Matías.

Y no mucho después abandonaron la búsqueda por estéril.

Entonces, la ya consistente opinión del robo quedó por definitiva. Podía ser que la lancha se hubiera soltado sola. Mas, para aquel entonces, no estaba perdida, sino plagiada. Alguien, en alguna de las pequeñas ensenadas que albergan los mil pueblecitos y rancherías de la ribera y de las islas, la recogió y venía manteniéndola ladinamente oculta.

Don Matías convino en ello y le recomendó:

—Vale más que hagas memoria, a ver si te alcuerdas de alguno que le trujera puesta la puntería.

Ramiro vino a caer en una profunda reflexión. Él no contabacon otro enemigo aparente que Atenógenes. Y se le ocurrió preguntarle al viejo:

—¿Qué, por un casual, no estuvo antier en la tarde en Las Tortugas ese señor Tenógenes Güereña, de
pa'Poncitlán
?

El viejo pudo reaccionar rápidamente. Lo miraba con cierta expresión bondadosa, comprensiva… Y, a su vez, inquirió:

—¿El que te anda poniendo la zancadilla con *la Güereja* de mi compadre Sixto Delgadillo?

—Sí —admitió Ramiro, de no muy buena gana—. Su pariente
d'ellos
.

Don Matías tuvo que cavilar unos momentos, mostrándose indeciso sobre si debía inferirle el daño de confesarlo… Al cabo, admitió, como quien se doblega a una fatalidad que le repugna.

—¡Pa' qué más que la verdá!… Apenitas si se acababa
d'ir
cuando ibas llegando tú.

—Lo devisé por la vereda del cerro, arribita del resliz. Me latió que él mesmo era… —aseguróle el muchacho, acumulando nuevos sobresaltos en su amargura.

—¿No irás a pensar que se arrendó pa' llevarse a lomo tu

canoyita?

Ramiro permaneció silencioso irnos instantes. Observaba, aparentemente absorto, el fondo misterioso e inalcanzable del agua. Por supuesto que tal conclusión parecía inverosímil, pues su chalana no pesaba ninguna bicoca para que el hombre se la echase a cuestas y se marchara con ella cerro arriba. Mas, recordando las contundentes afirmaciones de *la Rorra* con relación a los poderes sobrenaturales que asistían a su rival, no debiera sentirse muy seguro de que las facultades del brujo que lo asesoraba no fueran lo suficiente poderosas para volver *perdediza* una embarcación… Acaso estuviese metida de por medio en su desgracia la mano satánica de ciertos elementos de hechicería que no debió él olvidar, y que bien pudiesen explicar hasta lo más incomprensible. Porque las circunstancias en que la *Amanda* desapareció ya tenían en sí bastante de misteriosas.

No quiso confesárselo, sin embargo, a don Matías. Cohibíale el temor de que éste juzgara precipitadamente a su superchería burlándose de ella. Le explicó, por distraer la notoria ansiedad con que el viejo lo contemplaba:

—Pudo 'berse arrendado pa' jondiármela llenándola de piedras.

Su interlocutor tuvo un extraño y breve sobresalto, para luego encogerse de hombros y opinar:

—Pudo… Pero no le jallo la razón. Y no cualesquiera se arriesga a hacer una mala aición comuesa.

—Hay otro —consideraba Ramiro, deslumbrado por una súbita y afortunada ocurrencia— que, a la mejor,
jue'l
que vino y se la llevó.

—¿Te la peleaba? —interrogóle, ansioso, su acompañante.

—No… Pero quién quita y no se haiga rajado de un arrieglo que tuvimos y se haiga dejado venir por ella. Es *el Casquillo* grande, que jue quien me la hizo. Él no me la quería entriegar porque le pagué a su hijo lo que le salía debiendo tantito antes de que lo mataran. Luego le presenté testigos, y me dijo: «Anda, llévatela, pues. Pero asina comuestá, porque yo ando ocupado y, por derecho, no te la termino…». Y, a la mejor, luego
s'hizo
atrás y se dejó venir por ella.

—Pos, si es asina —indicóle Matías, casi gozoso— tienes qu'ir cuanto primero a Ocotlán pa' viriguarlo… No sea que la tenga alzada allí y nomás andemos haciéndonos tarugos.

—Pue' que tenga razón —convino el joven, confortado por aquella nueva esperanza.

—Mira —le advirtió don Matías—, no te empriesto mi canoa porque la ocupo pa' salir a atender unas nasas que dejé jondiadas por este lado de acá del Pantano. Pero ai tú verás si te dejo de pasadita en la Boca del Río, y d'allí te vas caminando pa' Ocotlán. To'avía es güen tiempo pa'
qu'estés
allá con el sol alto.

—Manque llegue escurecido… Vamos —resolvió él.

—Deja, nomás, recoger mi ple; porque aluego se me hace nochi y está pegando duro el friyito
pa'l
Pantano.

Atracaron, pues, a la orilla, para que el viejo fuese por la cobija. Y así que regresó, izaron la vela. Y, aprovechando los primeros y débiles soplos del céfiro de la tarde, lanzáronse hacia la Boca del Río. Iba Ramiro embelesado, llevando en su ánimo el estímulo de una nueva esperanza ilusionada. Reprochábase lo poco ingenioso que fue al no pensar, antes de entonces, que *el Casquillo* viejo pudo muy bien haberse enterado de que le quedaba debiendo aquellos cuarenta pesos que intentó él ignorar, con lo que acudiría sigilosamente en la noche, a fin de recoger y llevarse su canoa para forzar ese pago.

De ser así, todo se reducía a reconocer el adeudo, a efectuar otros dos viajes con Lodegario para cubrirle; y la llorada barca volvería a ser suya.

A fuerza de cernerlo y traspalearlo en su meollo, acabó reputándolo por evidente, hasta llegar a sentirse tranquilo.

De suerte que, mientras realizaban el breve viaje, Matías Doblado, prendido de la escota y de la caña del timón, encontró buena oportunidad de distraerse conversando de algo que, al parecer, lo tenía bastante mortificado:

—Y'andan de güelta haciendo quemazón con los chinchorros los ispetores del Supremo Gobierno —le dijo—. Quemaron tres pa' San

Pedro Chiclán y dizque otros
pa'La
Palma… ¿A mí que me hacen? No tengo chinchorro… Pero les alzo pelo por los tumbos y por la atarraya de manta de cielo que ocupo
pa'l
charal, porque ya puestos a hacer el mal quién sabe si también con ellos den en prender lumbrada.

—¿Y por qué, pues, los queman? —indagó Ramiro.

—Dizque los tienen prohibidos porque están acabando con el pescado. Alegan que los chinchorros sacan por parejo, con todo y la cría, y que con el tiempo no va a quedar, asegún eso, raza en la laguna… ¡Bien se mira que no han salido a pescar como uno, pa' que
s'imaginen
que se va a desparecer tan semejante cantidá de pescado como la que hay en ella!

—Con razón me preguntaron en la capitanía de puerto que con qué *rede* iba a pescar —consideró Ramiro, reflexivo. Y añadió—: Yo les dije: «Pos, por'hora, con las uñas y la ayuda de Dios»…

—T'estaban tantiando. Ellos meros son los que vienen haciendo el daño… En el Presidio ya les andaba l'año pasado con los tecos. Tuvieron que cargar los federales, porque los de allí estaban armados y se les pusieron al punto… Y pa' que veas, nomás, cómo son las cosas: aluego de eso que van cayendo en Mezcala dos endividos que dizque eran pasiantes o cazadores; y los de Mezcala, qu'estaban nomás al alba, ventiando a los ispetores, que los miran con botas altas y sombrero de ese que le dicen tejano y, ¡home, ¿pos no los confunden?!… Pa' pronto los dañaron. A uno
d'ellos
le atinaron un tiro en un brazo y al otro en
l'haldilla
… Y a la mera hora va resultando que ni eran los de los chinchorros.

—¡No han de 'ber sabido ni de pa' onde les aventaban los balazos! —consideró Ramiro, más ilusionado que compadecido.

—Seguro, no. Pero 'hora los de la comunidá andan con el pendiente, nomás esperando que se les dejen ir los federales y aprevenidos que hasta pa' ir a hacer del cuerpo cargan su rifle…

Están como aquel señor de San Pedrito, muy viejano, pero todavía muy atravesado. Debía algunos matados, y ca' qu'iba a la milpa llevaba su morral de ixte bajuel brazo, y en él, en vez de que tortillas pa'l lonchi, hasta mediado de tiros y una pistola. Que un día le cain unos que lo andaban ispiando porque traiban encargo de un enemigo del señor pa' matarlo; y que pa' tantiar si andaba desaprevenido, que le preguntan: «Por ai nos platicaron que usté tiene a la venta una pistolita…». Él no se los dejó llegar. Luego luego les contestó: «Vieran que no, muchachos. Ocupo to'as las que tengo porque no han de faltar cabrones que seguido l'andan buscando a uno la mala voluntá. Ésta que cargo aquí —y les inseñó la del morral— ya tiene de menos treinta años conmigo. Y como está, pos, viejita, por si me llega a hacer quedar mal aquí, n'el ceñidor, pa'l cuadril derecho, cargo esta otra, que no la tengo entoavía muy bien calada. Pero no las quiero vender… Anque la mera verdá que pa' quitarles lo jijos a cualesquier par de enfelices como ustedes dos, con este cuchillito que miran aquí tanteo qu'era suficiente»… Y les va inseñando chico tranchetote que cargaba también por adientro de la pretina.

—¿Y se le cuartiaron?

—¡De tarugos no!… ¡Era maloso ese señor! De menos debe unas diez muertes. Pero, a la buena, como Dios manda… Y no porque ya esté viejito vayas a pensar que se le quita lo malhora.

To'avía
no va
pa'l
año que supe
qu'él
y otro sujeto, ni tan mejor,
s'agarraron
a plomazos
n'el
mero pantión del rancho. Y, manque le tiemble el pulso, 'onde no se aparecen las viejas de metiches, allí se lo echa…

—Los de la Defensa de El Fuerte decomisaron una izquierda muy chula la semana pasada, y la andaban ofertando de proporción en Ocotlán —comentó Ramiro, saliéndose un tanto del tema.

Matías no estaba dispuesto a confesar que si él no contaba con

arma de fuego era por no haber tenido hasta entonces el dinero sobrante preciso para adquirirla. De modo que explicó, despectivo:

—A lo que yo le tiro es, en grado caso, a una escopeta pa' cazar con tamanda, anque no sirva pa' ultimar un cristiano. Las pistolas no son buenas pa’ otra cosa que pa' meterlo a uno en compromisos, porque a l'hora que la ocupas pa’ defenderte, se te olvida 'onde la pusites, y ni tan siquiera la jallas… Alcuérdate de aquel señor de Jamay que nos platicaron. Como tenía sus malquerencias, ca' que venía pa’ Ocotlán a traficar en el mercado su hortaliza, se amachaba en cargar pistola, porque hacía el camino to'avía escurito. Su vieja, que andaba con él y no lo quería de pleito, le quitaba los tiros y la pistola y se los fajaba ella mesma por dientro de las naguas, pa' que no dijieran qu’él andaba nomás de fachendoso, presumiéndolos. Pos, home, ¿no lo agarran una mañana a balazos de pa'l ladito del cerro los que lo traiban alvertido?… Y que en la apuración se tira del caballo, y ai'stá jaloniando a la canija vieja pa' que le empriestara el cuete. La indina vieja quién sabe
hasta’onde
se
lo’bía
fajado, porque el señor tuvo que rasgarle todititas las garras hasta encuerarla de a tiro. Y, cuando ya mero
l’iba
llegando a la pistola, que le atinan un balazo en la cabeza; y con él tuvo… Lo que ganó jue que los rivales que lo mataron, bajaran por la pistola y se les antojara la vieja de mirarla desnuda. Y todo pasó, hasta se burlaron de pilón de ella.

—Andaba muy mal aprevenido asina —filosofó Ramiro.

—Yo digo que las armas ni pa’ la polecía son güeñas —consideró Matías, estableciendo, sin darse cuenta, una formidable verdad—. Nomás que en veces lo train a uno de amenazado, y no queda otra que cargarlas. No vaiga a ser, tampoco, como le pasó a mi compadre Calixto González. Tuvo qu'ir a Poncitlán porque lo mandaban citar pa' un negocio de un burro que dizque se 'bían robado y ya lo andaban enculpando, y como les temía a unas gentes de por allá que traiban con él un sentimiento y no cargaba arma pa' defenderse en grado caso, se puso a hacerle aprecio a aquella señora muy mentada, doña Petronila, que va pa' diez años que murió, y

que la hacía tantito de bruja en el pueblo de Cuitzeo. Cuando se topó a sus enemigos a la salida de Poncitlán y vido que se dejaban venir
sobr'él
con los machetes cañeros, en vez de
que'biera
juyido, que se queda aparado en el lugar
qu'estaba
y se pone a rezar esa oración
qu'es
como conjuro, y que dizque bien rezada, paraliza allí mesmo al que lo viene a agredir a uno. Esa que va:

"Con dos te mido;
con tres te ato;
la sangre te bebo
y el corazón te parto.
¡Cristo valerme
y darme paso!…"

Lo que le dieron jue una entrada de machetazos que, a la fecha, es la hora en que le falta su brazo izquierdo y se le ve semejante charrascazo en el cachete del mesmo lado…

Y, por este tenor, continuaron platicando mientras duró la travesía.

IV

ANTES de que empezara a declinar la tarde llegaron a Boca del Río.

Despidióse Ramiro del viejo agradeciéndole su generosa ayuda. Y emprendió la marcha hacia Ocotlán, a campo traviesa por los potreros que caen a esa ribera.

Cortando camino así, la pequeña ciudad queda cercana. Y no tardó mucho en llegar a ella. Por añadidura, el barrio de *El Pujido* o San Andrés, donde tiene *el Casquillo* su casa y sus astilleros, es precisamente el primero hacia ese lado.

Mas, antes de presentarse allá, nuestro hombre se fue a asomar al varadero, urgido de constatar la presencia en él de su canoa.

No logró, no obstante, descubrirla en todo lo que se divisaba desde esa parte del puerto fluvial… Verdad era que más arriba del puente del Zula, hundidas entre los lirios que yacen aglomerados sobre aquellas fértiles orillas, suelen atracar otras que hubiera resultado difícil percibir. Pero no se comprendía bien qué era lo que pudo motivar que *el Casquillo* la llevase tan allá.

Sin embargo, Ramiro debía comprender que si el calafate fue a recogerla en aquella forma tan alevosa, resultaba lógico que la tuviera bien asegurada y escondida. Y mientras se dirigía hasta su casa, las esperanzas se mantuvieron latentes.

Mas un nuevo fracaso le aguardaba en la humilde morada de don Marcos. Éste ni siquiera estaba allí. Recibiólo su mujer, vestida de riguroso luto y con un chamaco de pecho en brazos, explicándole sin mostrar ningún azoro que, desde que dos días antes se marchara su marido a Guadalajara en persecución del asesino de Miguel, no había regresado al hogar ni tenían noticias suyas.

Aquella pista era también equivocada. Y Ramiro quedaba de nuevo sin iniciativas que perseguir.

Retiróse, pues, a casa de su hermana Toribia, buscando el consejo de su cuñado, el sastre.

Hablaron los dos largo y tendido esa misma tarde, comentando los extraños perfiles de su triste asunto. Y, al fin, los planes para la mañana siguiente quedaron trazados con minuciosidad.

Ahora le restaba, como única cierta, la idea de que su canoa fue tomada y escondida por alguien que aspiraba a quedarse con ella contra todo principio legal y moral. Esto parecía implicar una búsqueda empeñosa, larga y no exenta de peligrosas contingencias. Pero no hubiera podido consentir que se la arrebataran tan fácilmente después de los cuantiosos desvelos que su posesión le significara.

Lo primero que hizo fue recurrir a la capitanía de puerto.

Con un oficio obtenido en ésta, el cual certificaba su propiedad legal especificando los pormenores de la embarcación según constaron en el registro correspondiente a la matrícula, concurrió a la Presidencia Municipal en solicitud de un exhorto para las autoridades y jerarquías de cualquier lugar donde se presentase, indicándoles facilitar su contingente y las noticias y orientaciones fidedignas que pudieran ayudarle en el rescate.

Después, se planteó el arduo problema económico que implicaba la larga búsqueda.

Estaba discutiéndolo con Daniel cuando acudió un parroquiano del mismo pidiéndole le procurase compostura a unos pantalones que le *quedaban muy estreñidos*, según sus particulares conceptos. Y producto de tal labor fueron los tres primeros pesos con que Ramiro había de contar para llevar a cabo su ciclópea empresa. Justino, el otro cuñado, solía hallarse más boyante en materia de recursos monetarios. Y Ramiro fue a buscarle bajo el puente del ferrocarril, donde paleaba el lirio, para exponerle su situación y la necesidad que tenía de un empréstito. Él, con motivo de su ausencia del trabajo durante las tres semanas anteriores, no contaba con ningún dinero entonces; pero efectuó un arreglo satisfactorio mediante el cual uno de sus compañeros de labor anticipóle diez pesos, que pudo facilitar generosamente a Ramiro. Lodegario le prestó cinco pesos más. Y con uno
qu’e
le debía y pagó un *canoyero* amigo suyo y otros dos que obtuvo de su tío Melchor, consiguió sobrepasar los veinte duros; que para los lujos a que él estaba acostumbrado componían una fortuna.

De todos modos, habiendo malgastado aquel día en esos arreglos, hubo de permanecer otra noche en Ocotlán.

Hubiera deseado aprovecharla para gestionar la ayuda y el consejo de *la Rorra*, la cual, con sus maravillosas facultades de clarividente podría orientarle sobre el lugar en donde se hallaba la canoa perdida. Pero, después de la experiencia anterior, meditando sobre lo limitados que sus recursos financieros eran para remunerar tal servicio, desistió. Y conformándose con la asistencia de un asesor menos acreditado, permitió que su hermana Toribia lo condujera a casa de una amiga suya que *echaba las cartas* sin otra retribución que el agradecimiento.

La mujer era apenas *dilettanti* en la eminente profesión de la cartomancia. Y halagábale sobremanera que alguien acudiese ya, investido de tan humilde fe, en busca de sus sapientísimas deducciones.

A solas con ellos, tendió sobre un cajón y a la luz de una vela macilenta la deteriorada baraja, mostrándose muy sorprendida de ver salir el primero al rey de oros, símbolo incontrovertible de que se hallaba en presencia de un favorecido por la riqueza o de un futuro potentado. Y aunque ello desconcertó también a Ramiro y a su hermana, siendo lo que a nuestro amigo le preocupaba de modo muy perentorio el paradero de su chalupa, indicóle que se dejase de circunloquios y concentrara todas sus facultades interpretativas en esa particular materia.

Antes de lograr en ella alguna orientación, la mujer hubo de tender cuatro veces la baraja. Por fin, apareció en cierta postura cabalística una espada que definía aquel asunto. Y pudo asentar ya con solemnidad una conclusión categórica: Ramiro tenía un enemigo…

Eso era indudable, y no satisfacía sus ansiedades por completo.

Bueno. Es el caso que, instada a seguir tendiendo la baraja, la pitonisa vino a descubrir que los enemigos eran dos, y, posteriormente, que no eran dos, sino tres… Requerida sobre las señas personales del triunvirato de marras, logró establecer que uno de ellos parecía alto, colorado y grueso, sin duda Atenógenes; el otro, no tan alto, pero más grueso y moreno que el primero; y el restante, menudo, provecto de edad, morenito y, para asombro de la concurrencia, persona muy estimada por el muchacho… Entre los

dos últimos estaba, sin duda, el nefando ladrón de la chalana… Ahora bien, un basto colocado a la diestra del segundo de estos misteriosos personajes dejaba inferir que parecía tratarse de un sujeto violento de carácter, por lo que era aconsejable cuidarse de sus maniobras. Y una copa y una espada reunidas en proceloso contubernio prevenían a Ramiro de que por ningún concepto se dejara embaucar por las falaces hipocresías del tercero, el cual, aun cuando se mostraba cortés, amable y sonriente con él, lo único que pretendía era inferirle lesión y perjuicio… En cambio por el otro lado, una sota de copas indicaba que cierta muchacha morena y amiga hallábase dispuesta a proteger a Ramiro de las intrigas de los perversos y a favorecerle con su valiosa ayuda en la difícil empresa de confrontar a semejantes villanos, alianza que a la postre acabaría en feliz matrimonio.

—¿Y no hay modo, pues, de que me dé un norte de pa'ónde debo buscar mi canoyita? —preguntóle él, exasperado por tantas complicaciones, pero tratando de atenuar el posible mal efecto de su aventurada credulidad con una sonrisilla impertinente.

La cartomanciana no se molestó por esta insincera exposición de recelo. Tratando de complacerle, volvió a tender la baraja… Hasta que se dejó ver entre sobresaltada y jubilosa. ¡Allí estaba la solución! Un caballo de oros sugería que nuestro héroe debía andar mucho camino, perseverando sin desmayo en su empeño de encontrarla, pues, al fin, daría con ella… Las cartas no podían expresar concretamente dónde se hallaba su canoa. Pero sí dejaban nítidamente establecido que, si él emprendía la búsqueda con tesón e inteligencia, no iba a verse defraudado.

Como quiera que Ramiro no estaba muy conforme con tan ambigua conclusión, la mujer acabó desistiendo de la baraja, para procurar complacerle proporcionándole algunos consejos, no menos sabihondos y eficaces:

—Si no quieres llevar pierdes, y le tiras a descubrir, luego luego que te lo topes, al que te robó la canoa, ¿por qué no le conjuras pa' que se le sequen sus manos?

El joven no estaba en antecedentes del maravilloso sistema. Pero su hermana ya conocía ese singular ritual; y hasta se mostró muy sorprendida de que no se le hubiera ocurrido a ella recomendárselo

desde el principio. ¡Era la cosa más eficaz y simple del mundo! Bastaba con ir a tres casas diferentes, tomando de cada una de ellas tantito aceite de candil. Luego, se revolvía éste muy bien, y se llegaba uno al templo parroquial, procediendo a verterlo disimuladamente en la lámpara del Santísimo, donde se echaban, a la vez, una o varias moneditas antiguas, de las de plata de buena aleación. Inmediatamente, el peticionario se hincaba, solicitando entre rezos y con unción y recogimiento el fabuloso milagro. Y si todo había sido realizado con la reverencia y el escrúpulo debidos, podía irse a descansar tranquilo y seguro de que aquel que osó adueñarse del objeto extraviado vería contraerse y secarse paulatinamente sus manos, tal cual si se abrasaran en el fuego de su mismo pecado, hasta quedar perfectamente incapaz para moverlas.

Aparte de los grandes méritos que como justiciero ostentaba el piadoso sistema, aportaría implícita la tremenda ventaja de señalar con su implacable castigo al delincuente, permitiendo que quien buscaba la prenda que se extraviase lo reconociera, al tropezarse con él, por aquellas manos lisiadas.

No estaba Ramiro muy seguro de la efectividad del conjuro. Y prefiriendo no aparecer como demasiado crédulo, optó por conferir la condenación del felón a su hermana Toribia, que parecía muy excelentemente dispuesta a suplantarle, llevando a cabo el ritual.

Esa noche, ya más tarde, Daniel y otros amigos convidaron a nuestro hombre a emborracharse en la cantina, esperando que, al abotagarlo con la ofuscación del mezcal, mitigase su legítima congoja. Y en tal tesitura se vino a recoger en los inicios de la madrugada, abrazado de su cuñado Daniel, y declamando ambos a coro, con voz estropajosa y en tono pendenciero, el desafío al destino que vibra contenido en la sabida estrofa:

“Como que quiere llover,
como que quiere hacer aigre
¡El que no me pueda ver
que vaiga y tizne a su madre!”

A la mañana siguiente sintióse fortalecido en sus audaces proyectos.

Y después de pasar a la basílica a pedirle ayuda otra vez al Santo Señor de la Misericordia, inició la tesonera búsqueda, lanzándose, por principio de cuentas, a explorar las orillas del Zula, río arriba,

hasta donde éste se podía considerar navegable.

Así comenzaba su dolorosa y larga ambulancia por los contornos del espacioso lago y las corrientes fluviales tributarias del mismo, armado de una fe capaz de sobrellevar sin flaquezas los más amargos inconvenientes y sin otro cayado de peregrino que su muda y desamparada fortaleza ante la adversidad y el cansancio, y esa paciencia casi cósmica, de raíces profundamente indígenas, frente a la cual la noción del tiempo se humilla y sobrecoge y la fatalidad se desploma, domeñada por una sobrehumana resistencia a las fatigas.

Río arriba por las frescas márgenes bordadas de yerba e invadidas de lirios, atravesando las praderas sonrientes, trasponiendo las carcovas encharcadas y cenagosas y desdeñando los chaparrales de huizache y mezquitillo, que extendían a su encuentro la amenaza convulsa de sus brazos retorcidos y descoyuntados, llegó al pequeño y oscuro poblado de Zula… Y hubo de retornar a Ocotlán sin haber encontrado en él ni de camino, huella o vestigio alguno que diera fe del paso de su extraviada chalana por aquellos andurriales.

Resistióse a descender por el río Santiago. Las probabilidades de hallarla en él eran asaz remotas. Y de aceptarlas con tan extremosa voluntad, la pesquisa se hubiera vuelto interminable. Ese otro río podía considerarse navegable, a bordo de una pequeña embarcación como la suya hasta el lejano remanso de Juanacatlán. De suerte que la función de explorar concienzudamente ambas orillas hubiérale llevado tal vez una semana. Además, la pequeña represa que interceptaba su curso frente a Ocotlán habría obligado al ladrón a sacar a tierra la canoa, dejando, por un breve trecho, impresa en el herbazal y el lodo alguna huella, que no existía, de la maniobra. Por añadidura, ya tenía su cuñado Justino, que paleaba el lirio un kilómetro más abajo, encargo suyo de recabar noticias con cuanto navegante o residente se tropezara…

De modo que optó por continuar circunvalando el lago.

En el fondo, hallábase muy impaciente por retornar a Las Tortugas, pues alentaba en él una esperanza tímida de encontrar allí la novedad de alguna pista, después de una ausencia de casi dos días. Y fue esto lo que le indujo a iniciar su periplo siguiendo las márgenes de Cuitzeo y de El Zapote, que previamente había

explorado, en lugar de hacerlo por el lado de El Fuerte y de Jamay.

Pernoctó con sus parientes de la Boca del Río, y el amanecer del día siguiente lo sorprendió de camino por las huertas de pepino, calabaza y papayo de las riberas de El Zapote, donde los hombres que irrigaban los plantíos transportando botes de agua del lago en los extremos de una pértiga que se pasaban sobre los hombros, no pudieron aportarle ningún indicio.

Y por más que todos entendiesen bien allí la amarga condición de su infortunio y estuvieran ansiosos de hacer algo por remediarla, su fracaso se repitió en Las Tortugas.

La enorme dimensión del Chapala parecía haberse tragado a su canoa.

Y, por vez primera, sintió en incipiente desmayo sus exaltados afanes de recuperarla.

Quizás fue ese desaliento el que lo detuvo en la comunidad aquella triste noche. Amedrentábale la idea de alejarse del lugar tan falto de pistas y de orientaciones, así como la comprensión del largo tiempo que había de llevarle el recorrido de los cuatrocientos kilómetros del litoral antes de estar de regreso entre sus convecinos y amigos.

Esa tarde pudo ver a Hermelinda, contemplándole, en consternada ansiedad, desde el horno para hacer pan que antecedía a su jacal, y en el cual atizaba la lumbre introduciendo unos leños. Sus miradas huidizas, pero frecuentes, parecían insinuar cierto tímido deseo de que acudiese él en busca de una explicación de sus desvíos… Mas, por mucho que tal apreciación le hiciera bien a Ramiro, encontrábase demasiado deprimido para aprovechar la oportunidad, a la vez que temeroso de que fuera la ultrajante lástima la inspiradora de aquel comportamiento.

Por más que sin su canoa se sintiese tan desamparado, su quisquillosa dignidad repugnaba con la idea de inspirar piedad a nadie.

Y no se acercó a hablarle.

Los chiquillos de la comunidad le rodeaban insistentes, planteándole las hipótesis más fantásticas sobre el destino de su embarcación. Uno de ellos pretendía haber presenciado en la noche, cuando se la sorbió en su poderoso remolino una fugaz *culebra de aigre*. Y otro, de imaginación no menos audaz, aseguraba haber

visto al Maligno en persona, pintado de rojo, con cola y echando imponentes llamaradas por los ojos, que acudía a recogerla, transportándola lago adentro ensartada en su tridente.

Al anochecer, cuando arribaron los adultos de retorno de los menesteres de la pesca, el conciliábulo se animó sensiblemente.

Ninguno de los tres había divisado la canoa ni podía ofrecerle orientación que encaminase en sentido razonable sus pesquisas. Y ello, no obstante que todos aseguraban haber recabado informes con cuantos pescadores y navegantes se cruzaron en su faena. Tampoco les había sido dable descubrir flotando vestigios que indicaran su posible naufragio… Pero, inevitablemente, traían nuevas reflexiones que añadir a las muchas que ya se estaban tejiendo sobre el probable motivo de aquella desaparición. Y veíanse ansiosos de compartirlas con Ramiro.

Así que la plática perduró animadamente, y hasta muy entrada la noche.

Don Matías rememoraba una vez que, en años muy pretéritos, su chalana se esfumó bajo casi idénticas circunstancias. Y al término de tres días de zozobra y de estériles averiguaciones, vino a descubrir que la había tomado *prestada* y sin consultarle, un cuñado suyo que se fue a raptar a una joven de San Pedro Itsicán, de donde se la llevó a Tuxcueca, dejando la barca encomendada allí y mandándole aviso al dueño con un tercero que tardó algunos días en hacerle llegar ese recado.

Aseguraba don Sixto que, en cierta ocasión, le había tocado encontrar a medio lago una canoa, de la que jamás supo el propietario, y que flotaba entre dos aguas y con tanto moho o verdín acumulado sobre el costillaje interno, que podía suponerse que llevaba más de dos años de perdida. Estaba, sin embargo, en tan magníficas condiciones que, una vez arreglada, pudo venderla en sesenta pesos; suma que en los tiempos en que esto aconteció representaba más de la mitad del valor de una nuevecita.

También Encarnación Suárez traía su historia, no menos desconcertante, pero en lo fundamental alentadora. Teniendo fondeada su canoa frente al riachuelo en cierta oportunidad en la que fue a la Estancia de Columba para recoger una becerra, le entretuvieron haciéndole participar en una fiesta que duró toda la noche. Y ya en la madrugada, descubrió que se habían evaporado el

trinquete, la manta y los remos de su embarcación. Anduvo durante dos días por los ranchos vecinos, preguntando de casa en casa, sin que nadie le diese razón de lo perdido. Y, cuando decidió presentar una denuncia ante el que era entonces jefe de la Comunidad, como al pasar por el corral de la casa de éste le tentara la curiosidad de asomarse al pozo del agua, vino a descubrir que sus pertenencias se hallaban colgando dentro del brocal. Recogiólas y fuese a enfrentar a la pésima autoridad aquella para reclamarle su conducta. Pero el sujeto se mostró indignado, y, defendiéndose con mucha elocuencia, le hizo ver que no habían sido ni él ni los suyos quienes las ocultaran allí; y que si bien llegaron a verlas dentro del pozo, una fuerza superior a su voluntad les impidió avisar del hallazgo… Él atribuía esta imposibilidad a que, el bribón que hurtara los útiles y los escondiera en tan impropio lugar, guardaba en su casa una imagen de San Ramón a la cual le había pegado con cera de Campeche una moneda de cinco centavos sobre la boca: hechicería ésta que tiene fama de muy efectiva y mediante la cual se dejan bien sellados los labios de todo aquel que pretende *rajarse*, hablando sobre cualquier género de delito. No muy enteramente convencido, ni siquiera satisfecho con las promesas de investigar quién era el poseedor de la aderezada imagen, pero temeroso de cometer una injusticia si los hechos habían sido tal como se los platicaban, Encarnación dejó las cosas en ese estado, limitándose a recoger y llevarse sus aperos.

—¡No sea la de malas que
t’estén
haciendo a ti lo mesmo!… —comentó don Matías, dirigiéndose a Ramiro.

Y éste, en medio de su desaliento, le dio discreta entrada a la sospecha. Si bien, y de modo precautorio, por si alguno de los presentes fuera el ladrón o sabía algo de su identidad y deseaba ir a advertirle del tremendo riesgo en que incurría al retener su canoa, aseguró, mostrándose falsamente confiado y satisfecho:

—Pos, si alguien se la robó, ai que se vaiga apreviniendo, porque yo también lo tengo conjurado pa’ que se le sequen las manos; y no dilata en que pague la
qu’hizo
.

Ligeramente impresionados por esta siniestra advertencia, todos los circunstantes convinieron, sin embargo, en que de ser cierto lo de los conjuros, la medida era muy justa y apropiada. Y manifestaron su sincero y entusiasta propósito de servirse de ella para ayudarle a descubrir al ladrón de la canoa, que así sería fácilmente identificable.

Sólo don Matías se mostró atacado por un extraño y mal disimulado desasosiego, al cual consiguió sobreponerse al cabo.

Y nuestro hombre se fue a dormir, indeciso entre continuar la búsqueda a la mañana siguiente o esperar allí a que las cosas se resolvieran por sí solas.

V

CIERTO incidente inesperado había de concurrir a darle una rápida solución a ese dilema.

Con el alba, llegó a la ranchería de Las Tortugas aquel Juanillo que tocaba el guitarrón con los mariachis de Santa María la Joya. Y él trajo las primeras novedades de positiva apariencia sobre el paradero de la canoa perdida. Una vez en autos del terrible drama de Ramiro Fortuna, quedóse reflexivo y preocupado. Y cuando rompió su mutismo, levantando la diestra para accionar dándole una mayor solemnidad y precisión a sus asertos, de su boca entreabierta por el esfuerzo que para rememorar efectuaba dejó caer aquella primera gota de luz en el pozo seco y sombrío de las trémulas esperanzas de nuestro hombre.

—Yo no digo que sea la tuya —anticipaba—. Pero ayer me tocó devisar a uno
qu'iba
llegando a San Pedro Chiclán a la vela, y con una canoyita de remolque… A lo menos, eso se me afiguró, porque lo vide de lejecitos.

Y el ánimo de nuestro amigo fue vistiéndose de fiesta, estimulado por los encendidos comentarios de los otros, que daban ya por un hecho que tenía que tratarse de su maravillosa canoa, y prendiéndose con desesperación de un vehemente empeño de sacarle a Juanillo todos los pormenores de tan fausto acontecimiento.

Quería Ramiro saber la hora exacta en que aconteciera el encuentro; el lugar preciso a donde *recaló* el ladrón con ambas embarcaciones; el tipo de la que remolcaba a la que sin duda sería la suya; si la manta de su vela lucía entera o remendada… El caso es que el informante no se hallaba muy seguro de todas estas minucias, pues, aparte de que no le despertó gran interés lo que

había visto, confesó humildemente que aún venían algo borrachos después de los tres días consecutivos de desvelada y festejos con que se amenizara la boda aquella de Mezcala… Y Ramiro tuvo que conformarse con meras generalidades.

Las gentes le aconsejaban entonces que procediese con cuidado, pues el ladrón podía ser de mala alma y no dejarse arrebatar la presa sin recurrir a la violencia.

Pero él no se detuvo en mayores preámbulos.

Ansiando descifrar la incógnita cuanto primero, partió para San Pedro Itsicán esa misma mañana, siguiendo a pie la margen norte del lago, entre el áspero pedregal de canto rodado y poroso por la propia ruta que, apenas tres días antes, recorriese hasta la comunidad de Santa María.

La cadena de cerros que circunda al Chapala por aquella parte se compone de eminencias altas y escuetas, desprovistas de toda vegetación arbórea, alfombradas por un grueso pajonal amarillento y dispuestas en planos inclinados bastante regulares, pero cuya continuidad se rompe por las hondas y gruesas cicatrices que labran en los estratos solubles los tormentosos aguaceros.

Característico es el llamado cerro del Comal, en atención a lo que sugieren los contornos de su estructura, y que sirve de respaldo al ejido de La Zapotera.

Ante el poblado de éste, compuesto por un conjunto de chocitas de carrizo o zacatón, y sobre la orilla del lago, dan fe de una condición predominantemente agrícola algunos cultivos marginales muy semejantes a los de Los Guajes, con sus tiernos papayos peripatéticos, sus florecidas matas de pepino, frijol y calabaza y la sombra ampulosa de sus inevitables huertas de mangos, que amparan del sol canicular al chocerío.

Desde allí puede verse ya, muy preciso, el pintoresco pueblo de San Pedro Itsicán, o San Pedro Chiclán, como en la comarca se le denomina.

Constituye él una de las congregaciones más típicas de la extensa ribera chapálica. No es tan indígena como Mezcala. Pero, después de éste, acaso se pueda considerar como el que más rasgos conserva de un puro carácter indio. Sus habitantes hablan la lengua *náhuatl* con más frecuencia y dominio que el castellano. Y, como casi todos los aborígenes de esta parte de Jalisco, son limpios,

industriosos y de no mala apariencia física.

Su escaso mestizaje determina la propensión al aislamiento, la lentitud cósmica de sus empresas sociales y el recelo instintivo para con el forastero.

Es, además, una comunidad muy populosa.

Su parte central se levanta en lo alto de un promontorio de regular estatura, que desprendiéndose del cordón montañoso que oprime al lago, se adentra en éste formando una pequeña península. Y dicho cerro resulta, por contraste con todas las escuetas eminencias de la serranía inmediata, fértil en árboles y arbustos silvestres, que mantienen su perspectiva verdeante todo el año, salvo en los pedregosos calveros de sus flancos.

No era empresa fácil la que llevaba Ramiro.

Ya hemos dicho que la gente de San Pedro Itsicán es hostil con el extranjero. Y considera de esa condición a todo aquel que nació fuera de su perímetro. Su roce con la cercana civilización occidental le ha impuesto esas prudentes reservas. Parece inevitable que todo el que llegue acuda a quemar chinchorros, a cobrar impuestos, a legalizar despojos o a predicar engaños… O que, cuando por azar lo mueva el más inocente afán turístico, descubra de pronto la posibilidad de sacarle provecho al viaje tratando de engañar de algún modo a los nativos. La hospitalidad y la cortesía, virtudes tan hondamente enraizadas en el carácter indígena, tratan en vano de suavizar estos sentimientos amargos y escasamente sobreviven los desengaños que trajo siempre por consecuencia un ánimo conciliador.

Esto, después de todo, parece lógico que sea así. Menos comprensible resulta que tal hostilidad incluya a sus familiares raciales y vecinos geográficos, los habitantes de Mezcala, que son particularmente aborrecidos en San Pedro. Y habrá que atribuirlo al hecho de que la vecindad tiene la pésima virtud de agravar con incidentes constantes las insoslayables rencillas que origina la convivencia… Porque no ha de faltar el emboscado que vea a un pescador de Mezcala desprendiendo un bagre de cierta maroma perteneciente a un vecino de San Pedro Itsicán, o cuando éste, distraído o simplemente malévolo a bordo de su canoa, atropella y desgarra un tumbo que es propiedad de los de Mezcala. Y semejantes abusos, imaginarios o ciertos, motivan un natural afán

vengativo que no encuentra fin en sus recíprocas pendencias, y que acaba caldeando las pasiones bajo los efluvios inflamados del odio.

Entonces, aquel que necesita visitar el pueblo inmediato debe andar con pies de plomo, llevando arma con qué defenderse… Y como el hecho de portar arma en casa ajena supone ya cierto ánimo rival, y ningún hombre con los pantalones en su lugar debe dejarse humillar por esos tácitos desafíos, a lo mejor resulta que allí apareció el pretexto indispensable para fundamentar la agresión, que ha de enconar con salpicaduras de sangre las tradicionales ofensas.

Aparte de ello, tanto los de una como los de la otra comunidad gozan justiciera fama de ser, aunque muy *sentidos y delicados*, gente de paz y provecho, *buena por la buena y mala cuando se la trata de molestar*.

Recelar de alguno entre ellos, poner en tela de juicio la honestidad de sus procedimientos sin pruebas categóricas de su delito y sin poder establecer siquiera cuál entre todos era el ladrón, tal como sus calamitosas circunstancias obligaban a Ramiro Fortuna a hacerlo, constituía ya un serio principio de ofensa. Y ofenderlos no era el mejor camino para resultarles grato.

De modo que su proceder requería una diplomacia exquisita.

Sin embargo, nuestro hombre no se iba a amilanar por tan consabidas contingencias, puesto que acudía a pedir la restitución de lo que era legítimamente suyo.

Como quiera que la noche cayó antes de su arribo al poblado, estuvo a punto de detenerse a dormir en sus proximidades. Pero no resistió la impaciencia de comprobar entonces mismo si es que estaba su chalana en el varadero. Y siguió de frente por toda la margen del lago, que es a la vez la orilla del pueblo.

El primer barrio de la parte baja por aquella dirección es el más pequeño de la comunidad. Veíanse blanquear allí unas cuantas lajas para lavadero sobre el filo del agua, tres tumbos desperdigados y oreándose colgantes de unos horcones y unas dos o tres canoas averiadas sobre el pedregal. De suerte que Ramiro tuvo que rodear el saliente del promontorio para hacer una inspección al otro lado.

En la curva, la playa aluvial se constriñe y desaparece devorada por la brusca ascensión de los flancos del repecho. Y como la ribera se torna más honda, a sus atracaderos suelen concurrir las

embarcaciones de mayor calado. Debido a ello, dormitaban fondeadas muy cerca tres canoas de las grandes o de rancho, de las cuales dos se veían solas y oscuras, y la tercera, que debía ser *fuereña*, con su interior iluminado por la luz rojiza y humeante de un candil.

Probablemente procedía esta última de La Palma, una de las comunidades más marineras del ancho lago, y cuyos lanchones efectúan aún pesadas travesías traficando con los productos de todos los pueblos ribereños. Su techo de carrizo daba base a este supuesto. La caña de agua es el material característico en aquellos rumbos de la Ciénaga y de la desembocadura del Lerma, en tanto que por el lado de Tizapán, Tuxcueca, San Luis y San Juan Cosalá suelen techar el rancho con tejamanil y por la parte de Jamay, Ocotlán y San Pedro con petates trenzados del abundante tule.

Quizás esperaba el *mexicano* del amanecer para continuar hasta Chapala, puerto de arribada adonde con frecuencia acuden con sus cargamentos.

Ramiro conocía a muchos de estos navegantes, y quiso identificar al del lanchón. Pero no favoreciéndole la oscuridad, decidió pasar de incógnito y seguir de largo.

Un gozquecillo que dormitaba sobre el bastidor de la proa de la nave descubrióle en el intento, y empezó a ladrarle. Lo cual vino a despertar la alarma de los innúmeros perros del caserío, que se unieron al alboroto desde todos los puntos de las laderas del promontorio.

Con tal escándalo, el tripulante del lanchón iluminado asomó la cabeza, observándole con curiosidad no exenta de cierto recelo. Y nuestro hombre no pudo evitar un saludo cortés:

—Güenas nochis —deseóle.

—Güenas nochis —le contestaron.

Y siguió de largo, confortado por la consideración de que siendo su interlocutor forastero no podía encontrar muy sólidas razones para temer que alguna intención aleve originara su presencia.

A punto de doblar la esquina y de asomarse a la playa aluvial del otro lado, los perros del caserío acentuaron sus ladridos, mostrándose más resueltos a acercarse a él para identificarlo mediante el olfato. Mas ya no le mortificaba mucho este escándalo. De todos modos, aquella parte veíase muy concurrida y no hubiera

podido explorarla sin ser descubierto.

Está allí el barrio típico de los pescadores de San Pedro Itsicán, que es, a la vez, el más populoso y extenso. Desde los huertos de las casas hasta la margen del lago, el pedregal forma una vasta explanada que, longitudinalmente, parece perderse en la lejanía.

Ofrecía un espectáculo sorprendente la distribución de los lances, sucediéndose ininterrumpidos y alumbrados por las llamitas macilentas y bailoteantes de los faroles o por las fogatas que organizan los pescadores con *barañas* secas. Dichos lances son unos rudimentarios dispositivos de pesca que consisten en un corto brazo de *laguna* bajo de fondo y encerrado entre dos minúsculos muros de piedra que avanzan desde la orilla y por tres o cuatro metros dentro del agua. Los charales observan la propensión a desovar entre el moho que se va formando en el pedrerío o acuden para alimentarse de él. Y es la ocasión que el usufructuario del lance espera para aventar su atarraya, apresando entre sus plomos y bajo sus mallas a los descuidados cardúmenes. Cada pescador ostenta derecho en exclusiva sobre uno o varios de estos lances, que el comisariado ejidal le adjudica y preserva y que él trata de atender para que se conserven y estén siempre frecuentados por los pescaditos que constituyen su generosa riqueza.

En noches cálidas y oscuras, como aquélla, la pesca suele ser pródiga. Y casi todos los propietarios de una atarraya velan los dispositivos que les corresponden en espera de la pescadilla. Esta, como los mosquitos y las mariposas, se deja atraer y encandilar por cualquier clase de luz. Lo cual motiva que todo pescador de las charaleras que dispone de un farol, lo cuelgue de una horqueta muy bajita a la orilla de su lance, y que aquellos otros que en virtud de su extrema pobreza no poseen ni siquiera una vieja lámpara de hojadelata, se conformen con recoger palitroques para encender una hoguera ante los suyos.

Acontece así que hay noches oscuras en que las llamas de los faroles y de las fogatas convierten ciertos tramos de la ribera del lago en una feria luminosa y expectante, cuya fantasmagórica perspectiva se anima a la distancia con el despliegue intermitente de las pintorescas atarrayas, que en su rauda trayectoria fulgen enjoyadas por los reflejos que despiertan las llamaradas en la humedad goteante de sus abiertos tejidos y cantan una agreste

sinfonía de murmullos con el silbo de sus vuelos y el chasquido de las hileras de plomos que las circunvalan al caer distendidas sobre el agua. Por lo demás, la lentitud y la circunspección indígenas impregnan estas veladas de cierta religiosidad imponente, induciendo al intruso a departir en voz baja como ante el más solemne de los ceremoniales.

Ramiro ya conocía las razones de aquella animación, y no se sorprendió mucho del espectáculo.

Molestábale únicamente la necesidad de afrontar a tanto pescador sin poderle explicar de modo satisfactorio su presencia allí. Y temía, asimismo, encontrar una oposición muy generalizada al tratar de recuperar a su canoa, que bien pudiera ser alguna de las veintitantas que reposaban acostadas a la orilla o fondeadas cerca de ésta, frente a las charaleras de San Pedro.

Siguió, no obstante, su camino.

Y pronto estuvo entre los hombres que atisbaban la pescadilla desde el pedregal.

Veíase a unos atizar sus hogueras; otros iban exprimiendo la atarraya; otros más se disponían a lanzarla, tomándola del centro de la red y esponjándola en forma tal que, al aventón, girase y se desplegara en el aire; algunos acercaban el producto del último lance arrastrándolo sobre el pedrerío hasta la orilla; y los restantes lo iban echando en unos zarzos de carrizo por cuyo fondo escurría el agua… Pero, atareados en una recolección provechosa, eran muy pocos los que hablaban entre sí y muy breve su atención en el forastero.

Esto le ayudó a pasar casi inadvertido.

E iba avanzando por la playa, puestos sus cinco sentidos en la identificación de las canoas, y sin acabar de reconocer a la suya.

Había unas tres o cuatro que permanecían fondeadas al otro lado de la pequeña escollera. Y sólo se alcanzaban a distinguir como sombras imprecisas desde la margen profusamente iluminada. Sobre sus bordas dormitaban unos pelícanos. Y era imposible su identificación a esa distancia. Ya constituía, sin embargo, un mal augurio que todas ellas tuviesen encajado su trinquete, puesto que a la *Amanda* la recogieron desarbolada… Pero muy bien pudiera ser que le hubiesen adaptado el palo de otra embarcación para probarla, y que fuera alguna de aquéllas.

Entre las que permanecían sobre el ribazo no distinguió una sola capaz de equiparársele. Ni pudo ver en el pedrerío rastros que denunciasen que fue sacada en dirección a los corrales del pueblo… De suerte que la única oportunidad que les restaba a sus esperanzas vino a residir en aquellas cuatro embarcaciones fondeadas un poco afuera. Y toda su atención estaba fija en ellas.

No podía descalzarse, arremangar sus perneras y meterse al agua para observarlas de cerca, porque hubiera delatado sus pretensiones a los pescadores, entre los cuales tal vez se contara el ladrón, y porque, además, bien pudiese molestarles que espantara los cardúmenes del charal que acudían a los lances… De modo que se detuvo, perplejo, al extremo del varadero.

Tenía Ramiro, como buen mestizo, bastante equilibrado el don de la prudencia. Y ésta y la reflexión, lleváronle a resolver que precisaba sosegar sus ansiedades, aguardando a que los pescadores se marcharan a dormir o a que alumbrase el sol de la mañana siguiente. Sólo había saludado con un lacónico *güenas nochis* a los que sobrepasó más de cerca. Y puesto que la expectación de todos ellos en su fructífera labor le brindó esa oportunidad de pasar casi desapercibido, parecióle aconsejable no volver a hacerse notorio.

Y así, se alejó del pueblo, para no retornar antes de que amaneciera.

Fue avanzando hasta más allá de donde estaba tendido un mar de chinchorros. Y, envolviéndose en el viejo ple que era toda su impedimenta de camino, echóse a dormir sobre la escueta braña de llantén, amparada sólo por un bosquecillo de sauces, bajo cuya efímera protección pernoctaba también un grupo de satisfechos equinos.

Y por más que la ansiedad mantenía exaltado a su ánimo, era su cansancio de tal naturaleza que, cuando acordó consigo, lo había ganado el sueño.

VI

A ESO de la medianoche el resplandor de la luna lo despertó, bañándole el rostro.

Había dormido cuatro horas y se hallaba un tanto recuperado de las fatigas del viaje, aunque sensiblemente hambriento.

Los pescadores de las charaleras, redondeada su labor, colgaban de los horcones sus brillantes atarrayas, echábanse a cuestas el chiquihuite de carrizo con la lisonjera cosecha y, dejando morir el rescoldo de las fogatas, iban retirándose hacia el caserío.

Con la ayuda de la luz lunar, el lago se divisaba entonces en toda su dimensión. Y los contornos de aquellas cuatro canoas fondeadas frente a la playa se habían vuelto más precisos.

Ramiro se incorporó y fue acercándose al punto en que se encontraban. Y, al contemplarlas, sintió que el corazón le daba un vuelco.

Había creído descubrir en una de ellas la gentil silueta de la *Amanda*. Y se apresuraba, palpitante, hacia la orilla.

La proximidad confirmó su sospecha. Sólo su inefable chalana hubiera podido lucir tan alígera, rutilante y bonita como aquella que arrullaba el último estertor del *abajeño*, chasqueándole el agua, al jugueteo del minúsculo oleaje, contra la comba de sus costados que abrillantaba, hasta sacarles destellos, el fresco tamiz de la brea. Es verdad que le habían acondicionado un trinquete que no era el suyo, que también se advertían sobre ella unos remos y una palanca extraños y que ajeno era, igualmente, el cabo del anclote con que la tenían fondeada, lo mismo que con toda probabilidad le hubiesen borrado el nombre y su lugar de matrícula sustituyéndolos por otros… Pero la maravillosa elegancia de sus líneas no mentía.

¡Aquella era, sin lugar a dudas, la canoa perdida!

Y Ramiro tuvo que cavilar unos momentos sobre lo que, dentro de su calidad indiscutible de propietario lícito de la misma,

concerníale hacer en semejantes circunstancias.

El oficio de la Municipalidad de Ocotlán lo identificaba como su dueño legítimo. Pero no se prometía muy fácil el reconocimiento de los derechos que aquel papel enunciaba, puesto que la transformación a que sometieron a la chalupa y el hecho mismo de haberla acondicionado con todo el equipo, daban a entender muy claramente que las intenciones del que la recogió eran de quedársela. Además, figurábasele la hora tristemente impropia para ir a solicitar el apoyo de unas autoridades que, con toda seguridad, estaban llamadas a ser parciales en contra suya. Y, finalmente, que la de discutir no constituía en ningún caso afición muy de su temperamento… Por otra parte, ante Dios y ante los hombres honrados, la canoa era bien reconocida por de Ramiro; y en esa virtud no tenía por qué pedirle permiso a nadie para recogerla y llevársela.

Lo resolvió, al cabo, con varonil entereza y energía.

Y, enrollándose hasta las ingles las perneras del calzón, se introdujo en el lago para abordarla.

Aún quedaban algunos hombres rezagados en la ribera. Pero, cuando el presunto autor de la prodición acordara consigo, él ya iría navegando a medio lago; y había de resultar aquél muy afortunado y muy hábil si lograba alcanzarlo antes de que arribase a Las Tortugas, donde sus legítimos derechos serían más ecuánimemente reconocidos, juzgados y defendidos y no correría el nada remoto riesgo de ir a caer, en ese silencioso pueblo de San Pedro Itsicán; en manos de algún autóctono Procusto que, además de desvalijarlo, le cortase los pies y le descoyuntara los huesos.

Penetró unos cuantos pasos con el agua a la rodilla y, llegándose a la chalana, aventó en su interior el ple y se dispuso a izar el anclote y a empujarla un trecho lago adentro, antes de trepar a ella.

La metálica claridad que derramaba la luna permitióle verificar su identidad cuando la tuvo cerca. Y pudo, asimismo, constatar que, aunque le faltaba la manta para echarse a navegar a vela, disponía de unos remos regulares y de mejor palanca, lo que consideró suficiente para realizar con éxito sus improvisados planes.

Habíala impulsado unas quince brazas y estaba a punto de abordarla, cuando escuchó hacia las charaleras unas voces que, al parecer, le aludían.

—¿Ónde va con la canoyita, siñor? —preguntaban allí—. ¿Qué sacó permiso con don Natalicio pa' manijarla?

Ramiro optó por mostrarse desentendido. ¡¿Para qué perder el tiempo y las energías en explicaciones superfluas?!… Era su canoa algo que aducir contra ello, ¡que intentara, nomás, arrebatársela!… Echó el brinco sobre el asiento de popa, se incorporó, afirmando sus pies en el panel, y tomando la pértiga, comenzó a palanquear lago adelante, tratando de doblar el promontorio de San Pedro con rumbo hacia Las Tortugas.

Había, en su precipitación, el dejo de cierta insoslayable angustia, acaso emparentada con el miedo. Pero la certidumbre de estar recuperando lo que legal y moralmente era suyo, ayudóle a sobreponer el ánimo a aquella incierta flaqueza.

No podía, de todos modos, olvidar que la palanca, el trinquete, los remos, algunas jarcias, el anclote y su cadena y un costal doblado a modo de cojín sobre el asiento, no le pertenecían. Pero los necesitaba para llevársela; y una vez que la tuviera a salvo en su rancho, ya se cuidaría de devolverlos… Que su artero dueño los fuese a reclamar y los trajera *a lomo*… ¡Era ése el menor castigo que podía esperar en pago de su villanía!

Notó que la gente de la ribera, alarmada por su mutismo y por la rapidez de su fuga, empezaba a alborotarse.

Y por más que a cada momento iba estirándose la distancia y volvía confusas sus voces, entendió que era el rapto aparente de la chalupa el motivo cardinal de esa alharaca. Sin duda, alguien había ido ya a avisarle a don Natalicio, el supuesto bribón. Y, o éste acudió demasiado pronto o algunos acomedidos decidieron no aguardar hasta su arribo, pues eran visibles los preparativos para equipar y botar otras dos de las embarcaciones varadas, a fin de lanzarlas en persecución de la fugitiva.

No obstante, Ramiro llevaba una considerable ventaja inicial, así como la satisfacción de hallarse cierto de que escasamente pudieran contar con una canoa tan ligera y veloz como la suya.

De todos modos, procuró apartarse de la tierra firme para eludir una posible andanada de disparos desde lo más alto del promontorio… A la vez obtenía, gracias a ello, ventaja contra cualquier intención de cortarle camino de parte de alguno de los lanchones que reposaban frente a la cara frontal del cerro. E hizo

rumbo un tanto hacia el interior del lago.

De ser más oscura la noche, difícilmente hubieran logrado seguirle. Pero la luna fulgía esplendorosa, y el bulto negro y estirado de una embarcación como la suya se podía distinguir a más de una milla marina de distancia sobre el lago saturado de luz y de destellos. Era la claridad lunar de tal naturaleza, que los faros de la isla del Presidio y de Chapala resultaban muy escasamente perceptibles, en tanto que la silueta oscura de la propia isla y las torres albas y altísimas del templo de Tizapán el Alto, destacaban con tolerable nitidez a simple vista.

Al ir adentrándose en el lago Ramiro perdió fondo. Y tuvo que abandonar la palanca y que recurrir a los remos.

Entonces notó que también los bogues de la embarcación habían sido sustituidos; pues no eran aquellos mismos toscos estrobos, labrados en burdos codos de mezquite, que él acondicionó para la *Amanda*, sino otros muy diferentes, conformados con azuela y en dos secciones que se unían en un ángulo más frágil, aunque más perfecto… También se percató de que el asiento era más ancho…

Y ello empezó a introducirle en el ánimo un vago principio de alarma.

No meditó aún sobre la posibilidad de haberse equivocado. Pero empezaba a afligirle un temor incipiente de que la chalupa estuviese tan desfigurada que le fuera a resultar difícil comprobar su identidad al entablar el litigio.

Por lo demás, no disponía de tiempo para engolfarse en minuciosas comprobaciones. Pues, de las charaleras de San Pedro habían despegado ya dos canoas, tripuladas por tres hombres cada una, y se lanzaban en su persecución remando y palanqueando con frenesí. Y puesto que los remeros en ellas eran dos, y que el restante ayudaba con la palanca mientras hacían la boga, el impulso resultaba evidentemente muy superior al que podía imprimirle él solo a la suya. Y no se hubiera antojado ya tan remoto que acabaran ganándole terreno hasta volver su empresa peligrosísima.

Tal reflexión indújole a adentrarse más aún en el lago, a fin de forzarlos a que le siguieran por lugares en donde la excesiva profundidad impidiese al tripulante que manejaba la pértiga darles ayuda.

Y entonces, la persecución tomó un desenfrenado carácter de

regata.

Es fama que la liebre que va huyendo resulta siempre más veloz que el podenco que trata de capturarla… No obstante, a pesar de la lógica que promueve esta conclusión y de la indiscutible ligereza de la canoa de Ramiro Fortuna, por lo menos una de las dos embarcaciones que tomaban parte en aquella lid desesperada, empezó a comerle distancia.

No eran los tecos de San Pedro Itsicán rivales muy despreciables en eso de la remada. Y nuestro hombre había pretendido ignorar el hecho de que él llevaba seis noches de muy escaso dormir y que apenas había efectuado tres comidas aceptables en la última semana. Pero, aun teniéndolo presente, tampoco se habría plegado a reconocer que en tales condiciones se torna harto difícil el triunfo en cualquier justa en que la capacidad del contendiente dependa de modo estrecho y primordial de sus energías físicas… Él redoblaba el esfuerzo, sin meterse a hurgar en consideraciones amargadas, curvando el torso broncíneo sobre los cortos remos de pala redonda, y atenido a la discutible pretensión de que su ventaja inicial era demasiado grande para que pudieran arrebatársela completa.

Mientras lo hacía, parecióle notar que en lo alto del pueblo de San Pedro se aglomeraban las personas, portando antorchas de ocote encendidas y estimulando con gritos chillones a los perseguidores. Y también se percató de que una tercera canoa, bastante más retrasada que las otras dos, iba desprendiéndose de la playa aluvial, dispuesta a tomar parte en la cacería. Asimismo, oyó la explosión de algunos disparos que, seguramente, le hicieron desde las paredes roquizas y a medio levantar del recio templo católico que los vecinos del rancho venían tratando de edificar desde catorce años atrás en la parte más alta del promontorio, cabe la casita blanqueada de la nueva escuela federal ya concluida. Pero no pudo apreciar la trayectoria ni tener noción alguna del lugar en donde cayeron las balas.

Estaba demasiado lejos para resultar buen blanco. Y el pánico por ese concepto no llegó a imbuirle el ánimo.

Sin embargo, una sensación de soledad, impotencia y desamparo se trasminaba a su espíritu en la medida en que mordía dentro de su complexión el abrumo de las fatigas. Por vez primera en su larga vida de navegante, acertaba a descubrir que, en la penumbra de la

noche y desde las misteriosas profundidades y distancias del ancho lago, trascendía un hálito amenazador… Antojósele muy fácil desaparecer, devorado por tal inmensidad líquida, si conseguía darle alcance un enemigo enfurecido como aquellos que le venían en pos. Y con acelerar su fuga no lograba otra cosa que sentir cual si deliberadamente agigantase las proporciones de ese peligro, adentrándose en la soledad que lo acorralaba.

Era el amargo brote del miedo, que iba pugnando por aportar una vitalidad artificial a los exhaustos recursos de su fuga.

Después, iluminábale el recuerdo de que se trataba de la defensa de aquella barca adorable que constituía toda su hacienda. Y un impetuoso anhelo de justicia le prestaba bríos a la certidumbre de que era su deber rescatarla, aun con riesgo de la propia vida.

Al transcurso de los minutos, la perspectiva de San Pedro Itsicán se fue volviendo borrosa.

El lago continuaba distendiéndose sobrecogedor en torno suyo, y era como si estuviera trasponiendo, asistido por un hórrido Caronte intangible, pero tan grande y tan negro como la noche misma, los umbrales tenebrosos de la propia laguna Estigia.

La oscura y afilada silueta del saliente de San Miguel, antojábase, en la lejanía, alternativamente un índice tendido en horizontal que tratara de interceptarle los umbrales salvadores de la distancia, y un brazo fraterno que se estirase a su encuentro sobre la superficie gris del agua pretendiendo darle ayuda.

En esos momentos, toda la fantástica mitología supersticiosa que ha originado la fácil credulidad de la gente ribereña galopó fugaz, con sus destellos heroicos, por la imaginación atormentada de Ramiro, que buscaba en ella el consuelo de un asidero milagroso.

¡Si aquel Santo Santiago, que alguna vez dejó ver sobre la cima del cerro del Comal o en la cumbre misma del Alfiler su silueta fantasmagórica, montada en un caballo blanco, cubierta con larga capa escarlata, tocada con chambergo emplumado y armada de brillantes espuelas y de flamígera espada para detener ejércitos enemigos y dispersar gavillas de bandoleros, apareciese entonces aterrorizando con sus poderosos mandobles a los felones que le perseguían!… ¡Si Santa Bárbara Doncella, *que en el cielo fue una estrella*, dejara caer sobre esos villanos enemigos suyos la cólera prepotente y destructora de uno solo de los fulminantes rayos que

administraba con tan insensata desaprensión durante las tempestades estivales!… ¡Si la providencial culebra de aire que, según una aceptadísima leyenda tradicional, levantó en vilo cierto día una canoa de rancho cargada de madera hasta las heces y la fue a depositar sobre la cumbre lejana y enhiesta del cerro del Chiquihuitillo, viniera entonces por él y por su canoa para transportarlos en su amable remolino volando hasta Las Tortugas!…

Pero los dioses que administraban éstos y los demás milagros, parecían bien ajenos a la tragedia de Ramiro Fortuna. Sin duda, y a juzgar por el trueno que anunciaba la formación de una gran tormenta en el oriente, hallábanse jugando carambolas en su Olimpo. Y no disponían de tiempo ni de humor para ocuparse de remediar la comprometida situación de nuestro hombre.

Tendría que seguir remando con frenesí, sordo a todos los desmayos del hambre y la fatiga, si esperaba escapar de los que le iban arrebatando palmo a palmo la ventaja, y no olvidarse de aquella clásica cuarteta que dejó bien establecida, con impía cuanto axiomática contundencia, la amargura desconcertante del antimilagro:

“Llegaron los sarracenos
y nos molieron a palos;
que Dios protege a los malos
cuando son más que los buenos.”

Al cabo de un rato cedió el *abajeño*. Y tras él sobrevino la calma oleaginosa que precede al hirsuto *mexicano* de la madrugada.

Éste había de encargarse de dispersar o de traer consigo aquella incipiente tormenta, que pudo haber ayudado en su huida a nuestro amigo. Pero aún faltaban de dos a tres horas para su iniciación.

En tanto, y con la quietud, los rumores que el viento desparramaba por sobre el lago, se acallaron. Y al serenarse el agua, la boga se tornó más regular y fácil… Pero ese silencio parecía acrecentar la amenaza empavorecedora que del negro fondo del vaso subía a bailar una danza siniestra y fantasmal en la callada desolación de la noche.

Apenas entonces vino Ramiro a reparar en que los costillajes internos de la canoa en que iba fugitivo eran diferentes a los de la *Amanda*. Parecían haberlos fabricado de dos piezas en vez de una, y

sosteniánlos ciertas abrazaderas de latón con las que no contaba la suya…

Su alarma anterior se convirtió de súbito en angustiado sobresalto.

Acaso se había equivocado en su precipitación, y aquella canoa no era la que venía buscando… Tal vez iba Ramiro jugando un insospechado pero auténtico papel de villano en ese maldito drama…

Apartó de su voluntad la idea de aclararlo más específicamente, al razonar que, de cualquier modo, el único camino que tenía abierto era el de la fuga. Ponerse a hacer confrontaciones entonces, hubiérale conducido a una detención y pérdida de tiempo peligrosísimas. Y dejándose capturar por sus iracundos perseguidores a medio lago incurriría en riesgos que amenazaban hasta su propia existencia.

La certeza de haber cometido un estúpido error no pudo, sin embargo, desprendérsele del ánimo. Alojada ya en él, creció impetuosa. Y, paulatinamente, fue consiguiendo que aquel viril afán de recuperación y justicia que servía de motor a su propósito de esquivarlos, cediera el lugar al impulso desesperanzado del pánico.

Remando con frenesí bajo ese nuevo estado de espíritu, acudió a

socorrerle una idea.

Puesto que la embarcación no era, probablemente, la suya, y dado que no podía reconocer entonces su equívoco y dejarse atrapar allí sin peligro de ser agredido y tal vez muerto, acaso debiera entregar la prenda tratando de salvar el pellejo… ¿Cómo?… Dirigiéndose hacia la orilla más cercana, para abandonar en ella la canoa y emprender la fuga a pie por los intrincados caminos del cerro. La penumbra de la noche, que en el despeje de la abierta superficie lacustre no le dejaba esfumarse, permitiríale encontrar refugio en algún matorral de la escabrosa tierra firme, entre los mogotes de quelite o de congrán dispersos por las gargantas del cerrerío. Además de que, con la recuperación de la canoa, tendrían que perder sus perseguidores mucho de su tozudo empeño vengativo…

Incrementaba la urgencia de esta resolución el cansancio que venía atormentando los músculos de sus brazos, dolorosamente entumidos por el esfuerzo de la continua y vigorosa remada.

Y lo decidió rotundo.

Terciando sobre babor, puso proa al litoral de La Zapotera, y redobló el vigor de la persistente boga en un intento de recuperar el impulso que frenara lo pronunciado del viraje…

Pero un *¡crack!* inesperado y fatídico vino a desarticular la maniobra, y a sobrecogerle de espanto.

Asomaba a su rostro descarnado y sarcástico la derrota.

Acababa de quebrarse un remo. Y con ello desfallecían, maltrechas, sus postreras esperanzas de solucionar el conflicto mediante el escape. No hubiera podido bastarle el que quedaba útil para eludir el tesonero asedio de las canoas perseguidoras, cuyos tripulantes, violentamente percatados de la fatal contingencia, habían doblado ya cortándole camino.

Con el remo astillado en la mano, la boca anhelante, el pecho convulso y el gesto de su faz marchito por el desaliento y la angustia, Ramiro se quedó esperando, empavorecido, el tenebroso desenlace de su error, bajo la múltiple e inquieta expectación de las estrellas.

VII

FUE UNA gran suerte que no lo inmolaran.

Los golpes que le propinasen con las pértigas y los remos, satisficieron su rencor. Y no les resultó necesario echar mano a los mortales cuchillos.

Ramiro no opuso ninguna resistencia. Ellos tenían entre las más estimadas premisas de su empírico cuanto celoso código del honor, la ley que establece que a un hombre indefenso se le respeta la vida. Y se lo recordaron así a aquel don Natalicio, propietario efectivo de la canoa y que venía a bordo de la más rezagada de las tres embarcaciones, ya que su primer impulso fue de desahogar la cólera agrediendo al cautivo con el machete.

—¡No hay que ser güeno asina!… El siñor está dado…

Y era cierto. Ramiro estaba rendido. Si bien, no por falta de virilidad y entereza para afrontar las consecuencias de su error; sino porque convino en que el peor de sus enemigos era la fatalidad, y ante ella, se sentía despojado por completo de recursos.

En forma muy diferente procediera si la canoa hubiese sido la suya.

Un hombre que no defiende lo que le pertenece, no podría subsistir en un mundo como el nuestro, en el que toda posesión despierta celos y envidias. Uno queda obligado a pelear, cuando es legítimamente suya, hasta una mísera canica; pues, precisamente, nació predestinado a disputarles a sus semejantes el pan de cada día lo mismo que lo hace la más irracional de las fieras; y de no mantener erguido su propósito de obedecer a ese designio, correría el riesgo de ser justamente catalogado de inútil o de baboso, y, sobre todo, de morirse de hambre.

Los exegetas de nuestra civilización han resuelto que consiste en eso el don más eminente de cuantos la sustentan: la libre competencia… Y quien osara desatenderlo se verá sojuzgado y

hundido en el escarnio y la ignominia.

Mas aquella canoa no era la de Ramiro.

Y al reconocer éste su equivocación, tenía que mostrarse presto a pagar las consecuencias.

Acaso debió aprovechar los momentos previos al abordaje para tratar de protegerse contra las lícitas y explicables iras de sus captores, advirtiéndoles a gritos que todo se debía a una lamentable confusión; que equivocó la chalana con una suya que perdiese; y que portaba con él documentos legales capaces de comprobarlo… Mas aquellos aspavientos, a la par que probablemente inútiles en tan aciagas circunstancias, parecían impregnados de un cierto tono de súplica y desvalimiento, capaz de lesionar a su altiva dignidad de mestizo, colocándola en entredicho ante el infamante baldón de la cobardía.

Y Ramiro no hubiera podido desafiar ese riesgo.

De modo que se entregó, dejándose desarmar y golpear silencioso y resignado con su destino adverso, consciente de que la admisión de la impotencia, cuando la asiste el estoicismo, no tiene nada de afrentosa, y murmurando entre dientes un rezongo altanero que invocaba el desquite para un acaso más favorable día de mañana.

Tundido a palos, lleváronselo cautivo para San Pedro Itsicán.

Fue aquélla una madrugada triste y friolenta.

Sarcástico, el versátil *mexicano* del alba anticipóse a su hora, permitiendo que los triunfadores arribaran al pueblo con las velas de las canoas grávidas, de modo de darle más lujo y aparato a la fiesta espontánea que originó su desastre.

En la orilla los esperaba la alborozada expectación de muchos de los vecinos. Y, precediéndola, austeros y hasta solemnes en su rígido papel de autoridades, el Comisario y algunos de los suyos, con los amplios sombreros ladeados y terciadas las pavorosas carabinas.

La depresión física aquélla, en la que se conjugaban el hambre, el insomnio, la fatiga y el maltrato recibido, le restó prestancia a la estoica impavidez con que el prisionero trató de demostrar su virilidad de hombre cabal. Las contusiones y los cardenales que dejaron en su rostro y en sus hombros descubiertos por la desgarrada camisa los palos que recibiera, estaban de manifiesto en medio del afán insolente de su altanería. Mas no le hizo el dolor

articular una queja, pues en ello iba la gran delicadeza de su orgullo de valiente.

Y cualquiera que hubiese conocido como nosotros las interioridades de su drama, habría tenido que sentirse desconcertado observando la entereza con que se mantuvo.

Peripatético también, don Natalicio hízole solemne entrega del reo al comisario solicitando justicia.

Y una vez estuvo la escolta en formación apropiada, Ramiro hubo de emprender el áspero calvario, escalando la pina y pedregosa ladera de la loma y seguido por un numeroso grupo de gente, más que indignada por su frustrado delito, conmovida por la relevante dignidad de su aspecto y su conducta.

Arrastraba su indomable altivez bajo los resplandores iniciales de una aurora que parecía contener un augurio sangriento en los rojos desgarrones que embarraban sus complicados celajes.

Alguien se permitió la humorada de sumar el cielo al conjunto de los regocijados por su ruin fracaso, tocando las campanas que pendían de dos rudimentarios arcos de madera, cabe a los paredones del templo en construcción, cuando Ramiro alcanzaba lo alto y era conducido a la cárcel con su derrota.

Sólo faltó que se quemaran cohetes.

Arriba del promontorio, que sirviéndole a modo de ombligo unía los dos barrios de la estirada población, estaba la plazuela o baldío central, indispensable en todas nuestras comunidades provincianas. Pero no tenía su distribución mucha similitud con el zócalo característico. El escampado era demasiado grande, y carecía de jardines, árboles sombrosos, andenes, bancas y arbotantes para el alumbrado, y ni siquiera se advertía en su parte central el imprescindible kiosco, desde el cual amenizase las serenatas el conjunto musical de turno. Tratábase sólo de una explanada terregosa y desnuda, con un festón empedrado que pudiera reputarse de banqueta, y a uno de cuyos extremos se levantaban, por todo aderezo, los tableros de una rudimentaria *cancha* de basquetbol dependiente de la blanca escuela pública. Tanto ésta como la iglesia en construcción, servíanle de descubierta por el borde que se asoma al lago. Y por los otros costados se alineaban los edificios públicos más notorios de la comunidad, tendejones y piqueras ubicados en negros edificios de adobe, el jacalón de

paredes de carrizo del mercado, el comisariado municipal, la escuela vieja, el obrador, el mesón y otros locales.

Allí estaba también la cárcel pública. Y como quiera que tenía el techo de paja y la puerta de tablón bastante endeble, tuvieron que ponerle al prisionero dos centinelas de vista.

Después de todo, su estancia en ella no podía ser muy larga. El Comisario someteríale a un interrogatorio a la mañana del día siguiente. Y de resultas de él se tomaría la determinación, si resultaba culpable, de remitirle a Poncitlán con una escolta, puesto que dependiendo San Pedro de esa municipalidad del otro lado de la sierra, en su sólida prisión de adobe tendría que purgar Ramiro Fortuna su delito.

Nadie se ocupó de traerle algo de comer ni de tenderle un petate. Famélico como estaba, hubo de valerse de su viejo ple, arrojándose sobre él en el suelo de tierra apretada para tomar un descanso.

A uno de los guardianes que le vigilaban, le preguntó:

—¿Y'hora qué cosa van a hacer conmigo?

—Ya lo dicidirán nomás le abran su proceso —explicó con suficiencia de leguleyo el centinela—. Espérise nomás que sea l'hora qu'el Comisario pida la comparencia del reo y se le lleve pa' que lo interroguen…

Y, recostado en un rincón, deprimido el espíritu por los estragos de tantas vicisitudes y contratiempos y adolecido el cuerpo por las heridas y las contusiones que le dejara el maltrato recibido de sus captores, Ramiro se hubiese dormido hasta aquella hora solemne, de permitírselo la garra enconosa del hambre.

No suele ser muy severa nuestra justicia cuando no existen interesados con influencias que se empeñen en condenar con rigor a un delincuente.

Todo preso representa una carga municipal. Su manutención gratuita resulta onerosa. Las cárceles de los pequeños pueblos suelen encontrarse más llenas de lo que permite su exigua capacidad. Y el público ya tiene bastante que pagar para que malgaste sus exiguos recursos económicos en empresas de caballería andante que, por lo demás, suelen alcanzar muy escasos resultados positivos. A no ser por el pretorianismo instintivo o temperamental de algunas autoridades, podría hasta decirse que la justicia en

nuestras pequeñas comunidades rurales había alcanzado el grado de benignidad y comprensión que amerita el hecho de que los frecuentes delitos llevan como origen, en la mayor parte de los casos, más que una perversidad consciente, motivos que se fundamentan en una pobreza y en una ignorancia que no resultaría ecuánime tratar de combatir a base de encierro y de garrote…

Además, era Ramiro un joven que, por su aspecto, discreción y modesta entereza, inspiraba fácil simpatía. Y como, por añadidura, parecían existir algunos rasgos de verosimilitud en el alegato con que aseguraba haber confundido la canoa, y el oficio aquél de la Municipalidad de Ocotlán venía exhibiéndolo como víctima de una pérdida dolorosa, y, por ende, merecedor de comprensión, tolerancia y hasta consuelo, al ser juzgado a la mañana siguiente resultó absuelto. El Presidente Municipal de Poncitlán le había advertido al Comisario de San Pedro que no tenía cupo para más en su cárcel y que evitara ser riguroso como juez. Y sólo le impusieron a nuestro amigo la doble condición de que, al quedar libre, pagase a don Natalicio tres pesos por la rotura del remo y se marchara en el acto del poblado, donde no resultaba ya persona grata.

Harto le dolieron a Ramiro estas exigencias. Su limitado capital resentía ampliamente la exacción. Y, por otra parte, hubiera deseado verificar la noticia que el propio Comisario le diese, sobre que había sido uno de los pescadores de una flotilla trashumante que estaba acampada en la isla del Presidio quien estuvo en San Pedro Itsicán dos días antes, procurando al dueño de una canoa que encontraron sola en el lago; y que se volvió a ir ese mismo día llevándosela, porque no era de allí su dueño y ellos estaban a punto de marchar para sus lares nativos de Jocotepec.

Mas, como le habían amenazado con multarle con otros cinco pesos si desobedecía la ordenanza, no le quedó más remedio que ausentarse.

Pero, en posesión de aquellos indicios que confirmaban en gran parte el informe de Juanillo, no podía volverse así a Las Tortugas. Y optó por tomar el camino de Mezcala, siguiendo siempre la margen del lago.

Esta población queda enfrente de la isla. Pero sus indagaciones allí se le volvieron difíciles. Ya habían llegado noticias de aquel intento de robo en San Pedro. Y los nativos lo acogieron con

prevención y reserva.

Cansado de interrogar a los indígenas tecos que la habitan sin obtener otra respuesta que tardos e insulsos monosílabos, decidió acudir al Comisariado, para mostrar el oficio que llevaba y recabar informes sobre la barca perdida. Y como, por un apenas explicable descuido, traspusiera los umbrales del recinto sin acordarse de retirar el sombrero de su cabeza, la falta de respeto a la autoridad y a las altas prerrogativas sociales del local motivó que le multaran con dos pesos.

Después de esa desconsiderada muestra de pésima voluntad o de rigor formalista de los personajes que administraban allí la justicia, resultóle hasta enojoso el proyecto de insistir procurando datos que le encauzasen en sus gestiones. Y optó por volver sobre sus pasos y acudir a las charaleras del atracadero, cuyos dispositivos eran aun más extensos que los de San Pedro Itsicán, para consultar a los pescadores y a los tripulantes de las embarcaciones forasteras que permanecían atracadas a la orilla.

En aquel lugar encontró un viejo que, junto con un mozalbete ahijado suyo, tripulaba un lanchón velero matriculado en San Luis Soyatlán, y el cual se mostró más locuaz, aportando una incierta luz a sus desequilibradas pesquisas. Confirmando las noticias que Ramiro traía, aseguró haber presenciado entre la isla del Presidio y la de Los Alacranes cómo el consabido grupo de embarcaciones componentes de aquella ambulante flotilla pesquera recogía y remolcaba una canoa pequeña, que llevaban hacia Jocotepec cuando, de regreso hacia Mezcala el día anterior, volvió a cruzarse con ellos.

Estos conjuntos de canoas pesqueras constituyen entidades trashumantes, que se establecen por temporadas en los rincones del lago donde descubren que abunda la carpa o la popocha, no importa cuán alejados se encuentren de su terruño. En tiempos pretéritos fueron muy abundantes en el Chapala. Y todavía hoy subsisten algunas, que generalmente proceden de lugares pobres en pesca, como las playas de Jocotepec, San Pedrito y El Chante, y que acuden a levantar sus reales hasta en las proximidades de El Fuerte y Las Tortugas, en el extremo opuesto del vaso.

Integran una comunidad temporal, que ordinariamente está compuesta de tres canoas por cada chinchorro de arrastre que

poseen, aparte de otra más para el que se encarga de aprovisionarlos de víveres y una grande para transportar el pescado a los lugares donde se vende, cuando acampan en puntos a los que no llegan los botes de los contratistas a comprárselo. Suelen acompañarlos una o dos mujeres, las cuales administran las chozas de zacate que a guisa de campamento establecen en alguna solitaria ensenada y se encargan de condimentarles el alimento. La rivalidad que suscita su condición de competidores en la persecución del pescado, origina muchos conflictos y malquerencias que hacen que recaiga sobre tales advenedizos la culpa de cuantos males agobian a los oriundos de los lugares que frecuentan.

Por ello mismo, acaso no debió Ramiro prestarles demasiada atención a las indicaciones que recibiera del Comisario y del viejo.

Mas, como tampoco podía arriesgarse a menospreciar una pista provechosa, y no tuvo en Mezcala ocasión de recoger indicios más alentadores, sacó ánimos de su flaqueza, decidiendo encaminarse hacia Jocotepec, población que está situada en la banda más lejana con relación a la ciudad de Ocotlán.

Y ya que no tenía ninguna posibilidad de hacerlo por agua, partió por tierra.

Por demás está decir que aquel proyecto no tenía nada de fácil. De Mezcala a Jocotepec puede haber alrededor de unos cincuenta kilómetros de litoral, que debía trasponer a pie sobre veredas malísimas. Además, era motivo de elemental prudencia que, ya que se había resuelto a efectuar el recorrido, lo hiciese siguiendo toda la margen del lago para investigar cualquier pista; y ello volvería más dilatada y penosa su expedición.

De todos modos, lo afrontó sin titubeos.

A su paso por el ínfimo poblado de Tlachichilco, compuesto por no más de cinco chozas miserables, esperábale el destino con otro de sus importunos sarcasmos.

Sucede que la exigua congregación se hallaba de fiesta. Una de esas fiestas que no están relacionadas con ninguna de las efemérides notables del calendario, sino que brotan inopinadamente y con cansina frecuencia y banal pretexto en el apacible transcurso de la aburrida vida campirana. Parece como que el pueril sentimentalismo de nuestra gente fuera tan sutil y tan sensible a los más vulgares acontecimientos, que la condujese a hacer un

complicado ritual con cada minúsculo incidente de su convivialidad, y no encontrara modo mejor de manifestarse que con la celebración de uno de estos que toleraremos en llamar festejos. El retorno de un pariente, la realización de un buen negocio, un bautizo, un cumpleaños, un día de santo, una boda, la visita de un compadre, la adquisición de un caballo, la despedida de un *bracero*, la curación de un enfermo, el buen curso de una cosecha, el estreno de una guitarra, la doma de una yunta, el triunfo de un gallo en una justa y hasta la muerte de un *angelito*, constituyen motivos de lógico regocijo y que no podrían pasar sin su celebración correspondiente, bajo severísima pena de dejar resentido al inspirador del festejo o a los que sienten el anhelo de compartir con el vecino sus alegrías… Como con todo sucede, su misma prodigalidad les ha restado brillo a estas celebraciones, hasta volverlas desvaídas y se diría que melancólicas. En la mayor parte de los casos se trata de fiestas que no requieren salones de baile con adorno, ni orquestas protocolarias que las amenicen. Los únicos elementos indispensables para llevarlas a efecto son la sombra de un guamúchil o de un tepeguaje, a cuyo amparo se sientan los participantes sobre unos cuantos peñascos, una botella de alcohol para fabricar los ponches, un estómago a prueba de corrosivos para aguantarlos, una disposición denodada de emborracharse y, en el mejor de los casos, la participación de una guitarra para acompañamiento de ciertas canciones que sirven más bien de desfogue a las penas que de vehículo a las alegrías… Todo ello condimentado con una plática desganada y tediosa y con la rígida prosopopeya de mutuas y abrumadoras cortesías entre los participantes.

Aquella que entonces se llevaba a efecto en Tlachichilco encontró su pretexto en la anticipada celebración del magnífico resultado que prometía la inminente pizca en el coamil de don Esteban Gutiérrez, uno de los vecinos. Y era ya la sexta que en aquella temporada venía a fundamentar la buena marcha del plantío de referencia; puesto que originalmente se celebró la lluvia que humedeció la tierra recién abierta, luego la terminación de la siembra, después la oportuna lluvia que cayó al brotar el sembradío, más tarde el primer sallo o limpia de la plantación y posteriormente la aparición de los jilotes.

El agasajo estaba en todo su apogeo cuando Ramiro apareció por

allí indagando sobre el paradero de su extraviada canoa. Y como la influencia del vino embota la timidez y deja libres a las manifestaciones de esa cortés hospitalidad de nuestros hombres de campo, instósele de modo general a que tomara su ración de ponche, compartiendo sin empacho la alegría que congregaba a la exigua comunidad ante la choza del festejado.

No hubiera deseado cometer nuestro amigo la grosería imperdonable de desdeñar tan amable convite, corriendo los riesgos de convertir aquella gentil obsequiosidad en recelosa molestia. Y aunque le hubiese resultado muy preferible a su apetito que le proporcionaran algo de comer, ellos parecían tan convencidos de que lo que realmente necesitaba era el consuelo del vino, que después de alguna cortés y prudente resistencia optó por convenir en que llevaban toda la razón. Y se dispuso de buen grado a complacerlos.

El hecho estableció por sí solo una fraternal convivialidad que se manifestaba en el cada vez más encarnizado empeño de los anfitriones de hacerle ingerir tragos y más tragos del bebistrajo, hasta que se hallase a tono con el estado de general embriaguez que prevalecía en el conjunto.

Al principio, el abundante ponche ejerció en su organismo una reacción depresiva. Pero, con el abuso, el estómago acabó por asentarse y empezó a confortarlo la grata sensación de seguridad íntima y el desdén de lo trascendental a que nos faculta la euforia, con ese su don de contemplar a la vida desde una perspectiva demasiado etérea para que nos alcancen las salpicaduras inmundas de lo terrenal.

Por lo demás, la fiesta perdió pronto los carriles de la ecuanimidad. La embriaguez fue poniendo de relieve las sordas pasiones de algunos de los circunstantes. Y hubieron de intervenir las mujeres para evitar que la sofrenada hostilidad que entre ellos parecía existir, degenerase, al calor de las copas, en pendencia desenfrenada. Otros lloraban sus sentimientos en unas desconcertantes explosiones de amargura que, por lo indiscretas y clamorosas, apenas se podían tolerar en hombres tan cabales. Y las mujeres, que tenían a honor o a deber no quedarse atrás de sus maridos y padres en el atropellado trasiego de los ponches, fueron derrumbándose y eran llevadas a acostar por las que permanecían

más enteras, o se deshacían en lágrimas sin fundamento aparente, dejando correr el subterráneo río de todas sus penas y desencantos o de sus simples y comprimidos histerismos… Total, que más que fiesta aquello parecía un gran duelo, o un dramón disparatado de esos que en la antigüedad anegaban en lágrimas y en gimoteos los escenarios del teatro popular, para solaz de un público ingenuo, pero con sus ribetes de sádico.

Y como también Ramiro traía en lo hondo su buen caudal de penas, sintióse contagiar por los plañidos. Y hubo de retirarse, discretamente, un poco antes de dejar tan al desnudo como los demás la íntima flaqueza moral que presidía su desesperada búsqueda de la canoa y la artera y veleidosa conducta de *la Güera* Hermelinda.

El caso es que perdió allí un día y una noche enteros. Y cuando, por fin, volvió a la realidad, se encontró presa del malestar de la jaqueca y del hambre a extremos tales, que apenas si le restaban energías para reanudar su camino.

Pero, puesto que aquellos desconocidos que el día anterior le abrazaban, abrumándole con sus fraternales atenciones y con un edificante empeño de compartir sus regocijos y sus desesperanzas, entonces parecían haberse olvidado de él y hasta se dejaban ver recelosos de su presencia en el poblado, no tuvo más remedio que reanudar sin dilaciones mayores su calvario, desdeñoso a las angustias del ayuno.

Y así pasó de largo por San Juan Tecomaxtlán, camino de la risueña Chapala.

VIII

ES, SIN disputa, la población de Chapala la blanca reina del lago.

Con sus pintorescos malecones, sus *chalets* y hoteles cosmopolitas, sus cervecerías aireadas y ruidosas y sus caprichosas casitas vestidas de día domingo, florece al margen de su pequeña playa bruñida por los tiernos soles matinales y acariciada por la frescura confortante de todas las brisas.

Mas, con los pujos de centro turístico y de lugar de veraneo, y con ese insuflado y pretensioso afán metropolitano que ha dejado impreso en su carácter el paso fugaz de los visitantes que la frecuentan, su alma se ha tornado casquivana, e indiferente y fría hacia los auténticos problemas lacustres.

Ramiro pudo comprobarlo así desde el instante mismo de su llegada. Allí, el asunto de la pérdida de su canoa no despertaba el mismo interés que en los otros poblados ribereños. Y la gente acogía su solicitud de informes sonriendo irónica, como si gozara con la pretendida pequeñez de su problema.

De suerte que tuvo que huir, temeroso de acabar con los restos del dinero, y antes de haber recogido siquiera el apoyo de un simple consejo.

El propietario de un modesto bote entoldado para paseantes que estaba a punto de salir del balneario llevando una excursión al pueblo de Ajijic, y que más por viejo que por humano conservaba algo de esa tradicional solidaridad de los ribereños en sus conflictos con la *laguna*, ofrecióse a llevarlo a bordo hasta aquel lugar, sin otra retribución que su ayuda en la boga.

Y, por lo menos, Ramiro creyó poder sentirse complacido de continuar su odisea hasta Jocotepec dejando reposar a sus piernas, martirizadas por la larga y abrupta caminata.

Pero estaba equivocado.

Apenas habían despegado del arenal, cuando empezó a notar

que al acompañante de las tres muchachas que habían alquilado la lancha, resultábale molesta su presencia. Al parecer, sentíase inquieto de verse solo con su cosecha de hermosas mujeres entre dos hombres extraños, y receloso del imprevisto huésped del bote, cuyo aspecto desgarrado y miserable resultaba, a juicio suyo el mejor exponente de una extraordinaria capacidad para todas las perversidades y delitos.

Ramiro había entrado ya en los dominios de la civilización, y empezaba a paladear la amargura de sus injusticias.

Mientras iba remando, traducía de los agrios y frecuentes cuchicheos que cambiaban el señor aquel y el propietario de la embarcación, esta incompatibilidad. Y temeroso de que fuesen a humillarlo en su encrespado amor propio notificándole el caso, iban pasando por frente al saliente del manglar cuando se anticipó a resolver la situación por sí mismo, participándoles, con carácter de irrevocable, su propósito de apearse allí para seguir la ribera a pie, cerciorándose así concienzudamente de que no se hallaba oculta en ella la perdida chalana.

El alivio, pues, le resultó bien precario.

Y por culpa de su incomprendida pero altanera humildad, tuvo que seguir caminando hasta Ajijic.

Recostada sobre los flancos de la quebrada y alta sierra de Tecán, esta población asoma, como la de Chapala, los floridos jardines y las frondosas huertas de sus *chalets* de veraneo a la margen misma del lago.

La presencia de un puñado de residentes extraños, que se ha instalado en ella para disfrutar de la seráfica paz de sus mañanas en medio de cierto libertinaje ostentoso, ha ensuciado su legítima fama de alegre con el baldón de licenciosa y perversa, llegando a ser para algunos algo así como la Sodoma chapálica… Pero, si no existiesen razones de mayor cuantía para arrojar al cesto de las inmundicias esta conjetura tan generalizante, bastarále a la opinión ecuánime de quien un día domingo visita su caserío observar la candorosa ufanía con que sus lugareños portan aún ese típico e inefable calzón de pernera ancha, confeccionado con calicot blanquísimo y lleno de diminutos y caprichosísimos plisados hechos a plancha y con abundante almidón, para establecer cuán sano, por deliciosamente primitivo y sencillo, vive el adorable costumbrismo de sus

moradores, que no ha podido permear ni superficialmente ninguna influencia extraña.

Lo otro, lo que han llevado los de fuera, es postizo y ajeno a su condición, por más que haya querido injertarse en su fama tradicional de pueblo alegre y hermoso; y ha de sacudírselo algún día.

Alegre es, también, San Juan Cosalá, que se halla más adelante. Dígalo si no el singular relieve que en esta población adquiere lo profano, durante la ruidosa celebración anual de Santa Cecilia, patrona de sus moradores.

Sucede que dicha santa, además de la tutelar protectora de San Juan, es la abogada celestial del gremio de los músicos. Y ello origina que, durante las festividades que cada noviembre se llevan a cabo en su honor, se reúnan en la localidad casi todos los tañedores y conjuntos armónicos de la comarca, compitiendo en sus aptitudes sinfónicas para rendirle tributo. Jamás llegará a faltar el afamado *mariache* de Santa María la Joya, como tampoco se podría esperar que estuviera ausente la conocida murga de San Pedro Caro. Ambos acuden, en medio de un entusiasmo alborotado, cruzando en largas y pintorescas travesías la parte más ancha del espacioso lago. Y no son menos indispensables las bandas de Ajijic y de Jocotepec, por vecinas inmediatas, rivales por tradición de la del propio San Juan Cosalá, la cual por aquellos días se despedaza disputándoles su envidiada categoría de favorita de la santa a todas las arribeñas. También Mezcala envía su colorido conjunto de infatigables danzantes indígenas, con sus plumas, sus espejos, sus cascabeles, sus sonajas, sus teponaxtles y sus chirimías, y un alevoso *diablo* que reparte latigazos a cuanto ser viviente se atraviesa en su camino. Y es asiduo inveterado el *mariache* de Santa Ana Acatlán, tanto como don Catarino, ese viejo y gordo cancionero de Tuxcueca que se acompaña con una guitarra de sólo tres cuerdas y ventruda en la misma medida en que lo está su exuberante dueño. Algo más eventuales, las bandas de viento de Tizapán y de La Palma, de Cajititlán y de Zacoalco, así como la murga de San Luis Soyatlán y unos trovadores cursilones de Ixtlahuacán de los Membrillos, suelen frecuentar también la población por esos días. Y no es extraño que llegue el excelente *mariache* de Teocuitatlán, o Fortino, el cieguito de Citala, que toca un carrasposo violín con mejor voluntad que

aprovechamiento, o el otro ciego, ya viejo y arteriosclerótico, de la hacienda de El Molino, don Cleto, cuyos berridos lastimeros se acompañan con las notas armoniosas y goteantes de un arpa dulzarrona y medieval.

Cada quien se posesiona en tales solemnidades de uno cualquiera de los escampados y rinconeras del pueblo, y contribuye con los sones alegres o melancólicos de su repertorio a mantener aquella atmósfera enfiestada que tienta, ciertamente, a olvidarse de los rezos y a sacar a la santa de la iglesia para bailar una polka en mitad del escampado.

Pero no hay en el fondo de todo ello ni una gota de impiedad, sino la más humana y candorosa devoción a la patrona.

Por allí pasó Ramiro, maltrecho de cuerpo y deprimido de espíritu, y con el bolsillo poco menos que exhausto ya.

Habían transcurrido doce días desde su salida de Ocotlán, y apenas llevaba explorada una tercera parte de la ribera chapálica. Pero Jocotepec estaba próximo, y esperaba ver pronto recompensados sus esfuerzos.

Como llegase al anochecer a San Juan Cosalá y decidiera pernoctar allí, viendo abiertas las acogedoras puertas del templo católico y ostentosamente iluminado su interior por numerosas bujías, sintió antojo de penetrar en busca del bálsamo espiritual que apuntalase su decrépita fortaleza. Deseaba rezar algunas oraciones, dándole las gracias al misericordioso Dios de los cielos por lo muy consideradamente que lo venía tratando y pidiéndole, de paso, que no permitiera que se fuesen a frustrar las esperanzas que lo traían desde tan lejos… Y, así que llevó a cabo ese reverente menester, dispuso aprovechar la presencia del sacerdote en la cabina del confesionario para ir a deponer con él sus abundantes culpas en procura de perdón, pues le había asaltado la sospecha de que acaso fuera uno de sus pecados lo que le estaba cerrando tan obstinadamente todos los accesos al éxito y a la dicha.

Confirmó el sacerdote este temor al asegurarle que, con su método de recurrir a exorcismos tales como aquel destinado a hacer que al ladrón se le secaran las manos, estaba incurriendo en la terrible cólera del iracundo Creador, puesto que Él originó a los ladrones al igual que a los honestos, y es por lo mismo el único juez con atribuciones *racionales* para condenarlos… En suma, que

Ramiro había hecho muy bien en acudir a lavar su conciencia de tamañas culpas, si es que esperaba verse favorecido por Dios en su desatentada empresa…

La verdad es que maldita la que se arrepentía nuestro amigo de que al vandálico usurpador de la *Amanda* se le llegaran a caer las manos y hasta los brazos en virtud de sus conjuros… Pero, para tranquilidad del sacerdote (que sin duda temía por las codiciosas manos de los componentes ilustres de nuestras llamadas *fuerzas vivas*) y de aquel señor implacable que todo lo dispone desde allá arriba, así lo admitió en el confesionario; y se fue a rezar de buen grado la considerable penitencia.

Por su parte, conmovido el cura con la tragedia que a lo largo de su confesión hubo de referirle el cuitado, dejóse llevar por un buen deseo de mitigar sus desgracias. Y entrando en el terreno de las confidencias, aseguróle saber de fuente inmejorable que, efectivamente, se encontraba en Jocotepec cierta canoa que fue hallada a la mitad del lago por un hombre honesto, en espera y a disposición de su dueño, el cual sólo debería pagar los crecidos gastos del salvataje y el traslado para recuperarla.

Y le aconsejó que a la mañana siguiente, después de comulgar y de poner una limosna en el cepo de las benditas Ánimas, se trasladara allá sin detenerse.

Como quiera que la cordial ventura de saberse próximo a la feliz culminación de sus anhelos no le permitía dormir, Ramiro no se pudo contener; y, desoyendo el consejo del sacerdote, partió para Jocotepec esa misma noche.

Precisaba hallarse cerca de su querida canoa, en la que volvería a reposar otra vez tranquilo y confortado por el combo abrazo de sus costados de pino, arrullándose, como en un *coy* magistral, con el suave balanceo del agua.

Bastóle con caminar unas horas, contorneando el litoral del lago, siempre al pie de la abrupta y desnuda sierra de Tecán; con atravesar, sin detenerse, la única y larga calle del poblado de El Chante, escoltada de alegres chalecitos de descanso que erigieran para solaz de sus domingos los ricachos de Guadalajara; y ya pudo el peregrino considerarse en las goteras mismas de Jocotepec.

Es éste uno de los muchos pueblos ribereños que casi han dejado de sentirse pescadores y aun lacustres. Como en Jamay, sólo

prevalecen en él algunos vestigios de su gloriosa tradición naviera. Y los que de sus vecinos no han optado por volverse agricultores, procuran vivir de las *vendimias* que propicia el turismo que lo visita en pos de las extensas perspectivas de su playa. Lo que de su flota pesquera ha perdurado es tan miserable que, entre sus canoas y las de El Chante, viejas y revueltas todas sobre la misma orilla, apenas si se completa la docena.

No le hubiera resultado difícil a Ramiro localizar esa misma noche a su embarcación si se encontraba entre ellas, pues cuando en las primeras horas de la madrugada arribó, la luna fulgía espléndida… Pero se había forjado el propósito de no iniciar la pesquisa antes de recibir la comunión, tal como el sacerdote de San Juan se lo recomendara. Y violentó su ansiedad para pasar de largo por junto a la rinconada de la playa arenosa sin explorarla, y llegarse al centro del pueblo donde se levantan las iglesias.

Era domingo. Y esperaba que a las cinco de la mañana abriesen alguna.

Sentóse así sobre el poyo exterior del atrio de la parroquia, aguardando la hora, que no tardaría mucho en sonar en la esquila del reloj del Ayuntamiento.

Un silencio letal extendíase sobre el pueblo, roto tan sólo por el ladrido de algún perro de los aledaños, o por el mugir de las reses que bajaban de sus ramoneos por la sierra a abrevar en la *laguna*.

Nuestro amigo se encogió dentro de su haraposo ple para defenderse del frío de la madrugada, y trató de adormilarse, sin lograrlo por completo.

La oscuridad y la intemperie, sirviendo de marco a sus fatigas y al pesimismo que engrandeciesen los fracasos pretéritos, mantenían, pese a la nueva cauda de vigorosas esperanzas, latente a su desaliento. Era el suyo un presentimiento amargo y sinuoso, que parecía escurrir del manto fúnebre de la noche y que, adhiriéndose a su ánimo, provocaba el amargo desasosiego con que se volvía trémulo y transido de sarcasmos su testarudo desvelo… Y es que le atenazaba el ánimo, ante la consideración de un posible nuevo fracaso, el temor de su penuria económica casi extrema, que trataba de disipar sacudiendo en el bolsillo de su pantalón el cascabel amoroso y confortante de los últimos setenta centavos…

¿Y qué habría sido, mientras tanto, de sus ilusiones respecto a *la*

Güera, sometida al tozudo asedio de aquel Atenógenes maldito?… Las miradas azules de Hermelinda eran entonces como un sueño borroso en sus escasos recuerdos felices. Lo mismo que adquiría un turbio valor somático, bajo el peso de tan reiterados descalabros, el acervo de ilusiones de sus días dichosos, de aquellos en que fue suplente de supernumerario entre los paleadores del lirio y llegó a concebir el atrevido proyecto de edificarse una personalidad relevante en Las Tortugas.

Sólo la visión de un lejano recuerdo amable merodeaba aún, sin difuminarse, entre las tinieblas brumosas de su zozobra: la presencia del añorado rostro de la madre muerta que lo dejó tan chido en el transcurso de los años… Asomada a las etéreas ventanas del cielo, ella seguiría, sin duda alguna, vigilando las vacilantes trayectorias que el huérfano dejaba impresas en el largo camino de sus desesperanzas…

Tiritaba de frío, con el estrujón del hambre acogotándole las entrañas, cuando se abrieron las puertas de una capilla frontera y empezaron a repicar sus campanas llamando a misa.

Se levantó, y atravesando pausadamente la calle, como si temiese suscitar recelos con su premura, introdújose en ella buscando acomodo en la última banca.

El sacristán, que fungía de campanero, era el único ser viviente que andaba por allí a hora tan madrugada. Y, luego de concluir con el badajo, procedía a encender los cirios que iluminaban el recinto. Ellos iban descubriendo, entre los espasmos de sus bailoteantes llamitas amarillas, una efigie impresionante del crucificado, que pendía de la parte central del altar mayor y en lo alto de un frontis deslucido y nada limpio.

Era el Santo Señor del Guaje.

Tiene Jocotepec dos Cristos famosos. Sería difícil establecer cuál entre ambos resulta el más milagroso y cuál el más inútil, porque cada creyente lo decide de acuerdo con su propia devoción y los favores que les adeuda. El Santo Señor del Monte es más pequeño y estilizado, y tiene a su favor el hecho de ser oriundo de la localidad, en gracia a lo cual ocupa el lugar prominente en la parroquia. Este otro, el Santo Señor del Guaje, es, por el contrario, un arribista desproporcionado, de aspecto un tanto monstruoso, con los ojos saltones y un tallado primitivo y basto que podría hacer las delicias

de cualquier escultor de las escuelas modernas. Presenta el tórax hinchado, las piernas cortas, los brazos excesivamente largos y la cabeza, por grande, en notoria desproporción con lo restante del cuerpo. Las llagas de sus rodillas serían desgarrones de consecuencias mortales, puesto que chorrean sangre a los pies mal conformados dejando al desnudo un buen tramo de hueso.

De esta deformidad un tanto repelente no tiene la culpa el humilde rebaño de Jocotepec, sino el poder milagroso de la propia imagen que, según asegura la leyenda, efectuó el primero de sus prodigios para salvarse de la intención de pulimentarla y reducirla a proporciones más racionales. Cuéntase que un campesino de El Chante bajó en años muy pretéritos del cerro, el tronco del guaje de que está hecha, con la intención de elaborar un yugo para su yunta. Y se encontró, al tenerlo en su corral, con que la madera resultaba tan compacta que, cuantas hachas utilizó para tratar de penetrarle se mellaron del filo antes de lograr herir ni siquiera su corteza. Desalentado, el hombre abandonó el propósito y el tronco. Y como pasara por allí el señor cura de Jocotepec, que iba camino de San Juan Cosalá o de San Antonio a oficiar una misa, y observase en la figura del tronco cierta disposición para labrar en él una imagen del Crucificado, preguntóle al rústico si lo vendía. Él contestó que, puesto que no había logrado dominar con el hacha sus nudosidades, se lo regalaba de todo corazón. Y el vicario lo hizo trasladar a Jocotepec, dándoselo a labrar a un artífice local bastante diestro en aquella clase de esculturas. Éste lo trabajó sin dificultad, aunque por ceñirse a las facilidades que presentaba la configuración natural del madero, la imagen resultó demasiado grande y sus trazos tan groseros y rudos que contrastaba muy desairadamente con el Santo Señor del Monte, a quien estaba destinado a duplicar o a hacer compañía. Y ofendido éste, se opuso a que penetrara en su iglesia, volviendo al nuevo santo tan descomunalmente pesado, que ni con la ayuda de todos los bueyes del lugar fue posible moverlo y hacerle trasponer las puertas. Entonces, el señor cura le indicó al artífice que lo rebajara de tamaño, aprovechando la oportunidad para equilibrar las proporciones de su figura. Y es fama muy admitida que cuando el hombre dio el primer golpe con la azuela sobre el pecho de la extraña imagen de Cristo, de la herida que infiriese brotó un chorro de sangre, dejando advertir que de seguir adelante

con sus propósitos, tanto él como el sacerdote cometerían un gravísimo sacrilegio… No hubo más remedio que edificarle su propia capilla, donde consintió, satisfecho, que lo izaran en el altar mayor y exhibe aún sus burdas formas originales, humillando al conjunto de reverentes devotos con la mirada angustiosa de sus enormes ojos agonizantes.

Tal era la imagen ante la cual oyó misa y comulgó Ramiro Fortuna esa mañana con toda la humilde unción de sus arraigados fervores religiosos, acabando por depositar en la bandeja de las limosnas, y como pago anticipado por su milagrosa ayuda en la recuperación de la canoa perdida, aquellos últimos setenta centavos que le quedaban en el bolsillo, y que tan valiosos hubieran sido para buscar un alivio al hambre inmensa que lo transía. Estimulado así, pudo salir y correr hacia la playa en donde debiera encontrarse su barca, confortado por una esperanza supersticiosa…

En lo más alto del cénit, pálido ya por la brumosa presencia de la amanecida, el guerrero Orión, armado de su jabalina y seguido de sus fieros canes, se reía a carcajadas de la maltrecha credulidad de aquel desamparado Ulises de la región chapálica.

QUINTA PARTE

EL ENCUENTRO

“No era rejiega la mula;
la hicieron a sombrerazos.”

I

HAY situaciones en la vida de los hombres en las cuales el cálculo no tiene la menor importancia. Se ha llegado a un punto en el que resulta igual tomar una que otra senda, porque todas ellas son análogas de largo y conducen a un mismo destino: lo imprevisto. Son casos en los que un avance tiene el mismo valor de un retroceso, puesto que ambos conducen a la aventura.

Tal le sucedía a Ramiro cuando resolvió seguir adelante, bordeando la ribera del Chapala, en pos del fantasma intangible de su canoa perdida.

El jefe de la flotilla pesquera de Jocotepec que había estado acampada en El Presidio confirmó el hallazgo de la chalana muy cerca de la isla de los Alacranes. Pero desvirtuólo asegurando que ni era tan nueva como Ramiro pretendía, ni llevaba por nombre el de *Amanda* ni su extravío debió ser de fecha muy reciente… Aseguraba habérsela devuelto a un pescador de la Puerta de San Nicolás, que demostró con pruebas más que satisfactorias que la embarcación era suya.

La Puerta de San Nicolás queda por la otra banda del lago. Y por la otra banda del lago se alinean, asimismo, Tizapán, de donde Ramiro podía esperar el encuentro con algún conocido que le prestase ayuda, y, más adelante, Palo Alto, de donde estaba muy cierto de que se la darían. Y como Tizapán se halla más cerca de Jocotepec que Las Tortugas y aun Palo Alto puede ser que equidistante, y ya que no había investigado aquella parte de la ribera en sus desafortunadas pesquisas, y puesto que, realmente, lo mismo era andar un camino que otro colgado de las garras del azar y sin un centavo en los bolsillos para aplacar con él los despiadados zarpazos del hambre, optó por seguir de frente, contorneando el desolado litoral y con más afanes por llegar vivo a Tizapán que

ilusiones de encontrar a su paso la extraviada canoa.

La primera contingencia llevóle a confirmar el acierto de su elección.

Al llegar a San Pedrito, un hado providencial, acaso el rudo Señor del Guaje, puso en su camino a un grupo de personas que tomaban alborozadamente *pajaretes*, y que advirtiendo toda la inanición que delataba el gesto con que se detuvo a observarlos, no pudieron menos de inducirle bondadosamente a que los compartiera.

El tal brebaje aúna a la imponderable virtud de constituir un magnífico embriagante, la de ser un nutritivo alimento. Y resolvía temporalmente los azares de su desesperanzada inopia. De modo que no lo detuvo ni la atención a un mínimo elemental de la cortesía. Y haciendo reiterado honor a la generosa obsequiosidad de los que le invitaban, trasegó no menos de dos litros, que levantaron a la vez que su ánimo y sus energías, algo de la desplomada fe en su destino, permitiéndole continuar hasta San Luis Soyatlán sin desmayo.

Parece como si a partir de entonces una compadecida voluntad superior le asistiese en su desamparo, iluminándole por lo menos en la solución de los apremios más inmediatos.

En el playón de San Luis, pocos momentos antes de entrar en los aledaños de ese pueblo, que la nueva carretera pavimentada ha partido en dos y va despojando de sus bucólicos matices lugareños, presentósele fácil oportunidad de adueñarse de una garza azul, pollona y robusta, que yacía aprisionada de las patas entre el alambrado de púas de una cerca caída. Con ella subió a la población y, al cabo de una hora de estira y afloja, consiguió vendérsela en cinco preciosos pesos a los tripulantes de un automóvil que se había detenido frente al mercado.

¡Cinco pesos benditos que le permitieron comer hasta el hartazgo y partir después hacia Tuxcueca, llevando una reserva monetaria capaz de sufragar por lo menos otras dos buenas comidas!…

Ni siquiera siguió ya la margen del lago. Iba demasiado feliz para esclavizar tan rigurosamente sus empeños a la inútil búsqueda de la chalupa. Y ansiaba hollar el piso fácil del asfalto de la carretera, que, un poco alejada de la orilla, bordea de todos modos

el litoral chapálico, aprisionada y comprimida entre éste y el cordón montañoso de la sierra de Tizapán.

No obstante, y al parecer, alguna disposición superior le empujaba a plegarse a su primer designio, o era que, ciertamente, él no había alcanzado todavía el grado de civismo que requiere el uso de tan magnífico camino. Pues los tripulantes de un resplandeciente automóvil que lo sobrepasó a poco de ir marchando por la pista, molestos por su escasa presteza en hacerse a un lado, le gritaron al paso fugaz del vehículo, incitándole a entender que el centro de la cinta pavimentada no estaba destinado al tránsito *de pollinos de su categoría*.

Humillado por la grosera conminación, e impotente para tomar fiera venganza del insulto, conformóse con emitir, entre dientes, un improperio soez contra los autores de la insolencia. Y amargado por el incidente, tomó un desvío y fue descendiendo hacia la ribera del lago, más amable, comprensivo y fiel con su rústica, pero digna, condición de lugareño.

El agua lo conocía mejor. Fue como otra madre que velara su infancia y aun parecía que le uniese a ella el cordón umbilical de ese parentesco. Ella le prestó un grandioso escenario a los mejores momentos de su mocedad, y le enseñó a sentirse fuerte ante las contingencias del infortunio que empaparon de lágrimas y sudores a su pobre vida… Y Ramiro no debía alejarse ni un breve instante de su generosa compañía.

Sin haber obtenido ni en Tuxcueca ni en la Puerta de San Nicolás un triste indicio sobre el objeto de su prolongado periplo, llegó a Tizapán una risueña mañana de fines de octubre.

Componen esta pequeña población dos barrios que son casi dos pueblos diferentes: Tizapán el Alto y Tizapán el Bajo. El primero yace sobre el lado superior de la carretera, al pie de la sierra cuyas vertientes se precipitan sobre su caserío. El otro se desparrama hacia la parte baja, aunque lo separa de la fugitiva orilla del lago un ya considerable trecho de huertas de camote y calabazas, así como la verdeante opulencia de unas pródigas milpas. Allí radica el atracadero, que encuentra difícil abordaje por la desembocadura del arroyo de la Pasión, o se resigna a contemplar sus canoas y sus lanchones fondeados a respetable distancia de la margen seca, ya que el calado es insuficiente para permitirles arrimar todo lo

debido.

No tenía Ramiro ninguna razón para visitar el Alto, y fue lógico que sus pasos lo llevaran directamente al embarcadero.

Más que el afán de encontrar noticias de la *Amanda*, hostigábale la esperanza de descubrir algún lanchón conocido que pudiera transportarle a Las Tortugas o a Ocotlán. Pero sólo estaban dos embarcaciones forasteras, y no iban por esa ruta.

Trataba, sin embargo, aunque no de mucha intimidad, a los tripulantes de una de ellas, que eran oriundos de Cojumatlán. Y no le fue difícil entablar conversación, poniéndolos en antecedentes de su deplorable problema. Con lo cual, si bien no pudo conseguir un informe consolador respecto al paradero de su canoa, obtuvo al menos la promesa de que lo llevarían hasta Palo Alto, que les quedaba de camino, en cuanto tuviese lugar su partida.

Y, movidos por aquella inveterada obsequiosidad mestiza, cuyos generosos desplantes tanto contribuyen a aliviar los agudos perfiles de la frecuente penuria, le incitaron desde luego a compartir con ellos el sabroso *caldo michi* que estaban condimentando en un bote de latón y con una roja fogata encendida sobre el ribazo, a la sombra de los sauces de tan amable ribera.

Y fueron transcurriendo los días, unos días amargos, transidos aún de infortunios y de fracasos, salpicados de tenues y frágiles alborozos y sostenidos apenas por macilentas esperanzas, cuya comprobación parece que se gozara en frustrar una adversidad inapelable.

Hasta que la búsqueda encontró un carril más firme; y los elementos que continuaban oponiéndose al tambaleante esfuerzo del cuitado, empezaron a lucir menos rigurosos en su inhumana dureza.

No se equivocó Ramiro al pensar en que hallaría generosa ayuda en Palo Alto.

De resultas de sus frecuentes visitas en el lanchón de Lodegario, contaba allí con algunas amistades entrañables, descollando entre éstas la de Romualdo, aquel mozo paleador de arena a que se refiriese el patrón de *La Chula* contando una anécdota cuando se quedaron al garete en la mitad del lago. De tal suerte, apenas arribó nuestro héroe y en seguida empezó a disfrutar de los beneficios de su hospitalidad. Impuesto de la dramática situación del recién

llegado, Romualdo no sólo procuró serenar sus desconciertos y aliviar su derrumbe moral con consejos afables, sino que procedió a brindarle un amplio apoyo práctico, buscándole acomodo en su casa, haciéndole compartir sus alimentos y destinándole el mejor rincón y el petate más entero y limpio, para que fuera restableciéndose de sus fatigas. Hasta hizo que en honor del huésped sacrificara su mujer el mejor pollo de la parvada y gestionó y obtuvo de unos vecinos chicharrones y carnitas de puerco que habían de servir como botana al contenido de una botella de charanda con la que brindarían por el mutuo placer de volver a verse.

Confióle nuestro amigo sus propósitos de desistir ya de la estéril búsqueda, retornando a Las Tortugas o a Ocotlán así que se presentara la primera oportunidad de llevarlo a efecto. Y, diligente y complacido, el otro se hizo cargo de su manutención y albergue en tanto que arribaba algún lanchón de por aquellos rumbos para contratar el transporte.

Mas el mismo travieso destino que gozara jugando con él a lo largo de las muchísimas leguas recorridas, resolvió que esos proyectos no se realizaran aún.

Sucede que al otro día de la llegada de Ramiro atracó a Palo Alto una canoa de rancho de un viejo navegante de La Palma, conocido y hasta pariente lejano del anfitrión. Y él trajo la noticia, dada con un aplomo y un comedimiento impresionantes, de que unos pescadores de la tenencia de San Pedro Caro habían encontrado y recogido en días pretéritos una canoa chica y poco menos que enteramente nueva.

Los detalles del informe eran concretos y la severidad de la explicación plenamente satisfactoria. ¿Cómo evitar que, a merced de ella, tomara cuerpo en su ánimo el aliento de una nueva esperanza?… Ramiro llevaba caminado y sufrido tanto en busca de su embarcación, que anacrónico le resultaría desentenderse entonces de ella y retornar a su pueblo sin antes haber investigado la prometedora pista. Esto, bien es verdad, obligaríale a recorrer lo que le faltaba para circunvalar completo el vaso chapálico. Pero le estimulaban en su renacida decisión los conceptos y la ayuda de su amigo; quien no sólo le facilitó por tiempo indefinido un magro botecillo de remos que poseía, sino que proveyóle de mangos,

plátanos, camotes y pepinos en abundancia, así como de unos trozos de cecina seca y de un itacate repleto de gordas para que no pasara hambres.

Reviviendo su angustiado anhelo de recuperar a la inefable *Amanda*, Ramiro se subió al bote y partió sin tardanza hacia San Pedro Caro.

No fue el trayecto corto ni fácil.

La pequeña península de Petatán, con sus pujos de rústico balneario primaveral y sus dos enramados macilentos, desguarnados por el abandono y el azote de todas las inclemencias, contemplóle bogar compadecida de su inútil apresuramiento. Transpuesto el breve fondeadero de Cojumatlán, tuvo que hacer un considerable rodeo para salvar el bajo fangoso que el descenso del nivel del lago había ido dejando por aquella parte. Y ello demoró su viaje, no quedándole otro remedio que detenerse en las inhóspitas soledades del Rincón de María, para bajar a tierra en uno de sus lotes, calentando la primera ración de las provisiones que llevaba y pernoctando en espera de la madrugada siguiente. Tanto como por lo desamparado, debió resultarle impresionante aquel lugar por su tenebrosa historia. Tratábase de una ensenada recogida al socaire de las altas vertientes del desfiladero de la Tepusa, rico, según la leyenda pueblerina, en incalculables tesoros ocultos, y al que sirven de espaldar, por un lado los elevados y anfractuosos contrafuertes de la sierra de Tizapán, y por el otro el aventajado cerro del Puerto del Rayo. El corte, poco menos que vertical, de ambas laderas, volvía inaccesibles por tierra las orillas del oscuro paraje lacustre. Y era fama, todavía latente, que en aquellos pequeños y erguidos islotes que le sirven de esconzo encontraron refugio los únicos piratas que existiesen de cierto en el Chapala.

Aparecieron ellos en los tiempos de Victoriano Huerta, cuando se hallaba la Revolución en su apogeo. Y aunque sustituían las botas de agua por el recio huarache pintado de bermellón de Sahuayo, el chambergo emplumado por el gentil sombrero tarasco de palma y del propio lugar, el alfange argelino por el cuchillo, cachas de cuerno, de Sayula y el arcabuz de boca ancha por el automático y más feroz
30-30
norteamericano, procedían con la misma crueldad y alevosía que

hizo famosos a los más connotados de los clásicos corsarios del Caribe. Izaban bandera negra con la calavera y las tibias bordadas en blanco. Y, a bordo de sus veloces chalanes veleros, interceptaban o perseguían, durante las noches, a las canoas y lanchones que sobrellevaban el entonces movidísimo tráfico de aquella parte del lago, para abordarlos y desvalijarlos arrojando al agua a algunos de sus tripulantes y llevándose cautivos a otros con el fin de un rescate convencional por su pellejo. A estos secuestrados y a los cargamentos habidos en la rapiña, que poco a poco iban distribuyendo después por las poblaciones de los contornos reteníanlos en los islotes del Rincón de María, precisamente donde se refugiara Ramiro para pasar la noche sin cuidado de los fantasmas de su trágico recuerdo. Perseveraron en esa actividad por algunos años, llegando a inspirar gran pánico en toda la región. Y al fin, cayeron en una hábil celada que los soldados carrancistas les tendiesen, de resultas de la cual y en honor a la más pura tradición corsaria, tres de ellos fueron colgados de los mástiles de sus propios lanchones y expuestos así en el puerto fluvial de Ocotlán para escarmiento público. Muy a pesar de que tenía algunos antecedentes de este episodio histórico, el cansancio de nuestro hombre hízole dormir placenteramente en aquel tétrico sitio.

Cuando al sobrevenir la aurora se dispuso a reanudar su derrotero, encontróse Ramiro con que los arrebatos del *mexicano* de la amanecida levantaban un encrespado oleaje contrario, forzándole a detenerse hasta que el brisote se sosegara, con gran impaciencia de su parte por el mucho tiempo perdido.

Amainó el viento ya cerca del mediodía. Y sólo entonces pudo bogar hacia el interior del lago, tratando de sobrepasar la altura de La Palma antes de que declinara la tarde.

Con el *orto* llegó a San Pedro Caro.

Resultaba imposible atracar el pequeño bote a sus orillas. Tanto esa comunidad como la de Pajacuarán quedaron al interior del dique que protege contra las inundaciones a la desecada Ciénaga michoacana. Y con los últimos descensos del Chapala han acabado por perder toda su condición de ribereños, viéndose compelidos a dedicar sus afanes a la próspera agricultura.

Esto no obstante, el apego a lo tradicional preserva en sus moradores cierta afición a las faenas lacustres, que inclina a muchos

de ellos a llevar a cabo un esfuerzo por ayudarse a vivir con la lejana pesca y con la todavía pródiga caza en los terrenos y acequias de lo que fuera la Ciénaga de Cumuato y la isla de La Maltareña, precariamente comunicadas ya por el estuario del Lerma con la laguna abierta.

Fue así como Ramiro tuvo que caminar un buen trecho tierra adentro, importunando a las bandadas de garzas blancas que, respetadas y mimadas por los agricultores que les estiman estos beneficios, reposaban de su cotidiana indigestión de huevos de pato garbancero y de crías de ratas campiranas, luciendo tranquilas y filosofantes al mortecino sol, el albo esplendor de sus inmaculados plumajes.

Y, al cabo, entró en la tenencia de San Pedro Caro.

Negáronle allí obstinadamente haber recogido canoa alguna. Pero, acaso conmovidos por su triste aspecto e interesados en buscarle un fácil desahogo a cierta vieja rivalidad que los conducía a tratarse mutuamente de perversos y ladrones con los habitantes de la cercana Pajacuarán, en seguida se les ocurrió y pasaron a explicarle que, si efectivamente fue vista remolcar hacia esa costa su chalana, con toda certeza que el autor del secuestro había sido algún vecino del otro pueblo.

No le quedó a Ramiro más solución que pernoctar allí, tendido en su bote, para llegarse a la mañana siguiente a la inmediata comunidad.

El macilento aspecto de este poblado le ha conducido a merecer la dolosa fama de un verso muy difundido y pregonado por todas las riberas del Chapala, el cual, aspirando sin duda a ejemplificar lo despreciable, establece con decepcionada y cruda rotundidez cierta amarga conclusión apriorística que no resistimos el deseo de dejar consignada aquí:

> *“Si nuestro buen padre Adán*
> *por estas tierras volviera,*
> *en todas partes viviera,*
> *menos en Pajacuarán…”.*

Por supuesto que, tanto como se podría haber encontrado allí al primer hombre de la creación, estaba por sus contornos la famosa canoa de nuestro amigo. Y que, al investigar el cuitado,

inmediatamente les fue *devuelta la pelota* a los moradores de San Pedro Caro, de quienes se le aseguró con particular insistencia que todos ellos robaban, con la única excepción del Santo Apóstol, y que aun éste, no eran escasas las oportunidades en que llegaba a servirles de encubridor…

Por tenerlo previsto de antemano, el nuevo desengaño no abatió a Ramiro mucho más de lo que ya se encontraba. El hábito desbasta hasta los más crueles rigores, y priva a los fracasos de su mismo valor negativo, no importa los esfuerzos que realice la testaruda esperanza para sobreponerse a sus mortificantes designios.

Al alejarse de ambas tenencias, dispúsose a cruzar la desembocadura del río Lerma, arrastrando el bote sobre el légamo de su delta, dejando a un lado La Barca, y con el propósito de explorar el pronunciado saliente del ya seco Pantano de Jamay, así como la antes insospechada cadena de escolleras que ha venido surgiendo con la desecación, frente a las ruinas del que cinco décadas atrás llegara a ser famoso y muy concurrido *Hotel Ribera* de El Fuerte.

Era el último tramo del litoral que le faltaba hacerlo de camino hacia Ocotlán y Las Tortugas.

Y en ello iba, cuando distinguió un bote de motor que navegaba a su encuentro.

Atribuyólo, al principio, a una mera coincidencia en la ruta. Pero pronto pudo darse cuenta de que su tripulante deseaba hablarle, pues había aminorado la marcha y se disponía a detenerse junto al costado de su chalupa.

Aunque escasamente hubiera podido imaginar nuestro hombre la inusitada trascendencia que adquiriría tal encuentro, se sorprendió mucho al reconocer al que manipulaba en el motorcito. Era nada menos que aquel malaventurado *Pollo Culeco* de la aciaga noche de la parranda, por más que el bote que ahora venía piloteando no fuese ya el estridente *Bienvenido* de la Compañía Hidroeléctrica.

Ignoraba Ramiro que José Antonio había conseguido emanciparse, al fin, de tan incomprensivos patrones, asociándose con un empacador de pescado de Ocotlán que aportó el dinero necesario para adquirir la vieja embarcación que entonces conducía, y a bordo de la cual estaba recorriendo cotidianamente el

lago, disputándoles a los otros contratistas la provechosa compra de los peces.

No se pudiera asegurar aún que estaba próspero. Pero sí que, especulando con el trabajo ajeno como otrora explotaron el suyo, hallábase en el camino más indicado para llegar a estarlo. A la vez, su categoría independiente facultábale ya para fustigar a aquel aborrecido Martín con cierto olímpico desdén jerárquico, rubricado mediante un despectivo y altanero escupitajo y con la exhibición de una vieja pistola sobre su cadera, cada vez que en las funciones de su flamante profesión pasaba junto a la draga en la que el mecánico seguía prestando sus acostumbrados servicios.

El comprador de pescado no reconoció a Ramiro con la misma presteza. Estaba nuestro pobre amigo demasiado magro, malparado y enflaquecido por las fatigas y las vigilias de su prolongado periplo, y aun la madre que lo echó al mundo se hubiera visto en serias dificultades para reconocerlo. Hasta en el momento en que le preguntaba si traía peces que vender, pareció recordar las facciones del ex suplente de supernumerario; pues se pudo advertir el esfuerzo que hacía para concentrarse, esfuerzo que plasmó, al fin, en una franca expresión de sorpresa… De suerte que, muy antes de que el otro pudiera formular la negativa, tornóse forzadamente amable, sustituyendo aquella escueta pregunta por otra llena de cordialidad:

—¿Qué te habías hecho, pues, que no te dejabas ver?

Aunque con evidente desgana, Ramiro tuvo que explicarle.

—Ando buscando una canoyita que se
m’extravió
va tiempo.

—Luego, ¿te dedicas ahora a pescar? —inquirió *el Pollo Culeco*, enderezando hábilmente la conversación hacia su asunto.

—Nomás la incuentre… Si es que la jallo…

—Pues me alegro mucho de haberte topado —explicóle, definiéndose, el ex pagador de la Compañía—. Has de saber que ahora estoy en el negocio de la compra de pescado, y quiero que, como viejos cuates que somos, me des la preferencia cada vez que saques y quieras vender algo. Pago mejores precios que Cirilo y que Roberto, y estoy seguro de que te costea… A propósito: ¿en qué comunidad vives?

—En Las Tortugas tiene su humilde casa —repuso cortésmente el pobre Ramiro, olvidado de que parecía estar muy lejano el día en que pudiese reconstruir aquel jacal que tan anticipadamente estaba ofreciendo.

—Gracias… Pues, yo paso por Las Tortugas tres veces a la semana. Y de ahora en adelante ya sé que cuento allí también contigo pa' que tratemos.

Poco menos que ningún interés tenía Ramiro Fortuna en aquel arreglo. Las devastadoras borrascas de la adversidad se habían llevado en su turbión embravecido los candorosos proyectos que otrora le ayudasen a soñarse pescador. Y prefería no amamantar nuevas ilusiones antes de llevar a efecto la recuperación, cada vez más problemática, de la canoa… Sin embargo, no deseaba contradecir a aquel amigo. Y consintió de muy buen grado en que, llegada la oportunidad, no vendería ni un mísero charal antes de conocer las ofertas de este nuevo y diligente contratista.

En correspondencia a tan espléndida disposición, *el Pollo Culeco* sintió un donoso afán de interesarse en su amargo problema. Y como, de pronto, se le viniera a la memoria algo que tenía muy fijo en ella, pero que había descuidado, le interpeló:

—Oye: ¿cómo era tu canoa?

—Chicampiana; pero nuevecita… Me
l'acababa
de entriegar *el Casquillo* cuando se me soltó.

—¿Y no la buscaste bien
pa'l
rumbo del Presidio? —indagó José Antonio, cada vez más enigmático.

—Pa'llá mero, no —repuso Ramiro, interesándose—. Pero la busqué por todo lo qu'es l'orilla de la laguna, y no jui quien pa' dar con ella.

—Te lo preguntaba —explicóle el flamante contratista—, porque ayer me topé una que andaba flotando entre dos aguas como cosa de dos millas más acá de la mentada isla. Por poquitas la embisto. Y a no ser porque cargaba muy poco hielo y le temí que se me fuera a acedar el pescado si me demoraba en ello, la hubiese sacado a tierra… Hasta me le arrimé pa' reconocerla. Y por cierto que no estaba ni tan maltratada; por más que sí tenía ya tantita lama, como

si anduviera hundida de tiempo… Lo que más me sorprendió fue que cargaba unos piedrones sobre la tarima, como si se los hubieran puesto de intención y pa' fin de que se hundiera de a tiro… Precisamente por ello es que anda como una cuarta más abajo de la superficie, y sólo se la ve muy de cerquitas.

Tan minuciosa explicación estaba operando un cambio muy notable en el ánimo desalentado y escéptico de Ramiro Fortuna. Es el caso que todos los pormenores del relato coincidían satisfactoriamente con las circunstancias lógicas en que debiera hallarse la *Amanda* si aún permanecía en el lago… Y una perceptible y creciente ansiedad iba saturando sus atosigadas ilusiones y parecía restablecer la maltrecha fe de los primeros días de la búsqueda.

No obstante, le atemorizaba la audacia de volver a sobresaltarse con la atención de nuevas pistas, seguramente erróneas como las anteriores. Y antes de dar entera cabida a ningún supuesto venturoso, se lanzó en pos de una definición más concreta… Temeroso, a la par, de quebrar el sutil encanto que removiera en su ánimo aquella novedad inesperada, inquirió cautamente del *Pollo Culeco*:

—¿Qué, por un casual, no le vido el nombre?

—Se lo vi —admitió éste con definitiva entereza—. Lo llevaba pintado en letras grandes y coloradas por el costado de la proa. Se llamaba… Espérame… Permíteme recordar… Se llamaba…, pues, creo que *Amada*…, o algo por el estilo.

—¿No sería *Amanda*? —preguntó Ramiro, conteniendo el aliento y con la voz enronquecida y trémula, en trance de explotar todo él en un gozoso frenesí con la estupenda noticia.

—¡Exactamente!… *¡Amanda!* —confirmó José Antonio—. Pero creo que era de Ocotlán, o, por lo menos, de allí tenía la matrícula y hasta el nombre del propietario que no recuerdo cómo iba…

—¿Ramiro Fortuna?

—¡Eso!… ¿Qué, así te llamas?… No me recordaba… ¡Quién iba a imaginar que era la tuya!… Hasta traía el pendiente de dar parte en Ocotlán cuando llegara, pero se me pasó hacerlo…

Nuestro amigo no escuchaba ni entendía ya aquellas minucias.

Podía sentirse entonces seguro de que estaba sobre una pista definitiva. Y eso era muy consolador para quien, como él, llevaba

cinco semanas de la Ceca a la Meca y dando palos de ciego.

El diástole y el sístole alternativos de su víscera cardiaca se conmocionaban e iban adquiriendo, al calor de la noticia, una desorbitada y casi peligrosa excitación. Y, a través de los desgarrones de su gruesa camisola de rayadillo, el estertor del pecho se le volvía convulso y se agigantaba con aquella incipiente amenaza de estallido…

Al fin, se serenó. Enjugóse el sudor de la frente con la manga del antebrazo, ante la sorprendida expectación de su informante, que no esperaba verlo tan emocionado, y atragantándosele en la tráquea las furias de su desbordada ansiedad, indagó de él, con voz silbante y poco menos que velada:

—¿Pa' onde mero dice que andaba?

—Cosa de unas dos o tres millas pa' este lado de acá de la isla del Presidio —le complació, solícito, el ex pagador—. Seguro se le extraviaron los remos y el aparejo, porque yo la vi pelona. Y, a no ser por los piedrones que le echaron adentro, pa' mí que hubiera largado hasta la tarima del panel… Como te digo, por ellos precisamente es que anda flotando tan hundida. Y puede que te sea difícil hallarla, porque no trae lirios ni malezas atorados de modo de que te orienten de lejos… Sólo cuando la laguna se pica asoma de vez en vez entre el batidero del oleaje… ¡Pero si te apuras y la buscas bien por donde te digo, tienes que hallarla!…

II

IBA RAMIRO enardecido y sudoroso, remando con desesperación, cuando, una milla más adelante, divisó a su vecino Encarnación Suárez, que inclinado hacia la parte de afuera de la borda de su canoa, recogía un tumbo que tenía tendido a media *laguna*.

Y apenas pudo éste reconocerle, cuando se puso a gritar, presa de musitado y mal comprimido regocijo:

—¡Qué güeno que al final apareciste, Ramiro!… Tiene días que te anda buscando
to'a
la comunidá, porque ya son varios los que devisan a tu canoyita
pa'l
lado de la isla de Mezcala.

—Me lo acaban de informar —convino el interfecto también a grandes voces y reventando de contento por esta elocuente reiteración de los informes que poseía—. Pa' allá iba, precísimamente, a ver si daba con ella.

—Anda flotando entre dos aguas, y
pa'l
lado de acá de la isla del Presidio.

—Es lo que me dijieron.

—¡Pos, anda, apúrale!… No sea la de malas que don Matías, e salió esta mañana dizque a recogerla, te vaiga a ganar y la jone de a tiro…

Existía en tal sugerencia algo que desconcertó a nuestro hornbre. Acaso hubiera cometido la ligereza de interpretar torpemente lo que su interlocutor quiso decir… ¿No se referiría éste a la torpeza del viejo?… Porque, ¿cómo creer que Matías Doblado, el hombre que fue su protector y consejero, su mejor apoyo y del que, su afectuoso comportamiento para con él llegó alguna vez a hacerle pensar si no sería su mismo padre, aquel padre desconocido del que no tuvo

jamás la menor noticia, pudiera cometer deliberadamente tal villanía?… A no dudarlo, Ramiro había torcido la justa interpretación de las palabras del pescador. Y, por asegurarse, volvió a gritarle a éste:

—¡Ojalá que la jalle!… A la mejor, pa' estas fechas la carga ya de camino
pa'Las
Tortugas.

Turbóse Encarnación Suárez al comprobar que en su precipitación le había descubierto algo que Ramiro ignoraba y que hubiese sido mejor que llegara a conocer por otros conductos. Mas entonces se le antojaba ya muy tarde para tratar de enmendar las apariencias con evasivas. Y acaso ni valiera la pena de intentarlo.

Desembarazóse del extremo del tumbo que sujetaba y, empuñando los remos, bogó para arrimarse a la barquita del joven, que también viraba por acudir a su encuentro. Mientras se iban acercando, al primero de ellos atormentábale el dilema que le plantease su indiscreción.

No le parecía sensato inmiscuirse en asuntos tan delicados, y de los que siempre queda como cosecha una enemistad enconosa y para toda la vida. Fue precisamente por esto que se callara hasta entonces, y por más que siempre sospechó de la vil intervención del viejo, escociéndole en el alma lo que llevaba de inicua… Pero es que a la sazón existía una esperanza positiva de remediar el entuerto en lo que al muchacho le estaba perjudicando. Y, ante la torpe inconsciencia de éste, que hubiese podido malograr estúpidamente su exigua oportunidad de recuperar la canoa y rehacer con ella su vida, el hecho de desamparar esa indefensa honestidad por la precaución medrosa de no meterse en un conflicto, se le antojaba que podía llevarle a comprometerse en una tácita complicidad con el infame que le buscaba la ruina…

Además, ya lo había dicho. Y es condición de hombres cabales sostener sus asertos con entereza.

Así que, asistido por un indignado sentimiento justiciero, y despojándose arrogantemente de toda sinuosidad, ya que estuvieron a escasa distancia apremióle al otro con ademán concluyente:

—¡Apúrale, te digo!… Y no te confíes en naiden; no sea que los que te afiguras que te quieren bien, vaigan a ser, precísimamente,

los mesmos que te andan poniendo la zancadilla.

—L'único que yo decía —insistió nuestro hombre, cada vez más intrigado— era que ojalá y la incontrara don Matías, y ya la trujese con él
pa'Las
Tortugas.

La ansiedad de Encarnación explotó desesperada. Aquella ingenua credulidad del joven había servido de acicate a sus fervorosos deseos de ayudarle. Y olvidando generosamente los riesgos personales, lanzóse a vaciar, con arrebatada acritud, el enojoso fardo de sus retenidas claridades.

—¡No seas tarugo! —le increpó—. Él mero jue quien la soltó y la llenó de piedras, de modo y pa' fin de que se juera a pique la noche aquella que se despareció de Las Tortugas. Y si 'hora l'anda precurando, es pa' acabar de jondiarla y que en los jamases la incuentres… No faltó quien lo viera. Y si naiden de los que lo sabíamos quiso dicírtelo, jue porque no 'bía modo de probarlo de bien a bien, y al fin que, con meter la endrómina no s'iba a remediar el mal que te buscaron… Pero ya que ento'avía hay modo de que la recuperes, de amigo te lo digo yo, ¡y ai que sea lo que Dios disponga!… ¡No le confíes a ese hombre!… Infórmate, nomás, cómo lo trais de apurado dende que platicaste en el rancho que traibas conjurado al que te buscó el daño pa' que se le secaran y cayeran las manos… Ai anda retuércese y retuércese las suyas, y con la alegación de que le quieren pegar rumas en ellas, seguro porque anda asustado por lo que le remuerde en la concencia la mala aición
qu'hizo
contigo, y se le afigura que se le van a venir cayendo…

La perplejidad y el desconcierto no tenían límite en Ramiro Fortuna.

Todo aquello se le antojaba una pesadilla siniestra, inconcebible bajo la radiante luz de la mañana.

Encarnación era un hombre serio, honesto y discreto, de muy escasas palabras, y le costaba trabajo atribuir aquella delación a ninguna ligereza insensata del mismo. Pudiera ser que hubiese tenido algún disgusto con Matías Doblado, y que tramara indisponerlos para alcanzar fácil venganza por su desprevenido

conducto… Porque, de otro modo, ¿dónde podría encontrar él los fundamentos que explicasen cómo era que el viejo fue movido a proceder con tan atroz felonía?… Y esperando confundirlo, se lo preguntó a su confidente:

—¿Y por qué, pues, 'bía de buscarme ese mal tan sin motivo? Pero Encarnación no se desconcertaba. Y hasta estuvo presto y preciso en la respuesta:

—A lo que tanteo, porque le saca a tu competencia en la cacería con guajes, tarugo… Asina, mesmamente, es la lucha por la vida. Tú, con tu canoyita, ya eras uno más entre los que andamos rompiéndonos la madre en la brega diaria pa' llevarnos la mejor porción de las gordas. Y, 'onde la incuentres, tendrás qu'ir afilándote las uñas, porque 'onde quiera que des un paso, allí te ha d'estar ispiando, venenosa y aprevenida como una sierpe, la maldecida envidia… Recuerda, nomás, que ya eres rico, y que pa' lo de adelante no le has de confiar a naiden, ni a mí mesmo, porque ya no cuentas con amigos que te tengan ley y que de corazón te quieran. L'único que te queda son tus centavitos. Y son muy malos compañeros pa' fin de andar sin pendientes por la vida.

Escuchábale, entonces, Ramiro, más absorto que consternado. Las elocuentes palabras de Encarnación le descubrían, de pronto, un sórdido caudal de pasiones vergonzantes que en los últimos tiempos presintiera, sin llegar a percibirlas. Y ello le sumía en un mutismo obstinado y laborioso que, por unos momentos, hasta le llevó a olvidar las impaciencias de su interés en la recuperación de la *Amanda*.

Viéndolo así, y sublevándose al riesgo en que ponía a su difícil obra con aquella pausa exasperante, su consejero se creyó obligado a sacarle del éxtasis con nuevas y más urgidas conminaciones:

—¡¿Qué cosa esperas, pues, tarugo?!… ¡Apúrale! ¡No sea que llegues tarde pa' salvar tu canoyita!

Respondió nuestro amigo a la nueva excitativa con una íntima violencia. Habíanle bastado esos instantes de meditación para encontrar su cauce. Y bajo la oprobiosa densidad de aquellas rudas verdades, que por primera vez escuchaba y comprendía su temperamento pareció mudar de condición como cambian de pellejo las culebras… Fueron su abierta credulidad, su irreflexiva fe en los humanos y la indefensión en que lo mantuvo cierto estrecho

concepto moral ante las falacias de la pérfida intriga, los componentes de aquel fardo cuyo peso abrumador venía agobiándole desde que reuniese el dinero para financiar la embarcación que era su fortuna. Y súbitamente se hacía luz en su necesidad de abandonarlo sobre la cuneta, para proseguir el camino más desembarazado de tropiezos y de fatigas.

Como buen mestizo, era dúctil a cualquier cambio, siempre que fuera promovido por algún sobresalto emocional, y no acertaba a comprender que al despojarse de aquella impedimenta, corría el riesgo de desnaturalizarse la arrogante raíz generosa con que le armara la vida. La civilización tiene sus imperativos; y contra ellos, los razonamientos morales no valen una bicoca.

Ramiro no hubiera podido decirse: «Mi afecto por Matías Doblado llena los mejores recuerdos de mi vida, y bien vale una canoa…». Resultábale mucho más razonable la otra enseñanza, la que golpeaba con rencorosa vehemencia a las puertas de su corazón e iba organizando los recursos de su implacable amor propio, armándolos con el recelo, la doblez y la insidia. La que grita a escandalizada e histérica: «¡Quería abusar de mi buena fe!… ¡Maldito sea!».

Estaba surgiendo en él un ejemplar más de ese feroz hombre nuevo, que enfanga con su ambición, su egoísmo y su mezquindad, los cenagosos ámbitos morales de nuestra época.

Y al empuñar otra vez la caña de los remos para proseguir con redoblado afán en la tozuda búsqueda, experimentó la sensación alarmante de que aquellas sus manos efusivas y abiertas, se estuvieran transformando en algo así como gruesas garras de tigre, feroces por lo bien armadas de punzantes y afiladas uñas.

Es la isla del Presidio la más extensa del lago, a la vez que la más elevada de cuantas se destacan sobre el cristal de su superficie.

Surge frente al pueblo de Mezcala, a unas tres millas de su litoral, asumiendo la forma de un enorme dragón que permaneciese echado y medio sumergido, y cuyas crestas dorsales fueran las construcciones en ruinas de lo que constituyó el penal. Junto a ella, y separado por un brazo de agua escasamente profundo, yérguese un pequeño islote que pudiera ser la cría de ese monstruo antediluviano. Y ante ambos, al otro lado de la *laguna*, más de diez nudos distante, destacan sobre el fondo verdioscuro de la sierra de

Tizapán las altas y blancas torres de su parroquia, sirviendo de punto de referencia para la orientación de los navios, menester en el que son suplantadas en las noches oscuras por el parpadeo intermitente del farito de acetileno que asoma los juguetones chispazos de su linterna por encima de las bucólicas espigas de un frondoso maizal.

También el Presidio tiene su pequeño faro, enhiesto sobre su parte más alta y rematando una torrecilla blanqueada y cilíndrica, a cuyo vástago se abraza el férreo espiral de una escalera de caracol.

Hace muchas décadas que esta isla permanece deshabitada y en abandono el penal.

De cuando en cuando, arriban y se establecen en el rincón de su parte baja que mira al noroeste, y que es denominado eufóricamente La Huerta, los integrantes de alguna de esas flotillas pesqueras errabundas a que ya hicimos mención. Levantan en la rinconada sus jacalitos de paja y acondicionan y mantienen en la orilla, sobre el pedrerío aluvial, unos lances y un atracadero. Pero su presencia es transitoria. Y en cuanto la temporada de pesca declina, abandónanlo todo y retoman a sus pueblos.

Por lo demás, estos visitantes muy pocas veces se preocupan de escalar la parte elevada, donde la maleza pugna por estrangular las ruinas de los impresionantes edificios que le legara la historia y, aparte de las alimañas, habita sólo una breve manada de chivos semisalvajes.

Esta isla tiene su tradición. Una vigorosa tradición insurgente cuyos conmovedores heroísmos dejaron su huella impresa con indelebles trazos epopéyicos en los anales de la independencia patria.

Fue allá por el año de 1812 cuando poco menos de mil indios tecos, vecinos de los pueblos de Mezcala y de San Pedro Itsicán, después de haberles ganado algunos combates a los españoles, despojándolos de abundante armamento y acosados por fuerzas muy superiores, se embarcaron en doscientas canoas, haciéndose fuertes en esta que entonces denominaban isla de Mezcala. Comandábalos originalmente el brigadier Luis Macías, dueño de la hacienda de La Palma; y, a la muerte de él, el presbítero insurgente Marcos Castellanos, ayudado por el indígena José Santana, por Encarnación Rosas y por otros valientes caudillos que ya ocupan

sitios de honor en la colorida historia de nuestras luchas libertarias.

Con excelente previsión y una maravillosa intuición guerrera aquellos hombres fortificaron la isla mediante parapetos edificados con sucesivas murallas de piedra, y defendieron sus accesos empotrando en el fondo del lago y a todo su alrededor una laberíntica profusión de afiladas estacas, cuyas puntas apenas si cubría el agua, y que cerraba el paso al arribo de las embarcaciones enemigas.

Atacólos primero el militar español Ángel Linares, tripulando una canoa grande que se venía utilizando en el paso de Cuitzeo y otras medianas que trajo desde Jamay, y acaudillando a ochenta soldados aguerridos. Pero la empresa era tan aventurada que es fama que los defensores de la isla ni siquiera esperaron a que se acercase a ella. Saliéndole al encuentro en sus pequeñas canoas, le presentaron una pintoresca batalla naval, matando a unos de los expedicionarios, haciendo huir a los otros y tomando prisionero al propio comandante, que fue conducido a Tizapán y ejecutado en el mismo lugar en donde días antes hiciera una gran carnicería.

Propúsose vengar esta derrota el general realista José de la Cruz. Y situó una fuerza de más de mil soldados en Tlachichilco, donde improvisó unos astilleros para construir varias embarcaciones de guerra, que dotó con cañones y otros elementos de combate y navegación traídos del puerto marítimo de San Blas. Mientras tanto, los defensores de la isla recibieron de las riberas de Tizapán más armas y gente, y víveres para resistir el sitio… Y no pasaba noche sin que hicieran salidas a tierra, incursionando en los campamentos de los españoles e infligiéndoles considerables bajas.

Durante cuatro años resistieron los fieros y consecutivos asaltos de la flota realista causándole nuevas derrotas. Y, por 1816, debido a que una terrible epidemia conjugada con el azote del hambre invadió la isla prendiendo en casi todos sus defensores, aceptaron el indulto que les ofrecían los parlamentarios del escarmentado general de la Cruz, volviendo pacíficamente a sus pueblos.

A mediados del siglo XIX la mayor parte de la isla pertenecía a la jurisdicción del estado federal de Jalisco, y sólo una pequeña porción de su extremo sur al de Michoacán. Y fue la primera de estas fracciones la que se convirtió en colonia penal, datando, al parecer, de aquella época las fabulosas ruinas que hoy subsisten.

Llegó Ramiro Fortuna a sus orillas en las primeras horas de la tarde de un tranquilo y luminoso día de noviembre.

La *laguna* parecía ser de porcelana. Y el chapaleo de los remos de su bote trazaba en ella dos regueros paralelos de persistentes burbujas. La atmósfera estaba tan clara y quieta como la superficie misma del agua. Y el silencio que impregnaba la vasta cuenca lacustre mantenía el paisaje sumergido en una inmovilidad de éxtasis, como si no vibrara en él ni el más ínfimo latido vital.

Navegar por aquel panorama embalsamado era como violar los ámbitos del ensueño. Y se diría que la minúscula chalupa de Ramiro, con su lento bogar acompasado, penetraba en el plácido paraje chapálico desgarrando la fina película que protegía sus relieves metálicos y glaucos, profundamente inanimados.

A su paso por Santa María la Joya habíanle informado que unos pescadores de Mezcala, estacionados en la referida isla, fueron vistos cuando extraían del lago y llevaban a remolque hacia su campamento cierto objeto oscuro y largo que probablemente era la canoa perdida. Y ello le indujo a dirigirse directamente al Presidio en busca de aquellos hombres.

Conocía bastante bien la disposición geográfica del islote, así como la probabilidad de que, si estaba alguien establecido en él, se hallase acampado por la parte del recodo de La Huerta o en el pequeño escollo vecino. Y como no deseaba prevenirlos de su arribo, se acercó a sus litorales sigilosamente, por la orla contraria, más escabrosa y cerrada de casi inextricables malezas.

Sólo presenciaron su cauteloso desembarco unos cuervos que, dando idea con su actitud de lo escasamente visitado del lugar, salían graznando escandalizados y en vuelo raso desde las ruinas, y pasaban una y otra vez muy cerca de Ramiro, como si quisieran amedrentarlo con su fatídico presagio y obligarle a huir antes de que le tentara la violación de sus nidos.

Oculto el bote entre el chaparral orillero, nuestro hombre escaló resueltamente el repecho, hollando el alto pajonal que poblaba su vertiente, acariciado hasta la cintura por las suaves espigas de la *cola de zorro* y arrullado por el tenue murmullo del *cascabelito*, que el paso de sus piernas estremecía.

Una vez en la cúspide de la loma, sobre la cual se levanta el vetusto cascarón, recobró algunos alientos antes de disponerse a

descender por la ladera opuesta y llegarles desde la dirección menos sospechada a los que podían estar en el rincón de La Huerta.

Asomado desde lo alto, pronto pudo comprobar que había procedido con excelente juicio. Distinguíase abajo un grupo de pescadores cuyos chinchorros y tumbos, tendidos en horcones secábanse al sol descuidadamente sobre la playa pedregosa.

Se veía a uno de ellos remendar unas redes. Otro, cercano a él achicaba el agua de una vieja chalana. Y un grupo compuesto por cuatro departía, bastante más próximo a Ramiro, cabe los jacales del campamento, y mientras iban tejiendo redes o desollaban y limpiaban unos bagres destinados a servirles de merienda. A la orilla del lago, hincadas ante sendas piedras, lavaban la ropa dos mujeres. Y, por el escampado previo al chocerío, iban y venían los puercos, los guajolotes y las gallinas, en tanto que dos perros echados y soñolientos se sacudían con evidente pereza las moscas.

Placenteramente inadvertido, el muchacho pudo atisbar desde lo alto de su atalaya las distantes canoas, tratando de descubrir a la suya.

Y nuevamente parecieron tambalearse sus esperanzas al no verla allí.

Masticando la desilusión, emprendió decididamente el descenso, abriéndose paso entre la rumorosa maleza, salpicada de congrán, chicalotas, quelites y acautes, y de carrizales que aún parecían murmurar escandalizados el secreto de las ignominiosas orejas de pollino del rey Midas. Y llegó, sin ser adivina o, apenas unos veinte pasos de los jacalitos… Entonces, olfateólo un perro; y él y su compañero le salieron al encuentro, ladrándole con la consabida furia.

—Güenas tardes —gritó desde allí, en vista de tan desagradable acometida.

—Güenas tardes —le contestaron a coro cuatro voces cautas, pero inevitablemente corteses.

Y, al término de un breve paréntesis de expectación, uno de ellos se inclinó para recoger pedruscos y arrojárselos a los canes, que solamente así despejaron el camino del forastero.

Fácilmente los identificó Ramiro. Eran indígenas de Mezcala, algunos ligeramente amestizados. Y se hallaban tan sorprendidos de su brusca aparición como si se tratase de uno de los legendarios

fantasmas que es fama que habitan las ruinas enmontadas de la cumbre.

—¿Viene solo? —inquirió, por fin, el más audaz o el más impaciente de ellos, y temiendo acaso por los prohibidos chinchorros.

—Solo y volando por el aigre —repuso Ramiro, tratando de romper con aquella broma descolorida la densa prevención que se advertía.

Después adelantó resueltamente hasta donde se encontraba el grupo, dándoles a todos ellos, que se despojaban ceremoniosamente del sombrero, de uno en uno la mano.

Terminadas las recíprocas cortesías, fue invitado a sentarse sobre alguno de los pedruscos que, en funciones de poyo, estaban dispersos por allí. Y así que lo hubo realizado, dispúsose a abordar a su entero sabor el peliagudo tema que le llevaba.

—Vengo —les dijo— porque me contaron
que'bían
visto por aquí cerquitas una canoa nuevecita que se
m'extravió
…

Pudo notar, mientras avanzaba en su lacónica explicación, que una ráfaga de alarma recorría el semblante de todos sus oyentes. Empezaban a cambiar miradas que parecían encerrar un tácito convenio de proceder con discreción y prudencia. Por lo demás, ninguno de ellos aventuró un comentario.

Viose Ramiro en la necesidad de volver a hablar, espoleado por las sospechas que le despertó tan recatado como significativo comportamiento:

—¿Qué, por un casual, no la vido alguno de ustedes?

Tres de los hombres permanecieron mudos todavía. El cuarto, sin mirarlo de frente, aventuró una negativa harto imprecisa…

—Tenemos tiempo pescando de nochi… Ahoy no salimos de día.

Advertido de la presencia del forastero, el hombre que remendaba el chinchorro había abandonado su labor y se acercaba al campamento. También venían hacia él, traídas por los apremios de la curiosidad o porque hubiesen terminado con la colada, las dos lavanderas de la orilla. Y los cuatro jóvenes con quien Ramiro trataba de conversar, observábanlos comprimiendo su ansiedad;

como aguardando su asistencia antes de embarcarse en mayores explicaciones.

Dos eran muchachos, apenas salidos de la adolescencia. El otro, que con rara habilidad tejía la red de una atarraya valiéndose de un agujón de madera, veíase mozo también, pero de más años, y era un buen tipo de indígena, alto, moreno, esbelto y de facciones, no por más agradables, menos varoniles y enérgicas. El cuarto, que estaba abriendo en canal los bagres con un cuchillo pavoroso, lucía como un adulto menudo y moreno, de edad y condición harto imprecisas.

Concediéndole tiempo al arribo del que caminaba hacia ellos el joven alto abandonó el tejido, para despojarse del ancho cinturón de cuero que ceñía la pretina de su calzón de manta y ponerse a dispersar a vigorosos cintarazos unos cóconos atrevidos y desafiantes que, guardianes más celosos que los mismos perros raspaban el suelo con el canto de las alas y gritaban henchidos y escandalizados, amenazando a Ramiro con agredirlo.

El que se acercaba parecía ser el dueño de los chinchorros y cabeza de la flotilla y el grupo. Más grueso y corpulento y de mayor edad que todos los otros, sus facciones, por lo lampiñas y rechonchas, se veían paradójicamente más aniñadas.

Después de descubrirse cortésmente, dejando ver una cabeza puntiaguda, caprichosamente modelada por el cono trunco de la copa de su sombrero, tendióle a Ramiro la mano y le preguntó afable y ceremonioso, tal cual si se conocieran desde mucho tiempo antes:

—¿Cómo le va, señor?… ¿Cómo ha estado?

Nuestro hombre iba a contestar en términos equivalentes… Pero se lo impidió, congestionándole la lengua y privándole de voz, la emoción de un turbador descubrimiento. Y las palabras se le volvieron un enredado balbuceo dentro de la boca.

Aquel hombre tenía deformes, contrahechos, crispados y tiesos como paralizados, por lo menos tres de los dedos de la mano afectuosa que le ofrecía. Y era ella una coincidencia que le sacaba de quicio, llenándole de alarmas.

El que acababa de espantar los *guajolotes* se precipitó, mientras tanto, a poner en autos al recién llegado:

—El señor anda precurando una canoyita que se le extravió.

Y también en el sujeto grueso y lisiado vibró por unos instantes

la tensión de un músculo facial que involuntariamente delataba su reprimida sorpresa.

Encontró, sin embargo, fácil ocasión de sobreponerse. Llegaban en ese momento las dos mujeres, y Ramiro debía corresponder a su pusilánime saludo. Eran ellas una señora enjuta, seca, de edad provecta, pero bastante limpia, y una muchacha morena, de mirada cálida y boca gruesa, en cuyo rostro bailoteaba la nerviosa y risueña timidez de unos espléndidos ojos negros. Ambas vestían humildemente, pero al gallardo uso indígena, e iban descalzas.

El hombre gordo, queriendo sin duda prevenirlas, les explicó solícito:

—El señor precura una canoyita.

Y también en la faz de las mujeres hubo de aparecer, fugaz, la expresión de un sobresalto rápidamente reprimido.

No se hubiera precisado ser muy sagaz para caer, con todo aquello, en las más graves sospechas.

Ramiro estaba sobre ascuas, e invadido por una inquietud mortificante. Y no acertaba a pergeñar ninguna otra razón capaz de inferir quebranto al silencio que sucedió a la advertencia final. Los otros parecían igualmente perplejos, y en espera de que insistiese en su tema.

El hombre gordo, que evidentemente procedía en calidad de patriarca o jefe político de aquella comunidad eventual gracias a sabe Dios qué ascendencia, dejóse caer sentado sobre el áspero raizón descubierto de una higuera cimarrona que le daba sombra a la explanada. Y fue el primero en sobreponerse a la enojosa confusión general, iniciando con pausa el interrogatorio:

—¿Y qué señas tenía su canoyita?

La contenida locuacidad de Ramiro encontró en esa apropiada pregunta una magnífica compuerta por donde desbordarse hacia el campo de sus propósitos. Y fluyó, adobada por la emoción y desprovista de reticencias y de recelos, explayándose:

—Es más bien Chicampiana; pero nuevecita y muy rechula. Me la hizo *el Casquillo* de Ocotlán… Y aquí cargo un papel que me dieron en la presidencia munecipal de aquel pueblo pa' si se ofrece que me edentifique… 'Hora que ya lleva más del mes de perdida y si, como me lo hicieron ver las gentes que la devisaron, andaba por aquí cerquitas medio hundida en la laguna, con seguro ha

d’estar
ya verdigueando por la lamita…

El rechoncho forzó una pausa para cavilar muy bien las cosas. Mientras, había tomado el maltrecho oficio de la Municipalidad que Ramiro le mostrase, y lo barajaba nerviosamente entre sus manos lisiadas. Pero, fuera porque no sabía leer o porque no desease molestar a Ramiro con la inferencia de que no se hallaba seguro de la veracidad de su alegato, acabó doblándolo y devolviéndoselo sin someterlo a un examen. Y luego tomó a preguntar:

—¿Y dice que le dieron razón de que andaba por estos rumbos?

—Sí —convino él, con ansiedad—. Son varios los que la devisaron, y hasta me dieron sus señas muy en el alcuerdo de como ella es.

El hombre tomó a meditar. Luego, volviéndose de improviso hacia uno de los muchachos más jóvenes, el cual rayaba el suelo con la punta de un varejón, rehuyendo obstinadamente las miradas inquisitivas del intruso, preguntóle en tono conminativo:

—Oyi, Tranquilino: ¿qué por casual no te tocó
devisarla’hora
que venías de Mezcala?

El aludido no hizo más que negar.

Entonces, el gordo, encogiéndose de hombros con ademán resignado y fatalista, meneó pausadamente la cabeza. Y dijo:

—Pos no le doy razón d'ella… Como no juera una que andaba cerquitas de San Pedro Chiclán va como pa' tres días.

En el semblante de Ramiro dejó impresa su desolación un gesto desalentado. No era que temiese haber sufrido un yerro más con la pista que seguía; sino que la sugerencia del hombre robusto confirmaba sus temores de que iba a tener que afrontar dificultades muy serias antes de que pudiera recuperar la barca perdida.

No obstante, la prudencia lo indujo a permanecer hablando en el mismo tono con que iniciara la pesquisa.

—De pa’ ese lado vengo yo —expuso—. ¿Qué usté la vido por allí?

—Ajá —consintió el rechoncho. Y adujo—: Cuando nos toco devisarla venéamos jalando un chinchorro, y no hubo modo de que le pudiéramos soltar pa’ ir a informar d'ella… Yo me quedé con el pendiente de volver a envestigar uno d'estos días. Pero ya que,

según eso, es suya la canoyita, ai le doy el norte pa' que la busque y se la lleve.

Ramiro sabía que el hombre estaba mintiendo y que su único propósito era el de ahuyentarle de la isla, donde seguramente la escondiese. Trascendía esta deducción de la misma actitud del informante, y, sobre todo, de la esquivez con que los otros tomaban el asunto… Observando los dedos contraídos de la mano de su interlocutor, sentía que esa prueba más verificaba plenamente el valor incontrovertible de su veredicto.

Sobrevino, entonces, una pausa prolongada. Y durante ésta, el hombre alto y flaco se desentendió de la plática y se fue apartando del grupo, pretendiendo hallarse muy indignado contra los testarudos pavos, a los que perseguía flagelándolos con despiadados cintarazos. Estos, entre los que destacaba una tozuda y aguerrida pareja de machos, huían unos cuantos pasos y se esperaban rebeldes, para ir acercándose otra vez poco a poco, más desafiantes y lanzando gritos mayormente escandalizados. El muchacho a quien llamaban Tranquilino y el otro jovenzuelo que lo acompañaba, incorporáronse también, y se encaminaron discretamente y después de un atento *con permiso* hacia la playa aluvial en donde estaban las redes, para acercarse a hablar con el hombre que permanecía achicando el agua de la vieja chalana. Es que iban a prevenirle de lo que estaba aconteciendo o, más probablemente, que repeliéndoles la idea de resultar copartícipes en aquel engaño, optaban por dejar solo al felón en la intriga y en el hurto… Únicamente el que arreglaba los bagres y las dos mujeres, que ya iniciaban sus trajines sobre el amontonamiento de piedra que servía de pretil a la rústica cocina, careciendo de un buen pretexto para escabullirse permanecían dentro de la escena. Si bien, la nerviosidad de estas últimas y la renuencia de los tres a participar en la conversación dejaban una embarazosa constancia de que hubieran preferido tomar parte en la desbandada.

La joven lanzábale a Ramiro miradas furtivas, en las que brillaba un dejo de amable consideración que no se le escapó al muchacho.

Este, por su parte, iba observándolos a unos y a otros alternativamente, como si implorara y esperase la piadosa intervención a su favor de algún compadecido que viniera a destruir aquel enredo en germen.

Pero la autoridad del pescador gordo debía ser bastante sólida, pues ninguno estaba dispuesto a desafiarle contradiciendo sus evidentes embustes.

Recurrió entonces nuestro amigo al patetismo, por ver si ablandaba con él algún corazón sensible. Y vino a confesarles, en un tono que no por plañidero dejaba de encerrar cierta sincera emoción:

—¡Tengo más de mes de caminar por todo lo qu'es l'orilla de la laguna buscándola! ¡Ya hasta me golpiaron y me metieron a la cárcel, y cuanti si más me 'hogo en la terquedá!… ¡Ya no me apura ni la canoa!… ¡De santo me daba con incontrar anque juera una de sus tablitas, pa' quedar tranquilo de que se 'bía rotado y deshecho! Lo que más juerza me hace es no maliciar ni lo que s'hizo… 'Onde quiera que llego preguntando, me destantean con que si la devisaron por aquí y que si la 'bían sacado por allá. Y ai me cargan como a la jediondilla: ¡nomás de un lado pa' otro!… ¡Y la canoyita, anda vete!…

Hizo una pausa esperando el efecto de sus quejas. Y como éste no se definiera, optó por indagar del gordo con acento muy apremiante:

—¿'Tá bien seguro de que la vido por el lado de San Pedro?

El hombre no quiso contestar de frente la pregunta. Buscó el apoyo de aquel que desollaba los bagres, interrogándole a su vez y con acento de reproche:

—A ti también te tocó devisarla, José… ¿No es cierto?

—Sí. Allí andaba —repuso desdeñoso y lacónico el aludido sin levantar la vista del pescado y deliberadamente ajeno a la expectación de Ramiro.

Éste comprendió, por fin, que no debía esperar ayuda de nadie. Y, aunque estaba resuelto a solucionar las cosas por sí mismo, la prudencia aconsejóle que no se mostrara advertido del engaño. Antes bien, decidió manifestarse convencido. Y tortuoso y falaz, afilando las uñas de tigre de aquella malicia que el día anterior le recomendase Encarnación como imprescindible, volvió a preguntar:

—¿Pa' onde mero dice que jue que la devisaron?

—Entre San Pedro Chiclán y La Zapotera, cargadita pa' aquella banda de la laguna —le explicó, diligente, el gordo—. Lo que sí no le asiguro, es pa' hacia 'onde ganaría. Pero pa' mí que la comentada

tuvo que rempujarla pa' contra el ladito de El Fuerte.

Ramiro estudió un ademán resignado. Y, fingiéndose convencido y resuelto a marchar para proseguir en la búsqueda, fue incorporándose, a medida que decía:

—Ya me voy, pues, a ver si
d'ésta
la jallo.

Mas, la mujer, que estaba poniendo agua a calentar sobre la lumbre en una olla de barro, detúvole al increparle resentida:

—¡Qué tanta urgencia lleva! En unas horas más no se ha de ir ni tan alejos… ¿Cómo no se queda pa' que meriende con nosotros?

Ramiro fingióse titubeante. Pero había dos razones paralelas y muy considerables induciéndole a aceptar la bondadosa oferta. Era una de ellas la elemental de que tenía hambre. Y la otra, que supuso que tal vez buscara la mujer una oportunidad de advertirle de algo sobre lo cual la forzaba a callar la presencia del indudable ladrón de la *Amanda*.

—¡Ande, quédise! —insistía ella.

Y nuestro hombre se dispuso a acceder.

Una mirada comprensiva y afectuosa de la joven morena, una mirada que prometía casi un aliado incondicional en su amargo trance, acabó de persuadirle. Y convino:

—Gracias, señora… Sirve que descanso un ratito.

III

MIENTRAS las mujeres molían el nixtamal, calentaban las tortillas e iban poniendo en la cazuela el pescado que el llamado José destazara pacientemente, el hombre gordo se llevó a Ramiro hacia la playa pedregosa en donde estaban las canoas y las redes de su flotilla. Tenía algo que disponer allí, y acaso deseaba que el joven comprobara por sí mismo que ninguna de las embarcaciones presentes podía ser la suya… O bien, era que no se podía resignar a consentir en que se quedase a solas con las lengüiflojas de las hembras.

Nuestro hombre se sometió a ese capricho prudentemente.

Pero, así que su secuestrador fue haciéndole confianza, aprovechó la primera oportunidad para separarse de él. Y viendo que la muchacha se acercaba sola a la orilla del lago, armada con un cántaro en el que seguramente iba a llevarle líquido a la cocinera, dirigióse a ella, Saliéndole al encuentro como por casualidad, y mostrándose muy solícito en ayudarle a lavar y llenar el recipiente.

Fue una calculada gentileza que ella recibió agradecida y hasta emocionada, con una risita nerviosa y timorata, pero a través de la cual se filtraba su complacencia por verse tan cortés y espontáneamente atendida.

Cuando de regreso al campamento caminaban juntos, él espetó súbitamente, con riesgo de desconcertarla:

—Me afiguré que usté quería darme alguna razón de mi canoyita.

Lanzóle la chica una mirada furtiva. Y pudo descubrirlo tan ansioso y esperanzado, que se conmovió, excitándose ya sus punzantes deseos de brindarle ayuda… Cercioróse entonces de que no había por allí ninguna persona que pudiera oírlos. Y le dijo, con apremio y por lo bajo:

—Haga como que se va… Y, anocheciendo, m’espera arribita de la loma, abajo mero de 'onde está el farito… Ai subo pa' llevarle una razón que
l’interesa
.

—¿Por qué no me la da de una vez? —se impacientó él.

—No me hable 'hora. Haga como le digo. Y váyase con cuida'o, que don Othón es gente mala, y lo puede perjudicar… Debe dos matados y no se tantea la concencia pa’ hacerle un daño a la gente.

—¿Quién es don Othón?… ¿El gordito?

—El mero —repuso. Y anticipándose con premura, insistió—: ¡Quédise, y espéreme
nochecito’onde
le digo!…

Llegaron al lugar en que trabajaba la mujer vieja, silenciosos y el uno tras de la otra, pero cambiándose miradas de inteligencia.

Y allí se detuvo él, reposando, recostado contra un tronco, en tanto que el condimento se hallaba listo y acudían para cenárselo los hombres.

La refacción hacíase a hora temprana porque los pescadores salían anocheciendo para las charaleras improvisadas al extremo norte de la isla, en donde a la sazón lanzaban sus atarrayas con muy buen provecho.

Ramiro comió abundantemente. Y así que estuvo ahíto, dio efusiva y repetidamente las gracias a la señora, se despidió de todos con su habitual cortesía y dispúsose a partir, explicando:

—Tengo mi bote al'otro lado de la isla. Y quiero aprovechar pa’ llegar hoy mesmo a San Pedro Chiclán, antes que sea bien nochi; de modo que ai me dispensan.

Mientras iba escalando la cúspide de la colina, notó que a prudente distancia lo seguía Tranquilino. Sin duda estaba obedeciendo instrucciones de don Othón, el cual pretendió asegurarse bien de que efectivamente se ausentaba, porque ellos sólo trepan hasta el espinazo de la isla muy a la larga.

El incidente le obligó a bajar hasta el bote y a meterse en él y botarlo al agua, dispuesto a remar hacia la costa como si en efecto se dirigiera a San Pedro Itsicán.

Pero, en cuanto cerró la noche y se sintió cubierto por el manto

impenetrable de sus discretas sombras, volvió sobre su ruta, atracando silenciosamente a la misma margen que poco antes dejase.

Harto impresionante resultaba en lo oscuro aquel abrupto flanco oriental del islote.

Ramiro no las llevaba todas consigo cuando se abría camino por entre la tupida maleza, tratando de alcanzar el castillo en ruinas de la cumbre. Mortificábale el temor de pisar alguna serpiente venenosa bajo la cerrada vegetación. Y le invadía de un horror y un asco legítimos el contacto sedoso de las ebras de las abundantes telas de araña, obstinadas en envolverle en una frágil mortaja que acaso presagiara los numerosos riesgos de sus andanzas.

Mas, al cabo, alcanzó sin contratiempos la altura. Y, buscando por el lado del septentrión una de las entradas del casco del presidio, no le fue difícil dar con ella.

La imponente obra carece hoy de techumbre y se encuentra inválida en todos sus rincones por la maleza más intrincada. Sus sólidas paredes se van cuarteando bajo la presión que ejerce la fuerza expansiva de las raíces del copal, abrazadas con frenesí de la abertura de todas las grietas. Pero el cascarón, que se mantiene en pie, ofrece aun a la vista una idea bastante completa de lo que fue aquel sórdido penal, con el sello inconfundible de la indiferencia pretoriana que presidió su edificación, en cuanto al derroche de mano de obra y a la valía del tiempo invertido. Cuando los recursos arquitectónicos del director de la construcción se agotaron en cuanto a las posibilidades relacionadas con el cuerpo principal del edificio, los sometidos a trabajos forzados que los realizaban, y que a todo trance debían permanecer ocupados en alguna actividad, destináronse a la pavimentación de una absurda calzada hecha con cantos filosos, la cual concurre desde el extremo sur de la isla a la entrada principal del presidio, y cuya presencia resulta paradójicamente inútil, puesto que no es posible concebir el uso de vehículos en un islote de tan reducidas dimensiones.

El cuerpo fundamental de la edificación es de forma cuadrangular, orientados sus lados más cortos al norte y al sur, puntos cardinales a los que dan también sus dos únicos accesos. Los paredones, hechos de roca, y de unos quince metros de altura, miden alrededor de doscientos de largo en cada costado y la mitad

en las cabeceras. Cuatro torreones arpillados y almenados debieron prestrarle, desde sus esquinas, cierta dignidad de castillo. Y por dentro de la estructura, alrededor de un amplio patio central, se alinean las celdas o mazmorras, largas, profundas y tenebrosamente lóbregas. Perdura en todas ellas la humedad que permite adivinar las torturas de quien tuvo la desgracia de convertirse en su inquilino. Por la parte exterior, y circundando completamente al casco, subsiste aún, aunque invadido por los arbustos, un foso medieval de unos cinco metros de profundidad por otros tantos de anchura, salvado ante las entradas por dos clásicos puentes levadizos. Y con todo y ser tan impresionantes las dimensiones del equipo, lo que desconcierta más es el derroche de energía humana que necesariamente supuso el hecho de mantener este foso abastecido de agua, pues los presidiarios debían acarrearla en baldes desde la orilla del lago, distante no menos de trescientos metros en su parte más cercana, y a través de un escabroso pedregal sembrado por una pendiente de casi noventa grados.

Esto por lo que corresponde al edificio destinado a cárcel.

Porque, además de él y construidos todos con piedra de la misma calidad y a gran costo de mano de obra, existen muchos otros en los que se regocijó el afán creador del intendente de la colonia, o sus sádicas ansias de atormentar a los presos.

Por la vertiente oriental se desparraman las ruinas de las casas que probablemente ocupó la tropa que guarnicionaba el penal con sus familias, una capilla casi desplomada y otras construcciones que tal vez albergaron almacenes o comercios. Al extremo sur, convertida hoy en chiquero de la manada de chivos, perdura la bóveda medio destruida de una de las dos naves de otra iglesia. Y como el cruel administrador de la prisión debió conceptuarse a sí mismo por observante muy fiel de las reglas cristianas, por el lado norte dejó también a medio edificar un templo católico mas que, de haberse concluido, pudo llegar a ser un espléndido edificio.

Ante la cara frontal de ese lado, la maleza que constriñe al cascarón del penal no es tan intrincada. Existen huellas de actividad humana, seguramente impresas por el proveedor de faros en sus tardías visitas, y el cual jamás debió sentir curiosidad por explorar las fachadas restantes.

Entonces, en la oscuridad nocturna, los cuervos salvajes

permanecían silenciosos y ocultos en sus nidales. Pero abundaban los chinacates de todos los tamaños. Y, volando en torno a Ramiro, dejábanle una ráfaga de aire zumbando entre los tímpanos.

A no tenerlo tan absorto la impaciencia por saber de su canoa tal vez hubiera llegado a desfallecer de ánimo, presa de los temores supersticiosos a que el ambiente resultaba propicio, ya que su corazón no era tan recio frente a la superchería como estoico ante la adversidad moral o la tortura física.

Bajo el torreón de la esquina noroeste, sobre el cual injertaron el farito, sentóse en los hinchados y desnudos raizones de un corpulento tezcalame, cuyo tronco de color amarillo palúdico surcado por inflamadas venosidades se retorcía entre las sombras de la noche con un gesto fantasmal y atormentado.

En tal punto desemboca el caminito que asciende desde la rinconada de La Huerta. Y era de esperar que la muchacha apareciese por allí.

Al propio tiempo, podía contemplar desde esa altura una parte de la *laguna*, frontera al campamento, y entre la margen misma de la isla y las lejanas costas de Mezcala. Y, a través de la fresca atmósfera de la noche, llegaban a él los rumores de la pesca en las rudimentarias y lejanas charaleras, cuya ubicación se volvía precisa por las tres fogatas encendidas junto a su orilla.

La espera no había de durar mucho.

Comenzaba a fastidiarse, cuando escuchó un batir de ramazones en el punto por donde la huella se asoma al escampado. Y de la penumbra vio surgir a un ser humano que adelantaba con pasos inciertos y que, por todas las apariencias, era la joven del campamento.

Jadeante por las fatigas del penoso ascenso y asustada por la oscura soledad de aquel paraje, al ver incorporarse a Ramiro, la muchacha le preguntó, tartamudeándole el miedo en la voz:

—¿Ai'stá?

Nuestro hombre, protegido aún en el sector oscuro, más atrás del campo luminoso que recorría la luz intermitente de la linterna del faro, tranquilizóla comprensivo y con toda diligencia:

—Aquí estoy esperándola, como quedamos.

—Ya me andaba devolviendo —aseguró ella, acercándose un poco más confiada—. ¡Está de dar miedo de tan escuro!…

—¿Y los hombres? —preguntó Ramiro, corroído por la impaciencia.

—Se jueron pa' las charaleras. Dende aquí se devisan las luminarias… Nomás quedó mi tía allá abajo.

—¿Es tía tuya la señora?

Había decidido tutearla, para ir estableciendo la necesaria confianza.

—Sí.

—¿Y los hombres qué te llaman?

—Don Othón es mi padrino… Y el chinito que le dicen Tranquilino, es primo hermano.

Hallábanse ya frente a frente, junto al tronco ictérico del árbol. Y Ramiro, que no soportaba mayores demoras, inquirió con apremio sobre los informes prometidos:

—Cuéntame, pues, a ver qué sabes de mi canoyita.

Ella lo hizo resueltamente:

—La sacó ayer mi padrino de la laguna… Como que l'habían querido jondiar de propósito… Es una canoyita nuevecita. Y él, que le intelige a la letura, dijo que se llama como yo mesma.

—¿Pos a ti cómo te nombran?

—Amanda Guerra…, pa' servirle.

Un júbilo inaudito explotaba dentro de Ramiro. ¡Qué duda cabía ya que la embarcación era la suya!… Las estrellas de la noche resplandecían con un fulgor ilusionado. Y la ansiedad le abotagaba el pecho, con los locos latidos y sobresaltos de su corazón.

Ella no encontraba fácil interpretar tal alegría. Desconociendo en detalle el largo rosario de vicisitudes que el muchacho había venido afrontando, juzgaba exagerados esos arrebatos. Y hasta

temió que le hubiera hecho gracia su nombre y se estuviese burlando de él… Así que se apresuró a explicarle:

—Me pusieron asina por mi mamá, que era de Ajijic.

A Ramiro no le interesaban tales menudencias. Urgíale mucho más conocer todos los pormenores de la situación. E indagó, con dolido reproche:

—¿Y por qué, pues, me la niega tu padrino?

La joven titubeó un poquito antes de complacerle. Y, al cabo, dijo:

—Seguro tantea quedársela. Unos señores de por Chapala qu'estuvieron aquí en estos días, y que jueron los que le dieron el norte de pa' onde andaba, le dijieron que una canoyita que se incuentra asina, abandonada, es de por ley del que la saca… Pero él no les hizo mucho aprecio, y dijo que pa' que no juera a 'ber deficultades, más mejor la iba a desafigurar, pa' fin de que ni su dueño la reconociera.

—¿Y'ónde la tiene? —inquirió Ramiro, cada vez más vehemente.

—Por l'otro lado de la isla chica, en una rinconadita y bien tapada con manojos de tule… Pero vale más que s'esté sosiego hasta que sea más nochi y ellos regresen a dormir. Entonces se deja ir, la saca y se la lleva sin argüende. Al cabo que mi padrino ni le malicia que anda por aquí to'avía.

—¿Y no vive naiden en la isla chica?

—No; 'hora no vive gente. Los qu'estaban, se jueron pa'Mezcala y nos dejaron al pendiente de sus cositas.

Los planes de ella pareciéronle a Ramiro investidos de sana prudencia. Eran sensatos en cuanto a que podían obviarle dificultades y peligros tan enojosos como innecesarios. Sólo quiso aclarar:

—¿Y pa' cuándo, pues, se regresan ellos de las charaleras?

—A la medianochi. Nomás salga la luna.

Hubo, después, un paréntesis de engorroso silencio. Ni uno ni otro sabían qué más pudieran añadir a lo dicho… Y ya estaba iniciando Amanda el ademán de despedirse, cuando consiguió nuestro hombre un tema que había de permitirle prolongar y humanizar un poco aquella breve entrevista:

—¿De qué se le lisiaron sus manos a tu padrino? —inquirió.

—Dende muy joven… En un pleito con machete que tuvo con un

señor que dejó difunto, y que era de
pa'l
rumbo de San Pedro Chiclán.

Confuso, el muchacho se vio impelido a meditar unos instantes.

—A la mejor —vino a resolver— ya era ladrón dende ese tiempo.

La chica mostróse perpleja, sin entender muy bien lo que él quería decir… No aparentaba, por lo demás, dolerle mucho aquella insultante apreciación del joven con respecto a la falta de honradez de su pariente.

Y de nuevo volvieron a caer en un mutismo enojoso, hasta verse su situación permeada por un creciente embarazo. Entonces, optó ella por despedirse:

—Pos'hora ya sabe, y crioque mejor me voy… No sea que m'echen de menos.

—¿Por qué te marchas tan aluego? —preguntóle él, mortificado por su falta de correspondencia a la amable generosidad de la chica.

—¡Aquí asustan! —arguyó Amanda, por decir algo.

—¿Quién asusta?

—L'ánima que baja muy nochi a
l'orilla
de la laguna dizque a informar de un señor que, asegún eso,
se'hogó
hace muchos años, cuando esto era cárcel y quiso juyirse.

—¿Te tocó mirarla a ti? —quiso saber Ramiro, echando una ojeada no exenta de cierto recelo, a las sombrías ruinas que proyectaban su espesa sombra sobre los dos.

—A mí no… Pero José sí la vido.

—¡Sht! —arguyó, con inseguro desdén—. ¡Nomás cuentan!… —Y sacudiéndose de un nervioso manotazo el roce de las alas de un chinacate que rondaba obstinadamente sobre sus cabezas, consideró —: ¡Anque la verdá que sí está feyito aquí arriba!… ¡Y más con una escuridá como la
d'esta
nochi!…

Después, deseoso de continuar la conversación para demorar su marcha lo más posible, se puso a explicarle:

—A mí lo que me tocó ver de bien a bien una vez en el hotel de

El Fuerte, que también está de cayido asina como este presidio, jue a una señora que sale allí de nochi, tejiendo y pasiándose en una poltrona… ¿Pero crees que ni miedo me dio, porque yo creyí qu'estaba
viva?…

—¿Y cómo supo que era espanto?

—Luego me platicaron que llevaba de menos cuarenta años de sepultada, y que se aparecía por costumbre… Nomás dije: ¡Ah, caramba!… Pero, pa' qué te niego que me duró el pendiente… 'Hora que, las más de las veces, es mejor no hacerle aprecio a lo que cuentan, porque la gente es muy créida de abusiones y muy embustera.

—José no es ni tan embustero —aclaró ella.

—Yo no digo que lo sea. Ni lo conozco… ¿José es el que abría los bagres?

—Sí.

—Pos a mí m'echó mentira esta tarde.

—Porque lo traiba amenazado mi padrino.

—¿Y a ti qué te llama José?

—Él nues de mi familia… Bueno —rectificó en seguida—, me llama…, pos, que a mi padrino se le pone que yo le haga caso… Y nomás por eso la traigo con mi padrino y subí pa' avisarle a usté de su canoyita.

Ramiro se dio rápida cuenta de la situación. Le debía las amabilidades y confidencias de ella a un vulgar deseo de desquite… ¡Mejor así!… Tema menos necesidad de sentirse agradecido, y encontrábase más libre para escuchar sus cuitas… Volvió a la carga, preguntándole:

—De modo que José te pretende pa' que se casen, ¿no?

—Pos… él dice.

—¿Y tú no quieres moler pa' dos? —dedujo en tono confidencial.

—Pos…, depende… José no me cai pa' eso.

Consideró Ramiro que le era ineludible asumir una actitud galante. Sabía, acaso por intuición, que la mujer es extraordinariamente sensible a esas cosas, y que le halaga tanto el interés de un hombre, aunque sea palpablemente falso, como le molesta y hasta lastima su indiferencia cuando ella se insinúa…

Debíale a aquella muchacha un gran favor, y no deseaba incomodarla ni herirla. De suerte que, por decir algo, le preguntó, mostrándose interesado:

—Y yo, ¿cómo la ves?… ¿Te caedría
pa'l
acaso?

Indudablemente había previsto ella esa posibilidad desde muy antes, y estaba halagándola el designio que enunciaba la pregunta, pues la recibió con muestras visibles de sincera complacencia. No obstante, se volvió avergonzada, haciendo ademán de disponerse a huir y mordiéndose, nerviosamente, la roseta que formaba el lacito de listón de una de sus trenzas largas y endrinas. Y así, de espaldas, con un timorato contoneo y entre los estremecimientos y los espasmos de una risita ingenua, consideró, manifestándose escéptica:

—¡A la mejor, hasta es casado!

No se puede decir que se sintiera muy complacido nuestro hombre… Pero tuvo que llevar adelante las cosas, aunque no fuese ya por razón mejor que la de mantener enhiesta la acometividad de su orgullosa hombría; y también, por no aparecer descortés con aquella amable muchacha.

—No lo soy —aseguróle—. Y si me prometes que me has de esperar, hasta puede que vuelva pa' que platiquemos…

—¡No sea tan burlesco! —protestó la chica.

—¡Te hablo de corazón!

—¡¿A poco cree que sea tan créida?!…

—¡Por Dios que me cuadras pa' que nos arrieglemos!… Y nomás de ti depende si te has de ir conmigo un día.

Amanda se puso extraordinariamente seria, y hasta se volvió un instante para observarle. Caviló, luego, un ratito… Su situación, entre los apremios de José y las conminaciones del padrino brutal, debía ser ya bastante comprometida, pues apenas entrevista aquella incierta posibilidad, tomóla audazmente por los cabellos. Y, temblándole la voz por el miedo de lucir demasiado precipitada, vino a exclamar:

—En ese caso mejor m'iba de una vez… 'Onde mi padrino malicie que le alvertí de la canoa, ¡quién sabe cómo me juera!… —Y tratando de quitarle riesgos a su inaudito atrevimiento, rectificó

—. ¡Pero usté nomás
s'está
burlando!…

Precipitóse Ramiro a modificar el sentido violento en demasía de las cosas.

Hubiera querido jurarle que no albergaba ninguna intención de mofarse de ella, sino más bien la inocente de distraerla y mostrársele agradecido por el trascendentalísimo favor que le adeudaba… Pero explicar esto no era ya cosa fácil. Y, haciéndolo torpemente, corría el riesgo de dejarle sentir a ella lo ridículamente crédulo de su proceder; o, acaso, que ciertamente alimentaba él un sincero interés en establecer relaciones amorosas y hasta en llevársela consigo de una vez.

Cualquiera de tales actos hubiera resultado una vileza.

De modo que creyó lo mejor solicitar una prórroga. Y aseguró:

—Tengo muchas cosas que arrieglar primero… Pero tú deja nomás que me salga bien lo de la canoa, y que me istale comues debido, y he de regresar pa' que platiquemos…

Amanda interpretó de todos modos la repulsa. E, invadida por la congoja que generaba su vergüenza, exclamó ahora sí, incrédula y confusa:

—¡Ni vuelve!…

—Te lo prometo —insistió Ramiro con creciente efusión, y por atenuar el golpe moral que de todos modos estaba recibiendo ella —. He de volver… Y nomás de ti depende que nos arrieglemos pa' que muelas y tortées pa' los dos… ¡No han de pasar ni tantos días pa' que esté de güelta!…

La joven comprendía que la lengua se le fue, y que dijo demasiado. Y, justipreciando el esfuerzo que efectuaba él por evitarle mayores sofocos a la vez que para eludir dignamente el compromiso, sentíase aturullada… Hasta que, no encontrando ninguna otra cosa que argüir para componerlo, creyó hallar una buena solución en la huida.

Dándole, pues, una mano cálida y escurridiza, desprendióse de su lado y corrió ladera abajo, mientras decía:

—Ya me voy… No sea que
m'echen
de menos.

Apenado por el molesto desenlace de la situación, y ansioso de encontrarle un remedio tardío para no dejarla marchar mortificada, Ramiro le gritó vehemente:

—Cuando vuelva a que platiquemos será anochecido, como 'hora… Y te he de silbar dende aquí mesmo, como el canto del pájaro magalón… T'estás pendiente pa' que subas cuando l'oigas

.

Amanda dijo que sí. Y desapareció, marchando apresurada entre la selvática maraña vegetal, que se abrazaba de lado a lado de la tenue y resbalosa senda, hacia el rincón de La Huerta.

Allí se estuvo Ramiro, sentado de nuevo sobre los pulidos raizones del árbol, atormentado por el remordimiento de haber herido con su insinceridad y su imprudencia los sencillos sentimientos de la chica, y poco a poco sobresaltado en su supersticiosa mentalidad por los ruidos que la brisa de la noche iba sacando del follaje, las aristas y las grietas que poblaban las paredes en ruinas del cascarón del presidio.

Una melancólica euforia le anegaba, a pesar de ello, el espíritu, oscilante entre la sensación dulzarrona que le dejara el desarrollo de aquella amable entrevista y la contenida explosión de sus alegrías por haber obtenido noticias definitivas de la extraviada canoa.

La noche, en el paraje, se llenaba del misterio de sus rumores y chasquidos. Y caía sobre la inmensa quietud del lago como un manto azul oscuro, transido y raleante por la polilla luminosa de las constelaciones de la Vía Láctea. El guiño intermitente de la lámpara del faro remedaba a un ojo infantil que, empavorecido por las dimensiones del silencio y la oscuridad que lo envolvían, se cerrara apenas abierto para protegerse del espanto en su voluntaria ceguera. Y allá, hacia el atracadero, el aullido ululante y funeral de un perro cabalgaba en la quietud ambiental, acongojándola con el halo de sus lamentos…

No se encontró Ramiro libre de la turbadora influencia de todos esos factores hasta que, al filo de la medianoche, vio regresar de las charaleras a los hombres. Mas permaneció observándolos, conteniendo su impaciencia, mientras que en el campamento se apagaba la última luz y todo en torno a él se iba sumergiendo en la

misma paz sideral del paisaje, demostrándole que dormían.

¡Era esa su hora!… Y se dispuso a proceder, desandando el flanco de la elevación en pos del bote de Romualdo, y sin volver la cara hacia las sobrecogedoras minas, cuyo fantasmal misterio atemorizábale con creciente intensidad… Sin otras contingencias que dos tropezones y caídas motivados por la premura que inspiraba el miedo, alcanzó la chalupa. Y, botándola al agua, trepóse en ella y la fue empujando sigilosamente, buscando amparo bajo las sombras proyectadas por los sauces de la orilla contra la acaramelada claridad de la luna naciente.

Después de rodear la isla grande por su extremo meridional, sin dejar de ceñirse a la margen, atravesó el brazo de agua que la separaba del islote vecino, y dispúsose a escrutar el escaso litoral de éste.

No tardó en descubrir, sobre una pequeña incisión de la ribera, el delator amontonamiento de tule seco… Y fue atracando a su lado para extraer de bajo él, con mano temblorosa, a su inefable canoa.

¡Por fin, volvía a tenerla por suya!…

Dentro de aquel Ramiro que se sintiese batir por el huracán de tantos contratiempos, fatigas y desengaños, iba serenándose la conciencia de su propio valer y reflorecía, ufano y voluptuoso, pero preservando siempre la rígida severidad que le impusiera su innata y altiva discreción, el otro ser humano que, cierta tarde perdida ya entre las azarosas brumas del tiempo, llegara a su comunidad nativa de Las Tortugas tratando de exhibir ante sus vecinos la metamorfosis que el enervante del éxito en la dura lucha por la autosuficiencia imprime en quien consigue sobreponerse a las crueles ataduras del desamparo social…

Comprendió, sin embargo, que no debía malgastar su tiempo en eufemismos…

Y dispuso apresuradamente la partida.

La chalana carecía del equipo más elemental. Y no pudo esperar que navegara por sí sola. Resultaba obvio que no le quedaría otro remedio que el bien penoso de remolcarla con el pequeño bote de Romualdo.

Por suerte, iba a disponer de seis horas de la noche para alcanzar su rancho, antes de que fuera nada probable que don Othón se percatase de que se le esfumaba de entre las tullidas

manos su magnífica presa.

Amarróle, pues, un cabo corto, la empujó al agua y, brincando a la chalupa de Romualdo, se dio a remar en ella llevando la *Amanda* a jalón, y dirigiéndose sabia y precautoriamente hacia la parte media del lago, con el fin de eludir, siempre al amparo de la sombra que proyectaba la isleta, un descubrimiento prematuro de su maniobra por parte de los de La Huerta.

Había navegado ya un medio nudo cuando advirtió que la barca recuperada hacía agua por la carena. Sumergida y azotada por el oleaje durante tan largo tiempo, explicábanse fácilmente aquellas averías. Y no tuvo otro remedio que proceder a achicarla… Esto amenazaba con volver más ardua y dilatada su fuga, puesto que tendría que pasar de cuando en cuando a la canoa para vaciarle el agua. Mas, aun así, calculó que tenía tiempo sobrante para llegar al amanecer a Las Tortugas.

Y aceptó sin empacho la situación.

La calma de la noche ayudóle sobremanera en el menester de la boga. Y cuando, poco antes del alba, sobrevino el euro hostil, iba ya por frente al promontorio de San Miguel, muy fuera del alcance a simple vista de la isla del Presidio y casi a una milla de su lugar de arribada.

Poco rato después vio venir a su encuentro a un botecillo de motor. Hallábase detenido él, achicándole por centésima vez el agua a la *Amanda*, y hasta que levantó la cabeza advertido por la trepidación, pudo reconocer al *Pollo Culeco*, que lo venía tripulando.

—¡Qué bueno que diste con tu canoa! —gritóle éste, mostrándose sinceramente complacido por la novedad.

—Allí, 'onde usté dijo, andaba —convino Ramiro sin abandonar su tarea.

—Te felicito, pues… Y
recuérdate'hora
que empieces a pescar de lo que me tienes prometido… Yo paso por Las Tortugas para recoger el pescado dos veces a la semana.

—L'esperaré.

—No se te pase… Y si ocupas un anticipo pa' ponerte a trabajar, nomás me hablas. Yo te puedo prestar unos centavos. Nos amarramos con un contrato, dándome tu canoa de garantía, y así trabajas agusto.

De primer intento, Ramiro recibió con gozo esta oferta que hubiese podido solventar el tremendo aspecto económico de los comienzos de su nuevo oficio. Un anticipo implicaría la solución más envidiable para los mil problemas inmediatos que estaba llamado a afrontar… Mas, cuando el otro tocó el punto de la garantía, sublevóse su encrespado ánimo. Y recordando a Encarnación Suárez, brotaron en su interior la sospecha y el recelo, que le hicieron erguirse desafiante para gritarle al aventajado contratista:

—Más mejor será que vaya viendo cómo me las mareo solito…

José Antonio interpretó correctamente los sentimientos desconfiados que inspiraban aquel rechazo. Y adujo, desaprensivo:

—¡Ai tú verás!… A lo que yo le intereso es al pescado… Tu canoa, al paso que los de la Compañía van bombeando el agua del lago, no dilata el tiempo en que no sirva pa' otra cosa que pa' hacer leña con ella, porque todo esto se va a quedar más seco que lo que para estas fechas tiene ya El Pantano…

—No dudo que'hora que jallé mi canoa vaya a perder la laguna —dijo nuestro hombre.

Y el *Pollo Culeco* se fue a toda la velocidad que daba el bote, olvidando una estela de cascados estertores prendida entre los tules neblinosos de la alborada y la brecha de cierta preocupación incipiente que iba revolviendo sus dolorosas conjeturas en el tardo magín del siempre infortunado Ramiro Fortuna.

IV

POCO tiempo después arribaba nuestro amigo a Las Tortugas.

Arrastró las dos embarcaciones orilla arriba, para dejarlas bien seguras sobre el ribazo, y desentendiéndose con desabridos monosílabos de las preguntas que encendía la ardiente curiosidad de quienes lo recibieron, se dispuso a reposar unos minutos, pues le agobiaban el cansancio y el sueño hasta casi nublarle la razón.

No quería correr el riesgo de que se le extraviara alguna de las dos chalanas. Y, para evitarlo, se ató a la cintura el extremo del cabo del botecillo de Romualdo, acomodándose tendido sobre los húmedos paneles de la *Amanda*, que lo recibió con el ambicionado abrazo de sus esbeltas *amuras*.

Por dos horas permaneció sumergido en un sueño inanimado y absoluto, profundo como los ámbitos insondables de la muerte. Y, cuando el sol se trepó por el firmamento y sus inflamados rayos le bañaron el rostro, despertó poco a poco, sorprendiéndose al advertir la nutrida concurrencia que velaba su reposo e iba examinando, igual que aquel otro día que entonces se antojaba tan remoto, la recuperada canoa.

A unos cuantos metros de la suya estaba la vieja barca de Matías Doblado. Y desde adentro de ella, en tanto que distraídamente acondicionaba unos aparejos, mirábalo éste de reojo. Había en su actitud el dejo inconfundible de una temerosa indecisión… Pero así que observó al muchacho incorporándose despierto, y luego que todos los demás desfogaron en congratulaciones melosas su complacencia, no pudo menos de sumarse a esta racha de parabienes. Y exclamó, desde donde se hallaba:

—¡Jue suerte que la incontraras, home! Yo no jui quién pa’ dar con ella, y después de tantísimo tiempo de desparecida, ya le 'bía echado el bendito… A ver si de aquí pa 'lante la asiguras comués debido, pa' modo de que no se la lleve otra vez

l’agua
.

Soñoliento como aún estaba, viose Ramiro a punto de explotar en coléricos exabruptos ante tamaña exhibición de descocado cinismo. Pero lo contuvo su sublime sentido de la prudencia. Y desviando la indignación por los más comedidos cauces del ácido sarcasmo, repuso insinuante y torvo:

—¡Es cosa de almiración que de l'agua le brincaran tan semejantes piedrones como los que traiba sobre la tarima!… El que me la quiera jondiar de nueva cuenta, va a tener que poner más cuidado de cómo le hace pa' no irse a fondo con ella en la laguna, porque 'hora ya estoy aprevenido y le conozco a ca' quien
hasta’ónde
le llega lo malalma…

Tratábase, apenas, del comienzo de la larga y procelosa pugna con que estaría destinada a defenderse del falaz acecho de la envidia su restaurada categoría de propietario; de las uñas de tigre que entreviera Encarnación en sus consejos, mostrando por primera vez su capacidad para las desgarraduras…

Parado sobre el panel de la canoa, Ramiro se encontraba más solo que nunca en mitad de un mundo acechante y hostil. Y todas sus otras consideraciones y sentimientos iban perdiendo dimensión a medida que se agigantaba, paulatina y sensiblemente, el fetiche monstruoso de los intereses creados.

Matías recogió la indirecta. Pero no quiso darse por aludido. No obstante, seguro ya de que nada conseguiría reparar el hilo roto de su pasada amistad, tampoco volvió a dirigirle al joven la palabra, optando por mostrarse muy atareado en su labor y con mucha urgencia de salir a la pesca.

Descendía por la vereda Anselmita, la mayor de sus hijas, para saludar y felicitar al muchacho. Y, antes de llegar a éste, se detuvo para gritarle al autor de sus días:

—Apúrele pa’ que güelva con tiempo
pa’l
baile, tata.

Y oyéndolo, pensó Ramiro que tal vez se pretendía celebrar el hallazgo de su canoa con otra fiesta como aquella en medio de la cual se le extraviara. Y estuvo a punto de vociferar que, de ocurrir

semejante cosa, no iba a ser Matías Doblado uno de los que compartieran ese agasajo…

Pero el más grandete de los abundantes chiquillos que le rodeaban, se anticipó con una aclaración que vino a disipar el equívoco.

—¡Llegates en cuanto apenitas pa' la boda, Ramiro! —le había dicho.

A nuestro amigo le asaltó entonces un negro y depredador presentimiento. Y, olvidado del enojoso asunto del viejo, mientras se dirigía hacia el jacal de éste para recoger los aperos que le confiara y reequipar con ellos su embarcación, fijóse en que la pequeña comunidad estaba muy adornada, como si se preparase a celebrar uno de sus más grandes días festivos.

Se preguntó, consternado, quiénes podrían ser los que se matrimoniaban.

Y, por significativa, vino a responderle la observación de que la casa de don Sixto Delgadillo se veía más aliñada y limpia que de ordinario; que habían despejado, barrido y echado agua en el escampadito que la antecedía; y que los ubérrimos follajes del camichín y el guamúchil que proyectaban su amable sombra en éste, ostentaban unos presuntuosos colgajos de papel de china en colores. Además, veíanse unas sillas y bancos desacostumbrados allí, y andaba una mujer desconocida ahuyentando, muy atareada, a las gallinas y a los puercos que se obstinaban en investigar de cerca el significado de aquel atuendo inaudito. Por añadidura, observó Ramiro que vagaban por el pueblo, con sus instrumentos bajo el brazo, los filarmónicos de Cuitzeo, conjunto de *mariache* integrado por cinco hombres de aspecto mucho más humilde que el de los miembros del tan afamado de Santa María la Joya… Y, por si todo ello fuera poco, que se podían ver ante el mencionado jacal unos mazos de cohetes, un barrilito de cerveza y unos cartones con botellas de la misma bebida, algunas de las cuales ya andaban de mano en mano y en frecuentes viajes hacia el gaznate de los adultos.

—¿Quiénes se casan? —reventó, al fin, preguntándole a Epigmenio, uno de los jóvenes que lo acompañaban.

El otro vaciló ligeramente antes de dejar ir aquella noticia que sabía bien ingrata a los sentimientos de su interlocutor y amigo.

Pero, dominándose, repuso:

—*La Güerilla* y aquel señor Tenógenes de pa' Poncitlán… A estas horas seguro vienen ya de regreso del templo de Cuitzeo, porque mandaron por delante el agasajo y el *mariache* pa' fin de que les vayan preparando el recebimiento.

Con tan lastimosa novedad diole a Ramiro un vuelco su presencia de ánimo. Era cierto que después del largo y doloroso peregrinar de esas semanas, tan agobiado por los fracasos y las desesperanzas, casi llegó a parecerle como a punto de apagarse el arrebatado fuego de su empecinada pasión amorosa. Pero también fue verdad que el estímulo que ésta le representó a través de su pugilato contra las furias de la adversidad, mantuvo vivo el realce de sus emociones, aunque con los brillos opacos, y latente el propósito original de instituir aquel capricho en la cardinal finalidad de su peleado destino de propietario… Y el desengaño resultaba entonces tan inoportuno como rigurosa e insufrible la humillación que el acontecimiento le significaría a la irritable delicadeza de su amor propio, hasta entonces intacto.

Pasando entre las muchachas que portaban listones nuevos en sus trenzas, zapatos *catrines*, perfumes de jabón de olor y trajecitos de percal, pero muy coloridos y limpios, así como el aturdimiento propio de esos trances enfiestados creía ver llegar a cada instante a *la Güera* Hermelinda del brazo de su flamante marido… Y un arrebato de amargura afluía a su espíritu llenando de sofocos a su continencia, porque no acertaba a establecer sí, batido por tan ingente caudal de contrariedades, le era más trascendental el trémulo dolor de las ilusiones rotas o la afrenta a su dignidad que hacía sonreír a los que se cruzaban en su camino.

Estaba a punto de desplomarse el pedestal de su altanería, dejando al descubierto una indiscreta manifestación del desaliento, cuando acudió presuroso el amor propio para brindarle a su fortaleza el apoyo requerido. Y era un amor propio emponzoñado por el despecho y la rabia, pero tan celoso de su dignidad como lo fuese el orgullo.

Impertérrito, una vez más, ante los latigazos de la desventura, cubrió bajo una máscara de rigidez a sus facciones. Y, procurando que los trémolos de la angustia no le restaran aplomo a su voz, dijo con jactanciosa firmeza:

—¡La lástima que no me pueda quedar al agasajo!

Por más intentos que realizó la intrigada curiosidad de Epigmenio, no pudo descubrir en la frialdad espartana del gesto de su confidente ni el más leve rictus amargo que denunciara la intensa pena íntima. Notó, únicamente, que apuraba el paso. Y, cuando después de cambiar un lacónico saludo con los familiares de don Matías y recoger los aperos de navegación del corral de éste, Epigmenio le ayudaba a transportarlos de regreso hacia las chalupas, preguntóle desde bajo un voluminoso lío de redes, mantas y encordaduras:

—¿Pos, pa' onde vas, pues, 'hora?

Ramiro le complació resuelto y despreocupado, a tiempo que brincaba para buscarles mejor equilibrio y acomodo sobre sus hombros al trinquete, los remos y la palanca:

—A Palo Alto; a entriegarle su bote a Romualdo, porque hace días que lo cargo empriestado y no vaya a ser que lo ocupe.

Desconcertado en parte por esta arrogante entereza, y también dudoso de que fuese sincera del todo aquella actitud que pregonaba la poca mella que llegó a inferirle la noticia de la boda de *la Güera*; y porque, de todos modos, hubiera deseado contribuir a la evasión del amigo del probable desasosiego en que el desengaño lo sumiese, Epigmenio se fingió crédulo, mientras sugería malicioso:

—Pa' mí que lo que más bien te apura es visitar a la muchacha aquella que se dijo que apalabrates en La Manzanilla… A la que se llama como le pusites a tu canoyita.

Descubrió Ramiro en ello un escape consolador, que acaso podía permitirle eludir el oprobio de verse compadecido y en ridículo. Y, sin apenas cavilarlo, murmuró insinuante:

—¡Quién quita y no le andes atinando!…

Mientras Epigmenio iba a conseguirle estopa y mastique para resanar precariamente la deteriorada carena de su chalana y él acomodaba el mástil y la vela, el despechado se entregó a cavilar sobre que aquel inocente embuste, que tan al detalle trascendiese a Las Tortugas y que acaso tuvo alguna responsabilidad en la precipitada boda de Hermelinda, no podía hacer otra cosa que prolongar la fastidiosa ambigüedad de su doliente destino. Y, en tanto que iba distribuyendo los remos y la palanca, se le antojó que el mejor sendero para escapar a las angustias de su sarcástica

derrota era el de cambiar de planes en relación con su futuro avecindamiento, yéndose a levantar su jacal en la Boca del Río, en lugar de hacerlo sobre sus terrenos nativos de Las Tortugas…

Pero, mientras colocaba bajo el bastidor de la popa el cajón donde traía los útiles para la pesca y los elementos que adquiriese para ir tejiendo unas redes, la luz de una ocurrencia consoladora invadió, con sus magníficos fulgores, todas las ensombrecidas reconditeces de su ánimo, llenándolo de una voluptuosidad insospechada.

Él no tenía, ciertamente, ninguna Amanda *apalabrada* en el lejano pueblecito de La Manzanilla. Mas, en la isla del Presidio, a escasas ocho millas marinas de Las Tortugas, una joven que se llamaba de esa manera vivía aguardando estremecida el canto vesperal del pájaro magalón, para acudir presta a sus brazos, trepar resueltamente a su canoa y dejarse traer por él a su nativa comunidad.

Podría no lucir aquellos mismos ojos azulencos de Hermelinda, no ser blonda y pizpireta como ella. Pero no estaba tan fea como para espantar a nadie y tenía todas las apariencias de llegar a convertirse con el tiempo, en una buena mujer, laboriosa y fiel, para un hombre de condición humilde, pero arreglada, como lo era la suya.

Y su retorno a la ranchería, acompañado de esa mujer, iba a permitirle mostrarse con la cabeza muy erguida, dejándoles a los perspicaces vecinos que, al borde de la mofa, espiaban las angustias de su despecho amoroso, constancia clara y contundente de que él no había escrito tan sólo por *fachosería* y desde muy antes de que la boda de la *Güera* se decidiese, aquel nombre que ostentaba su barca sobre los cachetes de la arrogante proa… Que no era, en fin, muy fácil sorprender en tan vergonzoso ridículo a quien llevaba limpio y ufano un nombre tan bien cuidado como el de Ramiro Fortuna.

No se detuvo en considerandos sobre las consecuencias ulteriores de su atropellado proceder.

Lo que importaba era salvar a su amor propio.

Y mecido por el halago venturoso de una solución tan llena de ventajas inmediatas, partió para la Boca del Río, a obtener comida de su hermana Teresa y otro empréstito de su cuñado Justino, fondo con el que alquilaría el *mariache* de Santa María la Joya a fin de

celebrar su regreso con la muchacha en medio de la dignidad debida.

Por cierto que, en el rincón en donde tenían su campamento, los miembros de aquella flotilla pesquera trashumante capitaneada por don Othón devoraban en silencio su merienda un atardecer de dos días más adelante.

Amanda torteaba los discos blandos, extendíalos sobre la plancha del comal y luego los iba sacando calientitos y olorosos para ponerlos en manos de su tía. Ésta, armada de una cuchara grande de palo, tomaba de sendas cazuelas un revoltijo de frijoles, huevos de gallinas y charales fritos, colocábalo sobre las doradas tortillas y, espolvoreándolo con queso rayado que extraía de un bote, lo envolvía para formar tacos que iba distribuyendo entre los prudentes comensales.

Aposentados unos sobre los raizones de la higuera y otros en los pedruscos que fungían a modo de bancos dispersos por el baldío, conversaban ellos a su vera, depositado en el suelo el jarrito de barro con el café caliente que previamente les sirvieran, y del cual trasegaban, de cuando en cuando, sorbos destinados a empujar los frugales bocados. Estacionados enfrente, acezaban ansiosos los humildes perros, implorando con una mirada triste las migajas del festín. Y, recogidos ya en lo alto de las ramas de los árboles, zarandeaban su inquietud los aguerridos guajolotes y las tímidas gallinas.

Era don Othón el más inapetente de todos los congregados.

Teníalo así el vivo resquemor que le dejara la misteriosa desaparición de su hallazgo. Y en la expresión sombría de su rechoncho semblante podíase advertir que sus cavilaciones versaban en torno a un afán insidioso de localizar un culpable, aunque fuera indirecto, para desahogar sobre él las iras que originase el burlado deseo de tomar una cumplida venganza.

Por su desdicha, no conseguía precisar siquiera la hora exacta a que le arrebataron su mal habida canoa.

Tenía por seguro que quien se marchó con ella fue aquel muchacho de Las Tortugas que se presentara alegando ser su dueño, y al que ingenuamente creyese haber despistado con sus falaces informes. Pero no lograba establecer si es que advertido de la falsía de sus indicaciones esperó a que lo juzgaran ausente para retomar,

tomarla y cargar con ella esa misma noche, o fue que, fracasado en la búsqueda, hízolo hasta la mañana siguiente… Y esto, por cuanto él no se pudo percatar del plagio de la embarcación hasta el atardecer del otro día.

¡Y qué furioso volvió entonces a La Huerta!

No sabía a quién agredir para desahogar su ira. Y como se le interpusieran los desafiantes guajolotes, tomó un grueso carrizo, haciéndoselo pedazos sobre las costillas, circunstancias en las que sólo los salvó de morir la caparazón protectora que formaba el espeso plumaje de sus alas recogidas.

Encaróse después con los del grupo, para reprocharles con frases acerbas su falta de cooperación en la vigilancia de las propiedades comunes. En parajes como aquél, se volvía necesario que todos contribuyesen con análogo desvelo para evitar la pérdida de los objetos valiosos. Y tal parecía que a nadie le importara dos míseros cominos nada que no fuesen los útiles de su particular pertenencia… En el caso peor, y aun cuando pudiera reputarse de ilegal el derecho de apropiársela con que justificaba sus procedimientos, el hecho de rescatar a la canoa de la *laguna* y vaciarla del agua que contenía habíale costado un esfuerzo considerable y la pérdida de un tiempo que reputaba como precioso; y ello le daba fundamento a su intención de retenerla mientras el verdadero dueño, si existía, se identificaba a entera satisfacción e iba retribuyéndole en efectivo por los esfuerzos y gastos originados en el salvataje de la canoa…

No encontrando ni objeciones ni asentimiento en su discreto auditorio, cansóse al cabo de discursear. Y se fue calmando.

Pero, desde entonces, había caído en aquel mutismo torvo y amenazador, el cual llenaba su convivialidad de dinamita. Y parecía escrutar con aquellas ansias que, pasadas veinticuatro horas ni se disipaban ni se definían, en los más oscuros repliegues del pensamiento de todos ellos, para descubrir al traidor que llegó a reputar indispensable.

Por distraerse de desazones tan humanas, una vez que terminaron a cena y mientras se tomaban un reposo antes de acudir con sus atarrayas a las charaleras, Valentín, el joven espigado y serio, apaciguador profesional y a cintarazos de los pendencieros cóconos, dispúsose a llevar la conversación por temas ajenos al asunto,

tratando de darle algún interés a la velada.

—Ayer —dijo— vide cómo se formaba una *culebra de aigre* pa'quel ladito de Cojumatlán… Puede qu'estén cayendo sus buenos tormentones pa' esa ribera.

—Pos nues tiempo de *culebras de aigre* —hizo observar José—. Y ya era que
se'bieran
ido los nublados y las tormentas… Pero seguro este año andan retrasadas las aguas.

—¡Ni tanto! —puntualizó don Primitivo, aquel hombre maduro que dos días antes se quedara desalojando el agua de la vieja canoa —. El mentado cordonazo de San Francisco, que apenas pasó, siempre trai algo de retache, porque deja regüelta pa' en unas semanas la amósfera. Precísimamente, la canoyita aquella cargada de chivos y de cristianos que se sorbió por el tiempo del carrancismo una *culebra de aigre* que picó pa'l lado del Pantano, crioque jue por noviembre, cuando iba la gente pa' las fiestas de Santa Cecilia.

—¿Y nunca más golvieron a cair los que se sorbió? —preguntó Tranquilino con una sincera y honda expresión de asombro.

—De cair es seguro que caedrían —aseveró, tolerante, don Primitivo—. Lo que sí no te sé
dicir'ónde
; porque es bien sabido que las *culebras de aigre* los alevantan tan alto y se los llevan tan alejos, que a la mejor van a dar con ellos hasta Veracruz. Así que ni poniéndose uno a la expetativa es seguro que llegue a dar con el que se llevó… ¡Y mira nomás cómo al chamaco que la conjura lo respeta y no lo alevanta, por más que venga a picar encima mero
de'onde
él está rezando!… Pero, eso sí, ha de ser de justo siete años la criaturita,
porque'onde
sea más maciza o más tierna, ya se pueden ir dispidiendo de ella. De menos le da su buen aventón.

—¿Y qué es, pues, lo que tiene que hacer ella pa' ese conjuro? —interesóse el *chinito* Tranquilino, cada vez más intrigado.

—Nomás que la saquen a un baldío con un cuchillo entre más

grande en su manita, pa' que haga con él la mueca como si tajarriara
l'aigre
. Al parejo, las gentes mayores han de prender un cirio, o de perdida una velita de sebo, pero bendecida en el templo, y van haciendo en el suelo una cruz con ceniza y rezando, comues debido, *La Magnífica*… Y hagan cuenta que con eso a la *culebra de aigre* la van jalando de a tiro
pa'hacia
arriba, hasta que se desparece.

—¿Y suelta todo lo que traiba?

—Pues… eso no. Seguro lo arrejola pa' hacia arriba y va a dar con ello hasta sepa 'onde…, hasta 'onde pica de nueva cuenta. Al propósito de ese evento, allá por el año veintidós picó una por el lado de Poncitlán, y seguro 'bía levantado y traiba una bandada de patos dende sepa Dios 'onde, porque hizo reguero de animalitos por todo lo que son milpas. A lo que se ve, ya venían hasta manados de tantas vueltas que les dio dende tan alejos, porque estaban amensados y no eran quiénes pa' echar el volido. Eran unos patos grandotes, que ni están aquerenciados por estos rumbos; de modo que no es cosa de que se pudiera uno imaginar de qué tan lejesísimos no los traedría… A la mejor de la China o de más allá, porque dicen gentes que no son ni tan inorantes,
qu'estas
culebras de aigre se llevan dándole vueltas al mundo por lo redondo, y dejan rastro
por'onde
quiera que pasan… Hasta que se topan con el chamaco que las conjura; y ai sí se pierden y no se sabe más
d'ellas
…

—Jelipe Santana me contó un día —aseguró el atónito Tranquilino—, que hace ya muchos años una *culebra de aigre* alevantó una canoa de rancho de las más grandes y cargada como con veinte toneladas de arena de río.

—Quién sabe si sea tanto —dudólo, cautamente, don Primitivo —. Pero lo que sí que canoas de las chicas, a mí me consta de bien a bien que a cada rato las desparece…

Don Othón, que hasta aquel punto no había demostrado mayor interés en lo que se conversaba, al arribar a él salió de su larga concentración mental para exponer, de pésimo talante y con un retintín que era casi una sentencia de muerte:

—¡Pos lo qu'es la canoa que yo saqué de la laguna no jue *culebra de aigre* la que se la llevó!… Por el rastro bien se mira que jue gente humana… Y si dio con ella, tan bien alzadita como yo la tenía, ha de 'ber sido porque no faltó un alcahuete jijo de la tiznada que le diera el norte de pa' onde la podía incontrar.

Aunque resentidos por lo mucho que tal aseveración contenía de indirecta, los hombres permanecieron callados. Sólo la señora avejentada y enjuta, que ahora repartía tragos de agua en un cuenco de calabaza, intercedió desdeñosa y reprochándole:

—¡T'estás haciendo biles!… Y, al cabo, ya no tiene ni remedio.

—Que lo tenga o no lo tenga, lo que yo quisiera saber es cuál de todos os que m'están oyendo jue el cabresto que lo puso al alba… Y como me llamo Othón Partida que he de viriguarlo, pa' restriegarle su hocico argüendero por toditito el pedregal…

La muchacha se hallaba manifiestamente azorada. Si su padrino llega a ser un poco más perspicaz como sabueso, aquella nerviosidad hubiérale bastado para establecer cuán flaca de conciencia se sentía ante la terrible imputación de sus coléricas palabras.

Los hombres guardaban silencio porque le temían, y porque no siendo culpables de aquel delito, no experimentaban necesidad de darse por aludidos. Don Othón no era sujeto con el que resultara conveniente buscarse dificultades evitables. La terquedad y la violencia constituían dos de sus defectos más arraigados. Y en gracia a ello, hasta el simple hecho de objetarle con buenas razones, implicaba un riesgo ominoso y estéril.

No por ser ahijada suya se hubiera librado Amanda del maltrato. Ni sería, ciertamente, aquella la primera vez que le pegaba. Dábanle derecho a hacerlo varias simultáneas jerarquías. La de tratarse de su padrino era ya una. Y la otra, el hecho de que don Othón tuviese enredos amorosos con su tía, lo cual le otorgaba atribuciones de cabeza de familia en la casa a cuyo amparo estaba acogida la chica.

Tampoco la señora se hubiera atrevido a salir en su defensa.

Y aquel José, que decía quererla, siempre la vio como a hija de

don Othón y hasta, en cierta medida, él mismo se consideraba en dependencia con respecto al gordo; de suerte que hubiera dado el incidente por asunto de familia. Por otra parte, Amanda adivinaba en los procedimientos de este José ciertas sinuosidades que no le habrían permitido esperar de él ayuda alguna, y las cuales, a la vez, empujábanla a aborrecerle. Suponíale en el fondo satisfecho de que le pegasen, toda vez que los malos tratos recibidos del padrino quizás estimularan la indecisa resolución de la muchacha en cuanto a aceptar sus requerimientos matrimoniales…

Por fortuna, el peligro pareció desvanecerse cuando los hombres se empezaron a levantar, tomaron sus atarrayas y sus chiquihuites y se dirigieron hacia las charaleras del lado norte.

Al quedarse solas, la tía le confió a la muchacha:

—Vale más que te vayas apreviniendo pa' la que se me hace que se
t'espera
con tu padrino. Él la trai con que juiste tú
l'única
que habló de a solas con el muchacho aquel, cuando venían de por l'agua
… Y le malicia que le diste razón de la canoa.

—¡Yo no le dije! —mintió, asustada, la chica.

—Por mi parte, si le dijites, hasta bien salió. Yo no te lo tomo a mal… Tampoco
me'bía
de rajar con él, porque le conozco el genio, y tiene su mano dura cuando golpea…

—Yo ya estoy grande; y no era que me dejara tan facilito… —bravoneó Amanda.

—¡¿Qué otra te queda?!… —preguntóle la mujer con ánimo fatalista—. Aquí nomás él manda en toditos… Y lo más pior es que anque no consiga asigurarse de que juiste tú la traicionera, te va a agarrar de cualesquier modo la enquina, porque ya sabes comues de rencoroso…

—Me juyía… Y ya.

—¿Y'onde vas que más valgas? —díjole, sardónica, la tía.

Fue como si todo hubiera sido cuidadosamente dispuesto.

El canto mañanero del magalón, extemporáneo a esas horas,

trajo en sus silbos y en sus guturaciones cambiantes, desde la cúspide en donde se hallan las ruinas, la respuesta.

Amanda se quedó súpita…

Pero la vieja no pudo comprender lo que pasaba.

Los perros descubrieron la añagaza con su fino instinto de guardianes. Y, ya al primer reclamo, intentaron ladrar, difundiendo la justa alarma. Pero desistieron cuando los calló la chica, dándose por convencidos de que bien podían hallarse equivocados, o tal vez, porque juzgaron que no valía la pena de derrochar energías anticipando una amenaza tan lejana e imprecisa.

Revolvíase la muchacha toda nerviosa, yendo y viniendo de un lado a otro, sin concierto y sin sentido, y sin encontrar un pretexto para escapar a la atención molestísima de la tía.

Ésta creyendo haberla atemorizado con la perspectiva de ser brutalmente vapuleada por don Othón, sintió la necesidad de calmarla.

—¡No es pa' tanto tampoco, muchacha! —le dijo—. Los hombres nunca nos pegan a las mujeres tan juerte como en veces nos lo merecemos. No resisten que una llore… Y ya ves el poco trabajo que cuesta.

El canto agudirronco del pájaro magalón bajaba por segunda vez de la colina.

Y, al cabo, el apremio de la chica entrevió una solución satisfactoria. Dominándose para lucir menos excitada le pidió a la tía:

—¿Por qué no va a enjuagar los trastes a la laguna antes de que s'escurezca
más la nochi?… ¡Luego me da temor quedarme sola!

—¡Nunca juiste ni tan espantadiza!… —sorprendióse la mujer.

Pero, tomando las cazuelas sucias, emprendió obediente el camino, por la huella abierta entre el herbazal, hasta el pedrerío de la orilla.

No había de desperdiciar Amanda un solo segundo. Se introdujo en el jacal para revolver adentro recogiendo su ropita; silenció y detuvo a los perros que husmeaban su proceder e intentaron seguirla; y, después de desprender de una rama del árbol la aguja de hueso con la que tejía las redes en los momentos de ocio, y que yéndose con un pescador podía resultarle necesaria, le lanzó una

mirada compungida a la vieja que se alejaba y, conteniendo a duras penas un llanto en el que había igual porción de nerviosidad que de pena por la pérdida de la que, buena o mala, había sido su familia, emprendió el camino cuesta arriba, por aquella vereda sombría que estrangulaba la selvática maleza.

La luz intermitente del farito servíale de punto de referencia para orientarse en la noche, y le daba alientos a su decisión con el jugueteo picaresco de sus reiterados guiños.

La juventud, con su caudal de aturdidas ilusiones, prestábale alas.

Y el canto insistente del magalón, desgranando a través de agudas notas y lánguidas pausas la música de su amoroso reclamo, la enfebrecía.

Ajena a que sólo estaba destinada a servirle de puntal al amenazado orgullo de Ramiro en sus pugnas contra la amargura y la desesperanza, ascendió resuelta y segura de estar trazando su propio destino, recitando maquinalmente la prodigiosa oración que, con sus excelsos poderes taumatúrgicos, había traído de nuevo hasta a su lado al hombre del que tan fácilmente se prendara.

“San Benito de Palerma,
rey amantísimo de los enamorados,
haz que no coma ni duerma
y que viva apasionado
hasta que a mis pies no venga”.

V

POR MÁS que todo pareciera solucionado ya, Ramiro sólo estaba en los comienzos de su eterna lucha contra los infortunios y las contrariedades.

Y entonces, sobrecargado a lo largo de todas sus trayectorias por un doble lastre: la preservación de sus flamantes títulos de propietario, que no había de darle ya punto de reposo ni en la noche ni en el día, y la voluntaria responsabilidad que se echó a cuestas al traerse con él a la muchacha.

Cierto es que la comprensiva y humilde condición de ésta pudiese llegar a convertirla, bajo ciertos aspectos, en un elemento más de su fortuna. Ella se le había entregado espontánea e indefensa, y estaba resuelta a una renunciación absoluta de todos aquellos de sus impulsos que no concurrieran en servicio de las esperanzas y las ambiciones del elegido, tal como si el cuñado Daniel que pintó el nombre de la chalana hubiese escrito, al hacerlo, el oráculo de su destino:

«AMANDA»
Propietario: Ramiro Fortuna.

Y ni siquiera fue dueña del instante preciso para detenerse a acariciar ese rótulo significativo.

Una vez que estuvo sobre la barca, como observara a nuestro hombre atareado disponiendo el aparejo, sintió urgente ya la necesidad de asistirle en la maniobra. Pero, al no encontrar en aquel menester una función propicia y descubriendo en el cajón de los útiles la bola de hilo que en él guardaba el muchacho, tomóla, para iniciar con mano hábil y mediante la ayuda de la primitiva aguja de hueso, que extrajo del envoltorio, el tejido de una atarraya.

Hasta entonces habíanla gobernado la imprevisión y el aturdimiento. Pero, ahora, estaba echada su suerte y no quedaba otro remedio que tomar en serio la vida.

¡Y era aquélla su noche de bodas, cuando apenas acababa de dejar, precipitadamente y sin otro tributo al placer que el hálito de tres suspiros entrecortados, los cendales de su virginidad entre el pajonal espeso y rumoroso de los flancos de la isla!…

Ramiro, ese hombre que tres días antes ni siquiera conocía, y que entonces se le figuraba tal como si hubiera sido su dueño a través de una prolongada existencia, la vio, fugazmente, trabajar en la red. Pero, considerando innecesario ponderar una actitud tan razonable y lógica en quien aspiraba a convertirse en su mujer, simuló no reparar en ello.

Teníale preocupado el hecho de que los remiendos provisionales practicados en la averiada carena de su embarcación daban señales de estar desmoronándose. No parecía nada remoto que esto le obligase a navegar atormentado otra vez por la precisión de achicar a intervalos el agua que embarcara por las abiertas junturas.

De todos modos, debían huir cuanto antes de la isla del Presidio…

Y, desentendiéndose de aquellos inconvenientes, izó toda la entena, para recoger en el regazo de la frágil vela blanca el impulso desarticulado de un *colimote* inestable, que traía adentro de sus hinchados carrillos unos inciertos presagios de tormenta.

Como quiera que el viento era favorable, la canoa entró muy pronto en desenfrenada carrera.

Pero Ramiro no se equivocaba, y pronto advirtió que, con la marcha, el agua penetraba más fácilmente e iba inundando la barca hasta la altura del panel.

Amanda había encontrado en ello una excelente oportunidad para demostrar sus méritos de compañera. Dejó el tejido de la red, y se dispuso a achicarla… Por suerte, la noche no lucía todo lo oscura que se hubiera debido esperar de la ausencia de la luna. Y, cuando se empezaban a cansar de aquella brega, vieron venir en pos, del lado de Tuxcueca a juzgar por el sentido en tangente de su rumbo, a una canoa grande, con su velamen grávido, y que probablemente se dirigía hacia Ocotlán. Y en el acto resolvió nuestro hombre solicitar su ayuda.

Una remolcada tan oportuna aligeraría el peso de la chalana y el esfuerzo de su navegación, aminorando las filtraciones que la amenazaban; dejaríale a él liberado de la necesidad de atender a la escota y al maneral para ayudar a vaciarla; y disiparía los riesgos de una persecución y un alcance por parte de los pescadores de la isla de Mezcala, poniendo a la pareja, mucho antes de lo previsto, al amparo de Las Tortugas.

Y gritó, pidiendo el remolque.

Los dos hombres que tripulaban el lanchón no tuvieron inconveniente en complacerlo. Ciñéronsele para pasarle muy cerca a la chalupa, y, cuando lo hacían, le lanzaron un cabo que el muchacho pudo asir y que amarró sólidamente de la argolla de proa de su barca, jalándose después de él para repegarla al costado de la canoa de rancho, aventar a ésta los remos, el trinquete, la entena y la manta, y hacer que la joven se trepase a ella por la borda.

Creía Ramiro poder marchar así más descansada y placenteramente, permaneciendo él solo en la chalana para ir extrayendo el agua y tapando un poco las filtraciones.

El lanchón que le proporcionó generoso auxilio era nada menos que el de *el Pájaro*, un navegante de Ocotlán conocido suyo, y que lo tripulaba asistido por otro muchacho con el cual nuestro hombre había llevado cierta amistad. Ambos se mostraban muy complacidos de la oportunidad de hacerle ese servicio al mozo, así como intrigados por la presencia de la desconocida. Y el patrón acabó por incorporarse del asiento de popa, ganado por el afán de ir cambiando algunas frases con Ramiro.

Sin embargo, no tardó mucho en acudir a descomponerlo todo un nuevo incidente.

El *colimote*, que a medida que avanzaban se iba insuflando, vino a acrecentar el impulso que el lanchón recibía. Y con ello, la pequeña canoa empezó a cabecear con furia sobre el oleaje que levantaban, simultáneos, el brisote y la poderosa estela de la nave, siguiendo a muy duras penas a ésta. Y, resistiéndose al cabo a mantener aquella velocidad que no correspondía a los elementales dispositivos de su configuración, empezó a tironear amenazadoramente de la soga de remolque.

De primer intento, Ramiro no le concedió la merecida importancia a lo que acontecía, limitándose a achicar con más tesón

el agua, para evitar que aumentara el peso. Pero, como al ir pasando por frente a Santa María la Joya el viento arreciase más aún, no pudo menos de preocuparle la observación de que los chapoteos de la pequeña barca se volvían tan violentos, que su panza resonaba como tambor a cada rebote sobre el lomo de las fugaces olas, cuyos airones de cierzo escupían ya con amenazante encono a la cara del muchacho.

Temeroso de que la averiada carena acabara por abrirse, o de que el violento tironeo pudiera reventar el cabo, *el Pájaro* le sugirió que recogiera un tanto éste, para que controlada más estrechamente, la chalana encontrase alivio…

Y fue fatal error aquella medida.

La *Amanda* perdió la facilidad que le prestaba la holgura de las amarras para capear la marejada con sus particulares recursos. Y en los escarceos de su resistencia embarcó, por sobre la borda, los primeros tragos de agua.

Puede decirse que los tres sorbos iniciales fueron suficientes y definitivos.

Al ganar con ellos peso y calado, perdió su agilidad frente al impetuoso asalto del oleaje. Y en unos cuantos segundos, mucho antes de que los hombres tuvieran tiempo de organizar alguna providencia, habíase anegado por completo y marchaba medio hundida, navegando pesadamente entre dos aguas.

A tal velocidad y en semejantes condiciones, la situación se volvió muy peligrosa. No era de creerse que la soga, con toda su bien probada consistencia, resistiera el fabuloso peso que entonces llevaba a rastras. Y, de resistirle, el maderamen de la *Amanda*, que ya se oía crujir amenazadoramente, no iba a tardar mucho en hacerse pedazos.

Comprendiéndolo así, Ramiro tuvo que tomar una resolución desesperada. Gritóles a los tripulantes del chalán urgiéndoles para que soltasen el cabo de remolque y trataran de detenerse y esperarlo.

El Pájaro entendió la disyuntiva y fue presto en obedecer la demanda.

Y con ello, Ramiro y su canoa se quedaron rezagados y libres en la oscura noche de la *laguna*, manteniendo, medio hundidos, un equilibrio muy precario sobre el vaivén del irritado oleaje.

Percibiendo el peligro en toda su dimensión, la chica púsose a emitir, desde la canoa de rancho, una serie de penetrantes y desgarradores chillidos, en los que no se hubiera logrado establecer si lo que vibraba era el terror o la queja. Y ellos ahogaron casi las vociferaciones de *el Pájaro*, que mientras echaba al agua el anclote, le gritaba a Ramiro, estimulándole:

—A ver cómo le haces pa' aguantarte a flote mientras vemos el modo de llevarte ayuda, home.

La ocasión era tal como aquella en que cayese al agua el *Requinto* de Lodegario.

Al sentirse despojada de tan pesado lastre, la nave de *el Pájaro* había cobrado un ímpetu mayor. Y cuando sus tripulantes consiguieron detenerla, estaba trescientos metros más allá de donde quedara la canoa.

No siendo factible retroceder contra el viento, decidieron aguardar a que Ramiro nadase hasta ellos y los alcanzara.

Pero éste no podía abandonar a su chalupa…

Mucho menos aún, cuando se percató con sorpresa y desconcierto de que habían quedado sobre un ignorado bajo de arena de escasa profundidad, parado en el cual, el agua apenas le llegaba al pecho. Probablemente no fuera este banco de mucha extensión, pues, estimulados por la venturosa novedad, que él les participara a grandes voces, los de la canoa de rancho trataron de utilizar la palanca sin que les fuera dable alcanzar fondo. Pero resultaba un apoyo inestimable, muy capaz de proporcionarle a Ramiro la oportunidad de proteger la barca y de salvar su vida.

Tenía, no obstante, que decidir con premura las cosas.

Los del lanchón le estaban gritando:

—Vale más que t'hagas l' ánimo de perder tu canoyita, y que te dejes venir a nado, home…

Y él, reprimiendo cuanto pudo su emoción, contestóles resuelto:

—Lo que han de hacer es que me avienten mis remos y se vaigan. Al cabo que la laguna está baja aquí, y tengo modo de pararme pa' achicar
l'agua
… Ai les doy las gracias.

Los hombres se resistieron levemente a aceptar una solución tan desesperada.

Deliberaron sobre todos los medios de que hubieran podido valerse para socorrerlos a él y a su canoa antes de considerar aquella propuesta. Y, no encontrando ninguno, decidieron que una vez hecha a un lado la consideración de los peligros que implicaría el quedar abandonado allí, nadie en el caso de Ramiro hubiese procedido en forma distinta; y que, con sólo que las cosas marcharan con un poquito de suerte, nuestro hombre podría salvarse él y salvar de paso a su anegada e importantísima embarcación… En vista de todo lo cual, y puesto que tan obstinado parecía en correr aquellos riesgos, ningún derecho ostentaban para inducirle a mudar de propósitos.

—Ai tú sabrás lo que haces… —gritóle, por consecuencia, *el Pájaro*—. Nosotros tenemos que seguir antes que cambée el viento y nos haga falta pa' que lléguemos hoy mesmo a Ocotlán…

—Anden sin pendiente. Mándenme nomás mis remos, y allá me alzan lo demás —los estimuló él—. ¡Y que Dios les pague l'ayuda!

Sobrevino, después, un intervalo de silencio. Y, al cabo de él surgió de la oscuridad el muchacho que acompañaba al *Pájaro*, nadando y trayendo por delante y a empujones un tablón sobre el cual venían no sólo los adminículos solicitados, sino también una muchacha empavorecida y llorosa.

—¡¿Qué vienes a hacer con la vieja?! —preguntóle Ramiro con reproche—. Llévinsela pa'Ocotlán, que allá pasaré a recogerla…

—Pos, ai tú, si puedes, hazla cair a la razón —dijo el muchacho —. Se le puso que se'bía de quedar contigo y no hubo otra que tráirtela.

Cuando la nave del *Pájaro* se fue, y los dos muchachos se quedaron solos en medio de la noche, tratando de vaciar el agua de la chalana, percatáronse de que su empresa no iba a resultar tan sencilla como se la imaginaron.

El oleaje, que la creciente persistencia del viento mantenía, rebosaba fácilmente la borda de la barquichuela, reponiendo sin esfuerzo mayor el líquido que, con tantas fatigas, conseguían

extraerle; y su labor era tan imposible como si estuvieran tratando de llenar un costal desfondado… No les quedó más remedio que reconocerse vencidos en el empeño, y que decidirse a esperar hasta que sobreviniera, al ir cediendo el brisote, un periodo de calma conveniente.

Habíales llevado su destino a darle cuerpo real a una imaginaria figura retórica, ya que tal como estaban allí, se podría decir con absoluta propiedad que se encontraban *con el agua al cuello*.

La ribera más cercana distaba por lo menos cuatro millas marinas, en el transcurso de las cuales existían profundidades casi oceánicas, alternando acaso con las franjas apenas sumergidas de otros bancos fangosos o silíceos que el criminal desagüe del lago iba dejando aflorar por dondequiera, y tal vez con la cresta hirsuta y rocosa de algún escollo precoz. Y, el bajo sobre el cual se quedaron anclados con su canoa, sus remos y su desdicha, y que no lograba sobresalir en parte alguna del agua, constituía apenas un apoyo primario, capaz de salvarlos momentáneamente de perecer ahogados, pero que no hubiese prometido mucho en cuanto a sus probabilidades de sobrevivir al naufragio.

Decidió Ramiro explorarlo, con la esperanza de que continuase bajo el agua hasta algún punto por donde les fuera posible irse acercando a la orilla. Y vino a comprobar que su perímetro no se extendía en ninguna dirección, más allá de un triste radio de cuarenta brazas. Sólo pudo descubrir, para alivio de su atormentada situación, un lugar ligeramente más elevado, parados sobre el cual el agua apenas les sobrepasaba la cintura.

Y allí, capeando el persistente embate de las olas que trataban de escalarles la garganta, tiritando de frío y avizorando con desesperada cuanto inútil ansiedad la clemencia de Dios entre las conmovidas estrellas, esperaron silenciosos y juntos el remoto paso de una canoa o el difícil advenimiento de una oportuna calma.

Tenían tiempo para conversar. Y la muchacha desahogó un resentimiento, diciéndole a Ramiro con débil entonación de reproche:

—¡Ya querías que me juera sola
pa'Ocotlán
!

Él ni siquiera se propuso descubrir el gesto de coquetería que evidentemente estaba en el fondo de aquella actitud rencorosa. Comentó, con un fatalismo permeado por la amargura que propiciara su incapacidad ante las durezas del destino:

—¡'Hora ya'stás mirando lo que ganaste con tu terquedá!…

Ella pareció meditarlo un ratito. Luego adujo, tesonera:

—A la mejor, ni te'bieras parado a precurarme… ¡Al fin que ni estamos casados como Dios manda!…

Ramiro encogióse de hombros, exhibiendo una falsa indiferencia. Y luego, con aquella misma desesperanzada actitud, repuso pesimista:

—Pos, 'onde Él nos saque d'esta, es que seguro ya hay el alcuerdo allá arriba de que nos quédemos asina como venimos… ¡Pa'
qué'bíamos
de querer más bendición
qu'esta
que nos está
dando'horita
!…

—A mí no me apura —dijo Amanda—, porque me late que Él nos manda esta pena por castigo…, y pa' calarnos si de deveras servimos pa' juntos.

Aunque insinuó una sonrisa, el muchacho no parecía muy conmovido con aquella revelación. Diole, sin embargo, su aquiescencia a través de un desabrido sarcasmo:

—Pos, a lo menos, ya puede mirar que jalamos parejo, ¿no?… Pero, a ver si a
l'hora
de
l'hora
no se le pasa la mano con el tormentón que ya se adevina
pa'l
lado de la sierra de Tecán.

Corroboraban el temor de Ramiro los bruscos arrebatos y los pequeños remolinos huracanados que, prolegómenos obligados de una tempestad otoñal, empezaba a sufrir el viento, tanto como las formaciones de nubes que aparecían por el lugar aludido.

Pero, al propio tiempo, hubiesen podido servirle de puntal a la candorosa fe en la misericordia divina que la muchacha externara, las ondas de luz que desde el lado opuesto y limpio del cielo se extendían concéntricas y radiantes, con un ritmo de latido cardiaco, denunciando el surgir de la luna. Pues ello era como la promesa de una enconada pugna entre las facultades dispersivas de ésta y el poder aglutinante del *colimote*, que arreaba, como a una inmensa borregada blanca, a los tormentosos cúmulos del noroeste.

Nuestros infelices personajes no hubieran podido llenar otro papel que el de dos maniatados y sobrecogidos espectadores de aquel gigantesco combate. Pero empezaban a darse cuenta exacta de lo que les iba en su desenlace.

El pavor empezaba a sacudir sus nervios, enteleridos y lacios por la prolongada inmersión y la fortuita inactividad. Y, al choque del viento encalabrinado que retozaba desarticulando la atmósfera con su aliento tempestuoso, invadíalos, deprimente, la sensación de que el agua fría empezaba a hervir en torno suyo, y de que al influjo de aquella extraña ebullición subtérmica, el fondo del bajo se estaba volviendo inestable, como si pudieran desplazarle las alternativas que origina un temporal lacustre con sus eventuales variantes en las corrientes que lo reunieron…

No obstante, y sin duda, se trataba del sentimiento de inseguridad que imprimían el agotamiento y el pánico en el ánimo contrito de nuestros náufragos. Pues el bajo subsistió, a pesar de que la borrasca fue acercándose más y más al punto en donde se hallaban.

Escuchábase distinto el trueno y desgarraban la sofocada noche con su fogonazo deslumbrador los relámpagos casi continuos, cuando apareció la luna y se puso a escalar el firmamento por el oriente.

Y Ramiro experimentó un estremecimiento de alivio, calculando que acaso el astro tuviera tiempo de atajarla, antes de que la tormenta llegase a descargar sus concentradas furias sobre el triste desamparo de sus cabezas.

Siendo ellos el punto más elevado sobre aquel gran tramo de la superficie lacustre, el mayor peligro radicaba, patético y aterrador, en los rayos que servían de comparsa al temporal, y cuyo trazo siniestro se sepultaba ya, zigzagueante, en las húmedas entrañas de

la *laguna*, como si fueran la cólera de Júpiter persiguiendo y fustigando con su rabia celosa a los dioses fluviales que le disputaban las caricias de las amadas ninfas acuáticas, o los afanes del no menos colérico Jehová por obligarles a entender al pobre de Ramiro Fortuna y a su contrita muchacha todos los rigores de su descomunal poder y el alcance de sus iras molestas por el pecado…

De cualquier modo, el fabuloso riesgo no llegó a condensar en tragedia.

El versátil *mexicano* de la madrugada, anticipándose a su hora, surgió con tiempo de prestarle apoyo a la generosa luna en la dispersión del chubasco, poco antes de que sus furias alcanzasen el lugar en donde se hallaban nuestros amigos entregados a la oración, que brotaba en atropellado balbuceo de sus labios trémulos por el espanto.

Probablemente fue un prodigio de San Bartolomé, candorosamente requerido por la desgarrada ansiedad de la chica a través de los ditirambos de aquel inefable rezo:

"San Bartolomé se alevantó,
cuando a Jesucristo incontró.
—¿'Ónde vas, Bartolomé?
—Señor, contigo me iré.
—Arriéndate, Bartolomé,
a tu casa o a tu mesón,
que yo te daré perdón,
y en la casa'onde jueras mentado
no caedrá piedra ni rayo,
ni mujer morirá de parto
ni criatura de espanto…".

O, acaso, la también encarecida intervención piadosa de Santa Bárbara Doncella… O, tal vez, el omnímodo y fabuloso poder salvador de *La Magnífica*, cuyas estrofas musitaran discreta, pero crédulamente, los convulsos labios de Ramiro… O sería, en fin, la fatalidad, que también suele permitirse el lujo de una que otra complacencia bondadosa… El caso es que el chubasco se disipó, y que, exhausto el viento auxiliador en la frenética pugna contra el avieso *colimote*, una vez consumada su hazaña se detuvo a descansar, permitiendo que con el despuntar del día, una noble

calma matutina posara su mano enguantada sobre las batidas aguas del decadente Chapala.

Y Ramiro y su mujer, ligados ahora por los vínculos imponderables de su comprensión y solidaridad en los adversos trances del infortunio y agradecidos de aquel bajo providencial que les permitiese rescatar en esta nueva lid a su chalana, pero que era un inquietante anticipo de la extinción del lago que había de volvérsela inútil en muy breve tiempo, pudieron vaciarle el agua y salir con ella a tierra, para seguir arrastrando, juntos, su discreto orgullo de mestizos por el azaroso camino de la vida.

FIN

Guadalajara, Jal., septiembre de 1950

VOCABULARIO DE MEXICANISMOS Y REGIONALISMOS

abajeño, originario de los bajíos o partes bajas. En el Chapala se lo emplea para denominar un viento tenue del poniente que sopla por las tardes y primeras horas de la noche.

abueyar, dominar, volver dócil a una persona hasta un grado abyecto.

abusiones, patrañas, supersticiones.

acaute, planta silvestre, girasol, de la mesa central, especie de cardo gigante que crece entre el malezal por el verano, ostentando grandes flores de pétalos amarillos y corola café oscuro, pero inodoras y frágiles.

aceitillo, yerbajo pequeño, de flores chicas y doradas.

acomedido, adelantado, madrugador.

agasajo, provisión o ambigú de que se dispone para celebrar algún acontecimiento.

aguadearse, de volverse *aguado*, flaquear.

alebrestado, receloso, fanfarrón.

alharaca, escándalo, griterío.

a lo macho…, de cierto…

alzar, guardar, recoger.

alzar pelo, temerle a una persona o cosa.

amacharse, obstinarse, entercarse.

amura, se usa en el Chapala para designar el viento o cabo corto de la sección baja de la relinga, que se amarra a las argollas de la amura propiamente dicha para fijar el ángulo de la

vela cuadra que no controla la escota.

angelito, se dice del que se muere siendo niño inocente.

ánsares, gansos silvestres migratorios.

apalabrada, comprometida en libre convenio oral.

aquerenciado, que tiene en un lugar su querencia, aclimatado.

argüende, alboroto, chisme.

anejolar, se usa indistintamente con las siguientes acepciones: acorralar, desviar y lanzar a distancia alguna persona o cosa.

arrendarse, regresarse, devolverse.

atarraya, instrumento de pesca consistente en una red pequeña y circular bordeada de plomos, la cual se arroja con el impulso del brazo, girando y distendida, sobre los cardúmenes en los lugares de escaso fondo; esparavel.

a tiro hecho…, con certidumbre absoluta.

atrancarse, detenerse apoyándose en algo.

aviada, impulso, estrepada, inercia.

babosear, insultar, engañar.

bacín, bacinica, orinal.

bagre, pescado de laguna de tamaño regular y carne corriente y negruzca.

barañas, ramascos.

barcino, color atigrado y sucio de algunos animales.

bielgo, pala dentada, yelgo.

birria, condimento de carne de chivo cocida y adobada con salsa picante. En la ribera del Chapala se suele cocinar cierta birria de pescado bagre.

blanco, pescado de los lagos mexicanos, de escaso tamaño pero de carne cristalina, suave y muy estimada. Una variedad de pejerrey. Se le denomina también pez cuchillo o Campamocho.

bogues, los estrobos o toletes sobre los que se apoya el remo en la función de bogar.

bordo, dique. También se le dice a la cárcova, a la acequia y a sus ribazos.

borlote, alboroto.

botana, aperitivo que acompaña la ingestión de bebidas alcohólicas.

bracero, neologismo con que se designa a los que emigran a los Estados Unidos de América contratados para trabajos penosos.
briago, borracho.
bules, frutos del tepeguaje, que se vacían y pueden usar en función de recipientes.

ca' , apócope de casa y también de cada.
cachiruleado, churrigueresco, rebuscado en el adorno.
caer de a madre, expresión grosera equivalente a caer antipático.
caerle a alguien, sorprenderle haciendo algo.
cajete, mortaja donde se ajusta o encaja algo. Entre los canoeros del Chapala designa a la carlinga, voz que desconocen.
calar, probar.
cantón, en sentido figurado, casa.
capomos, ciertas plantas acuáticas de flores vistosas y no tan delicadas como las del lirio.
carambazos, golpes.
carcacha, vehículo en muy mal estado.
carcaje, voz popular que expresa esqueleto o, en sentido despectivo, cachivache.
cargar algo, llevarlo consigo.
carpa, pescado de laguna, corriente y muy espinoso.
carrizo, caña de agua, cañavera.
cascabelito, leguminosa silvestre, cuyas pequeñas vainas y semillas adquieren, al irse madurando, una rigidez que motiva que suenen, al ser batidas por el viento o rozadas por el paso de los animales o las personas, con un rumor casi metálico.
catrín, elegante, en tono desdeñoso.
cerrero, animal sin doma, del cerro.
clarear, hacer blanco con un disparo de arma de fuego.
clavarse algo, robárselo.
coamil, terreno duro de labrantío, que por su situación no puede labrarse con arado.
cobijas, ponchos, mantas de viaje.
cócono, guajolote, pavo común.
cola de zorro, yerba de espiga abundante, suave y rosácea.
colimote, viento fuerte del oeste que en el Chapala sopla del rumbo de Colima.

copal, arbusto de terreno pedregoso cuya resina aromática se usa a manera de incienso en las ceremonias y rituales de la brujería.

cordonazo, el último temporal del año, y casi siempre el peor.

corrales, aparte de su significación castiza, designa en el Chapala unos viveros rudimentarios que se organizan en los pueblos ribereños para conservar el pescado vivo. Consisten en un cercado bajo de piedra por cuyos resquicios penetra, renovándose, el agua del lago, permitiendo a los peces sobrevivir, aunque sin dejarlos escapar.

corte, tarea.

criollo, se dice impropiamente del nativo: «es criollo de aquí», que es igual a «es oriundo o nativo de aquí».

cuadrar, agradar, simpatizar.

cuartearse, en las personas, acobardarse; en las casas, agrietarse.

cuatacha o *cuatacho*, en sentido figurado, amigote.

cuate, gemelo, amigo muy estimado, casi hermano.

cuervejón, por corvejón, ave palmípeda, ictiófaga, de tamaño mediano, pico largo y fuerte y plumaje negro lustroso, abundante en el Chapala.

cuete, tiene indistintamente acepción de pistola y de borrachera.

culebra de aigre, remolino o tromba de aire.

cumplidor, honesto, digno, que cumple lo que promete.

curar la bebida, revolverle otra, ordinariamente más fuerte.

currito, atildado, en tono despectivo.

chamaco, chiquillo, niño.

chambear, desempeñar una *chamba*, es decir, un trabajo o empleo.

chapeteado, sonrosado.

chapopote, voz indígena con que se designa el petróleo crudo.

charal, pescadilla de laguna, muy abundante en el Chapala.

charanda, aguardiente muy concentrado, bebida típica en el estado de Michoacán.

charro, personaje prominente del folklore mexicano, de traje muy adornado.

chicharrones, fritanga hecha con los residuos de la manteca del cerdo al derretirla.

chichicuilote, ave zancuda de los esteros lacustres, de escaso mérito como manjar.

chifirina, zancuda de vuelo alto y muy agitado, que siempre pasa en grupos y graznando con un chillido ululante.
chinchorro, red de arrastre confeccionada con malla tejida o manta de cielo.
chinito, diminutivo de *chino*, rizoso.
chile piquín, una variedad diminuta, pero muy picante, del ají.
chiquihuite, zarzo, cuévano, canasto.
chivas, en sentido figurado, telebrejos.
chuparrosa, colibrí, pájaro mosca.

dado, rendido.
dar el norte, indicar un rumbo.
de arranque, se dice del hombre valentón y de la mujer liviana.
de proporción, económico.
de retache, por consecuencia, y también, de regreso.
detalle, anécdota, sucedido.
de temporal, se dice de los terrenos cultivables en los que la cosecha, por falta de regadío, depende de los temporales de la estación lluviosa.
disparar, en sentido figurado, convidar, obsequiar.
disparejo, barbarismo de desparejo; poco equitativo en sus procedimientos.

ecuaro, voz del idioma tarasco que equivale a la ya definida de coamil.
echada, baladronada.
encajoso, cargado, ventajoso.
enchiladas, bocadillo típico mexicano, a base de algún condimento envuelto en tortillas tiernas de maíz que luego se fríen en manteca.
enjuagar, acción de lavar o fregotear alguna cosa.
enmontado, invadido por la maleza.
entonarse, recuperarse de una fatiga corporal, reconfortarse con el vino.
espátula, por la analogía que guarda la forma aplanada de su pico con este instrumento de carpintería y albañilería, se le dice en el Chapala a cierta garza azul grande y aclimatada, de los esteros.
estar al alba, hallarse sobre aviso.

fachoso, en sentido figurado, presumido.
fajo, ceñidor de lana sobre el calzón o cinturón de cuero.
feyito, barbarismo de feo, en diminutivo.
fregar, en sentido figurado, molestar.
fuereño, forastero.

gachupín, despectivo de español.
gallaretas, gallinetas.
gallos, prendas de vestir usadas previamente por otro.
garras, despectivo de vestiduras, harapos.
gigantes, en Jalisco suele decírseles así, por su tamaño, a los eucaliptos.
gordas, tortillas gruesas de maíz.
gordillo, ave zancuda, pequeña y rechoncha, del estero lacustre.
gringo, despectivo de norteamericano.
guajes, árbol de tronco duro y retorcido que también se denomina tepeguaje; su fruto, también denominado bule.
guajolote, pavo común.
guango, flojo, desajustado.
guarache, calzado popular, especie de toscas sandalias.
guaracheño, viento sur-sureste que sopla del lado de la ex hacienda de Guaracha.
guasanas, la vaina verde y cocida del garbanzo que, por su mal olor, es una golosina corriente y vulgar.
güero o *güera*, persona de pelo rubio, blondo.
guzga, golosa, husmeante.

hacer aprecio, tomar en cuenta.
hacer del cuerpo, evacuar el estómago.
hacer jalón, coquetear.
hacer parada, afrontar.
henequén, fibra gruesa, larga y dura de la yuca.
huele de noche, cierto árbol de jardín cuya abundante flor tiene muy pronunciada la particularidad que enuncia su nombre.
huilota, pequeña paloma torcaz comestible.
huizaches, arbustos espinosos muy prolíficos que plagan los terrenos sin cultivar.

itacate, bolsa de ixtle en la que se llevan las tortillas.

ixtle, la fibra del agave.

jacal, choza-jalar, compartir voluntariamente una empresa.
jediondilla, planta viciosa y muy maloliente.
jefe, jefa, se les dice frecuentemente al padre y a la madre.
jilotes, los elotes o mazorcas del maíz cuando se comienzan a formar.

lambiscón, adulador, servil.
lances, dispositivos de pesca acondicionados a la orilla del lago.
la tiznada, expresión soez con la que se sustituye otra más rotunda en su grosería.
legal, aplicado a una persona que es recta en sus procedimientos.
lonchi, anglicismo relativo a la comida o a la provisión de camino.
luchita, pugna por conseguir el dinero para subsistir.
llorón, quejumbroso, plañidero, irresoluto.

macizo, aplicado a las personas que son fuertes o adultas.
maguey, el agave, la pita.
maje, tonto, quedado.
malhora, pendenciero.
maloso, perverso.
mancornadora, mujer infiel, que unce o mancuerna dos amantes simultáneos.
mandas, penitencias que el devoto se impone espontáneamente.
manta de cielo, cierto género corriente de tejido muy abierto.
mañanitas, canciones hechas a propósito para serenatas de alborada.
mariaches, los componentes de un conjunto orquestal de instrumentos de cuerda, típico de Jalisco.
maroma, instrumento de pesca equivalente al palangre. Consiste en una boya que se fondea y de la cual penden varias cuerdas con anzuelos.
marqueta, objeto sólido, de forma rectangular alargada.
mastique, masilla.
matacuaces, en sentido irónico, peones, ayudantes.
mentada, alusión grosera a la madre del interlocutor.
merolico, charlatán de plazuela.
mesero, camarero, o sea, el que atiende las mesas.

mesón, venta o posada campesina, con cuadra para las caballerías de los huéspedes.
metiche, entremetido.
mexicano, brisote de la mañana que en el Chapala sopla del este, es decir, del rumbo de la ciudad de México.
mezcal, aguardiente del maguey.
mezcal enmielado, la cabeza del agave recalentada hasta su fermentación.
mezquite, árbol muy abundante de la mesa central, de madera compacta.
milpa, plantío de maíz.
moler para dos, expresión que indica el casamiento de una mujer, ya que tendrá que moler el nixtamal de las tortillas para ella y su marido.
móndrigo, despreciable.
montar, engañar, predisponer con ánimo rival a otros dos.
montoneros, los que sólo pelean siendo más que sus contrincantes.
mueca, se usa por ademán.

nasas, dispositivos de pesca consistentes en un cajón con puerta de trampa que se ceba con *gordas* duras y se fondea sobre el légamo, bajo el agua, para cazar los pescados.
nieve, helado mantecado.
nixtamal, masa del maíz remojado y remolido.

ocote, astilla resinosa del oyamel que suele usarse como antorcha.

pajaretes, bebidas alcohólicas preparadas al pie de la ubre de la vaca, ordeñando la leche de ésta sobre una porción convencional de tequila o de alcohol.
palanquear, empujar una embarcación mediante la pértiga.
palero, se dice del que trabaja con la pala. Pero también al que toma parte en una comparsa de incondicionales que aprueban o aplauden por oficio.
palomas de hielo, designación que se les da a las gaviotas en el Chapala.
parada, tanda.
parapeto, en sentido figurado, pretexto.
parranda, juerga, farra.

pato garbancero, palmípeda migratoria correspondiente a una de las variedades más abundantes en el Chapala. Es pequeña pero de carne sabrosa.
pelado, grosero, procaz.
pepenar, recoger.
petate, estera trenzada de tule.
picanardo, colibrí, pájaro mosca.
picar la cresta, enfurecer deliberadamente a alguien.
pichicato, mezquino.
pilile, pequeña ave zambullidora de nuestros lagos a la que se llama también *pichiche*.
pinche, palabra grosera.
piquera, taberna, cantina.
plantosa, arrogante, lucida.
ple, cierta frazada o manta de viaje, sin flecos.
pluses, anglicismo que se refiere a entradas extras.
pocho, el mexicano nacido o aclimatado en Norteamérica.
poltrona, mecedora.
poncitleco, natural de Poncitlán; viento que sopla de ese rumbo.
ponche, bebida compuesta.
poner un cuatro, intrigar contra alguien, traicionarlo.
ponérsele al brinco, encararse a alguien con ánimo de desafío.
popocha, pescado corriente de laguna.
prieto, oscuro de su epidermis.
pulque, bebida corriente del jugo fermentado y sin destilar del maguey.
puntada, ocurrencia.
puñete, puñalada.
quinto, moneda de cinco centavos.

rajones, cobardes o incumplidos.
ranchería, poblado campestre muy pequeño.
rancheros, los moradores del rancho o de la ranchería.
rancho, pueblo agrícola.
raya, salario.
recalar, concurrir.
recio, apresurado.
rede cazadora, red confeccionada con hilo fuerte, y que se tiende colgada de dos palos en los lugares frecuentados por los

peces, a fin de que, al tratar de trasponerla, se queden prendidos de las agallas.

rede mangueadora, otra red algo mayor y tejida con hilo más frágil. Sus mallas forman bolsones entre los cuales se ven aprisionados los peces. También se tiende en los canales sostenida por palos espetados en el cieno del fondo.

redotado, barbarismo de derrotado, abatido.

rejiega, difícil, falaz.

relajo, pelotera, zipizape.

remojo, obsequio, frecuentemente de bebida, que se acostumbra hacer a los parientes y amigos para celebrar el estreno de alguna cosa.

reparar, cocear.

requintar, atirantar.

resliz, deslizadero.

retinto, color encarnado oscuro del pelo de algunas caballerías.

retovado, desconfiado, indómito.

ringlera, fila.

riquito, se dice irónicamente del que es ligeramente adinerado.

rosillo, color grisáceo tirando a rubio de algunas caballerías.

sesteadero, lugar a donde acuden a dormitar las aves lacustres.

sombrerudos, aquellos a los que define como rústicos el uso del sombrero ancho.

sonarle, pegarle a alguien en sentido figurado.

tagüinches, cocuyos, luciérnagas en Jalisco.

talachudos, hocicones.

tamal, bocadillo mexicano a base de maíz tierno, remolido y guisado.

tamanda, banco flotante que forma el entrelazamiento de los lirios acuáticos.

tantear, engañar, desorientar.

tapatíos, denominación que se les da a los originarios de la ciudad de Guadalajara. Por extensión, en el Chapala se le dice *tapatío* al viento norte que sopla del rumbo de esa ciudad.

taquitos, diminutivo de tacos, bocadillos mexicanos envueltos en tortillas secas de maíz.

tarascos, indios aborígenes del estado de Michoacán.

tasajo, cecina, carne seca.
tata, tratamiento respetuoso de padre, frecuente entre los campesinos.
tatita grande, se le dice al abuelo.
tantito, poquito.
tecolines, modismo irónico popular que se refiere al dinero.
tecolote, lechuza.
tecos, indios aborígenes de la rama azteca, que habitan en algunos pueblos de la ribera chapálica.
tembeleques, inseguros, tambaleantes.
tequila, aguardiente hecho del maguey y más refinado que el mezcal.
tierno, aplicado a las personas y animales significa joven.
tirar a relajo, desdeñar.
tiznar, en calidad de insulto, fornicar.
toloache, planta herbácea de flores inclinadas y con virtudes tóxicas pronunciadas.
tragazón, forma burda y grosera de referirse a la comida.
trastos, los recipientes de la cocina.
tribunada, degeneración de la palabra turbonada entre los navegantes del Chapala.
trinchas, estibas.
triques, telebrejos.
trucha, se dice de la persona lista, avisada.
tule, cierta espadaña o junco.
tumbos, los diferentes tipos de redes que se fondean y dejan tendidas por un tiempo para que por sí solas cacen la pesca.

ultimar, matar.

vájido, bramido, quejido.
vapor, denominación ingenua que se les da en el Chapala a las lanchas gasolineras.
vendimias, se les dice a los puestos de bocadillos y al comercio callejero en general.
ventear, presentir.
vieja, tratamiento cariñoso que se le da a la madre, a la esposa o a cualquier mujer a la que se quiere.
volarse, envanecerse.

volárselas, salir chasqueado.
volver perdediza, desaparecer una cosa.

zacate, pasto, yerba.
zacatón, pasto grueso de montaña.
zoquetiza, golpiza.
zócalo, la plazuela central o de armas de cada pueblo mexicano.

Nació en Mazatlán, Sinaloa, y murió en Guadalajara, Jalisco, 1912-1999

. Fue educado en España. En su juventud recorrió gran parte del mundo a bordo de un barco mercante. En 1935 ingresó en el PCM, que lo envió en 1938 a combatir en favor de la República española. A su regresó rompió con los comunistas. Residió en Guadalajara, donde dirigió la revista Creación y Fundó dos pequeñas fábricas de zapatos. Profesor de las universidades de Sinaloa y de Guadalajara. En 1972 regaló sus empresas, autorizó a una editorial chicana a publicar sus libros en forma de historietas y se retiró a vivir en Autlán. Premio de las Américas 1994. Otorgado por la Asociación de Libreros de Nuevo México y Premio Jalisco 1997.

Notas

[1] La canoa perdida fue escrita en 1950, cuando el problema de la desecación del lago Chapala era crítico; en la actualidad, aún existe ese riesgo, empeorado por la contaminación de las aguas. Por ello, esta introducción conserva, en parte, su vigencia. < <

[2]

A fin de facilitar la comprensión de muchos de los términos del vocabulario local sin metemos en el cansancio de continuas definiciones, optamos por la inserción, al final de este libro, de un diccionario asaz voluminoso al que se puede recurrir.

Pero no sólo se encuentran en él los modismos, términos degenerados y frases de significación retorcida usuales entre los campesinos de esta comarca mexicana, sino también algunas palabras propias de la navegación a vela, y que en el Chapala suelen estar mal aplicadas. De otra guisa, y si el lector profano hubiera de recurrir al diccionario de la lengua en busca de las equivalencias para esa terminología marinera, se vería sumergido en la peor de las confusiones y en el más grande de los enredos.

Estos navegantes lacustres de Michoacán y Jalisco han tomado su lenguaje profesional de las vagas nociones que poseen del usado por la marinería de altamai, y de otras, más consistentes, que el hábito y el sentido comparativo de su genuina extracción campirana les sugieren. Así, pues, aunque de cuando en cuando se escuchen en boca de nuestros personajes términos tan clásicos en la navegación velera tradicional como los de trinquete, driza, amura y relinga, no debe esperarse que se hallen aplicados siempre con absoluta propiedad, es decir, ostentando la acepción que el diccionario de la lengua les concede por exacta. Hay que tener presente que todos los elementos de la maniobra en un mismo oficio llenan una función complementaria entre sí. De suerte que siendo los enumerados muy ortodoxos, no resultaría posible administrarlos bien, revueltos y emparentados con otros muy abundantes allí y de tan nata ascendencia campesina como los de maneral, gancho, palanca y soga, que se aplican respectivamente a la cana del timón, al anclote, a la pértiga para empujar y ai calabrote de las amarras. Existen, además, las consecuentes corrupciones y barbarismos, tales como el de decirle tribunado a una turbonada y otros tan candorosamente ingenuos como el que motiva que se le llame vapor a una lancha grande y entoldada, movida con gasolina. < <

[3] Nota: Las seis sentencias breves que sirven a modo de epígrafe a cada una de las cinco partes en que se divide, son refranes populares que definen certera y vigorosamente otras tantas actitudes habituales del mestizo ante la vida. < <